HELENA ESCADIA

Lealtad



Una historia de amor que nadie se atrevería a contarte

Lealtad

Una historia de amor que nadie se atrevería a contarte

Helena Escadia

Derechos de autor © 2024 Helena Escadia

Queda prohibida, salvo excepción prevista en La Ley, cualquier forma de reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual puede constituir un delito contra la propiedad intelectual

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. El Centro Español de Derechos Reprograficos vela por el respeto de dichos derechos.
ISBN: 978-84-09-54354-0

La falsedad de un marido condena a la mujer a una infelicidad de la que luego él se queja como su víctima. De la misma forma que la quiere al mismo tiempo fría y caliente, exige que se entregue totalmente, pero sin pesarle; le pide que sirva de anclaje en la tierra pero que le deje libre, que garantice la repetición monótona de las jornadas y que no le aburra, que siempre esté presente pero nunca sea inoportuna; quiere tenerla toda para él pero no pertenecerle; vivir en pareja y estar solo. Así pues, desde el momento en que se casa con ella, ya la está engañando. Ella se pasa la vida midiendo la envergadura de esta traición.

SIMONE DE BEAUVOIR, El segundo sexo

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 1

Luisa

Voy a serle infiel a mi marido.

Me lo digo a mí misma un par de veces en voz alta, para ver cómo suena, con intención de ratificarme en mi idea o, quién sabe, de desdecirme de la misma.

No. No. No me desdigo. Me gusta.

Voy a serle infiel a mi marido.

Qué locura, qué contrariedad. Y, sobre todo, qué jaleo.

La idea se me ha presentado como una revelación, más que como una decisión racional tomada tras un proceso reflexivo más o menos lógico. Tengo pánico y, al mismo tiempo, siento que, de repente, me he despertado; se me ha caído el velo que me cubría los ojos; he nacido de nuevo y estoy percibiendo el mundo como realmente es y no como me lo habían contado.

Me llamo Luisa, tengo cuarenta y dos años y, como la mujer absolutamente dependiente de la valoración ajena que sé que soy, siempre he hecho lo que se esperaba de mí. Niña buena, mejor estudiante, esposa devota de Mario, de cuarenta y cuatro años, madre ejemplar de Luisa, de catorce años, y de Mario, de doce.

Luisa y Mario los padres; Luisa y Mario los niños.

Ahora que lo pienso, con estos nuevos ojos que me ha dado la revelación que va a cambiar mi vida, me parece de película de terror.

Ayer tenía una familia maravillosa y creía que era feliz o, al menos, no me planteaba no serlo; y hoy me parece que los cuatro somos una estampa de la posguerra, antigua y manida, perteneciente a otros tiempos.

Creo que todo proviene de una conversación que he tenido con mi hija Luisa, en la que su rebelde y descarnada adolescencia me ha demostrado lo que ella ya sabe y yo ni siquiera sospecho: que estoy fuera de onda, que no me entero de nada, que ya no soy su mami a la que quiere contentar y cuya caricia en la mejilla arregla todos sus males.

Quizás incluso decir que estoy fuera de onda está fuera de onda. ¿Qué dicen ahora los jóvenes?

En fin.

Luisa, que no quiere que la llame así sino Lu, a secas, porque Luisa «es un nombre muy rancio, mamá; ¿en qué estabas pensando cuando lo elegiste?», vino del colegio ayer y yo, de repente, me di cuenta de que hacía días que no veía por casa a su novio, Álvaro.

Porque mi hija Luisa («Lu, mamá, Lu; no es tan complicado») tiene un novio, aunque ella sólo tenga catorce años y él uno más; y además lo tiene desde los diez.

¿Es una relación casta y platónica? Mi marido Mario piensa que sí, obviamente. Las madres del colegio, resabiadas pero también crueles y envidiosas, siempre buscando que sus hijos e hijas sobresalgan sobre el resto o, al menos, que estén menos jodidos que el resto; elogian en mi presencia «esa relación tan sana que tienen» mientras, a mis espaldas, esparcen rumores malintencionados sobre Lu.

Porque la que es una guarra es mi hija, por supuesto. Álvaro ni pincha ni corta en todo esto.

Yo finjo creer que tienen una relación «sana», en los términos que utilizan las madres del

colegio, aunque no me chupo el dedo y sé que deben de tener relaciones sexuales de algún tipo.

Luisa, mi Lu, es mujer desde los nueve años, cuando sus formas planas e insulsas dieron paso a las redondeces propias de su sexo; le salió tanto pecho que los sujetadores de niña ya no eran suficientes para contenerlo y me la encontré probándose los míos; y le bajó la regla tan inesperadamente que, en vez de llorar ella por la impresión que le causó ver la sangre manchando sus bragas, lloré yo por no sentirme preparada para afrontar ese momento.

Si es mujer desde los nueve años y tiene novio desde los diez, dime tú qué no habrá hecho a los catorce.

Mi mayor duda, para ser sinceros, no es lo que ha hecho Lu, sino cómo Álvaro ha sido capaz de hacerlo. Alto y desgarbado como si hubiera dado un estirón imprevisto, la cara comida del acné de la pubertad, imberbe, diría que incluso sin vello en las axilas o en el pecho; ¡como para pensar que le funciona algo ahí abajo!

Pero sí, no me chupo el dedo. Algo debe de funcionarle; algo deben de haber hecho.

Lo que ocurre es que ya no lo hacen, supongo, porque no dejo de darle vueltas a que quizás hace dos semanas que no he visto a Álvaro por casa.

—Luisa —la interpelo—. Lu —me corrijo, antes de que lo haga ella.

Está sentada en el sofá del salón. Se ha quitado los zapatos del uniforme y los ha dejado descuidadamente en el suelo frente a ella. Recostada sobre el respaldo, mira el móvil mientras lo tiene apoyado sobre sus piernas cruzadas, el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda. La falda se le arruga en el centro y ella la manosea con su mano libre, en un movimiento reflejo que me pone muy nerviosa. Su pelo negro, largo y brillante, sigue anudado en su habitual coleta alta, aunque en esos momentos ya está algo despeinada.

Mi hija, al escuchar que me dirijo a ella, despega los ojos del móvil y me mira. Son grandes, diría que grises, inclasificables; en cualquier caso, iguales que los de mi marido. La miro y me digo que tengo suerte, deben de haberse alineado los astros para que haya dejado de mirar el móvil. Retomo el interrogatorio que pretendía iniciar.

—Hace mucho que no viene Álvaro, ¿no?

Mi hija suspira y niega con la cabeza. Vuelve a mirar el móvil y pasa fotos de Instagram a la velocidad de la luz.

—Ya no estamos juntos, mamá. Hace un mes que lo he dejado. —Vuelve a mirarme, gira la cabeza a un lado y trata de bromear conmigo—. No te enteras de nada, ¿eh? —Se ríe.

No me entero de nada, no. Me creo muy lista por pensar que yo, a diferencia del resto, soy consciente de lo que mi hija hace con su novio y, ahora, me dice que ha puesto fin a su primera relación sentimental ¡y yo no me había dado cuenta!

Elijo jugar la baza de madre comprensiva, a ver qué tal se me da.

—¿Qué ha pasado, cariño? ¿Estás bien?

—Sí, mamá. No te pongas melodramática. —Melodramática. ¿Desde cuándo tiene ese vocabulario? ¿Seguro que ésta es mi hija?— Me aburría con él, así que lo he dejado.

Qué sencillez, qué simplicidad. Se aburría con él, y lo ha dejado.

En qué momento creces y lo enmarañas todo, y aburrirse ya no te parece razón suficiente para dejar a alguien.

En qué momento ya no te unen el amor, la complicidad o la ilusión por un futuro juntos; sino la hipoteca, los hijos o el qué dirán.

Pues no lo sé, pero yo he pasado por ese momento sin darme cuenta y las piezas del dominó de mi vida se han recolocado en posiciones con las que no comulgo.

—Soy muy joven y no quiero estar atrapada en una relación así, mamá —añade mi Lu—.

Álvaro se lo ha tomado mal, pero ya se le pasará —dice, encogiéndose de hombros.

—Claro, hija.

Valiente intervención la mía. No se me ocurre otra cosa que decir.

Luisa vuelve a su Instagram y yo me afano en recoger el salón para fingir que tengo algo que hacer, aunque el salón, evidentemente, ya está ordenado, precisamente porque tenemos una empleada del hogar que se encarga de esas cosas.

Le doy vueltas a la cabeza sin cesar. Lu es muy joven para estar atrapada en una relación aburrida, eso es cierto. Pero ¿hay un momento concreto en que estar atrapada en una relación así es admisible? ¿Soy demasiado vieja (mayor, digamos mayor, por favor, no vieja) para divertirme? ¿Me toca conformarme con este devenir tedioso de días idénticos, junto a un marido con el que lo único que comparto son conversaciones monosilábicas?

Luisa acaba de darle un vuelco a todo mi esquema vital con su fresca y descarnada sinceridad.

Cuando llega la noche y Luisa y Mario se recluyen cada uno en su habitación, para ver series o jugar a la consola o chatear con sus amigos o lo que sea que hagan en ese mundo del que ya no formamos parte ni su padre ni yo, me siento junto a mi marido en el sofá, aún dándole vueltas a la cabeza por la revelación que he tenido momentos antes, y trato de decirme que no, que yo no me aburro con Mario, que son las circunstancias. Puedo revertir las circunstancias y volver a conectar con él, eso seguro.

—¿Te acuerdas de esa película que vimos en el cine de mi pueblo el primer verano que viniste a verme? —le pregunto.

Mario mira su móvil, pero alza la vista cuando se da cuenta de que le estoy hablando a él.

Le observo un momento. Es un hombre fornido, quizás ahora algo rechoncho, depende del término que una quiera utilizar. De frente ancha y mandíbula angulosa, con esos ojos grises que mi Lu heredó de él, siempre lo he considerado guapo. Creo que, objetivamente, lo es. Ahora no se cuida tanto y no lleva el pelo tan bien cortado, ni la barba tan bien afeitada, y varias canas pueblan uno y otra, pero sigue reteniendo algo de que lo me conquistó en su día.

Veo en su mirada que está desconcertado por mi pregunta.

—¿Eh? —inquiere, despistado.

—La primera vez que viniste al pueblo. En la furgoneta de tu tía, ésa que estaba destartalada y que cogiste sin avisar para venir a verme. Fuimos al cine de verano, ¿te acuerdas? —insisto.

Le pido que se acuerde de la película, pero en realidad quiero que se acuerde de que follamos en esa furgoneta destartalada sobre una toalla de playa, y que luego nos tumbamos desnudos el uno junto al otro ahí mismo, abrimos los portones de par en par y nos quedamos mirando las estrellas. Yo era algo mayor que mi Lu, y me parecía que era la mejor noche de mi vida.

Quizás lo fue. Quizás nunca hemos vuelto a sentirnos tan felices, tan enamorados y tan libres como entonces.

—Ah, sí… —recuerda Mario—. Recuerdo la furgoneta y la bronca que me echó mi tía por haberla cogido sin preguntar—. Se pierde unos segundos en sus recuerdos y luego vuelve—: ¿Fui a verte? No me acuerdo, la verdad.

Nos miramos unos instantes, y luego rompo el contacto visual para mirar el televisor y extiendo la mano para coger el mando. Comienzo a ojear el catálogo de una de las plataformas que tenemos contratadas.

Intento no ponerme sensible por el mero hecho de que Mario no se acuerde de aquella noche. No tiene importancia, me digo. Hace mucho tiempo de aquello, es normal que no lo

recuerde, me aseguro.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta, al darse cuenta, por mi reacción, de que algo está mal.

—Nada, nada —contesto, algo seca—. Es que el otro día vi anunciada en televisión la película que vimos esa noche y me acordé. —Me giro para mirarle y sonrío, pícara—. Era malísima, ¿eh? No pienso volver a verla. —Me río. Finjo que todo está bien, aunque todo haya cambiado. Interpreto el papel para el que llevo preparándome toda mi vida y sé que Mario, aunque intuye que algo acaba de ocurrir, lo va a dejar pasar.

—Vale. Como quieras, ¿eh? Si te apetece, la vemos.

—No, no. Ponemos la serie que estábamos viendo. —Y, acto seguido, le doy al botón de inicio y me acomodo en el sofá para verla.

Mario tiene el buen tino de bloquear su teléfono y se dispone a ver la serie conmigo.

Nos recostamos el uno junto al otro en el chaise longue del sofá y, de reojo, me da por observarle. Lleva sus cuarenta y cuatro años bien llevados, en parte porque lo mato de hambre (según él) y en parte porque es su constitución, pero los excesos ya hacen mella en su cuerpo como antes no ocurría y una tripa flácida asoma por entre los pliegues de su camiseta. Me da por acordarme de que, en la cama durmiendo, cuando se pone de lado, la tripa le cuelga hasta rozar el colchón. Es un espectáculo bochornoso, y sólo recordarlo me hace volver a concentrarme en la televisión.

No me da tiempo a retomar el hilo de la serie que estamos viendo cuando me da por acordarme, también, de que, cuando ha bebido, después ronca a todo volumen; tanto, que incluso Lu ha llegado a gritarle desde su cuarto alguna vez para que se ponga de lado y deje de hacerlo.

Me viene a la mente también que, por las mañanas, se fuma un cigarro justo al despertarse, antes incluso de tomarse el café, y que cuando me saluda le huele tan mal el aliento que tengo que luchar por reprimirme para no hacer una mueca de desagrado.

Suspiro levemente, sin que Mario se dé cuenta de ello, demostrando mi decepción.

Éste es el hombre con el que paso todas mis noches desde hace años.

Pero quizás esté siendo injusta. Yo también tengo lo mío. Me consuelo pensando que es poca cosa, lo normal: alguna arruga de la edad; una mancha algo visible en una mejilla por haber tomado demasiado el sol sin protección; las tetas algo caídas por los embarazos y lactancias pero aún grandes, redondas, turgentes, atractivas sobre todo bajo el sostén de uno de mis sujetadores de encaje; la barriga algo flácida, pero sin tripa; las piernas, delgadas y torneadas, que siguen siendo, junto a las tetas, mi mejor baza.

También tengo lo mío, sí, pero me doy cuenta de que lo mío lo disculpo y lo de Mario empieza a parecerme insoportable.

Yo me cuido la piel, como sano y en poca cantidad, trato de sacar un par de tardes para hacer deporte y me preocupo de comprarme la ropa que mejor me queda para seguir viéndome bien; para que él me vea bien.

Mario come lo que le dejo comer y, cuando no lo estoy viendo, debe de comer lo que pilla; bebe cuanto quiere, no va andando ni a comprar el pan y no podría acordarse de la última vez que se ha comprado algo de ropa por propia voluntad. No sé si le importa verse bien, pero desde luego le es indiferente cómo le vea yo.

Para mi marido, somos Mario y Luisa, padres de Mario y Luisa, pack inquebrantable. Qué más da que Mario y Luisa padres ya no sean sexualmente atractivos o ya no se diviertan el uno con el otro. Somos papá y mamá, somos un matrimonio, somos una pieza del entramado social con el que interactuamos. Lo de menos es el sexo o la diversión.

Recuerdo que, cuando Mario y yo empezamos a vivir juntos (tras habernos casado, claro

está, porque, como ya he dicho, siempre me ha preocupado el qué dirán), no teníamos ni un duro. Otras parejas se iban de vacaciones a lugares exóticos o se compraban regalos caros, y nosotros, como mucho, nos tomábamos un vino en casa en nuestro aniversario (el que estuviera de oferta en el supermercado de turno, por supuesto).

Recuerdo decirle a Mario que estar bien en pareja era eso, compartir las noches perezosas en el sofá en pijama, viendo cualquier cosa intrascendente en la televisión o charlando de las pequeñas cosas del día a día.

Porque lo mejor de estar en pareja es que el otro te mire y, solo con eso, te saque una sonrisa. Que un abrazo inesperado y por la espalda te haga sentir en casa. Que una caricia en la mano te traiga la paz e, inexplicablemente, lo cure todo.

Lo peor de estar en pareja es que el otro te mire y, solo con eso, percibas el reproche o la decepción, y contestes con un «qué pasa» que encubre que tú sientes lo mismo. Que un abrazo inesperado y por la espalda te haga tensarte y erguirte con desagrado, al tiempo que finges un dolor inexistente que justifique tal reacción. Que una caricia en la mano te lleve instintivamente a retirarla y a afanarte en usarla para algo útil; coger un vaso de agua, limpiar la encimera, rascarte la nariz.

Entre una situación y otra no hay un momento determinante que opere a modo de punto de inflexión. Simplemente, pasa.

Un día estás enamorado, y al día siguiente, ya no lo estás.

Miro a Mario de reojo y sé lo que me pasa, aunque me cueste ponerlo en palabras. Ya no estoy enamorada de él. Me aburro con él. ¡Pero no puedo dejarlo! ¿Qué razón es ésa para dejar a tu marido, al padre de tus hijos?

No, no. Yo no puedo hacer como ha hecho Lu. Yo ya no soy libre. Nos atan demasiadas cosas, demasiadas personas, demasiados sentimientos. Somos dos cuerdas toscas y desgastadas, enmarañadas por el paso del tiempo y los acontecimientos, imposibles de separar salvo si se cortan y se asume la pérdida. Yo no quiero perder parte de mí, y no quiero que Mario pierda parte de sí mismo sólo porque yo, un día, me he dado cuenta de que me aburro con él; de que ya no siento nada.

No quiero que Mario y yo tengamos que malvivir por separado cuando ya nos cuesta llegar a fin de mes viviendo juntos. No quiero que los niños tengan que vagabundear de la casa de mamá a la casa de papá y de vuelta a la primera y de nuevo a la segunda, como si estuvieran de sobra en todas partes. Y, en el fondo y aunque me cueste reconocerlo, no quiero dejar ir a Mario del todo, porque me he acostumbrado a que sea parte de mi familia.

Pero, al mismo tiempo, no quiero vivir atrapada en esta vida en la que los silencios gritan y las caricias duelen. Tengo que salir de aquí.

Y, por eso, la mejor solución es serle infiel a mi marido.

Si me lees y mi razonamiento no te convence; no te preocupes. Un día mirarás a tu Mario como yo miro al mío y te acordarás de esto que te digo y, entonces sí, te convencerá. Encontrarás la forma de que lo haga, porque sabrás que hay tantas variables implicadas que el sistema lógico resultante carece en absoluto de sentido. Cuando no hay salida buena, al menos hay que buscar la mejor.

Le doy un beso a Mario en la mejilla y le digo que me voy a dormir. Él, como siempre, se quedará un rato en el sofá y me acompañará más tarde, en esa rutina que ya lleva años instaurada y que me permite tener un rato para mí sola en el que leo una novela o chateo con mis amigas por el móvil.

Voy hasta nuestro dormitorio, enciendo la luz de la mesita de noche, cojo el libro que estoy

leyendo y me meto en la cama, semiincorporada sobre un cojín, dispuesta a abrirlo.

Es una novela ligera, sin pretensiones, de las que siempre me ha gustado leer. Chica conoce chico, viven algunas aventuras y escasos momentos malos, se dan cuenta de que se han enamorado, se prometen amor eterno y fin de la historia.

No sé por qué siempre me ha gustado este tipo de novelas, la verdad. Ahora que la leo, no puedo dejar de pensar, en mi fuero interno, que los protagonistas están equivocados. Quiero chillarles, abofetearles, hacerles entrar en razón. Quiero que sepan que no es nada el peso de la búsqueda del compañero de vida comparado con la losa que les supondrá ese «felices para siempre» con el que desean rubricar su unión eterna. Quiero que alguien me explique cómo se sobrevive al «felices para siempre» al que todos queremos llegar cuanto antes y que después debe prolongarse otros treinta o cuarenta años, hasta ese bucólico momento que todos imaginamos en que, ya viejecitos, exhalamos nuestro último aliento junto a nuestra pareja de toda una vida.

¿Nadie ha escrito sobre eso? Estaría dispuesta a leerme un tratado científico sobre la materia, si lo hubiera. Me documentaría hasta la saciedad, si supiera dónde buscar. Entablaría conversaciones filosóficas hasta caer derrotada, si alguien quisiera compartirlas conmigo.

Pero es que, quizás, todos hablan de la conquista del amor porque es campo fértil donde cualquier semilla florece rápidamente, y en cambio, nadie habla del amor conquistado porque es tierra yerma en la que nunca crece nada.

Me temo que, o encuentro una salida a este abismo que todo lo consume, o Mario y yo no vamos a sobrevivir a nuestro «felices para siempre».

La solución es ser infiel, sí. Pero ¿con quién?

CAPÍTULO 2

Lu

Mi madre no se entera de nada. Eso me hace sentirme un poco sola pero, al mismo tiempo, me alegro de ello, porque es mejor así.

Si ella supiera todo lo que yo sé…

Le he dicho que lo he dejado con Álvaro porque me aburría con él, y no es mentira, pero tampoco es verdad. He disfrazado la realidad, como siempre hago.

Lo verdaderamente cierto es que me aburría con Álvaro, no me sentía capaz de cortar con él, me he liado con otro, Álvaro se ha enterado y, entonces sí, lo hemos dejado. Me ha dejado él o le he dejado yo; lo mismo da. El caso es que ya no estamos juntos, ¿no?

Le he dicho que Álvaro se lo ha tomado un poco mal, pero que se le pasará, y no es mentira, pero tampoco es verdad.

Lo verdaderamente cierto es que ha ocurrido más o menos así.

Al día siguiente de liarme con el otro chico, Álvaro se me acercó en el recreo. Llevaba puesto el chándal del colegio, así que supuse que habían tenido clase de gimnasia. Cuando se acercó a mí, alto y delgado, para nada amenazador o autoritario pese a que pronto me di cuenta de que quería que le obedeciera sin rechistar, vi que estaba sudoroso; que tenía el pelo, ya de por sí desarreglado porque se resistía a dejárselo corto del todo, más despeinado de lo habitual; y que su cara mostraba una exaltación que no me cuadraba del todo con el ejercicio físico que habría realizado.

Aunque me dijo (¡me ordenó!) que fuera a hablar con él, yo, que estaba sentada con mis amigas en las gradas del patio, en un principio no quise hacerlo.

—Pero ¿qué pasa? ¿No podemos hablar luego en mi casa? —pregunté, contrariada. Álvaro siempre venía a casa dos o tres tardes por semana, así que no entendía las prisas.

—No. Ven —dijo, muy serio. De nuevo, era prácticamente una orden.

Mis amigas rieron por lo bajo, e incluso una de ellas tarareó la típica musiquilla que sale en las escenas de terror de las películas. Me levanté para seguir a Álvaro y me giré para sonreírles, como si la situación no fuera conmigo.

Álvaro me llevó unos metros más allá, hasta estar seguro de que no nos escuchaban, y me lo soltó a bocajarro.

—¿Te has liado con otro?

—¿Perdona?

Me hice la tonta, lo reconozco. Sé que fui cruel; que tenía que haber reaccionado de otra manera. Seguramente, a Álvaro le costó un mundo venir a echarme en cara la infidelidad, y yo reaccioné echando balones fuera.

—Que si te has liado con otro, ya me has oído. —Álvaro parecía a punto de llorar.

Pensé mentir.

—¿Quién te lo ha dicho?

Error. Ahora lo sé. Con esa frase, confirmé la infidelidad sin reconocerla, y encima quedé de loca vengativa contra quien quiera que nos hubiera visto besarnos a mí y al otro chico y se lo hubiera contado a Álvaro.

Al oír mis palabras, Álvaro se llevó las manos a la cabeza y negó vigorosamente con ella.

—No me lo puedo creer, Lu. —Bajó los brazos y no supo muy bien qué hacer con ellos—. ¿Por qué? —Ahora sí, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Me encogí de hombros.

Sí, sí, tal cual. Me encogí de hombros.

Álvaro no sabía qué decirme. Es más, diría que no sabía ni cómo mirarme.

—Yo… —Le temblaba la voz—. Yo te puedo perdonar. —Había súplica en su voz, cuando la que tendría que estar suplicando por volver era yo.

—No… No quiero que sigamos juntos, creo.

Qué tacto. Qué empatía.

Álvaro debió de pensar lo mismo.

—¿Cómo?

—Que no quiero que sigamos juntos —repetí—. Lo siento.

Por fin. Al menos dije «lo siento». Aunque lo cierto es que era un «lo siento» de puro compromiso, para hacerme a mí misma sentir mejor y no para mostrar arrepentimiento.

Es que no estaba arrepentida, de hecho.

Lo hice mal, lo sé, pero no se me ocurrió otra forma de hacerlo.

Es que es muy difícil tener catorce años, joder. Tienes que ser alegre y desenvuelta, pero también mostrarte lo suficientemente reflexiva para parecer madura; tienes que ser atractiva, pero no caer en la vulgaridad; tienes que ser estudiosa, pero asegurarte de que no te tachan de empollona… Tienes que ser muchas cosas (¡todo lo que se espera de ti!) y al mismo tiempo no serlo del todo, o no serlo mucho, o serlo sin que sea obvio que pretendes serlo.

Es imposible comportarse como está previsto que te comportes.

Pero para Álvaro, nada de esto justificaría que yo me haya liado con otro. Para él, es muy fácil: soy su novia, sólo tengo que estarme quietecita; sólo tengo que portarme bien.

Cuando le dije que lo sentía, vi que por su cara pasaban muchas y muy diversas emociones, y diría que ninguna de ellas le iba a llevar a perdonarme o a entenderme. Me miró fijamente a los ojos, primero con incomprensión, luego con pena y, al final, con rabia, y fue este último sentimiento el que se superpuso sobre los demás, ocupándolo todo y no dejando hueco alguno para experimentar otra cosa, cuando me dijo, sin paliativos:

—Eres una zorra.

No era la primera vez que me llamaban zorra, pero sí era la primera vez que se lo escuchaba a Álvaro, y no sólo en relación a mí, sino en relación a cualquier chica.

Yo debía de haber actuado verdaderamente mal, porque había transformado a Álvaro en alguien que nunca había sido.

No sé si fue el asombro de escucharle decir eso o el hecho de que no me arrepentía de la infidelidad, pero ni siquiera bajé la mirada al escucharle insultarme. No me sentí humillada. Diría, más bien, que estaba muy sorprendida.

—Eres una zorra —repitió Álvaro, no sé si para convencerse de ello o porque, una vez dicho, ya no podía reprimirse y no repetirlo.

Me sorprendí pensando que Álvaro parecía estar en pleno aprendizaje de la reacción masculina por excelencia: denigrarnos, cuando no pueden tenernos. Se le estaba dando bien, me dije. Con la próxima chica, ya ni siquiera parecería dudar de cuál era su papel cuando le tocara desempeñarlo.

Le dejé desahogarse y no dije nada porque, a decir verdad, sabía que lo que había hecho estaba mal. Me había comportado como una zorra. Álvaro podía decírmelo y desahogarse. Lo acepto. Sin más.

El problema es que Álvaro no sólo se desahogó conmigo, sino que, al parecer, lo hizo con sus amigos, y sus amigos con otros amigos, y éstos con sus hermanos, primos y vecinos y, al finalizar el día e irnos a casa, todos ya sabían que yo era una zorra.

Escuchaba a los alumnos cuchichear en corrillo y señalarme con el dedo cuando pasaba a su lado. Veía los ojos puestos en mí a donde fuera que mirara. Empecé a ser muy consciente de mí misma, y me dio por estar insegura de cómo llevaba recogido el pelo; de cuán corta era mi falda; de cómo de grandes eran mis pechos; y hasta de cómo andaba. Me sentí observada, juzgada, evaluada; y eso me volvió torpe e insegura.

Por la mañana yo era Lu, y ahora era una zorra.

Yo sabía que me había comportado como una zorra, ¿pero eso ya me convertía en una zorra? ¿Hasta cuándo? ¿Para siempre?

Pues al menos, para siempre durante mi etapa escolar, aunque entonces no lo sabía. Lo que eres en el patio del colegio queda sentenciado allí mismo y de esa condena ya no se puede salir.

Así que Álvaro se lo había tomado mal, pero se le pasaría. A mí no se me pasaría esa calificación que me había otorgado y que, luego, había propagado por el colegio como si fuera una enfermedad infecciosa. Pero eso, claro, no puedo decírselo a mi madre.

Cuando hablo con mamá, finjo que todo va bien. En general, cuando hablo con todos, salvo con mi mejor amiga Claudia (a la que llamo Clau, igual que yo quiero que ella me llame Lu), finjo que todo va bien. Que soy una adolescente feliz, que vivo una vida divertida, que nada me perturba.

En realidad, todo me preocupa mucho, y si me paro a pensar en cada uno de los pensamientos que me atosigan, me da un poco de vértigo. Es como pensar en el universo infinito. Es abrumador.

Sí, «abrumador», «melancólica» … Porque yo tengo ese vocabulario, aunque a mi madre le resulte sorprendente. Porque leo desde que tengo uso de razón, y antes de saber leer, pasaba las páginas de mis cuentos infantiles y me inventaba yo misma las historias. Así que esos adjetivos, «abrumador», «melancólica»; son la base misma de mi forma de hablar y de escribir.

Pero finjo que no es así, claro está, porque una adolescente de catorce años no es así. Y lo más importante ahora mismo, sin ninguna duda, es encajar de algún modo en este ecosistema tan estructurado que es mi clase, mi curso, mi entorno, mi vida. Por eso finjo mucho y me construyo una imagen de mí misma que me parece aceptable; y escondo dentro, en los escasos recovecos que me permito, lo que verdaderamente soy. Lo que sólo conoce Clau, y ni siquiera en su integridad.

Creo que ni yo misma me conozco bien en toda mi integridad.

Sé que soy Lu, de catorce años, hija de Luisa y Mario, hermana de Mario. Sé que he cortado con Álvaro.

Y también sé cosas que no puedo confesar, como que el chico con el que le fui infiel a Álvaro se llama Gorka y tiene nada menos que veintidós años; y que mi padre Mario tiene una amante, o al menos la ha tenido, aunque no sé el alcance de su relación.

Lo de Gorka lo dejo para después, porque ahora mismo no me parece importante.

Lo de mi padre, en cambio, no me deja dormir.

Le pillé un mensaje de esa mujer.

Fue sin querer, hará como dos semanas, cogiendo su móvil para hacerme un bizum, con su propia autorización. Es tan poco discreto que mantenía los mensajes en su aplicación de Whatsapp, que se me abrió sin querer, al tocar erróneamente ese botón en lugar del del banco.

Ella, una tal Silvia, le decía «Te quiero. No puedo vivir sin ti. Piénsalo».

No abrí el chat con ella ni leí más que ese último mensaje que aparecía junto al resto de conversaciones en la aplicación. Me dio tanto vértigo como el universo infinito; como llevar las braguitas blancas que aún me compra mi madre y que el viento me levante la falda del uniforme y los chicos las vean; como el pensamiento que me acecha cada vez que me como un bollo de que me voy a poner tan gorda que nadie va a querer siquiera sentarse a mi lado en el autobús.

Mi padre le ha sido infiel a mi madre, menuda injusticia.

Y no por ella, ¿eh? Ellos ya son mayores, que se apañen como quieran. Es una injusticia para mí, que soy pequeña. Son mis padres, tienen que seguir siendo mis padres, están obligados a procurarme un entorno seguro. Sobre todo, están obligados a no separarse.

No, no. No pueden separarse.

Y por eso mi madre no puede saber nada. Tengo suerte, porque ella nunca se entera de nada.

Lo que no sé es que hacer con esta información que me genera un nudo en el estómago y me hace dejar a medias incluso el tiramisú que mi madre ha hecho con todo su cariño para celebrar que mi hermano ha marcado un gol con su equipo de fútbol (mi hermano es malísimo jugando al fútbol; eso justifica la excitación familiar por algo que, en otra familia, resultaría habitual).

¿Hablo con mi padre?

¿Estamos locos? Tengo catorce años. No tengo ni idea de qué decirle. Bueno, sí lo sé. Que se esté quieto, que se comporte, que me dé lo que me ha prometido. Una infancia y una adolescencia tranquilas y sin sobresaltos.

Las parejas se separan, sí. Muy bonito. Pero mis padres no, de ninguna manera. Eso que les pase a otros, y así los podré mirar con ojos comprensivos y decirles que no se acaba el mundo, que es normal, que mejor que estén separados a que estén juntos si no se quieren.

Porque yo, a mis padres, los quiero juntos, aunque no se quieran. Que se aguanten, haberlo pensado mejor. No me jodáis la vida, que ya es bastante jodida sin que me deis disgustos; gracias.

Eso quiero decirle a mi padre, pero no me siento capaz de hacerlo. Me escucho y mis propios pensamientos me suenan infantiles; poco empáticos. ¿No sé ponerme en el lugar de mi padre? Creo que sí sé, pero no quiero.

Joder, encima es que mi madre mola mucho. Es mayor (no sé si la tal Silvia es más joven) y a veces es un poco sosa; quizás no es la más divertida; pero está cañón. Lo sé porque veo a los padres del colegio mirarla y porque yo misma tengo ojos en la cara. Tiene el pelo largo, no esos cortes de madre que llevan todas cuando cumplen una cierta edad; tiene curvas, como yo (exuberante, diría ella); y cuando se arregla un poco sube de nivel y está preciosa. Además, nos quiere mucho, nos cuida genial, es muy trabajadora. Y quiere mucho a mi padre, aunque quizás ya no lo mira como antes, porque de repente me parece darme cuenta de que ya no se besan cuando estamos esperando el ascensor (y nosotros gritamos «¡puaj!» mientras hacemos gestos de desagrado), ya no les escucho echar el pestillo de la habitación (sí, mamá y papá, me doy cuenta de eso) y hace mucho tiempo que no salen a cenar y nos dejan al cuidado de los abuelos.

Seguro que mi madre le da tres mil vueltas a la tal Silvia.

Por un momento, odio a mi padre. Le odio por ser infiel, pero sobre todo, le odio por darme una preocupación más para añadirla a esta torre que estoy construyendo y que al mismo tiempo finjo que no existe, aunque ya es tan alta que difícilmente puedo mirar a ningún lado sin toparme con ella.

Yo ya sabía lo de mi padre y la tal Silvia antes de serle infiel a Álvaro. ¿Una cosa me llevó a la otra? No lo sé. Me gustaría tener alguna justificación para ser tan zorra, pero quizás no la

tenga. Quizás me habría liado con Gorka igualmente.

Cuando le volví a ver, en la biblioteca del polideportivo donde voy por las tardes a estudiar (a «estudiar», debería haber dicho), se lo dije a quemarropa.

Él había salido a fumarse un cigarrillo y yo había salido a comprarme una Coca-Cola como pretexto para fingir que no salía para coincidir con él, y cuando, estando yo apoyada contra la pared y él de pie enfrente de mí, empezó a charlar conmigo, como ya había hecho dos o tres veces otras tardes anteriores; se lo solté.

—Mi padre le está siendo infiel a mi madre.

Por qué se lo dije así, de improviso y con esa crudeza, no sabría explicarlo. Mi relación con Gorka, hasta entonces, se limitaba a mirarnos mientras «estudiábamos» (él es bombero, o está en proceso de serlo; no me ha quedado muy claro) y a que él se dedicara a salir a fumar cada poco y yo a seguirlo al menos una vez cada tarde, soñando con que él volviera a hablar conmigo.

Tener catorce años y que un chico de veintidós hable contigo. Es como conducir sin carnet un coche de alta gama a doscientos kilómetros por hora por una carretera del litoral, no me digas que no.

(No tengo ni idea de qué se siente al conducir sin carnet un coche de alta gama por ninguna carretera, pero he visto muchas películas y eso debe de darte un subidón de flipar).

Mi corazón, al menos, iba a ese ritmo cuando estaba con él.

Gorka sonrió mientras le daba otra calada a su cigarro. No era muy alto, a lo sumo, diez centímetros más que yo, pero era musculoso. Consciente de ello, siempre llevaba camisetas o jerséis ajustados que le marcaran los bíceps, los deltoides y los pectorales (me encantó enterarme del nombre de todo esto cuando dimos anatomía en clase, como se puede ver). Llevaba el pelo corto, rapado prácticamente a ras de la cabeza, y a veces se le adivinaba una barba incipiente que me volvía loca.

Tras expulsar el humo del cigarrillo, me miró con sus ojos oscuros, pensativo.

Esa mirada, en serio. Penetrante, inquisitiva, sin resquicio para la timidez o la duda. Empezaba en mis ojos y luego vagabundeaba en torno a mis labios, mis tetas, mis piernas. Me hacía suya y yo, cohibida, nunca sabía aguantársela y acababa bajando los ojos al suelo, fingiéndome concentrada en otra cosa.

—No pasa nada, Lu. —Gorka siempre me llamaba Lu. Me presenté con ese nombre y él nunca puso en duda que así era como debía referirse a mí—. No se acaba el mundo.

Asentí con la cabeza, como si comprendiera.

No comprendía una mierda, pero fingir es muy importante cuando tienes catorce años, y si el chico que te gusta tiene veintidós, lo es todavía más.

Me encogí de hombros, pensando cómo seguir la conversación. Lo importante, sin ninguna duda, no era qué decir, ni conseguir expresar cómo me sentía, sino que Gorka siguiera mirándome.

Se me adelantó.

—¿Tú nunca has sido infiel? —preguntó.

Le miré a los ojos, sorprendida por la pregunta, y vi que me guiñaba un ojo, travieso. Me reí con cautela. ¿Insinuaba Gorka que ser infiel era algo guay?

¿Lo era?

—No —contesté—. ¿Tú sí?

Le dio otra calada a su cigarro mientras asentía con la cabeza y sonreía al mismo tiempo.

—Sí, claro. Tienes que probarlo. —Sonrió—. ¿O siempre haces lo que se espera de ti?

No lo sé, Gorka. No lo sé, pero sé que me muero porque me sigas mirando, y si para ello

hay que ser infiel; lo seré; y si para ello hay que tirarse de un coche en marcha; me tiro; porque esto es estar viva y lo otro era vivir dormida.

Pero no le dije nada de eso, claro. Fingí, como siempre hago. Así que le sonreí y me fingí tímida (que es como me sentía, pero lo exageré, porque creo que queda sensual o, al menos, eso percibe mi yo de catorce años. De nuevo, he visto demasiadas películas).

—Ven conmigo —me dijo Gorka y, sin asegurarse de si le seguía o no (quizás sabía que ya estaba tan enganchada a él que lo seguiría hasta el final), tomó el camino que va por detrás del polideportivo hasta el parque infantil de más al fondo.

Lo recuerdo como si estuviera pasando ahora mismo.

Gorka se para hacia la mitad del camino, medio oculto por la frondosidad de unos árboles que alguien debería podar.

Yo me paro enfrente de él.

Estamos los dos solos en ese recoveco del camino, donde nadie debería vernos. Aunque alguien nos vio, claro está; si no, Álvaro no lo sabría.

Gorka acerca su mano a la mía y acaricia mis dedos. Suave, lentamente. Mi corazón se desboca y me da vergüenza que se dé cuenta de ello. Trato de mantener la calma y finjo que esto me ha pasado mil veces, que los tengo detrás de mí haciendo cola, que Gorka no es tan especial.

Alzo la mirada para coincidir con la suya, aunque él se hace de rogar y sigue mirando el roce de nuestras manos unos segundos más, sabiendo que mis ojos están fijos en los suyos hasta que, por fin, pone fin al suplicio de mi espera y me mira.

Suelto un suspiro entrecortado y me doy cuenta de que tengo los labios entreabiertos. Los noto secos y muevo la lengua para humedecerlos, quizás porque de repente me molesta esa sensación, o quizás porque quiero que estén listos por si Gorka quiere besarlos.

Gorka los mira y pienso que sí, que quiere besarlos.

Me pongo muy nerviosa y no sé qué hacer, y a lo mejor no tendría por qué hacer nada, pero no sé, se da ese momento en el que eres plenamente consciente de todo tu cuerpo y luchas por reaccionar y al mismo tiempo rezas por no sobrerreaccionar, porque no quieres destruir la magia que flota como partículas invisibles en torno a vosotros.

Gorka sitúa su otra mano en mi barbilla y la eleva, llevándome hacia él. Acerca su rostro al mío y me besa.

Uf. Es brutal. Siento su lengua fundirse con la mía y todo se vuelve húmedo, y es súper cariñoso y a la vez sensual, y me siento en una nube de algodón de azúcar, y es como si ya supiera que Gorka y yo estamos hechos para estar juntos y que éste es el primer beso de muchos. Es magia. Es como en las películas.

Pero después Gorka redobla la intensidad del beso y su lengua casi me llega a la campanilla, y me agobio un poco. Pierdo parcialmente el equilibrio, pero mueve la mano que estaba rozando mis dedos hasta mi cintura y me ayuda a recobrarlo. Lo que pasa es que luego la baja hasta mi culo y me aprieta contra él, y siento todo su cuerpo pero, sobre todo, siento su polla, y me parece que es enorme y está muy dura y que me va a traspasar a través de la ropa y me va a hacer daño, y me agobio otra vez.

Tiene veintidós años, ¿qué esperabas, Lu?

Le sigo el rollo aunque me dé un poco de miedo, en parte porque siempre finjo que sé lo que estoy haciendo (y, repito, con un chico de veintidós años, más) y en parte porque me da un poco de palo pararle los pies después del tiempo que llevo dejándome ver, siguiéndole, tratando de entablar una conversación intrascendente y soñando con que me hable, me toque o me bese.

Quizás yo sea una zorra, porque estaba deseando que esto pasase.

Pero no tan a fuego.

Pero ya no me puedo echar atrás.

Si lo hago, seré dos cosas horribles: una zorra y una calientapollas. Al menos, me gustaría ser sólo una zorra.

De nuevo, me digo, tiene veintidós años, ¿qué esperabas, Lu?

Por suerte, dura poco. Tras comerme la boca hasta el fondo y sobarme ansiosamente, Gorka se da por satisfecho y me suelta. Le da una calada al cigarrillo que llevaba en la mano que sujetó mi barbilla y que no había soltado en todo ese tiempo, y me espeta:

—Ya está. Has sido infiel, como tu padre. ¿Ves como no pasa nada?

Creo que debería seguir con mi teatro y sonreír, y así seguir fingiendo que todo va bien, pero no me sale. Me siento fatal. Quizás todos tengan razón y yo sea una zorra, y dejar que Gorka me hiciera todo eso no haya sido más que el principio.

O quizás ser infiel sea guay.

O quizás mi padre no sea tan mala persona o, al menos, yo no tenga derecho a estar enfadada con él por algo que yo también he hecho.

Lo que es seguro es que quizás sabría cómo sentirme si no tuviera catorce años, sino veintidós, pero, tal y como están las cosas, no tengo otra opción más que seguir haciendo lo que siempre me funciona. Fingir que soy más adulta, que sé lo que estoy haciendo, que quería hacer esto con Gorka, que no me importa herir a Álvaro, que el hecho de que mi padre sea infiel no está tan mal.

Huir hacia delante y esperar que al final no haya un callejón sin salida.

CAPÍTULO 3

Luisa

Duermo intranquila y doy tantas vueltas en la cama que incluso Mario acaba por despertarse y preguntarme si estoy bien. Bueno, si estoy bien, no; me espeta un «qué pasa» arisco y enfadado que encubre un «estate quieta ya, por Dios». Para qué iba a preguntarme si estoy bien, si lo que quiere es que no lo moleste para seguir durmiendo. Ni siquiera me ofendo, porque sé que mi reacción habría sido la misma. Hace años que Mario y yo no nos andamos con eufemismos.

Me levanto a las siete menos cinco de la mañana, antes de que suene nuestro despertador a las siete en punto, porque mi reloj interno funciona con precisión suiza. Me arreglo en silencio mientras voy y vengo de nuestro cuarto de baño al dormitorio para increpar a Mario, que dice que ya se levanta, pero no lo hace, hasta que a la tercera o cuarta vez que lo despierto, se rinde y va a la cocina a fumarse su cigarrillo de rigor.

No me gusta que me bese antes porque le huele el aliento de estar recién levantado; no me gusta que me bese después porque le huele el aliento a tabaco. El resultado es que por la mañana no nos besamos.

Despierto a los niños. «Arriba, que vamos tarde», le digo a Luisa (siempre vamos tarde, así que ya nunca me toma en serio). «Venga, levántate», le digo a Mario. Mi hijo es como su padre; se le pegan las sábanas como si fueran adhesivas y prácticamente hay que zarandearlo para que sea mínimamente funcional. Le doy tres intentos para que se desperece y, al final, sí, me toca zarandearlo un poco.

—¡Ay, mamá…! —se queja mi hijo pequeño, y me agacho para darle un beso, que rechaza, pero en el que sigo insistiendo cada mañana porque ya me quedan escasos años (quizás meses) para mangonearle como si fuera mi niño chico.

Mario y Luisa se ponen el uniforme y desayunan. Yo ando a rebufo de ambos, tratando de poner algo de orden en su caos. La empleada del hogar terminará, sin duda, la labor que yo voy a dejar a medias. Mi marido me mira y me recrimina, como casi cada mañana, que por qué me esfuerzo en recoger, si ya pagamos a alguien para eso. Ya nunca le contesto, pero le sigo dirigiendo una mirada glacial que le reprocha ese gesto de clase y que creo que lo dice todo.

Salimos a toda prisa; Mario, a su coche, para ir al trabajo; nosotros, al mío, para ir al colegio y luego al trabajo.

Martilleo el volante con las uñas, nerviosa, porque vamos justos de tiempo. Aparco de mala manera en doble fila, frente a la puerta del colegio, y urjo a los niños para que salgan. Me doy cuenta de que Mario se ha olvidado la chaqueta y salgo para dársela. Cuando lo hago, veo de reojo a Luisa arremangarse la falda del uniforme a la altura de la cintura, hasta que el largo que debe quedarle por debajo de las rodillas y que ya le queda por encima, tras mucho suplicarme para que le dijera a la modista que se lo subiera un poco, acaba quedándole a escasos centímetros del culo. Elijo hacerme la tonta, pero, cuando estoy dirigiéndome de nuevo a la puerta del conductor para entrar en el coche, escucho una voz a lo lejos.

—Si es que está hecha una zorra.

—¡Miren…! —le increpan un par de madres.

Las miro. La que ha insultado a mi hija, la tal Miren, es la madre de Álvaro, el ex novio de Luisa. Se da cuenta de que me he enterado, y tiene la falsa decencia de mirar hacia otro lado,

como si la cosa no fuera con ella. Las otras madres se afanan en rebuscar en sus bolsos, mirar sus móviles o despedir a sus hijos con la mano, aunque sus hijos ya hayan rebasado las puertas del colegio y aquél sea un gesto del todo inútil.

Me da miedo que Luisa lo haya oído. La miro y veo que está observando fijamente a Miren y al resto de madres. Ellas no se atreven a mantenerle la mirada, como ha sucedido momentos antes conmigo. Noto un nudo en el estómago y percibo el rubor en mis mejillas. Estoy furiosa. No es algo que me pase normalmente, pero esta afrenta no me ha ocurrido a mí, sino a mi hija, y mis reacciones no son aprendidas sino innatas, biológicas y animales.

Luisa, mi Lu, se gira para entrar al colegio y, de improviso, me ve y se da cuenta de que la estoy mirando. Creo que nota mi rabia y que sabe que he escuchado a Miren escupir su bilis sobre ella. Me sonríe, al principio tímida, y después de oreja a oreja. Me saca la lengua y me guiña un ojo, todo a la vez, y acto seguido da una grácil vuelta para dejarme atrás y cruzar las puertas del colegio.

Me da por sonreír, porque mi hija, de nuevo, me ha dado una lección. Por lo que se ve, a ella, lo que diga Miren, le da igual. Creo que los jóvenes dirían que «se la suda». Y con el gesto que me ha dedicado no hace más que decirme que mi rabia también está de más. Ella está por encima de esto. Ella se pone la falda a la altura que le da la gana y sabe que lo que digan los demás no la define.

A veces, dudo de que sea mi hija. Pero siempre, siempre; me enorgullezco terriblemente de que lo sea. Sé, sin duda alguna, que yo aprendo más de ella que ella de mí, y temo no estar a la altura de lo que necesita de una madre.

Sin saberlo, mi Lu me está cambiando la vida.

Conduzco pensativa, dándole vueltas a lo que acaba de pasar, y cuando aparco en el garaje del edificio donde trabajo, me miro en el espejo retrovisor y me veo como lo que debo de ser: una mujer madura, vestida de ejecutiva pero sin estridencias, que intenta parecer correcta y, sobre todo, no destacar.

No sé si destacaría en algo, porque lo cierto es que tengo un miedo paralizante de que eso ocurra, de que me miren, de que me juzguen.

Llevo años sin ascender en el trabajo porque me limito a realizar mis funciones, sin innovar, sin proponer nada nuevo, sin asumir cometidos más exigentes.

Llevo años con Mario porque me limito a hacer lo que se espera de mí, sin permitirme pensar qué yo (o él) pueda (o podamos) merecer otra cosa.

Siempre ejerzo mi papel y nunca me salgo de los límites.

Cómo me van a ver, si yo misma me escondo.

Me rebelo contra mi modo de ser y como en ese momento no puedo cambiar nada mínimamente relevante de lo que ha sido mi vida en los últimos quince años, decido modificar, aunque sea, mi aspecto físico. Rebusco en la guantera del coche la bolsita de maquillaje que llevo siempre ahí para emergencias y encuentro una barra de labios color rojo intenso que debí comprar en un arrebato y que nunca me he sentido capaz de usar. Me pinto los labios y me miro en el espejo retrovisor. Me pellizco las mejillas y logro aparentar un rubor natural que me resulta atractivo. Me abro el botón de la camisa y dejo que se intuya lo que escondo debajo.

Por un momento, pienso que los demás van a pensar que estoy hecha una zorra; pero, acto seguido, me acuerdo de mi Lu sonriendo y guiñándome un ojo en la puerta del colegio, y se me pasa. Si mi niña puede, yo también.

Salgo del coche, cojo el ascensor y subo hasta la vigésima planta de esta torre descomunal que se cierne sobre la ría de Bilbao y que es al mismo tiempo poderío arquitectónico, por su

altura y dimensiones, y ejercicio de comunión con el entorno, por su revestimiento íntegramente acristalado. Camino segura y decidida mientras saludo con una sonrisa a unos y otros hasta que llego a mi despacho. Dejo el bolso dentro de un armario y tomo asiento en mi silla.

No me ha dado tiempo a encender el ordenador cuando escucho el golpeteo de nudillos en la puerta, reclamando mi atención. Alzo la mirada y veo a mi compañero Rubén a través de la puerta acristalada, que ya está traspasando en esos momentos, como si llamar previamente ya le concediera tal autorización.

Como de costumbre, viste su cuerpo enjuto con unos pantalones chinos, camisa y jersey de cuello redondo. No ocupa un puesto en la dirección ni en ningún lugar cercano a la misma y, por tanto, puede permitirse no llevar traje a diario. Le envidio, porque a mí sí se me exige mayor formalidad.

—Luisa, buenos días —me saluda. Sonríen sus ojos pequeños y rasgados tras sus gafas de pasta y también sus labios, que se curvan hacia arriba y dejan ver unos dientes blancos y perfectamente alineados.

—Buenos días, Rubén —contesto.

Ya había saludado a Rubén al llegar a la oficina, de pasada, como al resto, y este nuevo saludo está de más. Pese a ello, no me resulta extraño, porque así es Rubén. Por motivos insospechados, me adora profundamente. Bueno, miento; sí que sospecho los motivos. Rubén piensa que soy una mujer como hay que serlo: responsable, decente, trabajadora, buena esposa y mejor madre. Sería Mario, si Mario no existiera. Probablemente, incluso, le gustaría ser un Mario de repuesto aunque Mario ya existiera.

Podría ser infiel con Rubén sin tener que esforzarme; pero, ay, es que Rubén es igual que mi marido, me querría igual que mi marido, y yo me aburriría irremediablemente con él, igual que con mi marido.

Seguramente Rosa, la mujer de Rubén, también se aburre con él. Me compadezco de ella y de que él me dedique a mí las atenciones que su esposa, probablemente, agradecería.

Rubén, ajeno a mis pensamientos, me sonríe y yo esbozo una sonrisa de compromiso.

—Espero que no te moleste que te diga que hoy estás más guapa que de costumbre, que ya es decir.

Mi sonrisa se amplía, pero no por gusto, sino porque me entran ganas de reír y sólo consigo reprimirme cuando voy a soltar una carcajada. Lo he disimulado tan bien, sin embargo, que Rubén sólo percibe esa sonrisa de oreja a oreja y sé que se felicita por haber sido el causante de la misma.

«Hombres», pienso. Una se insinúa un mínimo y ellos ya ven la vía abierta para entrar a mil por hora. Antes, pensarán, de que la aproveche otro.

—Gracias —consigo responder.

A Rubén se le van los ojos a mi escote, aunque trata de concentrarse en mantenerlos fijos sobre los míos, y no sabe muy bien qué más decir, porque está obnubilado y, hasta cierto punto, seguramente desconcertado porque ve que algo ha cambiado en mí y no sabe identificar qué ha sido. Decido romper el hielo.

—Tengo que repasar una última vez los informes para la reunión de las diez, ¿te importa si hablamos luego?

Rubén asiente con la cabeza vigorosamente, saliendo de su trance. Se da cuenta de que lo estoy echando, pero no se ofusca. Rubén necesita que lo dirijan, que le señalen el camino a seguir. Quizás Rosa no sea una de esas mujeres, y por eso él busca fuera de su relación lo que en ella le falta. O quizás Rubén se aburra con Rosa, igual que yo me aburro con Mario. O quizás,

simplemente, a Rubén le gusto y no tiene impedimento en saltarse todos los límites para satisfacer su deseo.

Tiendo a pensar que los hombres tienen un mundo interior tan rebuscado como nosotras y luego me doy cuenta de que no estoy en lo cierto, así que, seguramente, a Rubén simplemente le guste yo y quiera acostarse conmigo.

No me apetece ser infiel con Rubén, así que me centro en preparar la reunión de las diez.

Trabajo en una consultora, en el área legal, y mi actual posición es en cierto modo indefinible, lo que no puede achacarse más que a mi trayectoria profesional, mi carácter, y cómo los de arriba lo han utilizado todo para sacar el mayor provecho posible.

Siempre he sido competente en mi trabajo, pero la línea de promoción profesional marcada para todos los nuevos se quebró para mí cuando me quedé embarazada de Luisa, y después de Mario, y quise cuidar de ellos hasta que ambos fueron al colegio. En total, estuve cinco años sin trabajar. No cogí una excedencia, como es habitual ahora, sino que, al tantear al departamento de recursos humanos para evitar mi incorporación tras el nacimiento de Luisa, se me hizo saber, con un discurso pasivo-agresivo que ahora reconocería sin ningún atisbo de duda, que esas actitudes no eran bienvenidas. Se me ofreció un despido que, según me dijeron, era lo más favorable para mí, permitiéndome percibir el finiquito y, además, la prestación de desempleo. Supe que la conversación no se había desarrollado como yo quería y que el resultado no era el deseado, pero no fui capaz de decir que no.

Mario ni siquiera me lo recriminó. Creo que nunca pensó que pudiera salirme con la mía. Para él, como para tantos otros entonces, si una es madre, lo es y no es otra cosa. Sobre todo, la empresa no tiene que pagar por ello. Se abstuvo de valorarlo en esos términos, eso sí, y simplemente me aseguró que, competente como soy, encontraría trabajo tan pronto quisiera volver a hacerlo.

Cuando mi hijo pequeño entró al colegio con tres años, me dispuse a buscar trabajo y no se me ocurrió otra cosa que llamar a mi antigua empresa. No les guardaba rencor. Me pareció que actuaron correctamente, porque todo el mundo asumió que eso era lo normal. Me ofrecí a volver a trabajar para ellos y me contrataron de inmediato.

La alegría me duró poco.

Me relegaron a un puesto de poca importancia, con una categoría profesional al parecer paralela, pero en realidad inferior, a la que me habría correspondido por estudios y experiencia. Lo acaté sin rechistar y me esforcé en hacer bien mi trabajo. Al cabo de un par de años, uno de los socios se fijó en mí y me ofreció encargarme de sus asuntos. Dijo que era un puesto “de confianza”. Por aquel entonces, yo no intuía que aquello significaba que, en teoría, parecería poco más que su secretaria, pero que, en la práctica, realizaría en la sombra prácticamente todas sus funciones.

Mi jefe se llamaba Ígor y sigo siendo su persona “de confianza”.

Dicen que detrás de todo gran hombre hay una gran mujer. Yo soy, sin duda, la mujer que Ígor ensombrece con su presencia.

Me da por acordarme de algo que leí en mi época universitaria en el libro *Una habitación propia*, de Virginia Woolf, y que explica perfectamente lo que soy para Ígor. Decía Virginia (he tenido que buscarlo para poder citarla debidamente) que «durante todos estos siglos, las mujeres han sido espejos dotados del mágico y delicioso poder de reflejar una silueta del hombre de tamaño doble del natural»; que «así queda en parte explicado que a menudo las mujeres sean imprescindibles a los hombres» y «también así se entiende mejor por qué a los hombres les intranquilizan tanto las críticas de las mujeres»; «porque si ellas se ponen a decir la verdad, la

imagen del espejo se encoge; la robustez del hombre ante la vida disminuye».

Siempre he querido ser la gran mujer al lado del gran hombre, pero un espejo colocado de lado no refleja nada. De ahí, seguramente, que Ígor me relegue a su retaguardia.

Pero no quiero ser injusta con él. Ígor me valora enormemente. No en vano, sabe que soy yo, y no él, quien lo hace todo; y que eso le permite luego presentar las soluciones a los problemas en las reuniones con los otros socios, comentar las novedades con sus amigos del golf o alabar debidamente a los políticos que nos convienen en los eventos que celebramos a tal fin.

Quizás, también, yo tenga algo de síndrome de Estocolmo. Ígor se fijó en mí cuando yo no era más que una cría inexperta en los temas de la empresa y me enseñó pacientemente lo que necesité para empezar a volar sola. Que yo vuelo para que él vuele más alto, sí. Pero que me enseñó a volar cuando no sabía hacerlo, también.

Suena el teléfono y es Ígor, que quiere que vaya a su despacho antes de la reunión para comentarme una cosa. Acudo sin dilación.

—Buenos días —saludo al entrar.

El despacho de Ígor no tiene puertas acristaladas, como el resto, sino que es un búnker inexpugnable que guarda la intimidad que él tanto valora y, al mismo tiempo, lo diferencia sutilmente del resto. Nosotros vivimos en abierto e Ígor en su entorno reservado.

Cuando entro, veo a Ígor de pie junto a su mesa de trabajo, encorvado sobre unos informes que, sin duda, deben de ser los de la reunión que tendremos en unos minutos. Enfundado en el traje que constituye su uniforme diario, me da los buenos días sin llegar a mirarme y me hace una seña con la mano para que me acerque hasta donde él se encuentra.

—Luisa, tradúceme esto que hemos puesto aquí —me pide. Lo he puesto yo, y no él, pero, como ya he dicho, todo lo mío es también de Ígor—. Es técnicamente impecable, pero, en realidad, ¿qué significa? ¿Que la fusión no es factible?

Alza la mirada para coincidir con la mía y se ve sorprendido, también, por mi escote, donde se detiene unos segundos antes de continuar su recorrido hasta mis ojos. Sonrío.

—Es factible, pero complicada. Superaría, al menos según nuestros cálculos iniciales, el volumen de negocios que marca la Ley y tendríamos que notificarlo a la Comisión Nacional de la Competencia.

Ígor, cuya mirada discurría entre mis ojos y mis labios mientras hablaba, asiente con la cabeza, pensativo.

—¿Ofrecemos alguna alternativa para que eso no pase? —pregunta.

—Sobre el papel, no —contesto.

Ígor vuelve a mirarme a los ojos y comprende, y como lo hace, sus labios forman una fina línea que se curva de modo casi imperceptible y deja ver algo parecido a una sonrisa. Saca, de entre los informes que vamos a presentar en la reunión, uno que está encuadernado de modo distinto: rojo, en vez de
negro.

—Por eso esto es confidencial, ¿no? —inquiere, y su sonrisa se amplía y, de ahí, se traslada a sus ojos, que me miran, centelleantes.

—Sí —respondo, sonriendo yo también.

Asiente con la cabeza. Me mira una vez más. Parece que va a decir algo, y en mi fuero interno deseo que sea una felicitación o un agradecimiento, pero, como siempre, Ígor no me da nada si él no saca provecho de ello.

Sabe que ya hace años que me conformo con una sonrisa suya para alabar mi trabajo, y yo, que también lo sé, me odio por no hacerme valer más.

Dan las diez y nos acercamos a la sala de reuniones.

Ígor se sienta en la mesa redonda junto al resto de socios y yo me sitúo en una silla situada unos metros por detrás de él, junto a la pared. Me da por pensar que es curioso cómo la mera disposición de nuestros asientos da cuenta de nuestras diferentes posiciones en la empresa (y en la vida).

Además de los socios, en esta reunión están los máximos responsables designados por cada una de las dos grandes empresas que planean fusionarse y algunos empleados de nuestra consultora, también calificables "de confianza", como yo, pero con puestos y categorías profesionales coincidentes con su nivel de responsabilidad. No todos son hombres; hay, al menos, una mujer, algo más joven que yo, que ocupa uno de estos puestos de confianza bien delimitados. Se llama Miranda. Me pregunto cómo lo habrá conseguido, y cómo podría hacer yo para merecer lo que ella tiene.

Ígor expone los términos de la fusión a los socios y a los responsables de las empresas, que ya los conocen, pues les entregamos los informes a inicios de semana, y deja para el final los inconvenientes que él y yo acabamos de comentar y que el resto, sin duda, ha advertido.

—Ígor, es un informe muy completo —le felicita Antón, uno de los socios de mayor antigüedad. Me atribuyo internamente esa felicitación, aunque para Antón, directamente, yo no exista—. Pero, escúchame bien, ¿podemos hacer algo para evitar el procedimiento de control?

Se refiere a la notificación a la Comisión Nacional de Mercados y la Competencia, que activaría un procedimiento ciertamente complejo cuyo primer inconveniente para nosotros (para las empresas a las que representamos, mejor dicho) sería que se suspendería la ejecución de la fusión hasta que fuera autorizada (si es que finalmente lo es).

—Tenemos algunas propuestas —comenta Ígor, ladeando la cabeza.

—No constan en los informes —responde Antón, a quien no se le escapa nada.

—Lo sé. —Ígor asiente con la cabeza, y continúa—: Son iniciativas, digamos… algo imaginativas. —Todos sonríen y asienten, porque saben lo que Ígor insinúa. Él baja la cabeza, fingiéndose azorado (no lo está, Ígor es un tiburón), y se rasca la nuca.

Seguidamente, expone las propuestas del informe confidencial y deja que los socios y los responsables de las empresas interesadas mediten sobre ellas. Todos parecen convencidos en optar por una de nuestras sugerencias como medio para evitar el procedimiento de control de competencia, hasta que uno de los socios más jóvenes, Germán, a quien sé que Ígor detesta secretamente (e intuyo que son celos), encuentra un inconveniente y no duda en hacérnoslo saber.

—Pese a que coincido en que la que comentáis es la mejor solución, veo poco margen de maniobra y creo que estaríamos aun así muy cerca del límite de volumen de negocio que nos aboca a la notificación. —Germán mira a Ígor y añade—: Es una propuesta algo cautelosa, ¿no crees?

Germán sabe que a Ígor no le cae bien y tiene una curiosa tendencia a tratar de irritarlo.

Ígor ha debido endurecer el gesto, que no veo, pero que intuyo debido a que todo su cuerpo ha adquirido una tensión que antes no tenía. Pese a ello, contesta calmado.

—Si la propuesta es imaginativa, siempre intentamos que sea lo más cautelosa posible, Germán. Nunca arriesgamos más de lo que el cliente puede sacrificar.

Sonrío y bajo la cabeza al mismo tiempo para que no se den cuenta de mi reacción. Ígor también tiene una curiosa tendencia respecto de Germán; en su caso, a darle lecciones.

—Sí, hombre, no te ofendas… —le dice Germán, hurgando en la herida—. Sólo quería saber si habéis pensado ir más allá, en caso de que fuera necesario.

Germán ha dicho «habéis», y no «has» y, además, ha mirado y gesticulado en mi dirección al hacerlo. Germán está rompiendo la norma no escrita entre los socios y está haciendo ver que el trabajo no lo ha hecho Ígor, ensombreciéndome a mí; sino los dos, el uno junto al otro. No me extraña nada que Miranda, la otra mujer en un puesto de confianza, pero con una categoría profesional bien delimitada, sea la asesora de Germán.

Ígor se da cuenta de lo que ha pasado y hace ademán de girarse hacia mí, aunque se arrepiente de ello y finalmente se mantiene en su sitio. Ha tenido intención de darme mi lugar frente al resto, o se ha visto abocado a ello, pero ha renunciado a tal cosa en el último momento.

Diría que me apena, pero lo cierto es que nunca tuve esperanzas de que ocurriera.

—Claro que lo hemos pensado —contesta. Al menos, usa el plural para incluirme a mí, pienso, resignada.

Pasa un segundo, y luego otro segundo, e Ígor no dice nada. Me tenso en mi silla, extrañada, y veo que Ígor aprieta los dedos formando un puño cerrado y luego los extiende de nuevo, como suele hacer cuando está concentrado pensando.

Me parece que Ígor no sabe qué contestar.

Dejo pasar un segundo más, por si acaso.

No, no sabe qué contestar.

Tengo que ayudarle. Me pongo de pie. Los socios me miran, pero Ígor no, porque, como estoy a su espalda, no se ha dado cuenta de lo que está pasando.

Carraspeo. Ahora sí. Ígor me mira.

—Habíamos pensado que podíamos externalizar una de las líneas de negocio secundarias —contesto, mirándole a los ojos, alentándole a continuar.

Pensé decir que Ígor había pensado tal cosa, pero luego me acordé de que Germán no trataba a su asesora como Ígor me trataba a mí, y después me acordé de mi Lu, y me dije que cómo iban a oírme si yo misma guardaba silencio, y decidí utilizar el plural. Ígor y yo lo habíamos pensado; Ígor y yo estamos el uno al lado del otro, sin reflejarnos el doble de lo que somos y sin ensombrecernos el uno al otro.

Ígor me mira, sorprendido. Ciertamente, nunca he hablado en una reunión de socios sin que me dieran la palabra. Es posible, además, que nunca me hayan dado la palabra.

—Sí… —dice Ígor, dubitativo. Se vuelve hacia los socios, dándome de nuevo la espalda—. Si externalizamos el transporte de Nyk y se lo atribuimos a Teknol Services, que no tiene vinculación legal alguna con la empresa y sí un entramado logístico muy importante en ese sector, reducimos el riesgo de que se alcance el volumen de negocio que nos obligue a la notificación. Podemos lograr un buen acuerdo entre ambas empresas.

Todos asienten, incluso yo. Qué buena jugada. Teknol Services también es nuestra representada, así que todos ganamos. Sobre todo, la consultora.

Me enorgullezco del talento de Ígor para los negocios y ese orgullo prácticamente me hace obviar lo que verdaderamente ha pasado: que Ígor ha tomado mi idea, que yo había fingido que era de los dos, y la ha modificado mínimamente, apropiándosela en su totalidad.

Pero, sin poder siquiera reprochárselo por la admiración que, pese a todo, le profeso; cuando ya hemos dado por terminada la reunión y se ha despedido con un apretón de manos de todos los socios y de los responsables de las empresas, se acerca a mí, me mira a los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, me ve.

—Buen trabajo, Luisa.

Me da una simple limosna, pero se me infla el pecho porque sé, por su mirada, que todo ha cambiado.

CAPÍTULO 4

Lu

Cuando mi madre ha llegado hoy del trabajo, estaba contenta. Me ha llamado la atención, porque ella suele ser muy comedida y no muestra sus sentimientos; pero hoy tenía un brillo inusual en los ojos, sonreía para sus adentros sin motivo aparente y además estaba muy, muy guapa. Se había pintado los labios rojos y llevaba la camisa algo más escotada que de costumbre.

¿Habrá conocido también a alguien?

¿Por qué ahora me da por pensar que eso pasa tan a menudo? ¿Será porque sé que mi padre ha sido infiel? ¿O porque yo también lo he sido?

Pero no, no puede ser.

Mi madre no es una zorra como yo, ni es tan débil como mi padre.

Pero, espera. ¿Por qué, habiendo sido los dos infieles, me refiero a mí misma como una zorra y a mi padre como débil?

Me chirría, aunque no sé por qué. Ojalá pudiera saltarme toda esta mierda de la adolescencia y tener veintidós años, ser adulta y saber qué me pasa, cómo me siento y por qué. Porque los adultos lo saben todo, ¿no? ¿O también fingen, como yo?

En fin. Espero que mi madre no haya conocido a nadie, porque eso sería el fin.

No sé por qué, pero intuyo que, si mi padre conoce a alguien, sería a lo sumo una amante, pero nunca dejaría a mi madre por ella. Pero si mi madre conoce a otro… Eso es otra historia, y de las que no me gusta leer.

Tengo que hacer algo.

Tengo que conseguir que papá se fije en mamá de nuevo.

Me lo pone difícil, ¿eh? Porque yo he visto que mi madre está más contenta y más guapa que de costumbre, pero mi padre no. Mi padre apenas la ha mirado.

—Qué guapa estás, mami —digo, con intención de halagarla, sí, pero sobre todo, de que mi padre alce la mirada y la vea.

—Gracias, cariño —contesta mi madre. Sonríe y me besa en la mejilla—. Tú también, pero tú siempre estás guapa.

Jo, la quiero mucho. Ojalá mi padre no la estuviera engañando.

Mi padre mira entonces a mi madre y creo que se da cuenta de que sí, está más guapa, aunque no tiene ni idea de por qué. Le veo sorprenderse un poco, porque entreabre los labios como si fuera a decir algo, pero no sale ni una palabra de su boca. Me parece que está tratando de dar con lo que hace que mi madre tenga un aspecto diferente, pero no sabe qué es. Creo que lleva mucho tiempo sin mirarla como para darse cuenta ahora.

Reacciona bien, de todas formas, porque, aunque sea infiel, también es listo.

—Sí que estás muy guapa, Luisa —dice, y sonríe.

Me da rabia ver que se lo dice de verdad; que su sonrisa parece sincera. ¿Cómo puede parecer sincero, si le miente? No puede seguir queriéndola si le es infiel, ¿no? ¿O es que en esto no sólo hay blanco y negro, sino también escala de grises?

Mi madre le mira y le sonríe. Él se acerca a ella y, con cierta torpeza, la besa suavemente en los labios. Mi hermano Mario emite sonoramente el «puaj» de rigor, y después me mira extrañado, porque yo, por el contrario, no he reaccionado en absoluto. Mis padres ríen,

complacidos y a la vez avergonzados por la actitud de Mario, y vuelven a sus ocupaciones.

—Lu, cariño, ¿quieres venir de compras conmigo? —pregunta mi madre.

No me parece mal plan, así que asiento con la cabeza.

—¿Puede venir Clau? —pregunto.

Mi madre sonríe. Somos un tándem, Lu y Clau, Clau y Lu, siempre juntas.

—Claro que sí. Dile que salimos en diez minutos, que es lo que tardo en dejar la cena preparada.

Le mando un whatsapp a Clau, que vive conectada al móvil, igual que yo, y me contesta al momento. «Voy ya», me dice. Recorro mentalmente el camino entre su casa y la mía. Tres chalets bifamiliares, numerados con el 21, 23 y 25, hasta llegar al mío, el 27. Suena el telefonillo del portero automático. Es ella. Le abro y espero a que recorra los escasos metros que hay entre la valla de la entrada y la puerta de mi casa.

Aunque estoy en la cocina, junto al hall de la entrada, terminando de recoger la merienda, es mi hermano Mario quien corre a abrir la puerta.

—¡Hola, Mario! ¿Qué tal estás? —le pregunta Clau, contenta.

Mario se traba un poco antes de contestar.

—Bien, gracias. —Le sonríe—. ¿Y tú?

—También bien, gracias —contesta Clau, simpática.

Mario se queda embobado mirándola y, como siempre, tengo que intervenir.

—Vete a tu habitación, enano.

Mi hermano me taladra con la mirada y sé perfectamente por qué. Le he llamado «enano» delante de Clau, y ay, eso es lo peor que podía hacerle. Porque Mario está locamente enamorado de mi mejor amiga, como sólo un chico de doce años puede estarlo, y vive instalado en la fantasía de que puede tener algo con ella. Ay, el amor.

Clau se ríe y aligera la situación.

—Nos vemos luego, Mario.

Él le sonríe y se marcha, sin dar problemas. Porque así es mi hermano, un calco de mi madre. A veces pienso que nacieron para hacer felices al resto, y que yo, un fallo del sistema, sólo vivo para darles problemas.

Mi madre se acerca a la entrada y nos urge para que salgamos, porque si no vamos a llegar muy tarde y no nos va a dar tiempo a nada. El centro comercial no está muy lejos, pero hay que ir en coche. Es el peaje a pagar por vivir en una urbanización residencial de chalets bifamiliares, segura, de gente de clase media-alta.

Una vez allí, mi madre nos da algo de dinero para que nos entretengamos tomando algo mientras ella mira unas tiendas, y Clau y yo, fieles a nuestras tradiciones, nos sentamos a tomar unos dónuts. Ella elige cara y yo, cruz. Lanzo la moneda y sale cara, así que le toca a Clau elegir mi dónut. La idea es que cada día, según toque, una elija el dónut de la otra y así acabemos probándolos todos. De no ser así, Clau siempre elegiría el mismo, y eso es un rollo. Instauré este juego para obligarla a salir de su zona de confort y molestarla.

—Tienes que tomarte… ¡el morado! —dice Clau, señalando un dónut glaseado de esa tonalidad, con cobertura de fideos de miles de colores.

—Puaj. Morado, qué cruel. Yo nunca lo habría elegido para ti —bromeo.

—¡Mentirosa!

Reímos y cogemos los dónuts que cada una hemos elegido (bueno, Clau ha elegido hoy por las dos) y que la dependienta nos acerca por encima del mostrador.

—Mira quién está aquí. ¿Así se te pasan las penas, Lu? ¿Poniéndote ciega a bollos?

Me giro hacia quien me ha hablado y veo que es Amaia, de nuestra clase. Está vestida con ropa de calle, mientras nosotras seguimos con el uniforme; lleva colorete y sombra de ojos, y nosotras la cara lavada; y no le asoma ni un gramo de grasa por el escaso reducto de piel que su crop top deja al descubierto, mientras que yo ya noto como mi dónut está dejando una huella imborrable en mis caderas. Me apresuro a limpiarme de la comisura de la boca los restos del glaseado morado; me intento bajar la falda que ahora, inexplicablemente, noto más prieta que antes; y trato de no sentirme inferior.

Amaia se vuelve un momento hacia atrás y entonces veo que la acompañan sus dos escuderas, Marina y Ainhoa. Todas tienen esa desagradable sonrisilla en la cara propia de quienes saben algo que tú no sabes, pero que pronto te va a estallar en la cara.

—¿Qué penas? —pregunto, dándole otro bocado a mi dónut. Fingiendo que no estoy pensando en que es «un momento en la boca y toda la vida en las caderas», como los adultos de mi alrededor no dejan de repetir como si fuera gracioso.

—Venga, no te hagas la dura. Que sabemos que Álvaro te ha dejado. —Marina y Ainhoa ríen por lo bajo, secundando a su líder—. Por zorra, según dicen.

Amaia se encoge de hombros y me mira fijamente, echándome un pulso.

Tú sí que eres una zorra. Mala, que mira que eres mala.

Frunzo el ceño y me entran ganas de escupirle a Amaia mi rabia a la cara, pero noto que Clau mira a su alrededor, para ver si alguien nos está escuchando, y me doy cuenta de que la situación le resulta incómoda.

—No sé ni cómo sales a la calle, la verdad. —Clau baja la mirada al suelo y, aunque sólo la veo de reojo, sé que está muy concentrada en sus pies. Quizás, incluso, se haya puesto colorada, aunque la cosa no vaya con ella—. Claudia, ¿vienes con nosotras? Nos ha traído mi madre, luego te puede acercar a casa. Así no tienes que estar con *ella*.

Amaia se refiere a mí sin mirarme, como si yo fuera un desecho que no merece la más mínima atención. Ayer era relativamente guay, pero hoy soy una zorra. Hoy soy esa *ella* con la que nadie debería querer juntarse.

Siento una punzada de ansiedad en la boca del estómago y sé a ciencia cierta que lo que me preocupa no es que Amaia, o el resto del mundo, piensen que soy una zorra, sino que Clau me traicione y decida irse con ellas en lugar de quedarse conmigo. Pero ¿por qué no habría de hacerlo? Tenemos catorce años, por amor de Dios, esto es el sálvese quien pueda. Clau debería pensar en ella misma y sobrevivir. Me han bastado dos segundos de reflexión para acabar pensando que, si Clau me da la espalda, ni siquiera podré enfadarme con ella. Así de jodido es ser adolescente.

—No, gracias. Lo estoy pasando bien con Lu.

Dios, tengo ganas de llorar. Clau ha contestado sólo con un hilillo de voz y ni siquiera ha alzado la mirada hacia Amaia más de un segundo, pero no me ha traicionado. No sé qué he hecho para merecer esto y, aunque trato de buscar una razón con suficiente peso en el repaso mental de los acontecimientos de nuestro pasado juntas, no la encuentro. ¿Quizás la amistad sea esto? Apoyarse, pese a todo. Apoyarse, a cambio de nada.

No lo sé, pero sí sé que le debo una a Clau y, además, que tengo que arreglar rápidamente esta situación que se ha creado para no tensar más mi relación con ella. Para que ser mi amiga siga siendo guay y no una tortura.

Como yo también soy mala y sé jugar al juego de Amaia, no me resulta complicado encontrar las palabras para desviar la atención a lo que me interesa y reconstruir el relato que otros han contado de mí.

—Pobre Álvaro —comienzo, poniendo cara compungida—. La verdad es que no me puedo ni enfadar con él por ir diciendo por ahí esas cosas sobre mí, porque seguro que es duro que te dejen por otro, y que el otro encima te dé mil vueltas en todo. Pero, en fin.

Le doy otro bocado a mi dónut y miro a Clau, que indaga en mis ojos mi estrategia, curiosa y también, por qué no decirlo, esperanzada.

—¿Cómo? —dice Amaia.

La miro y me doy cuenta de que mi plan ha surtido efecto. Amaia ya no sabe qué está pasando. Marina y Ainhoa tampoco, y estrechan su corrillo en torno a ella y, por ende, en torno a nosotras. Yo las miro con la sonrisilla de quien sabe algo que ellas no saben, como ellas antes hicieron conmigo, y me preparo para lanzárselo a la cara sin anestesia.

—Nada, eso. Que estoy con otro chico. Álvaro quiso volver, pero le dije que no. A ver… es que no hay comparación. Pero lo siento por él, ¿eh? Si es un amor, lo que pasa es que Gorka… Bueno, digamos que tiene más experiencia.

Me encojo de hombros y me río, condescendiente.

Qué zorra soy. Y no es por serle infiel a Álvaro con Gorka, sino por esto que estoy haciendo ahora. Por fingir que me importa Álvaro, cuando en realidad lo estoy haciendo de menos, dejando caer que se muere por mí, que se arrastró para volver conmigo y que yo se lo negué, como si fuera una mota de polvo insignificante que no merece siquiera que la mire. Por dar a entender que sigo con Gorka, aunque nunca haya estado siquiera con él, para ser sinceros.

Álvaro sufriría si me escuchara hablar así, pero Gorka no. Gorka no me da pena. A él no pensaba verlo más; o bueno, no contemplaba no verlo más porque estudiamos juntos, pero pensaba ignorarlo, simplemente. Porque me dio miedo su beso desaforado y su polla erguida en el roce con mi falda del uniforme. Porque sus veintidós son muchos para mis catorce, aunque en las películas finjan lo contrario.

Pero ahora uso a Gorka igual que uso a Álvaro, y creo que eso me va a obligar a seguir rondándolo, al menos un tiempo. Al menos, hasta que encuentre otra salida.

—Bueno… —sigue Clau, dándome cobertura—, es que Álvaro no tiene nada que hacer contra un chico de veintidós años.

Bomba.

Amaia abre los ojos, sorprendida, y veo la intensidad del color verde de sus iris y el blanco de la esclerótica que los rodea en toda su circunferencia. Ella se inclina hacia delante, probablemente de la impresión de la revelación que acaba de escuchar, y me parece que los ojos podrían salírsele de las cuencas y saltar hacia mí. Me imagino recogiéndolos al vuelo y jugando con ellos como si fueran canicas. Casi me da la risa y sé que mi reacción es consecuencia de la tensión acumulada por nuestra conversación.

—¿Veintidós? —dice Amaia.

Se da cuenta de que se ha quedado con la boca abierta y la cierra, tragando saliva en un intento de recomponerse.

—Pero ¿dónde lo has conocido? —pregunta Marina.

—¿Sois novios? —dice a su vez Ainhoa.

Sonrío, porque ahora el cuento es otro y tengo toda la atención de mi público (y su admiración). Miro a Clau y ella me mira, extasiada también por lo que acaba de pasar.

—Lo he conocido en el polideportivo, estudiando. Él es bombero. —No lo es, o no todavía, pero qué más da—. Estamos juntos —no lo estamos—, pero es un secreto, ¿eh? No quiere que se sepa, por la diferencia de edad. —No tengo ni idea de lo que quiere Gorka, pero quizás esto sea cierto. Quizás no quiera que se sepa. Quizás no debería saberse.

Porque, espera.

¿Esto es legal?

O sea, ¿un chico de veintidós puede estar con una chica de catorce?

Sale en las películas, sí. Es súper romántico, también. Pero ¿no hay algo del estilo de que yo no puedo consentir legalmente?

Uf, qué turbio. Qué complicado. Me estoy metiendo en un meollo del que no voy a saber salir.

Pero ha funcionado, así que, qué más da. Ya me ocuparé más adelante de los problemas del mañana. Por hoy, ya tengo suficiente. Vuelvo a ser guay, Clau está encantada de ser mi amiga y Amaia va a extender mi «secreto» por todo el colegio en cuanto se despida de nosotras y coja su móvil para comentarlo por Whatsapp con quién sabe quiénes.

Me entran unas ganas inexplicables de pasarme por el polideportivo a ver si veo a Gorka, para que me coma la boca otra vez y todos lo vean, porque lo que antes me hizo sentirme mal ahora me tiene en una nube. Porque si todos piensan que estar con Gorka es guay, es que debe serlo, ¿no?

A lo mejor puedo dejar que Gorka se roce un poco contra mi falda, o incluso que la levante con sus manos para agarrarme del culo. No es nada que no le haya permitido antes a Álvaro. Podría, incluso, dejar que Gorka fuera mi novio de verdad y me hiciera el amor. Tampoco es nada que no le haya permitido antes a Álvaro.

Me acuerdo de la primera vez que Álvaro y yo lo hicimos. Estábamos en mi casa, como de costumbre, haciendo los deberes. Álvaro jugaba a deslizar la punta de su bolígrafo por mi muslo derecho, en sentido ascendente, hasta que tropezaba con el final de mi falda. A mí me gustaba; era como si me estuviera haciendo cosquillitas. Como las que me hacía mi madre de pequeña, acariciándome la espalda, para que saliera de mi adormilamiento y me dispusiera a vestirme y desayunar para ir al cole.

No podía confesarle ese recuerdo a Álvaro, porque yo ya no era pequeña, y porque pronto quedó claro que sus intenciones no eran las de mimarme sin esperar nada a cambio.

La siguiente vez que Álvaro deslizó la punta de su bolígrafo por mi pierna, sobrepasó el límite que marcaba mi falda y acabó junto a mis braguitas. Lo miré, algo confusa, pero sonreí, porque eso es lo que hacen las chicas, ¿no? Todavía no sé si eso le indicó que yo había consentido algo (no sabía, por entonces, qué es lo que iba a consentir), pero movió su mano para tocarme por encima de las bragas, dejando caer el bolígrafo. Recuerdo ser consciente del sonido seco y traqueteante que produjo al chocar contra el suelo y deslizarse, dando tumbos, hasta el otro extremo de la mesa. Al mismo tiempo, Álvaro empezó a masajearme, arriba y abajo, y yo, sin saber por qué, abrí más las piernas. Eso, seguramente, lo interpretó como consentimiento. Quizás lo era, qué sé yo. Lo cierto es que me gustaba que me tocara, ya lo había hecho otras veces, pero no sabía que ese día querría llegar más allá. No me dio tiempo a pensar si yo querría que llegara tan lejos.

Álvaro se inclinó hacia mí para besarme y metió su lengua en mi boca. Era suave y húmeda, sabía a menta (Álvaro era adicto a esos caramelos) y era tan conocida para mí que, como en otras ocasiones, me dejé llevar. Lo que pasa es que en otras ocasiones Álvaro no me estaba tocando por encima de las bragas, ni decidió deslizar sus dedos por debajo, ni se mojó con la humedad de mi coño, ni me metió los dedos dentro, excitado. Y todo esto sí que pasó esa vez, y yo ya no estaba pensando, pero creo que él tampoco, y sólo recuerdo que me quitó las bragas con urgencia y me tumbó sobre la cama, y se desabrochó los pantalones y se sacó la polla de los calzoncillos, y se puso un condón más torpe que sensualmente (un condón, se acordó del condón, gracias a

Dios), y trató de metérmela.

Y yo, que antes estaba tan caliente que no podía pensar y sólo quería que siguiera tocándome hasta correrme, entonces sí que estaba asustada, lo confieso, pero no quería decir nada, porque las chicas no hablan de esas cosas, ¿no? Y porque Álvaro tenía la polla dura y enorme, y aunque yo ya la había visto antes y había jugueteado con ella, ahora me parecía un juego de niños, porque estaba convencida de que su polla en ese momento era el doble de grande y que no era la misma, y que Álvaro no era el mismo, y que me iba a meter eso dentro y me iba a partir en dos y me iba a morir, todo a la vez.

Me puse tensa y Álvaro no fue capaz de metérmela, y vi que se agobiaba y me sentí mal, porque era mi novio y era nuestra primera vez y es muy importante para un hombre que todo salga bien, me dije, porque si no dudará de todo, me convencí, así que me relajé y le ayudé a que entrara y no pensé en si hacerlo así, asustada y pendiente de que lo que íbamos a hacer cumpliera sus expectativas, me haría dudar de todo a mí.

Álvaro me la metió hasta el fondo, y aunque no fue muy brusco, tampoco fue muy suave; pero le perdono, porque imagino que tenerla así de dura y enorme tampoco te deja mucho hueco para pensar en ser romántico o cuidadoso. Y estando dentro, Álvaro empujaba en oleadas, y jadeaba mucho y a mí me sonaba muy fuerte, aunque a lo mejor sólo es porque estaba tumbado encima de mí y sentía su aliento en mi oreja, y yo intentaba volver a estar tan caliente y entregada como cuando sólo me estaba tocando por encima de la braga, pero no podía evitar tener miedo y sentir frío y pensar que yo no era la que estaba en ese cuerpo, sino que estaba viéndolo todo pasar desde arriba, desde un punto indeterminado del techo.

Álvaro gimió algo más fuerte y se quedó quieto, derrumbado encima de mí. Pareció que se había muerto, pero enseguida volvió a respirar, y no sé si me alegré o no de ello. Lo cierto es que no sabía cómo sentirme. Seguía mirándome desde fuera, a dos metros sobre nosotros.

Álvaro salió de mi cuerpo y me sonrió, y yo le sonreí de vuelta. Él parecía contento, me parece que estaba satisfecho con lo que habíamos hecho. Se quitó el condón menos torpemente de como se lo había puesto, se subió los calzoncillos y los pantalones y miró alrededor, sin saber cómo deshacerse del preservativo. Me puse las bragas y le dije que me lo diera, que lo envolvería en papel higiénico y lo tiraría en la papelera de la cocina como si fuera un tampón. Me miró agradecido. Hice lo que le había dicho. Volví a la habitación y le sonreí, dudosa. ¿Qué se hace después de follar?

Esto no había sido nada romántico, me dije, apenada. Para nada como en las películas.

Creo que Álvaro notó que yo estaba triste, porque vino a darme un beso en la mejilla y luego, de un modo un poco aparatoso y desde luego nada natural, me dio un abrazo. Me dije que debía perdonarle, porque seguramente él tampoco sabía cómo sentirse o cómo reaccionar. Pero, al mismo tiempo, aunque intentaba ser una buena chica, estaba enfadada. Me lo había imaginado de otra manera.

Me había imaginado que hablaríamos sobre ello y que consensuaríamos hacerlo. Que habría más mimos antes de que me la metiera. Que me la metería más suave; que me preguntaría varias veces si estaba bien; que me miraría a los ojos. Que se preocuparía de que a mí me gustara. Que, cuando acabara, no saldría de dentro tan rápido. Que no me dejaría sola.

Pero me tomó y me soltó como si fuera de usar y tirar.

A lo mejor es que, para ellos, lo somos. A lo mejor es que, para ellos, follar es un trámite. Para mí, en cambio, fue una idea bonita y un sueño difuso que no se materializaron como pensé que lo harían. Fue perder algo de mí misma que ya no podía recuperar, y que seguramente estaba muy ligado a eso que llaman inocencia, en sentido físico y abstracto.

Lo hicimos más veces, claro está. Desde entonces, parece que Álvaro todo lo que quería era eso. Yo cumplía con mi papel, pero no podía evitar sentirme usada.

A día de hoy, no sabría decir si de verdad me gusta follar. Creo que me gustaría hacer el amor, pero creo que nunca lo he hecho. Creo que, aunque Álvaro quería hacérmelo, no supo cómo, y aunque me gusta pensar que con el siguiente será diferente, seguramente no sea así. De todas formas, como lo que mejor se me da, a mis catorce años, es fingir, fingiré que con Gorka será distinto, y le dejaré usarme como lo hizo Álvaro.

Total, si ya le dejé a uno, ¿por qué no a los demás?

CAPÍTULO 5

Luisa

Que mi jefe reconozca en mí a alguien valioso, después de mucho tiempo mirándome sin verme, y que yo me derrita. Es un cliché. Parece una novela ligera de ésas que me gusta leer antes de dormir, pienso. Es cercano a patético, me digo. Pero ocurre, qué le vamos a hacer.

Desde que Ígor me vio, no dejo de pensar en él. Pensar como se piensa en un amante cuando cae la noche y una está a solas en su cama y añora su presencia. Me acuerdo de sus ojos dudosos buscando los míos para agradecerme el trabajo bien hecho, la leve curvatura de sus labios que indica que va a formarse una de las sonrisas a que me tiene acostumbrada y su mano por detrás de mi hombro, acariciándome imperceptiblemente como acompañamiento a sus palabras.

Lo que más me gusta de Ígor no es él en sí mismo, sino lo que irradia.

Me son indiferentes sus ojos, de tamaño, forma y color totalmente anodinos; pero me atrapa su mirada. La forma en que la dirige hacia mí, siempre cauteloso, como si temiera que yo no lo viera o, al revés, que lo viera tal y como él es, en lo más profundo de su ser y en las situaciones más oscuras, y lo rechazara. La manera en que escruta en mis ojos mi opinión sobre un tema de empresa, la razonabilidad de una solución a un problema o, simplemente, mi estado de ánimo para saber cómo abordarme mejor. El brillo que emiten sus ojos; la sonrisa que reflejan y que, muchas veces, no llega a sus labios; la confianza y las dudas; la inmensidad de lo que tiene y lo que le falta… Todo eso que veo en él y que no me permite dejar de mirarle.

Me es indiferente su altura o su porte; pero vivo enganchada a su presencia. Saber que ha entrado a una sala de reuniones antes de haberlo visto por la reacción que causa en el resto, que se yerguen, transforman sus conversaciones en susurros y después los extinguen, se meten las manos en los bolsillos, las sacan o buscan algo que hacer con ellas.

Cuando él se acerca a mí. Cuando reduce el espacio que nos separa con esas zancadas decididas; cuando sé que, una cabeza por encima de mí, va a cruzar su mirada con la mía; cuando le veo mover la mano y preveo que la va a poner detrás de mi hombro, o en mi cintura, o, muy inusualmente, en mi cadera.

Cuando se rasca la nuca porque está pensando, concentrado. Esa mano robusta, cerca de dos veces el tamaño de la mía, que se tensa y se relaja conforme él lo hace. Esa mano con cuyos toscos dedos, pienso, podría acariciarme suavemente la mejilla. Esa mano que podría deslizarse en un recorrido sinuoso y placentero hasta mi pecho. Esa mano que está hecha para mis pechos, que podría cubrir cada uno por entero, mostrando el contraste poético de su tostada y ajada piel contra la blancura y redondez de la mía. Esa mano que podría seguir bajando por mi cuerpo hasta mi sexo y que me imagino que lo acogería con suavidad, deleitándose en cada recoveco y cada pliegue, humedeciéndolo, humedeciéndose.

—Cariño, ¿no puedes dormir?

Me sobresalto un poco cuando Mario me habla y soy inmediatamente consciente de que mi respiración está algo agitada y que mi cuerpo ha debido de estar moviéndose al ritmo de mis ensoñaciones.

—No, perdona —me disculpo, porque imagino que no le estoy dejando dormir a él.

—No te preocupes. —Desliza su mano sobre mi cintura y me acaricia a través del pijama—.

¿En qué piensas?

En Ígor.

Pero como no puedo decir eso, trato de sacar provecho a la situación.

Le miro a través de la oscuridad que nos rodea y, aunque no me ve, sé que con lo que voy a decir va a percibir la intención de mi mirada y la calidez de este susurro.

—En que quiero follar.

Llevo mi mano a su sexo y lo acaricio, para que no haya dudas.

Tengo que hacer un inciso, y es que yo no suelo decir esa palabra: «follar». Suelo utilizar eufemismos, porque, si algo soy, es una buena chica, siempre pendiente del qué dirán, y si digo «follar», lo que van a decir es que soy una zorra. Pero hoy estoy muy caliente, Mario es mi marido y no me puede llamar zorra, y seguramente, además, le encantaría que lo fuera. Lo sé porque su sexo me habla, aunque él se haya quedado sin palabras, y el sexo no miente.

Mario desliza su mano por debajo de mi ropa interior y me acaricia. Sus dedos se humedecen, y él emite un sonido entre el suspiro y el gemido que demuestra su excitación. Le ayudo a quitarme la ropa y a retirarse la suya; se pone encima de mí y entra sin esfuerzo en mi interior. Gemimos, jadeamos, nos corremos pronto; quizás demasiado. Quizás estamos demasiado necesitados de cariño; quizás es que estos momentos de intimidad ya son escasos para nosotros; quizás es que nuestros cuerpos son conscientes de ello y no pueden resistirse a esa conexión desmesurada que se genera y a la que ya no estamos acostumbrados.

Mario se retira y se tumba a mi lado. Pongo mi brazo sobre su pecho y siento cómo su corazón se ralentiza; cómo su respiración se relaja.

Me encanta hacerlo con mi marido, aunque normalmente no me doy cuenta de ello hasta que volvemos a tener uno de estos contados encuentros íntimos. Sabe cómo y dónde tocarme, cuándo dejar de tocarme, qué tiene que decirme o cuándo prefiero que no diga nada. Sabe lo que quiero cuando yo no lo sé, y muy raramente se equivoca. Incluso cuando lo hace, no destruye la magia que fluye entre nosotros. Todo sucede de forma absolutamente orgánica.

Es una pena, pienso, que ya no pueda verle como antes. Cuando no veía más allá de él. Cuando respondía secamente a cualquier proposición de otro hombre, porque no podía pensar más que en el mío. Cuando la magia éramos nosotros dos, y no había que buscar nada fuera.

Ahora, sin saber por qué, nada de eso funciona. Como leí en *La insoportable levedad del ser*, de Milan Kundera, «hay ideas que son como un atentado». El autor mencionó la frase en otro contexto, pero recuerdo que, incluso desgajada del mismo, me impactó como si tuviera un sentido único y a la vez cambiante por sí sola y en cualquier situación. En mi caso, la idea de ser infiel se me ha manifestado como un atentado. Es una munición en racimo que me ha impactado de lleno y que, después, se ha extendido por todas mis extremidades, mis vasos sanguíneos y hasta mi piel. Es una semilla que ha crecido en mi interior, ramificándose y ocupando todos los espacios. Es una célula cancerígena, que se divide en otras dos, y luego en otras dos, y así sucesivamente, hasta que todo el cuerpo es cáncer y el cáncer es todo el cuerpo.

Me duermo pensando en la absurda fuerza con que la idea ha enraizado en mi mente, y me despierto, contrariamente a lo que pensaba, descansada.

La mañana es, como siempre, un trajín desbordante; pero, como me levanto antes que el resto, me da tiempo a situarme antes de que el caos me golpee. Me pongo el conjunto nuevo que compré ayer con Lu y me veo más joven y más guapa. Me deleito un momento en verme así, pero no puedo dedicar mucho tiempo a soñar despierta, así que me dedico a despertar al resto y, entonces sí, el día empieza con su intensidad habitual.

Al llegar al trabajo, noto que la atmósfera es diferente. Todos me saludan igual, pero me

miran distinto. Al principio pienso que es por mi ropa y me acecha la inseguridad. ¿Quizás no visto correctamente? ¿Quizás he ido demasiado lejos?

Rubén viene pronto a sacarme del pozo en el que yo misma me estoy hundiendo.

—Buenos días, Luisa —me saluda, y de nuevo, entra en mi despacho sin esperar a ser invitado.

De nuevo, me digo, tampoco se lo recrimino, con lo que yo misma consolido su actuación día tras día.

—Buenos días, Rubén.

—¿Te has enterado de lo de ayer?

—Creo que no. ¿Qué pasó ayer?

—Tras la reunión, con todos los socios presentes, Germán te puso en valor. Dijo que Ígor no debería retenerte más tiempo, que eres un activo muy importante para la empresa y que debería dársete un puesto en consecuencia. Lo discutieron y parecen decididos a ofrecértelo.

Rubén sonríe, extasiado. Yo no reacciono, porque no sé cómo sentirme al respecto.

Halagada, sí, me siento halagada. Como cuando Ígor me sonríe para valorar mi trabajo, ni más ni menos. Pero, también, asustada. Porque yo no sé si quiero el puesto que me merezco. Absurdo, ¿verdad? Pero cierto.

Sigo dándole vueltas al asunto, mientras Rubén conserva esa sonrisa bobalicona en su cara, y me da por sorprenderme de que Germán haya tenido el valor, o el descaro, de comentar delante de los socios el papel que una asesora cualquiera juega en la empresa. Y, más allá de eso, me sorprende que los socios hayan valorado su opinión, la hayan discutido y hayan, incluso, accedido a mejorar mis condiciones. Hay actitudes que son herederas de los tiempos que corren, me digo.

Cuando traté de indagar la posibilidad de dedicarme al cuidado de mis hijos durante un tiempo y después incorporarme al trabajo, se desechó sin más. No hubo una valoración de la situación, ni un análisis de las posibles soluciones, ni se ofreció alternativa alguna. Nadie, además, pensó que yo tuviera derecho a tanto.

Eran otros tiempos, me digo.

Ahora, al parecer, una tiene derecho a existir, a que la vean y a que le den su lugar.

El problema es que ahora ya no sé si estoy preparada para recibir toda esa atención. Ya no sé si la quiero. Ya no sé si estoy capacitada para ocupar los espacios que me corresponden.

—¿Qué dijo Ígor? —pregunto, porque pese a que me reputen capaz de navegar sola, yo aún sigo agarrada a mi ancla.

—No lo sé. No ha trascendido —contesta Rubén. Claro, es que Rubén no forma parte de esas reuniones; todo lo sabe por terceros—. Dicen que no quería dejarte ir, pero supongo que no encontró forma de justificar que sigas con él. —Me mira, me tantea y, luego, concluye—: Asumirá tu marcha y formará a otra persona. Seguramente, a una de las de primer o segundo año. —Se encoge de hombros.

Trago saliva, asiento con la cabeza y bajo la mirada hacia los papeles de mi escritorio. Están perfectamente colocados por montones, según la temática de los mismos y el nivel de prioridad en su análisis; pero, aun así, me dedico un momento a recolocarlos para darme tiempo para pensar.

Lo que ha dicho Rubén me duele. Creo que él lo sabe y, pese a ello, ha decidido decirlo, lo que me duele más aún, porque sé que ha aprovechado la supuesta buena noticia para lanzarme este puñal y herirme. Porque está celoso. Porque sabe que me molesta pensar que ya no seré la Luisa de Ígor, posición en la que me siento cómoda; sino que habrá otra chica de Ígor, quizás

más competente o más resuelta. Desde luego, me digo, más joven.

Quieren darme mi lugar, pero no se dan cuenta de que en realidad me lo están quitando.

—¿Y se sabe qué puesto piensan ofrecerme? —pregunto, fingiendo que es eso lo que en realidad me importa.

—No. Aún se está valorando. Puede que te pidan cambiar de departamento. Que vengas al mío, por ejemplo.

Rubén sonríe de nuevo y su sonrisa, aunque bobalicona, empieza a parecerme repulsiva. Me sigue llamando la atención que Rubén no se dé cuenta de que, cuando habla, comunica más con su tono, sus asociaciones de ideas y sus silencios, que con las propias palabras que pronuncia. Me asombra que él no sepa que yo sé cómo es solamente porque me fijo en todo eso.

—Bueno. A ver en qué queda todo —contesto, impertérrita.

Igual que ayer, Rubén se queda enfrente de mí, mirándome, sin saber qué decir y sin darse cuenta de que es momento de marcharse.

—Eso es todo, Rubén.

Rubén asiente y se va.

Me doy cuenta de que lo he despachado como Ígor lo hace con sus subordinados. Como si yo fuera su jefa. Y lo peor, me digo, es que Rubén lo ha asumido sin más, como si, por fin, cada uno hubiéramos ocupado la posición que nos corresponde.

¿Es que sólo hace falta que yo asuma un espacio para que ese espacio me pertenezca?

Recuerdo uno de los cursos de formación a que se nos obligó a ir el año pasado. Bueno, no se nos obligó, pero se nos conminó encarecidamente que asistiéramos, y se puso en horario laboral para que nadie tuviera que sacrificar su tiempo libre, y se cancelaron todas las reuniones que coincidían con el curso, y todos los jefes de departamento dejaron ver que pensaban acudir y que estaría bien que el resto hiciéramos lo mismo.

Nos obligaron sin imponer obligación alguna, como siempre sucede. Presión de grupo, lo llaman.

El curso de formación era sobre el techo de cristal, es decir, sobre la limitación del ascenso o promoción profesional de determinados colectivos dentro de las empresas. ¿Qué colectivo crees que choca su cabecita contra ese techo, al parecer frágil, pero en la práctica irrompible? Nosotras, las mujeres. Al parecer, somos un colectivo, que es lo que más me escama, porque en realidad nunca actuamos con esa sincronía.

En ese curso, más que sentirme comprendida o valorada, me sentí señalada. Creo que a mis compañeras les dio la misma impresión, aunque, acostumbradas como estamos a comportarnos según quién sabe qué estándares de rectitud y cordialidad, ni siquiera lo comentamos al terminarlo.

En lugar de explicarnos por qué tenemos vedada la promoción profesional, la conferenciante (una mujer, quién si no iba a echarnos en cara nuestra propia mediocridad) comenzó subrayando nuestras virtudes para la dirección de empresas y, tras esa exposición compasiva y condescendiente, nos escupió con desprecio nuestra falta de compromiso con la empresa y nuestra nula ambición o fuerza de voluntad para progresar.

Recuerdo que nos decía, con una sonrisa en la cara: el estilo directivo de las mujeres es comunicativo, empático, caracterizado por un liderazgo no autoritario, mediador y con capacidad de sintetizar los problemas, economizar los recursos y aportar soluciones imaginativas.

Recuerdo pensar en todas esas mujeres que me han precedido en la historia del mundo dialogando y negociando con sus hijos; achuchándolos cuando se caen de la bici y se hacen daño; ordenándoles, sin elevar la voz, que hagan esto o aquello; escuchando a los hermanos

cuando ha habido una pelea y repartiendo los castigos, si no equitativamente, al menos con cierta proporcionalidad salomónica; gestionando el dinero que entra en casa y dedicándolo a comprar los alimentos básicos o la ropa que es estrictamente necesaria y a llenar poco a poco la hucha que se vaciará pronto, cuando se estropee la caldera o se pinche la rueda del único vehículo familiar.

Claro que tenemos todas esas cualidades que decía la conferenciante. No hace falta buscar a mujeres directivas. Todas las mujeres realizan esa función directiva, bajo el mismo foco o, más frecuentemente, detrás de él.

Pero, ay, aunque valemos mucho y nos merecemos más (la conferenciante no deja de repetirlo, como si no lo supiéramos, de modo que acaba por parecer mentira), no lo buscamos. Es culpa nuestra (ella no lo dice, pero es imposible no extraerlo de su exposición), porque no tenemos ambición, ni fuerza de voluntad, ni compromiso suficiente. Dice que nos dedicamos demasiado a la familia y a los hijos, que tenemos que perder el «dominio» y el «sentido de pertenencia» respecto de ellos. Que no somos tan «políticas» como los hombres, en el sentido de crear y mantener una red de contactos en el trabajo y fuera de él que nos aúpen en nuestra vida profesional. Que no sabemos desenvolvernos en las «redes informales del poder real».

Es un curso bonito, una conferencia bien estructurada, un tema interesante. No obstante, los hombres no prestan atención y las mujeres nos revolvemos incómodas en nuestros asientos.

La conferenciante en ningún momento indica como una persona con el estilo directivo que ha citado (recuerdo: comunicativo, empático, de liderazgo no autoritario, mediador y con capacidad de síntesis y de aportar soluciones creativas) puede, de repente, transformarse en un ser «político» que entreteje relaciones sociales por pura conveniencia, que da y recibe favores sólo con objeto de promocionarse, y que una vez en la cima se mantiene allí en cualquier circunstancia y por cualquier medio.

Son cosas, a mi juicio, incompatibles. Creo que, por eso, sólo ascienden las mujeres que tienen un estilo directivo típicamente «masculino», esto es, que son ambiciosas, agresivas y autoritarias. Que pueden, en fin, competir con un hombre de igual a igual.

Porque para que te den tu lugar, yo sólo veo dos opciones. Que te comportes como lo haría un hombre y que los hombres te consideren uno de ellos; o que te comportes de cualquier otra manera, y un hombre o bien te acoja como una hija o una nieta, aupándote por ese sentimiento paternalista del que se enorgullecen; o bien busque en ti una amante, elevándote por el mero sentimiento de culpa de saber que te utiliza.

Yo no sé comportarme como un hombre, ni lo deseo; y la otra opción siempre me ha parecido deleznable porque daría lugar a habladurías y a mí, ya se sabe, siempre me ha importado lo que los demás piensen de mí.

Pero si Ígor quisiera ser mi amante y al mismo tiempo darme mi lugar, lo aceptaría. Porque voy a serle infiel a mi marido, y me apetece que sea con él, y si eso encima me garantiza un ascenso, ¿por qué no aprovecharlo?

Pienso así porque ya estoy cansada, y si éstas son las reglas del juego, por fin me he decidido a jugar. Porque creo que todo el mundo olvida que hay una tercera opción para que las mujeres rompamos el techo de cristal de una vez por todas, y es que nos deshagamos de esas «redes informales del poder real» que lo manejan todo en la sombra. Que el sistema deje de ser estereotípicamente masculino y, por ende, deje de obligarnos a masculinizarnos para encajar en él. Pero eso, claro, es destruir un paradigma, y no sabemos vivir sin un núcleo central que sea incuestionable. No es que ya no exista el patriarcado, como le dice un ejecutivo cualquiera a Ken en *Barbie*, de Greta Gerwig; sino que ahora saben hacerlo mejor.

Suena el teléfono y es Ígor, que quiere que vaya a verle a su despacho. Obedezco, veloz, y

asumo que quizás se trate sobre esa supuesta reubicación profesional de la que, al parecer, todos hablan.

Toco con los nudillos la puerta de su despacho y, sólo cuando me autoriza a entrar, lo hago. Veo que está de pie junto a la mesa de su despacho, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro y jugueteando con un bolígrafo que tiene en las manos, inquieto. Me mira y espera a que me acerque para, con un gesto, invitarme a sentarme en la silla que hay frente a su mesa. Lo hago y él se sienta en la suya. Sólo la enorme mesa de trabajo nos separa.

Ígor y yo nunca nos sentamos frente a frente, separados por esa mesa. Solemos hablar de pie o, a lo sumo, sentados junto a una pequeña mesa redonda que tiene en una esquina. Me basta constatar la disposición que ha elegido para hablar conmigo para que yo sepa que esta conversación no va a tener nada de ordinario.

Ígor cruza las manos por encima de la mesa y empieza a hablar.

—Luisa, quería hablar contigo. En primer lugar, para decirte que valoro mucho tu trabajo y para agradecerte que siempre estés en todo. —Me doy cuenta de que ha ensayado este discurso unas cuantas veces, porque, aunque intenta que suene afable, se escucha artificial y manido. Ígor alza la vista para mirarme—. Cuando voy a una reunión, siempre voy seguro de mí mismo porque sé que tu trabajo me sostiene. —Vaya, eso sí es bonito. Ígor retira la mirada, algo avergonzado. Se ve que eso le ha salido de dentro y no estaba específicamente ensayado, como el resto del discurso—. Hace tiempo que pienso que tendríamos que redefinir tu posición en el departamento —me doy cuenta de que dice en el departamento, en *su* departamento, y no en la empresa—, y quizás haya llegado el momento de hacerlo. Había pensado que podrías ocupar un puesto específico, con algo más de responsabilidad. ¿Qué piensas?

No hay ningún puesto específico con más responsabilidad en este departamento, me gustaría decirle. Están los de abajo, con ese sinfín de perfiles profesionales que cumple con la ilusoria misión de que piensen que, cada vez que suben un escalón, están ascendiendo en la empresa, estoy yo que soy “asesora”, y estás tú que eres el jefe. No hay mandos intermedios, por así decirlo.

—Te agradezco tus palabras. Sí, me gustaría ocupar un puesto así. Pero no lo hay, ¿no es cierto? ¿En qué estabas pensando?

—Si no lo hay, lo creamos, eso no es un problema. —Claro que no. Ígor quiere mantenerme en mi misma posición, pero adornándola con bonitos eufemismos y, seguramente, un incremento salarial, para que yo me sienta mejor pero, sobre todo, para que el resto se queden contentos—. Lo que no me gustaría es dejar de contar contigo.

Ígor frunce el ceño y hace un mohín de desencanto que trata de disimular, pero que le da un aspecto muy tierno. Me pregunto si esta conversación es lo más cercano a una declaración de amor que habrá hecho Ígor. Porque conozco a su mujer, y les he visto juntos, y juraría que él, en la intimidad, es muy parecido a como lo es conmigo entre estas cuatro paredes que conforman su despacho. Ígor y el amor son como el agua y el aceite; de diferente densidad, son incapaces de mezclarse.

Asiento con la cabeza para indicarle a Ígor que le estoy escuchando, y aprieto los labios en una fina línea mientras reflexiono, por qué no sé muy bien qué decir.

Ígor, inquieto, cambia de posición en su silla. Sigue mirándome fijamente. Noto que le incomoda el silencio que se ha instalado entre nosotros porque no sabe lo que estoy pensando, y él odia no tener la situación bajo control.

—Mira, Luisa, a ti no te voy a mentir. Por una parte, porque seguramente has escuchado rumores y, por otra parte, porque eres inteligente y, si no los has escuchado, te estás dando

cuenta del alcance de la situación por lo que te estoy contando. —Suspira—. Los socios quieren darte un puesto mejor, como yo, pero ellos pretenden proponerte que te hagas cargo de otro departamento. Quizás reestructuración de deuda, porque Pablo no se ve en condiciones de encabezarlo durante mucho tiempo y está pensando en jubilarse pronto. Estaríamos, entonces, al mismo nivel. —Me mira. Sus ojos me suplican en silencio—. No puedo ofrecerte estar al mismo nivel que yo en este departamento, pero sí crear un puesto intermedio a la altura de tus capacidades y con un nivel salarial similar. —Se detiene y parece meditar si decir algo más, y finalmente, sí, se atreve a decirlo—: No me dejes, te lo ruego —suplica, ahora con palabras.

Le mantengo la mirada en silencio y me sorprendo de no caer rendida automáticamente a sus lamentaciones. Qué mala soy. Y qué bien sienta, oye.

Pienso rápidamente en mis opciones y sé, sin ninguna duda, cuál va a ser mi decisión. No me apetece nada empezar de nuevo en otro departamento, y menos en ése que comenta Ígor. Es un área menor de la empresa, con un equipo humano que no es del todo de mi agrado, y donde, sobre todo, no está Ígor. Yo quiero ser jefa de este departamento, fusiones y adquisiciones, junto a Ígor, si es posible, o incluso sin él. Ésta es mi progresión profesional, y no otra. No en vano llevo formándome aquí alrededor de diez años.

Otras quizás verían la purpurina que ofrecen los socios (¡jefa de departamento!) y caerían rendidas a sus pies, pero a mí el brillo que envuelve la propuesta no me engaña. Dirán que no soy lo suficientemente ambiciosa o que no tengo la necesaria fuerza de voluntad, que no me he decidido a romper el techo de cristal cuando he tenido oportunidad de hacerlo, pero lo cierto es que me da igual. Mi futuro, al menos por ahora, está ligado al de Ígor.

—No te voy a dejar —le digo a Ígor, y aunque me refiero al ámbito laboral, él sabe que mi compromiso es más amplio—. Pero quiero ese puesto bien definido, un escalón por debajo de ti, que me has prometido, ¿de acuerdo?

Ígor sonríe. Yo también lo hago. Extiende su mano sobre la mesa y llama a la mía. Desenlazo mis manos, que hasta entonces reposaban unidas la una junto a la otra sobre mi regazo, y dejo que una de ellas vaya a su encuentro. Me la coge y me acaricia el dorso con suavidad. Nos miramos y siento que la electricidad fluye entre nosotros, y que nos falta poco, muy poco, para que esta corriente se altere, se vuelva inestable y se torne en un punto sin retorno de alto voltaje que lo quemará todo.

CAPÍTULO 6

Lu

Las cosas en el colegio han vuelto un poco a la normalidad, si por tal cosa puede entenderse que todos sigan pensando que soy una zorra, pero con cierto estatus; porque una cosa es serle infiel a tu novio con uno cualquiera, y otra muy distinta es serle infiel a tu novio con un chico más mayor. Esto hacía que los chicos me miraran con deseo y las chicas con envidia. Dadas las dificultades que tenía la situación, creo que yo había sacado el máximo partido a la misma.

Álvaro seguía mirándome con odio y yo seguía esperando a que se le pasara. No necesitaba tener una relación de amistad con él, pero sí esperaba que no fuera mi enemigo para siempre.

Es difícil dejarlo con alguien con el que has estado mucho tiempo. Es como que se te muera un ser querido, creo (nunca se me ha muerto nadie), porque de repente sientes como un vacío muy grande que no se puede llenar, y además lo notas todo el tiempo.

Cuando veía una película en el sofá, a veces comentaba alguna escena o me reía porque me recordaba a algo y miraba al sofá de al lado, esperando ver a Álvaro, pero no, él ya no estaba allí conmigo. Cuando no me salía un problema de matemáticas, cogía el móvil con intención de hacerle una foto y mandársela a él para que me ayudara a resolverlo, pero no, ya no podía hacerlo. Me quedaba delante de la pantalla del móvil, con el chat de whatsapp abierto, mirando su hora de última conexión, y lo apagaba corriendo si veía que él estaba en línea, como si pudiera saber que yo le estaba espiando. Como si pudiera sospechar que lo echaba de menos.

Ya nadie me acompañaba hasta el coche de mi madre al salir del colegio, ni me preguntaba qué tal me había ido el examen de inglés, ni cancelaba sus planes para venir a verme si a mí se me caían los míos.

Ya nadie me quería como Álvaro. Porque ¿no era eso el amor? Quererse, a pesar de todo. Quererse, a cambio de nada.

No había vuelto a pisar el polideportivo para estudiar desde que Gorka me besó. Clau, que estaba extasiada con el hecho de que yo pudiera salir de verdad con él (sospecho que quería conocer a algún amigo de Gorka y contagiarse de esto que yo estaba viviendo), no dejaba de pedirme que fuéramos allí. Como Clau es mi mejor amiga, un día decidí contárselo todo.

Bueno, no todo. Pero más de lo que le había contado a nadie.

—Es que me gusta mucho Gorka, pero estoy un poco asustada, Clau —le confesé una tarde, mientras merendábamos en mi casa antes de ponernos a estudiar. Clau había sustituido con total naturalidad a Álvaro en esos menesteres.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Es muy mayor.

Clau estaba un poco perdida y noté que no sabía muy bien a qué podía referirme.

Tengo que hacer un inciso. Es que Clau era más niña que yo, por decirlo de alguna manera (por decirlo como lo dicen los mayores). Aún no le habían crecido las tetas y llevaba los sujetadores de niña que yo usaba con diez años, nunca había tenido un novio y sólo se había besado con un chico en su pueblo durante las vacaciones de verano (yo, de hecho, sospechaba que esto ni siquiera era cierto). Creo que lo normal, con catorce años, es tener la vida de Clau, y no la mía, pero en fin, es lo que hay. Lo que quiero decir es que Clau, que yo sepa, nunca había

tenido miedo a una polla dura y enorme que se aprieta contra ti y piensas que te va a romper en dos. En esa situación, se volvía un miedo un poco difícil de explicar.

—Pero Lu, es un chico, todos serán más o menos iguales y querrán lo mismo, ¿no? Tú… Bueno, tú ya has estado con un chico.

Asiento con la cabeza, porque sé a lo que se refiere. Sí, ya me he acostado con un chico. ¿Eso debería darme algo de confianza? Porque sigo teniendo miedo.

—Sí, lo sé. Pero no sé, es que es muy mayor —repito, como si fuera suficiente explicación —. No es como Álvaro, creo. Me refiero a que, cuando me besa, me gusta tanto que no quiero que se acabe nunca, pero no sé si él siente lo mismo. A lo mejor, no lo siente. A lo mejor, sólo me besó porque se aburría, o porque sabía que yo no me negaría… A lo mejor no quiere saber nada de mí, Clau.

Le digo eso a mi amiga porque sé que puede comprender que me preocupe no ser correspondida sentimentalmente, pero no le digo lo otro, lo inconfesable. Que no me gusta follar, que lo hago un poco por inercia, porque sé que a ellos les gusta. Que me da miedo que Gorka me lo haga porque intuyo que no voy a tener, para nada, el control de la situación. Que no sé cuánto tiempo puede un cuerpo aguantar inerte a que todo pase mientras el alma lo observa desde el techo de la habitación.

—No creo, Lu. Tú eres guapísima y súper simpática, y Gorka seguramente ni se atreve a soñar con estar con una chica como tú.

Le sonrío a Clau por intentar animarme y porque sé que, además, ella piensa todas esas cosas de verdad. Perdí a Álvaro, pero la conservo a ella, y menos mal.

—Venga, vamos las dos al polideportivo a estudiar. Si vemos a Gorka, bien, y si no, también —propone.

—Vale.

Quiero agradar a Clau, así que me pliego a sus deseos esa tarde. Cogemos las mochilas y vamos paseando hasta el polideportivo. Está cerca; no hay más que salir de mi casa, recorrer la acera empedrada que une los chalets bifamiliares de mi calle, girar a la izquierda, cruzar la carretera donde paran los autobuses urbanos y, un poco más allá, el aparcamiento, y ya estamos. Una vez allí, subimos a la sala de estudio y nos sentamos, frente a frente, en mi mesa habitual. Gorka no está. Clau está decepcionada; yo, aliviada.

La tranquilidad no dura mucho, porque a los veinte minutos, Gorka aparece y se sienta a mi izquierda en la mesa. Le miro de reojo para cerciorarme de que es él, pero trato de no parecer interesada. Ni siquiera tengo que fingirlo, es que prefería no verlo todavía. Quizás, más adelante, cuando deje de tener miedo.

—Hola, Lu.

Gorka se dirige a mí y no tengo forma de evitarle.

—Hola, Gorka. ¿Qué tal? —le pregunto. Le miro y le sonrío tímidamente.

—Bien —contesta.

Me mira de arriba abajo, sin disimulo. Me siento algo cohibida y trato de estirarme la falda para que me cubra más los muslos, pero es imposible. Me la arremangué a la altura de la cintura esta mañana, como de costumbre, y no me dio por pensar en que parecería aún más corta sentada en la silla. En el colegio, eso me da igual, pero aquí… Aquí sí me importa.

—Ésta es mi amiga Clau. Creo que no os habéis visto antes. —Le presento a Clau porque no sé qué otra cosa decirle, y porque quiero que sepa que estoy acompañada. Es un gesto inútil, pero me da cierta seguridad.

—Hola, Gorka. Te he visto alguna vez estudiando aquí, pero no nos habían presentado —

dice Clau, simpática.

—No me suenas, lo siento —contesta Gorka, sin pararse a mirarla más de un segundo. Vuelve de inmediato a mirarme a mí. Bajo la vista y me concentro en mis deberes—. ¿Vienes a fumar, Lu?

Niego con la cabeza.

—Tengo muchos deberes.

Sonríe.

—¿Sí? —Asiente con la cabeza, sonriendo—. Vaya. Eso nunca ha sido un problema, ¿eh? —Se acomoda en su asiento y saca sus apuntes—. Lo que quieras, estudiamos un rato. —Se pone unos cascos que aíslan el ruido y se concentra en sus papeles.

Trato de concentrarme en mis deberes y de no pensar en que Gorka se ha enfadado conmigo, porque se ha enfadado, es obvio. Siente que le he rechazado, y lo cierto es que lo he hecho; no quería hacerlo, o sí, no lo sé, pero está claro que lo he hecho. No voy a saber cómo arreglarlo, y entonces ya no querrá ser mi novio, y ya no podré mantener la farsa en el colegio de que le fui infiel a Álvaro porque me enamoré de un chico más mayor, sino que solamente seré esa zorra que dejó que otro le comiera la boca, sin más. Me estoy agobiando mucho y no consigo marcar bien los números en la calculadora, me equivoco sin parar y lleno de borrones mi cuaderno de matemáticas; me pican los ojos y creo que quiero llorar, pero no puedo llorar, porque tengo que parecer más adulta, más madura, más mujer.

Gorka me mira de reojo y creo que lo sabe, lo de que estoy fingiendo, quiero decir; que no soy ni adulta ni madura ni mujer.

Noto que me toca el muslo izquierdo y miro hacia abajo y veo que me está dando una goma.

—Para tus borrones, Lu —susurra, guiñándome un ojo—. Que te van a suspender no por no saber hacer los ejercicios, sino porque no se ve nada.

Sonríe, divertido. Sonrío, agradecida. Cojo la goma que me está dando, pero él no la suelta, sino que me agarra la mano y me la aprieta con suavidad. Al final, me deja ir y mantiene su mano suspendida sobre mi muslo. La miro y me gusta ese contraste de su piel contra la mía. Noto el calor que desprendemos juntos. Gorka me hace una breve caricia y la retira.

Quiero llorar, pero ahora es porque me doy cuenta de que Gorka me gusta mucho, joder. Con una palabra mal dicha me hunde en el barro y con una caricia bienintencionada me sube al cielo. ¿Por qué me siento tan vulnerable?

Consigo concentrarme y terminar los ejercicios de matemáticas. Cierro el cuaderno y lo guardo en mi mochila. Debería estudiar para el examen de literatura, pero está Gorka, y vuelvo a querer que me mire y me alegre el día sólo con sentirme deseada, así que, esta vez, se lo planteo yo.

—¿Hacemos un descanso y vamos a fumar? —susurro.

Se quita los cascos que le aíslan del ruido.

—¿Perdona?

—Que si vamos a fumar.

—¿Ahora fumas, pequeña? Pensé que sólo fumaba yo.

Me llama pequeña y me derrito, aunque parte de mí piensa si no será porque sabe que soy una cría, que no soy ni adulta ni madura ni mujer, si se habrá dado cuenta de que sus veintidós son muchos para mis catorce y si eso hará que ya no desee besarme. Pero sonríe y me guiña un ojo, se levanta de su silla y me hace un gesto para que yo haga lo mismo.

Lo hago, claro. Haría cualquier cosa porque él siguiera mirándome.

Le digo a Clau, en un susurro, que ahora vuelvo, y veo que ella está contenta y que tiene

envidia, y sé que le encantaría venir detrás nuestra a mirar, a aprender, a compartir lo que me está pasando; pero que no lo hará, por si Gorka se da cuenta y piensa que es una cría y que no es ni adulta ni madura ni mujer. Porque, seguramente, Clau se sentiría igual que yo me siento, y eso me reconforta.

Bajamos las escaleras que van desde la sala de estudio a la planta baja y salimos a la calle. Gorka se apoya con un pie contra la pared del polideportivo, saca un mechero y un cigarro, lo enciende y le da una calada. Me lo pasa, por si quiero fumar.

—No, no. No fumo —le digo, sonriendo.

—Ya decía yo. —Se ríe—. ¿Qué tal todo?

No sé qué contestar. ¿Qué tal todo? Pues ni bien ni mal. Caótico. Desbordante. Mi padre sigue siendo infiel a mi madre, que yo sepa, y ella no lo sabe, y yo sí lo sé, y no tengo ni idea de qué hacer con esa información. Álvaro sabe que tú y yo nos besamos y me ha dejado y va diciendo por el colegio que soy una zorra. Les he dicho que estoy contigo y eso ha aligerado algo la situación, pero sé que no estamos juntos y me aterra estarlo y al mismo tiempo no estarlo y que se enteren todos. Voy a suspender el examen de literatura, aunque es mi asignatura favorita, porque lo que se me da mal son las mates y siempre me esfuerzo en ser al menos mediocre en esa asignatura, en lugar de ser excelente en aquélla. Quiero ser pequeña, como me has llamado hace un momento, y que mi madre me haga cosquillitas en la espalda y que mi mundo no vaya más allá de ella.

—Bien. —Me encojo de hombros. (Se me da genial sintetizar, ¿eh?)

—Hace días que no te veía por el polideportivo. Pensé que me estabas evitando.

Niego con la cabeza y miro al suelo. No sé cómo contestar a eso. ¿Me invento una excusa?

—¿No te gustó que te besara?

Cómo no me va a gustar, Gorka, si estoy deseando que lo hagas de nuevo. Pese al miedo. Sobre todo, pese al miedo.

—Claro que me gustó.

—Quizás fui un poco brusco. No fue mi intención, lo siento. —Baja el pie que tenía apoyado en la pared y se inclina hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros. Pone su mano en mi cintura y me la acaricia, y es una fracción de segundo, pero me estremezco en anticipación de lo que pueda pasar—. Es que hace mucho que me gustas; creo que perdí un poco el control —añade, en un susurro.

Uf. Me muero. Me muero por este chico. La dulzura con la que me ha hablado, el cuidado con el que me roza la cintura, en serio. Le dejaría hacerme lo que quisiera sólo por seguir sintiéndome como me siento ahora.

—¿Damos una vuelta? —propongo, aunque lo que quiero es que me lleve a un lugar más apartado y me bese y me deje sin respiración.

—Claro. Ven.

Le sigo y vuelve a meterse por el callejón tras el polideportivo que está parcialmente oculto por los árboles del camino, pero, esta vez, va más allá, hasta un acceso al edificio que actualmente está cerrado y que creo que sólo se utiliza cuando hay partidos oficiales. Me hace un gesto para que me acerque. Lo hago y miro a mi alrededor. Creo que aquí nadie podría vernos, salvo que se asomara específicamente con esa intención.

—Aquí nadie nos molestará —ratifica Gorka—. No me importa que me vean contigo, ¿eh? Pero creo que es mejor así.

Asiento como si lo entendiera, aunque no lo comprendo del todo. Intuyo que el hecho de que estemos juntos está mal, de algún modo, pero no sé si es ilegal, inmoral o cuál es el

problema. Quizás, como dice Gorka, simplemente es mejor así.

—Tenía ganas de verte… —Me agarra de la cintura con una mano y me acerca suavemente hacia él. Apoyo una mano en su pecho, pero no soy capaz de sostenerle la mirada—. No sabes lo mucho que me gustas… No puedes desaparecer así… —Con su otra mano, me acaricia la mejilla y, después, me hace alzar la barbilla para mirarle—. ¿No querías verme? —susurra.

—Sí.

—¿No te gustó que te besara?

—Sí.

—¿Crees que puedo besarte otra vez?

—Sí.

Me besa. Esta vez es suave y cálido. Sus labios entreabren los míos y su lengua se desliza dentro de mi boca, juguetea con la mía y todo se vuelve húmedo. Gorka sale de mi boca y me mira a los ojos, vuelve a acercarse y me vuelve a besar, pero, esta vez, sólo los labios. Los roza, los lame con la punta de su lengua, y cada vez que intento darle cobijo, se echa hacia atrás y me rechaza de nuevo. Elevo mi mano desde su pecho hasta su nuca y trato de atraerle hacia mí. Sonríe y me deja que nos unamos de nuevo, y ahora soy yo la que juega con su lengua y con sus labios, no dejándole entrar del todo, no permitiéndole salir del todo. Me gusta este juego y sé que aprendo rápido. Acabo por mordisquearle el labio superior y jadea, y me coge a horcajadas, su mano derecha bajo mi culo, por debajo de mi falda; su mano izquierda en mi muslo, elevándolo e indicándome que lo abrace así, con mis piernas; mientras él nos hace girar hasta que mi espalda está contra la pared. No hay espacio entre Gorka y yo, y vuelvo a sentir su boca en la mía, y todo es él y soy yo pero ahora somos indistinguibles, y vuelvo a notar su polla dura contra mis bragas y él está empujándose contra mí, pero de forma constante, y noto que no lo hace en oleadas, aunque sé que me gustaría; y que no me toca debajo de la braga, aunque sé que me gustaría. Me arqueo para hacérselo saber; para sentirlo más; pero, sin yo quererlo, Gorka decide ponerle fin a todo.

Rompe el contacto con mis labios, aunque sigue mirándolos, extasiado. Me inclino hacia delante, buscándole, pero se echa hacia detrás y no me deja volver a besarle. Me muerdo el labio inferior, disgustada, como una niña pequeña a la que castigan sin postre.

Gorka me ayuda a bajar las piernas y tocar el suelo y se separa de mí, jadeante y excitado. Se lleva las manos a la cabeza y la recorre hasta llegar a la nuca, desde donde las deja caer a ambos lados de su cuerpo. Se da la vuelta y mira hacia un punto indeterminado entre los árboles, demasiado frondosos, del otro lado del camino. Con los brazos en jarras, trata de recuperar el resuello. Suspira ruidosamente. Niega con la cabeza. Me mira de reojo y vuelve a mirar hacia delante.

—Me vas a matar, Lu.

Sonrío, porque me siento halagada. Porque no sabía jugar, pero me ha bastado que él tome la iniciativa para saber intuitivamente lo que tenía que hacer, y ha funcionado.

Tengo un poder y sé usarlo. Y qué poder. El de hacer que un chico de veintidós años pierda el control.

El subidón es éste, y no que un chico de veintidós años me mire. Lo que es de flipar es saber que yo puedo hacer lo que quiera con él, y no al contrario. Que el control pueda tenerlo yo.

Gorka se vuelve hacia mí y me coge de la cintura con su mano izquierda, mientras sitúa la derecha tras mi nuca.

—Me vuelves loco.

Sonrío.

—Lo sabes, ¿no?

Sonrío más ampliamente.

—Esto está fatal, Lu. No voy a poder controlarme mucho tiempo.

Le miro la polla casi sin pensarlo, reprimo otra sonrisa y vuelvo a mirarle a los ojos. Él se ha dado cuenta del recorrido que he trazado con mi mirada y, por un momento, creo que va a volver a besarme, que me va a romper las bragas y me la va a meter sin más preámbulo; pero se contiene. Al menos, esta vez, se contiene.

Suspira mientras mira hacia lo lejos para calmarse, y luego vuelve a mirarme y me besa en la frente. Me coge de la mano y tira de mí hacia el camino de vuelta a la sala de estudio.

—Vámonos, pequeña. Vámonos a donde no puedas tentarme mucho, anda.

Me río y le acaricio la mano que tenemos entrelazada. Dura poco, porque Gorka me suelta pronto, para evitar que nos vean.

Cuando entramos de nuevo en la sala de estudio y miro a Clau, mi mirada lo dice todo y ella, inconscientemente, se ríe, dándome a entender que no tengo nada que explicar.

CAPÍTULO 7

Luisa

Ígor cumplió con lo prometido y creó un puesto en el departamento específicamente para mí, con tareas y responsabilidades prácticamente compartidas con él e, incluso, con función de representación. Mi posición en la empresa no sólo era claramente mejor, sino que, además, era visible. Podía hablar en nombre del departamento en las reuniones con los socios, e incluso en nombre de la compañía en las relaciones con terceros. Ígor me había dado, por fin, mi espacio y mi voz; y hasta consiguió un notable incremento salarial para mi nuevo puesto que me dejaba sólo a un pequeño peldaño del nivel en que él se encontraba.

Pese a sus esfuerzos, lo cierto es que no todo el mundo estaba dispuesto a asumir el cambio.

—Curro, escucha. Lo que tú necesitas es que alguien investigue en profundidad ese fondo de inversión, y no ir allí a que te lo vendan como lo que no es. Y para eso, a quien necesitas es a Luisa —decía Igor, mientras deambulaba a un lado y al otro de su despacho y yo esperaba a que terminara su conversación sentada en la mesa redonda en que solíamos reunirnos.

Curro, para Ígor; que es Francisco, para mí; es uno de nuestros mejores clientes. Tiene un conglomerado de empresas que hemos ido modelando con él desde el principio de su gestión y, ahora, al parecer, quiere comprar un fondo de inversión que Ígor piensa que es un poco turbio.

—No, no. Quieren que vayas allí a regalarte los oídos. No hace falta ir a ningún sitio a conocer un fondo de inversión, Curro. ¡Para eso hay que mirar los números!

Ígor se desespera y gesticula. Me mira, negando con la cabeza y mordiéndose el labio, y yo fuerzo una sonrisa de compromiso.

Quienes quieren venderle el fondo de inversión quieren que Francisco vaya a Dubái a reunirse con ellos. Francisco quiere que Ígor vaya con él. Ígor trata de convencerle de que no se deje embaucar y, al menos, examinemos antes los escollos de la adquisición. Creo que Ígor hace tiempo que desconfía de la gestión de Francisco y piensa que lo de ir a Dubái es más por placer que por negocios. Creo que Ígor piensa que yo no sé lo que hay en Dubái que atrae a los hombres, pero lo sé, e intuyo que por eso el cliente quiere que sea Ígor quien vaya con él. Al fin y al cabo, estos dos tienen a sus espaldas una relación empresarial de más de quince años, en la que los lindes de lo que es negocio y lo que es personal ya están totalmente desdibujados.

—Bueno, bueno. —Ígor deja de gesticular. Se detiene junto a su mesa de trabajo, mirando en dirección opuesta a donde estoy sentada. Apoya su mano allí. Asiente con la cabeza. Sé que va a ceder—. Pero ésta es la última vez, ¿eh, Curro? —De repente, suelta una carcajada y luego me mira de reojo, como percatándose de que estoy allí con él, y se lleva la mano a la nuca, avergonzado. Me pregunto qué barbaridad le habrá dicho Francisco para causar esa reacción, y aunque me gustaría preguntarlo, sé que seguramente sea algo que una mujer no debería oír—. Vale, vale. Dos días. Pero Luisa mira los números antes y durante el vuelo me dejas hacerte un resumen de si la adquisición merece la pena o no, ¿eh? —Francisco debe de estar asintiendo al otro lado de la línea—. Venga, perfecto. Nos vemos pronto.

Ígor cuelga y se gira para hablar conmigo.

—Nada, es tozudo como él solo. Dice que quiere ir a la reunión y que quiere ir conmigo. Sólo he conseguido que acepte escuchar nuestro consejo durante el vuelo, aunque no sé yo si después allí firmará igualmente, pese a que se lo hayamos desaconsejado. Ya lo siento, Luisa.

Sonrío y asiento con la cabeza, comprensiva.

Ígor ha tenido intención de traspasarme algunos clientes, a modo de reparto de trabajo entre ambos y de forma absolutamente informal porque, en esencia, seguimos siendo un único departamento con un único responsable (él). Algunos clientes (los menos y, sin duda, los menos importantes) lo han asumido sin más; pero otros, como Francisco, siguen planteando problemas. Que si ya tienen una relación de larga duración con Ígor, que si su vinculación con nosotros se debe más a la confianza que le tienen a Ígor que al asesoramiento técnico que prestamos; que si, que si, que si. Que no me quieren a mí, que quieren a Ígor. Sin más.

No me lo estoy llevando al terreno personal porque puedo comprender perfectamente sus razones y, además, en el caso de Francisco, casi que me alegro. Yo, como Ígor, también desconfío de su gestión en los últimos tiempos, y creo que a la larga nos va a acabar dando problemas. Que los gestione Ígor, que tiene una relación «de confianza» y «de larga duración» con él, ¿no? Pues eso.

—No te preocupes —le digo a Ígor—, estudio en profundidad el fondo que quiere adquirir y te hago un dossier, a ver si conseguimos que nos haga caso. Ya, con los datos preliminares que hemos examinado, pinta mal, así que no creo que el análisis dé otro resultado, pero bueno, no está de más mirarlo bien. ¿Cuándo os vais a Dubái?

—La semana que viene. De martes a viernes.

Saco mi agenda y consulto las fechas.

—Coincide con la reunión de presupuesto y con la cena anual de la empresa. Ambas cosas son el viernes —señalo, alzando la vista para mirar a Ígor.

—Ostia, es verdad. No me acordaba. —Se lleva la mano a la nuca de nuevo, en ese gesto tan suyo y que tanto me gusta. Decido salvarle.

—Puedo ir yo sola a la reunión, no te preocupes. Los informes iniciales que nos han pasado proponen mantener el presupuesto del departamento intacto. Tampoco he visto grandes cambios en otros departamentos. Me parece que va a ser una cuestión de trámite.

Ígor asiente con la cabeza, pensativo.

—Vale. Vas tú a la reunión de presupuesto, y yo creo que llego a la cena de empresa. Si no a la cena, al menos me paso después… Igual cojo habitación en el hotel, ¿no? Y le digo a Carmen que llego el sábado.

Sonríe, travieso. Me río, divertida.

—Igual le dices a tu mujer la verdad, ¿no? Por si se entera, más que nada —propongo, con una sonrisa coqueta.

Ígor le miente a su mujer, qué novedad.

—Sí, sí, tienes razón…

Asiente con la cabeza, pero duda.

—Dile que vuelves el viernes, pero que llegarás con un jet lag horroroso, y que encima hay cena de empresa, que no tienes ninguna gana de ir, pero que debes hacerlo porque eres responsable de departamento, así que mejor te coges una habitación en el hotel y así duermes del tirón y ya llegas a casa el sábado a la hora de comer. Y a la noche la llevas a algún sitio especial, Ígor, que pareces nuevo.

Niego con la cabeza, sonriendo. Ígor asiente y se ríe.

—Es que a veces ya no me funciona, no te creas. —Hace un mohín de disgusto.

—No te creo. —Le guiño un ojo. Se frota la nuca. Por Dios, tiene que dejar de hacerlo—. ¿Llamo al Carlton y te reservo una habitación, entonces?

—Sí, por favor. —De repente, se da cuenta de que ya no soy su asesora y no tengo por qué

hacerlo, y añade—: Ay, no, Luisa, puedo hacerlo yo. Perdona.

—No me cuesta nada.

—Pues una junior suite, anda. Paga la empresa. —Ahora es él quien me guiña un ojo y se ríe.

—Nunca he visto cómo son. —Le miro de reojo, con una media sonrisa que sugiere lo que quiero que ocurra en esa suite. ¿Me va a seguir el juego?

Ígor, que se había acercado hasta su mesa de trabajo a coger unos papeles, se detiene en seco y se gira para mirarme. Le mantengo la mirada y, después, la dirijo hacia mi teléfono móvil. Tardo un poco más de lo habitual en buscar el número del hotel para llamar y le doy tiempo para contestar a mi provocación.

—Yo te la enseño. El viernes. Tras la cena.

Ígor, que siempre sabe qué decir, resulta que ahora farfulla de modo incomprensible y le cuesta hilar una frase completa. Lo miro. Me mira. Aprieta los labios y creo que va a mordérselos, o a humedecérselos, no lo sé muy bien, pero ojalá lo hiciera, aunque no lo hace. Se contiene.

Contesto pausadamente, regodeándome en los silencios.

—Vale. Me la enseñas.

Le mantengo la mirada y, al tiempo, marco el número del hotel, me pongo el teléfono en el oído y contestan al instante.

—Buenos días, quería reservar una habitación.

Rompo el contacto visual con Ígor y miro de nuevo a un punto indeterminado de mi agenda. Sé que Ígor sigue mirándome, y que al menos lo hace un par de segundos más, hasta que, también, se dedica a mirar los papeles que tiene sobre su mesa.

Sonrío para mis adentros y me doy cuenta de que no puedo esperar a que llegue el viernes.

Pero llega el viernes, y aún tengo una cuestión pendiente antes de ir a casa y arreglarme para la cena y, por supuesto, para Ígor: la reunión de presupuesto.

Dan las diez y me dirijo a la sala de reuniones principal. Está situada en el centro de la planta, rodeada por paredes acristaladas que permiten a todos los empleados ver lo que ocurre en su interior; y cuenta con una gran mesa en el centro, rodeada de sillas que hoy se orientan hacia la pared del fondo, donde han ubicado una pantalla en la que el proyector reflejará los datos que discutiremos seguidamente.

En mi camino hacia la sala de reuniones, me encuentro con Rubén, que me guiña un ojo y me desea suerte. Sé, sin ninguna duda, que ha estado deambulando de un lado a otro, fingiéndose atareado, precisamente para encontrarse conmigo y poder darme ánimos. Ay, Rubén, qué predecible eres.

Entro a la sala de reuniones, saludo a los socios y tomo asiento donde habitualmente lo hace Ígor. El resto no tarda en hacerlo y, poco después, bajan la intensidad de las luces para poner en marcha el proyector.

Exhiben los datos de presupuesto a que todos hemos tenido acceso anteriormente y exponen el reparto de los fondos propuesto. Nuestro departamento, Fusiones y Adquisiciones, mantiene la misma asignación que tuvo el año anterior, como estaba previsto en los informes preliminares.

Compruebo que todo está bien y noto que me relajo, y como lo hago, mi mente empieza a divagar. ¿Me pondré esta noche ese vestido que tengo preparado, o me dará tiempo a ir a comprar otro que tengo fichado? ¿Podré cenar algo, o será mejor que pique sólo un par de cosas para que no se me hinche la barriga? ¿Me besará Ígor, o tendré que hacerlo yo?

Germán, que encabeza el departamento de Ciberseguridad (de ahí que sea el socio más

joven, porque, ¿quién va a entender de qué va eso?), tiene algunas objeciones al presupuesto y me saca de mi ensimismamiento cuando comienza a exponerlas.

—Nuestra asignación es insuficiente. Muy insuficiente.

—Gesticula, notoriamente contrariado, y mira en derredor para demostrar su desacuerdo—. Creo que pensáis que con tener un departamento de Ciberseguridad ya cubrimos expediente, pero no es así. Nos falta personal cualificado e inversión en software y, con el presupuesto que nos asignáis, no tenemos ni para empezar. Si seguimos así, vamos a perder ventaja competitiva.

—Pero, a ver, ¿qué necesidades tiene tu departamento?

—pregunta Javier, el socio al mando de la distribución de los fondos.

Germán suspira y niega con la cabeza.

—Ahora mismo, simplemente asesoramos a los clientes, pero no les ofrecemos un servicio integral de prevención, detección de amenazas y ejecución de acciones correctoras, que es lo que ellos quieren. Esto no está teniendo repercusión porque no han sido objeto de ataques críticos —Germán mira a Miranda, su asesora, que ha debido de decir algo por lo bajo, y asiente con la cabeza antes de añadir—: Todavía. No han sido objeto de ataques críticos todavía. Que cuando eso suceda, a ver cómo salimos del atolladero, porque los clientes, que tampoco saben casi nada de ciberseguridad, piensan que les estamos dando un servicio completo, y encima es que, pese a no prestárselo, se lo estamos facturando, ¿eh? Que a veces pienso que se os olvida que mi departamento supone un porcentaje importante de la facturación de esta empresa. —Se detiene y mira a los socios, uno a uno, para enfatizar su postura, antes de continuar—: Deberíamos contratar personal cualificado, adquirir licencias e, incluso, si el personal técnico lo ve factible, desarrollar un sistema propio de protección que cubra todas las necesidades o automatizar los procesos existentes.

Germán termina su intervención y Javier asiente con la cabeza. «Ya veo», dice, aunque dudo que lo vea, porque, si su conocimiento de ciberseguridad es el mismo que el mío (que seguramente lo sea), dudo que alcance a comprender las implicaciones de lo que pide Germán.

No obstante, a Javier lo que le importa es el dinero, así que actúa con diligencia y se centra en lo relevante.

—¿De cuánto estamos hablando, Germán?

—Calculo que un incremento del 20% del presupuesto de mi departamento.

Me tenso en mi silla y me doy cuenta de que los socios también lo hacen.

—Es mucho dinero, Germán —subraya Javier—. Habría que detraer fondos de otros departamentos.

—Es necesario, Javier. Habrá departamentos que puedan permitírselo. Fusiones y Adquisiciones, por ejemplo, tiene una de las asignaciones más altas de la compañía, y encima ahora han incrementado el salario de Luisa. —Se gira hacia mí para añadir—: Que me alegro mucho, ¿eh, Luisa? Ya tocaba, eso no lo discuto. —Vuelve a girarse hacia Javier—: Pero, en fin, que no sé si la asignación global del departamento está justificada.

Qué cabrón, Germán. Se alegra mucho, pero bien que lo trae a colación; se alegra mucho, pero bien que quiere quitarnos los fondos que nos corresponden; se alegra mucho, pero bien que ha esperado a que Ígor no esté para atacarle por detrás.

—Está justificada desde el mismo momento en que nuestro departamento es el que más factura de la empresa. Y lo ha sido durante cinco años seguidos.

He sido yo la que ha hablado, aunque me sorprenda escucharme.

Germán levanta la mano en mi dirección, rogando que me detenga.

—No lo pongo en duda. Pero si ha habido un notable incremento salarial y esa partida la va

a absorber, según veo, el presupuesto del departamento, que permanece prácticamente inalterable desde el año pasado, es porque teníais margen para actuar, Luisa.

—Más que margen, diría que tenemos expectativas de incrementar la facturación. Antes sólo Ígor podía actuar como cabeza visible y ahora somos dos. Estimamos que la facturación de este año se incrementará de forma importante, más de lo que prevé el presupuesto, y que será eso lo que absorba la nueva partida salarial. Nuestra intención siempre fue que los cambios habidos en el departamento no lastren al resto, por eso no discutimos el mantenimiento del presupuesto anual pese a haber sufrido un incremento del gasto, Germán.

Traducido a tu idioma, Germán: nosotros no vamos por ahí pidiendo fondos, sino que trabajamos para generarlos.

—Bueno, Luisa, entiéndeme, yo tengo que exponer lo que necesita mi departamento. —Gesticula en mi dirección, condescendiente, y después se gira para hablarle al resto, como si yo estuviera de más—: Quienes trabajan conmigo tienen que disponer de los medios necesarios para dar ese servicio de vanguardia que prometemos a los clientes. Lo que no podemos hacer es quedarnos atrás. Sólo digo que necesitamos esa inversión adicional.

Los socios asienten, aunque no entiendan la necesidad de la supuesta inversión. Germán se ha limitado a hablar más alto que el resto y a ser más tajante que el resto, soltando dos o tres palabras que nosotros no entendemos, y con ello pretende modificar toda la planificación. No, Germán, no.

—Yo me opongo frontalmente a una disminución del presupuesto de Fusiones y Adquisiciones. Ya trabajamos por encima de nuestras capacidades y no voy a exigirle a nadie que se esfuerce más sólo porque otro departamento quiera invertir en no se sabe qué cosas. —Alzo la mano para detener a Germán, que pretendía interrumpirme, y continúo—. No se sabe qué cosas, Germán, porque no has indicado ninguna inversión concreta y te has limitado a soltar cuatro palabras vacías sobre necesidades genéricas y supuestos ataques críticos que podrían, o no podrían, sufrir los clientes, sin el más mínimo dato de probabilidades de ocurrencia o consecuencias perjudiciales para ellos o para la empresa. —Germán niega con la cabeza y se mira las manos, que ahora ha depositado en su regazo—. Me niego a que vengas aquí sorpresivamente, cuando los informes preliminares de presupuesto se nos comunicaron hace más de dos semanas, y te pongas a lanzar al aire hipótesis y palabras vacuas sólo para conseguir un incremento presupuestario, encima, a costa de otro departamento. No va a ocurrir.

Me escucho y no me reconozco. Lo he dicho todo de seguido, sin vacilar, y ni siquiera me ha temblado la voz. Ahora que he terminado, eso sí, noto que me está bajando la tensión y que estoy nerviosa, pero consigo mantenerme firme y no dejarlo traslucir.

Miro alrededor y veo que los socios asienten. Javier toma la palabra.

—Luisa tiene razón, Germán. No estamos en contra de dedicar más fondos a tu departamento, lo sabes, pero necesitamos mayor concreción de las inversiones. Propongo mantener el presupuesto tal y como está previsto y que, si surgen necesidades adicionales, lo pongas en nuestro conocimiento para ver si hay excedente que podamos dedicar a ello, o en su caso aumentar el endeudamiento con ese fin. Pero hace falta concretar lo que es necesario y por qué y realizar previsiones de la repercusión que tal cosa tendría en la facturación.

Los socios expresan ahora su asentimiento en voz alta y dan así por terminada la reunión. El presupuesto se aprueba tal y como constaba en los informes preliminares. Nos levantamos de nuestros asientos y nos marchamos.

Noto alguna palmadita en la espalda y escucho alguna felicitación, aunque la confrontación me ha dejado exhausta y me parece que todo sucede como en un sueño.

Afortunadamente, dado que esa noche es la cena de empresa, dejamos de trabajar a la hora de comer y quedamos en vernos más tarde, por lo que no tengo que mantener la farsa de que yo, como Ígor, soy inquebrantable, y puedo irme a casa a evadirme de todo.

Gracias a una planificación al milímetro tan propia de mí, me da tiempo a ir a la peluquería y hacerme las uñas, recoger a los niños del colegio, discutir con Mario los pormenores de la cena (hoy, pizza; imposible que salga mal) y dedicarme a arreglarme para estar lista con tiempo suficiente de llegar a las nueve al hotel donde se celebra el evento.

Llamo a un taxi para que venga a recogerme y, cuando me dispongo a salir de casa, Mario se me acerca y pone su mano en mi cintura.

—Estás preciosa, Luisa. También más delgada, ¿no? —pregunta, extrañado.

Desde que decidí que le sería infiel a mi marido, he ido dejando, inconscientemente, todas las pistas de que tal cosa podría pasar. Entre ellas, claro está, haber adelgazado y haber renovado prácticamente mi fondo de armario para sentirme más joven, o al menos, más sexi.

—Sí, he adelgazado. Gracias, cariño.

Le doy un beso en los labios, pretendiendo que sea breve; el beso preceptivo para marcharme, en resumidas cuentas. Pero a Mario le sabe a poco, y desliza su mano por mi cintura, envolviéndome y atrayéndome hacia él. Coloca su otra mano en mi cuello, me mira los labios y me besa, y es un beso de verdad, en el que entreabre los labios y busca con su lengua la mía. Me la acaricia con su deliciosa humedad y se me escapa una sonrisa, porque es tan dulce que, de vez en cuando, Mario me vea y no sólo me mire. Él también sonríe, sin detener nuestro beso, y mueve su mano desde mi cuello hasta mi escote, trazando líneas onduladas; insinuantes; sensuales; que terminan junto a mi sujetador. Trata de introducir su mano bajo el mismo y me resisto, porque no es el momento; porque voy a llegar tarde; porque, hoy, eso no es para Mario, sino para Ígor. Mario ha llegado tarde.

Me revuelvo, sensual, para impedirle lo que quiere y le sonrío mientras me separo de él.

—Ahora no, cariño. Voy a llegar tarde.

Sonríe, pero ahora es una sonrisa de compromiso, y después frunce el ceño.

—Hoy era la cena de empresa, ¿no? —pregunta, desubicado. Será porque no se lo llevo diciendo dos semanas, con intención de asegurarme de que no hará planes y se quedará en casa con los niños—. ¿Quiénes vais? ¿Volverás pronto?

Mario tantea, por si su posición está amenazada. Mario desconfía. Mario quizás intuya más de lo que yo pienso.

—Vamos los de siempre, ya sabes que no ha habido ninguna incorporación de relevancia en la empresa. Y no sé cuándo volveré, pero imagino que tarde. Estas cosas suelen alargarse.

Mario asiente con la cabeza y parece que va a decir algo más, pero le corto, porque no me conviene que piense; porque tengo que irme ya si no quiero llegar tarde.

—Me marcho, cariño. —Le doy un beso, esta vez breve, esta vez no me dejo embaucar—. Intentaré no hacer mucho ruido cuando llegue para no despertaros.

—Puedes despertarme, no me importa.

Mario me acaricia la cintura en un gesto lastimero y cariñoso, y sé que querría que lo despertara, y sé para qué. No se lo digo, pero dudo que eso ocurra esta noche.

Salgo de casa, cojo el taxi y llego al hotel pasados cinco minutos de las nueve.

Entro al salón situado en la planta principal y, por su forma circular, soy capaz de hacer un repaso general de los asistentes que allí se congregan para disfrutar del cóctel. Veo a Rubén, que también me ha visto a mí y se está acercando para saludarme, pero no veo a Ígor. Constato que la mayoría de los socios tampoco ha llegado todavía.

—Buenas noches, Luisa —saluda Rubén—. Estás impresionante.

—Gracias, Rubén. Tú también estás muy elegante —contesto y sonrío.

—Gracias —contesta, azorado. Cualquiera diría que va a ponerse colorado—. ¿Quieres algo de beber?

—Un blanco, si puede ser.

Rubén acude solícito a procurarme una copa de vino y yo me acerco al grupo con el que él se encontraba. Son mis antiguos compañeros; los puestos intermedios de los departamentos que más contacto tienen con el mío.

Estoy en una posición difícil tras mi ascenso, porque jerárquicamente ocupo un nivel superior a ellos, pero inferior a los socios. Me he quedado en tierra de nadie. Por un momento, darme cuenta de ello me hace preocuparme; pero pronto veo que mis compañeros siguen tratándome como una más y eso pone fin a mis inquietudes.

Charlamos un rato de cuestiones intrascendentes: las atribuciones de cada uno en la empresa, los problemas que hemos tenido recientemente con la implantación de nuevos sistemas informáticos, las vacaciones, las parejas, los hijos.

Rubén no deja de mirarme. Sé que quiere hablar conmigo a solas y que no se atreve a planteármelo. Miro alrededor y busco de nuevo a Ígor, pero de nuevo me doy cuenta de que aún no ha llegado. ¿No va a venir? ¿Tendré que conformarme con Rubén? Decido dejarme querer.

—Rubén, ¿sabrías decirme dónde está el baño?

Yo ya sé dónde está, evidentemente. La cena de empresa lleva celebrándose en este mismo hotel desde hace años. Pero necesito una excusa para que Rubén y yo estemos solos, y ésta es igual de buena que cualquier otra.

—Sí, te acompaño —contesta él, solícito. Predecible, como siempre.

Me guía hasta uno de los laterales de la sala circular y me indica la localización de los baños. No hago ademán de dirigirme hacia allí.

—Tenía ganas de verte, Rubén. Ahora que me han dado este nuevo puesto, nos vemos menos —le digo, coqueta y lastimera, haciendo que olvide que hemos venido hasta aquí precisamente para ir al servicio, porque en realidad no voy a ir.

—Sí. —Asiente con la cabeza vigorosamente, pero no sabe cómo continuar. Está extasiado —. Es una pena —consigue añadir.

—¿Con quién desayunas ahora? Mira que igual me pongo celosa…

—¡No! Qué tontería. Con Sara, de mi departamento.

—Siempre he pensado que está loca por ti.

—No, no, qué dices —contesta, halagado.

—Sí, seguro que sí. Como para no estarlo, Rubén, si es que eres un sol. Siempre pendiente de todo…

Aprovecho para arreglarle el nudo de la corbata. Veo como traga saliva, nervioso, porque es consciente de que mi boca está a escasos cinco centímetros de la suya. Alzo la mirada, sugerente. Nos interrumpen.

—Luisa, hay que pasar al comedor. ¿Vienes?

Es Ígor, por fin. Le miro y veo que está incómodo, que su mirada vagabundea entre Rubén y yo, tratando de averiguar qué está pasando.

Le dedico una última mirada a Rubén. Le sonrío y, acto seguido, me giro y camino hasta donde esta Ígor.

—Vamos —le digo, pasando a su lado para dirigirme al comedor.

Sé que me sigue con la mirada y, pronto, noto su mano en la cintura y siento el calor que

emana su cuerpo junto al mío.

—¿Todo bien? —pregunta y, por su tono, autoritario y territorial, sé que está celoso.

—Sí —contesto—. Te he echado de menos. —Le miro y sonrío.

Él me sonríe de vuelta y desliza su mano por mi cintura hasta el extremo contrario, me estrecha contra su cuerpo y me besa en la mejilla.

—No más que yo a ti.

CAPÍTULO 8

Lu

Un día, mi padre se presentó en casa con una compañera del trabajo. Era por la tarde y mi madre no estaba porque era uno de los días en que iba al gimnasio. Mi padre dijo que sólo la había invitado a subir porque llovía y su compañera no tenía paraguas y no quería mojarse en el camino a casa y él iba a prestarle uno de los nuestros.

Lo dijo así, de corrido: «chicos, ésta es una compañera de trabajo, ha subido a casa porque llueve y no tiene paraguas y no se quiere mojar en el camino a casa y voy a prestarle uno, ¿vale?»

Sonó forzado. Mi padre estaba nervioso. Nos miraba intensamente, como para cerciorarse de que entendíamos lo que nos estaba diciendo. Me dio por pensar si quería decirnos más de lo que en realidad nos dijo.

Me dio por pensar, también, que si su compañera no quería mojarse en el camino a casa, ¿por qué no llevarla hasta allí en coche, en lugar de parar en casa a por un paraguas?

Absurdo.

Todo se aclaró cuando ella se dirigió a nosotros para presentarse.

—¡Hola, chicos! —Demasiado alegre, demasiado entusiasmada—. Yo me llamo Silvia. ¿Cómo estáis?

Boom. Silvia. No me jodas. ¿Sería esa Silvia? ¿La que quería a mi padre y no podía vivir sin él? ¿La que le propuso algo que él debía pensarse?

Me quedé en shock y no contesté. Mi hermano Mario sí lo hizo, educado, ajeno al torbellino de sentimientos que, a su lado, me estaba devorando.

—Hola. Bien, gracias.

Silvia sonrió, agradecida. Parecía joven, más joven que mi madre. Tenía el pelo por los hombros, con un corte *bob* que le favorecía mucho. Los ojos, grandes, expresivos, azules. Delgada, como si hiciera ejercicio, como si no hubiera tenido hijos. Era muy alta y le sacaba una cabeza a mi hermano, a pesar de que él también es muy alto para su edad. No sabía si agacharse para estar a su altura o quedarse tal y como estaba, porque quería ser cercana pero, al mismo tiempo, no quería que pareciera que lo trataba como un crío. Lo supe porque vi que flexionaba las piernas y luego, indecisa, volvía a estirarlas.

Mi padre me miró y constató que algo me pasaba. Me interrogaba con la mirada y yo, que lo percibí, alcé la vista para coincidir con la suya y negué con la cabeza, con un mohín de disgusto en mis labios que, esperaba, por favor, no diera lugar a un torrente de lágrimas. No porque no estuviera triste, que lo estaba, y mucho; sino porque no quería que Silvia lo viera. Porque me daba vergüenza. Porque me daba rabia que ella fuera consciente de que tenía ese efecto sobre mí.

La odié nada más verla. Es una zorra. Toda la culpa es suya.

Algo ha debido de hacerle a mi padre para que caiga en sus redes, porque mi padre, de no ser así, seguiría bebiendo los vientos por mi madre, eso seguro. La culpa es suya.

El odio no me dejaba pensar, aunque me daba cuenta de que había un elemento disonante en mi razonamiento. Sabía que no era justo culparla a ella por un error de él. Sabía que no debería hacerlo, pero lo hacía, porque soy una cría, porque él es mi padre, porque buscar un culpable e insultarlo y herirlo me sienta bien.

Después de mirar a mi padre con desaprobación, me dirigí hacia mi habitación sin decir ni una palabra. Mi padre me llamó un par de veces, al principio lastimero y suplicante, «Luisa…»; y después, enfadado y autoritario, «¡Luisa!».

Lo ignoré y me encerré en mi cuarto.

Escuché que mi padre le decía a Silvia que me disculpara, que estaba imposible, «la adolescencia, ya sabes».

Me imaginé que ella sonreía, comprensiva, y le quitaba importancia. Escuché murmullos que me indicaban que hablaban entre ellos o, quizás, con mi hermano Mario y, poco después, oí el abrir y cerrar de la puerta y supe que se habían marchado.

Ahora que lo veo en retrospectiva, pienso que mi padre eligió justo ese momento para tantearnos con Silvia. Porque sabía que mi madre no estaba y no sospecharía nada. Porque pensó que yo tampoco lo haría, aunque quizás mi reacción le haya demostrado lo contrario.

Mario entró en mi habitación sin llamar a la puerta y me echó en cara mi actitud, con mucho tacto, como él es. Como lo haría mi madre.

—Qué borde eres, ¿no? —dijo, mientras se sentaba en mi cama—. Era maja, no ha sido para tanto.

—Ya, bueno.

No sabía qué decir. Por un momento, tuve la tentación de contárselo a mi hermano. De decirle, Mario, papá engaña a mamá con la tal Silvia ésa. Pero lo miré de reojo, ahí sentado, tan feliz, tan despreocupado; y no me sentí capaz de joderle la infancia, o la preadolescencia, o la fase vital en la que se suponía que estaba, pero que era mucho menos jodida que la mía, y sin saber lo de que nuestro padre era infiel, lo era menos aún.

Porque Mario, si lo supiera, sufriría mucho. Y, además, no sabría hacer como si no pasara nada, porque Mario adora a mi madre. Siempre la cuida y la protege. Le dice que le queda muy bien el nuevo corte de pelo, cuando el resto ni la hemos mirado; la ayuda a llevar las bolsas de la compra en el supermercado; le prepara el café los fines de semana, y otras mil cosas que son muestras de amor cocinado a fuego lento y sin testigos.

Yo pensé que Mario sólo era así con ella, pero me he dado cuenta de que también lo es conmigo.

El otro día, en el colegio, Mario se pegó con un compañero de clase. Increíble, pero cierto. Mario, que nunca ha mostrado ningún signo de agresividad con nadie ni con nada, le pegó un puñetazo a otro chico. Me enteré en el patio del recreo, y aunque le busqué, no di con él, porque llamaron a mis padres para que lo fueran a buscar y fue mi padre quien lo hizo. Lo llevó a casa y lo tuvo allí castigado todo el día. Cuando llegué yo, quise ir a verle, y aunque mi padre no me dejaba, al final cedió. Entré en su habitación y le pregunté, divertida, qué había pasado para despertar al monstruo. Recuerdo haber dicho la palabra «monstruo» y haber fingido, manoteando y gruñendo, que era Godzilla. Y recuerdo la respuesta de mi hermano. «Dijo que eras una zorra.» Exhalé todo el aire que acumulaba en mis pulmones y sonó como un suspiro. Luego, el silencio. «Ya no lo dirá más.» Le abracé y no dije nada.

No puedo cargar a mi hermano con el peso de saber que mi padre es infiel y que su novia o amante (lo que sea) es esa tal Silvia que es tan maja. Yo también debo protegerle.

Pero lo cierto es que necesitaba contarle lo que había pasado a alguien. Se lo dije a Clau y, aunque fue comprensiva conmigo y me escuchó hasta el final, me di cuenta de que quería cambiar de tema; de que se sentía incómoda. Al fin y al cabo, para Clau, que mi padre sea infiel es como que mueran niños en Gaza; no es su problema, y si puede fingir que no está ocurriendo, es como si no existiera.

Yo, en cambio, no era capaz de sacarme de la cabeza lo que estaba pasando.

Un día, en el colegio, fui a la biblioteca durante el tiempo del recreo. Clau tenía médico y no vendría en toda la mañana y, aunque tenía otras amigas a las que podría haberme unido, no les tenía tanta confianza ni tanto cariño y no me sentía con ganas de hacerlo. Saqué la novela que la profesora de literatura nos había mandado para ese trimestre y fingí que la leía. Lo cierto es que tenía que volver una y otra vez sobre el mismo párrafo porque no podía dejar de pensar en lo de mi padre y la tal Silvia.

Álvaro, que estaba en la biblioteca estudiando para algún examen, se levantó de su sitio y vino hasta el mío para saludarme. Lo vi por el rabillo del ojo, pero traté de no alzar la mirada hasta estar segura de que pensaba hablarme a mí.

—Hola, Lu. ¿Me puedo sentar y hablar un momento contigo? —Puso su mano sobre la silla situada junto a la mía e hizo ademán de echarla hacia detrás para sentarse en ella.

Asentí con la cabeza. Tenía la impresión, desde hace un par de semanas, de que Álvaro quería romper el hielo conmigo, porque lo había visto rondarme, fijándose en mí y en lo que hacía. Aun así, no sabía qué podía esperar de aquello. No sabía, en caso de que Álvaro fuera cruel conmigo, si podría soportarlo.

—¿Qué tal estás? —preguntó, tanteando el terreno.

—Bien. ¿Y tú? —pregunté, haciendo lo mismo.

—Bien, bien. —Miró hacia su mesa, su mochila y sus libros, pensando cómo seguir—. Repasando para un examen de química. —Asentí, como si entendiera, aunque no entiendo la química, lo mío siempre han sido las letras—. Me han dicho que estás con ese otro chico con el que te besaste.

Asentí. No sabía a dónde quería ir a parar. Por favor, que no me trate mal, hoy no, pensé. Si lo hace, lloraré y ya sí que no tendré dónde esconderme, porque ahora ya me estoy escondiendo en la biblioteca, y lo siguiente es el baño y de ahí no podré salir dignamente, toda roja y llorosa, y ya todos lo sabrán, que soy humana y que las cosas sí me afectan, aunque finja que no es así.

—Quería disculparme por haberte llamado zorra. No debí hacerlo.

Lo miré a los ojos y lo vi como lo veía antes, y era Álvaro, el que siempre me había cuidado, y estaba arrepentido por haberme faltado al respeto, aunque sí que fui una zorra y lo traté mal y nunca me disculpé por ello, y esa conexión que siempre hemos tenido nos sacudió a ambos y duró qué, ¿dos, tres segundos? Y se agotó porque él bajó la mirada, cohibido, y yo la desvié hacia un punto indeterminado entre las letras que se agolpaban en mi novela y traté de no llorar. No llores, no llores. Compórtate.

—No tienes que disculparte. Actué mal.

—Sí tengo que disculparme. No debí tratarte así, aunque actuaras mal.

Era cierto. No sabía qué decir, así que asentí con la cabeza.

—Bueno. Muchas gracias por decírmelo.

Entonces fue él quien movió la cabeza arriba y abajo, ratificándose en su disculpa, pensando qué decir a continuación.

—Pero ¿estás bien? Es que me parece que no… No sé cómo decirlo. Que no eres feliz.

Me encogí de hombros. No me hagas contártelo, Álvaro, porque entonces sí que lloraré, y no habrá vuelta atrás. Pero, aunque no quisiera contárselo, no podía mentirle, porque volvía a ser el Álvaro que yo conocía, el que era mi mejor amigo, más cercano, si cabe, que Clau.

—Estoy preocupada por algunas cosas, pero todo está bien.

—Cuéntamelo, si quieres. No se lo diré a nadie. Sabes que no lo haré.

Se le quebró un poco la voz, porque se dio cuenta de que, después de lo que había pasado,

quizás ya no confiara en él; y que quizás él se lo mereciera.

Quise premiar su disculpa y decidí contárselo. O a lo mejor, es que había sido mi mejor amigo durante mucho tiempo y necesitaba contárselo. En cualquier caso, sabía, por el pellizco que sentía en el pecho en esos momentos, que lo había echado de menos.

—Mi padre le es infiel a mi madre con otra mujer. Leí un whatsapp que ella le mandó que no dejaba lugar a dudas. Es de su trabajo. Se llama Silvia. El otro día la trajo a casa, creo que para que Mario y yo la conociéramos, cuando mi madre no estaba. No sé qué hacer.

Ni un minuto de discurso que condensaba todas mis preocupaciones y que resumía, además, todo lo que yo sabía sobre la situación. Era penoso. Preocuparse por algo cuya abrumadora globalidad se puede expresar con cuatro palabras (infiel, whatsapp, Silvia, trabajo) y que eso no te deje dormir, estudiar, pensar, respirar. Penoso y cruel.

—Vale. —Álvaro, como pensaba, no me discutió las conclusiones alcanzadas (infiel) porque le había dado los indicios que me habían llevado a ellas (whatsapp, Silvia, trabajo). Puro pensamiento analítico de alguien de ciencias—. Tranquila. —Frunció el ceño y supe que estaba pensando, tratando de encontrar una solución—. ¿Has hablado con él? Creo que tendrías que hacerlo.

—¿Y qué le digo?

—Que sabes que tiene una relación con Silvia. Que tiene que contárselo a tu madre. Que tú no puedes vivir sabiendo ese secreto. Que tienen que arreglarlo entre ellos.

Traté de digerir su respuesta, pero se me atoró en la garganta como si fuese engrudo. Hablar. Con. Mi. Padre. Decirle. Que. Lo. Sé.

—Es la única forma de quitarte el peso de encima, Lu. Tú no tienes responsabilidad sobre ello. Le dices que lo sabes y que se lo tiene que decir a tu madre, y después, que ellos se apañen como sea. Con el resultado que sea.

Esa última frase retumbó en mi mente con fuerza. «Con el resultado que sea», dijo Álvaro. Incluso si es el divorcio, traduje. Es que los padres de Álvaro estaban divorciados. Él sabía de lo que hablaba.

Asentí con la cabeza porque, de repente, me pareció que sí, que era evidente, que no había más solución que ésa, aunque no fuera una solución para ellos, pero sí para mí. Y sólo me importaba sentirme mejor, porque soy la hija, la niña, el objeto de protección; ellos, «que se apañen como sea», como había dicho Álvaro, que para eso son adultos.

—Tienes razón, Álvaro. Muchas gracias. —Paré un segundo, pensando si decirlo o no. Pero sí, lo dije—. Te he echado de menos.

Se me quebró la voz y él lo notó, y como lo hizo, me abrazó, y como me sentía tan sola, se me cayeron un par de lágrimas, pero logré reprimirme y no romper a llorar como una niña pequeña, que es lo que me sentía, que es lo que soy; y nos separamos del abrazo algo azorados, pero sonrientes, felices, en paz de nuevo.

—De nada, Lu. Yo también te he echado de menos.

Nos dejamos ir y sonó la campana que marcaba el fin del recreo. Nos despedimos, hasta otro día (ojalá vernos así otro día, pensé) y volví a clase y, eventualmente, a mis preocupaciones.

Porque, aunque sabía que tenía que hacer lo que me había dicho Álvaro, traté de postergarlo con las más diversas excusas por puro miedo a asumir la verdad que había detrás de todo ello. Que mi padre había sido infiel, sí, y que eso podía romper nuestra familia.

En ese estado de cosas, incluso Gorka ha notado que no estoy bien, aunque mostrarse empático no es su fuerte y yo, de hecho, no quería siquiera contarle que volvía a preocuparme que mi padre tuviera una amante. Gorka ya lo dejó claro desde el principio; no pasaba nada por

ser infiel. Yo misma se lo había sido a Álvaro, ¿no?

—¿Qué te pasa? —me pregunta una tarde, en nuestro escondite de la parte trasera del polideportivo, separando sus labios de los míos para interrogarme—. Parece que esté besando a un pez. No me pone nada esto.

Qué desagradable es Gorka a veces. Qué me importa a mí si te pone o no te pone, debí contestar. No lo hice.

—Es que estoy rayada por cosas. No tienen que ver contigo. Ya se me pasará. —Me encojo de hombros.

Gorka me lleva la mano a su pantalón y me hace apretarle la polla por encima de la ropa.

—Distráete un poco, venga. —Sonríe y me toca una teta por encima del polo del uniforme. Se me endurece el pezón y, como llevo un sujetador deportivo, lo nota al tacto, pese a las dos capas que separan su mano de mi piel. Su polla también se endurece y yo lo noto, pese a la tela vaquera que separa mi mano de ella—. Yo también estoy rayado por cosas. Por no verte en otro sitio más que en éste y por no hacer más que esto, liarnos y que me la toques un poco de vez en cuando. Me estoy cansando, Lu.

Le miro fijamente a los ojos y quiero escupirle y, al mismo tiempo, rogarle que no me deje. Porque eso es lo que está insinuando, ¿no? Que quiere más y que, si no se lo doy, lo va a buscar en otro sitio.

Le desabrocho el cinturón con una mano y le bajo la cremallera de los vaqueros. Antes habría dudado si hacerlo o no; antes habría necesitado las dos manos. Estoy aprendiendo mucho. Sigo mirándolo fijamente y me muerdo el labio inferior, sensual. Lo cierto es que Gorka me pone mucho y que quizás necesito distraerme. Lo cierto, también, es que hoy me cae un poco mal, pero si me sube al cielo, como él sabe hacer, se me pasará enseguida y lo perdonaré sin reparos.

Meto mi mano por debajo de su ropa y le cojo la polla. La envuelvo con mi mano y la muevo, arriba y abajo. Gorka sonríe y se le acelera la respiración. Yo le sonrío y le muerdo el labio. Le sabe a poco.

—Chúpamela.

Me da un poco de impresión que me lo proponga así, en frío, y pierdo el ritmo y en vez de moverla arriba y abajo la muevo arriba y arriba, o abajo y abajo, no lo tengo claro, y la aprieto un poco más de la cuenta, no lo sé, y Gorka gime y hace una mueca de desagrado y me coge la mano para que pare.

—Qué bruta eres, Lu. No es de juguete.

Se ríe, pese a que le ha dolido, y me río y me disculpo. Vuelvo a cogerla y retomo el ritmo. Espero que se le haya olvidado eso de que se la chupe.

Nunca se la he chupado a nadie. Me da asco sólo de pensarlo. Seguro que huele raro y sabe a pis. No sé cómo sabe el pis, pero seguro que mal, seguro que amargo, seguro que me hace fruncir el ceño y cerrar los ojos con fuerza. Seguro que chuparla no me gusta, ¡no puede gustarle a nadie! Será una de esas cosas que hacen las chicas en el porno porque a ellos les gusta, y ahora ellos quieren que lo hagamos todas, y no, no quiero hacerlo, pero seguro que hay otras chicas, no las del porno, pero otras, que están dispuestas a hacerlo, y entonces el resto ya vamos a tener que hacerlo, porque claro, no podemos competir en desigualdad.

Espero que se le haya olvidado eso de que se la chupe.

—Chúpamela, Lu.

Mierda. No se le ha olvidado.

Gorka me mira fijamente, como para asegurarse de que no voy a ignorar otra vez su proposición (¿su orden?), como para forzarme a que me decida.

No puede ser tan asqueroso. Si algunas lo hacen, no puede serlo. Puedo probar. Por Gorka, venga. Me agacho, se la chupo un poco y ya está; fin del problema. Gorka seguirá conmigo porque le he dado un poco más, y todavía me queda más que darle; bastará con que se lo vaya concediendo a cuentagotas, para que siga a mi lado y no se canse de mí.

Puedo hacerlo.

—Bueno. Sólo un poco —le digo, con una media sonrisa.

Se muerde el labio con fuerza, creo que casi se ha hecho sangre; está descontrolado. Miro alrededor para cerciorarme de que no hay nadie, pero no, no lo hay, porque nunca nadie viene aquí. Nadie ha vuelto a vernos nunca; ahora nos escondemos mejor.

Me agacho y mi cara queda a la altura de la cremallera de sus pantalones. Gorka se la saca y me la pone sobre los labios. Sólo su roce ya me da asco. Consigo mirar hacia arriba, hacia él, y seguir mirándole sensualmente mientras mi lengua humedece su polla, que se crece al tacto, y ahora es aún más grande y me apunta fijamente como si me fuera a traspasar. Abro un poco más la boca para metérmela dentro, pero sólo la puntita; pero Gorka me agarra de la coleta para que me esté quieta y empuja su cuerpo hacia delante, y entra casi entera; y no entra del todo porque me llega a la campanilla, y me dan arcadas, y Gorka se da cuenta y relaja un poco su agarre, y se disculpa, «perdona», dice, «es que esto me pone mucho», se justifica, y yo lo disculpo, claro que sí, porque Gorka me vuelve loca, y si esto es lo que él quiere es que esto es lo que hay que hacer, así que chupo y recupero el ritmo que antes imprimía con mi mano, pero en lugar de arriba y abajo, ahora es hacia dentro y hacia fuera, y es fácil, cualquiera puede hacerlo.

Huele raro y sabe amargo, pero sólo al principio, porque después sólo huele a sexo y sabe a mi saliva durante un rato, aunque después vuelve a saber raro y hay algo que no es mi saliva, pero tampoco es que se haya corrido, porque cuando se corren sale mucha cantidad, eso lo sé por Álvaro, aunque a lo mejor a Gorka le sale menos, no puedo saberlo. Quizás ya se haya corrido, pero me parece que no, porque sigue gimiendo y apretándome la cabeza con la mano para que siga, y creo que los hombres no pueden seguir después de correrse, así que no, no debe de haberse corrido, y sigo. Y me estoy cansando y esto ya no me gusta y quiero parar, pero Gorka no me deja, así que sigo un poco más, y Gorka entonces habla, pero no sé qué ha dicho, porque estoy un poco mareada y me parece que ésta que se la está chupando no soy yo, porque no sé qué estoy haciendo, y de repente noto algo que es como una marea que arrasa mi boca y me llega hasta la garganta y es amarga y viscosa y quiero escupirla y vomitar y qué horror, ¿qué es esto? Qué asco, qué asco, qué asco.

Me la trago.

Gorka me suelta la cabeza y da un par de pasos atrás. Se mete la polla en los pantalones otra vez. Yo estoy en el suelo, aún agachada, tratando de no vomitar.

No sé qué ha pasado. Qué horror. Qué asco, qué asco, qué asco.

Me doy asco.

Toda yo soy amarga y viscosa y asquerosa.

Pero Gorka se agacha junto a mí y me acaricia las mejillas, obligándome a mirarle.

—Ha sido brutal, Lu. Me ha encantado.

Y me besa en los labios, y me hace entreabrirlos y mete su lengua y baila con la mía, aunque yo creo que sabe amarga y viscosa y asquerosa, pero a él no le importa. Y es suave y romántico y quiero que me abrace, porque esto ha sido súper raro y no sé cómo sentirme.

Gorka me coge en volandas y me pone a horcajadas sobre él, apoyando mi espalda contra la pared del polideportivo. Me vuelve a besar y estamos tan juntos que parece un abrazo. Prefiero pensar que es un abrazo.

—Estoy loco por ti, Lu. ¿Tú crees que me he enamorado?

Dios mío, sí. Espero que sí. Porque estas cosas sólo las hago por ti, Gorka. Porque no me importa sentirme amarga y viscosa y asquerosa si tú me quieres.

Le sonrío, tímida.

—¿Te has enamorado?

Me guiña un ojo.

—Es posible. ¿Y tú?

Yo no dudo, porque por hoy ya he tenido bastante, porque ahora me merezco ser Lu, catorce años, la que sólo quiere que la quieran.

—Sí. Me he enamorado.

Le acaricio la nuca y lo atraigo hacia mí para besarlo. Al final, chupársela no ha sido para tanto, y mira, sólo chupándosela he conseguido que me quiera. Al menos, que piense que quizás está enamorado de mí. Al menos, que siga a mi lado un poco más.

CAPÍTULO 9

Luisa

Ígor me conduce, con su mano en mi cintura, hasta el salón donde se celebra la cena, aunque, una vez allí, duda en torno a la elección de los asientos.

Con un montaje de mesas en banquete, como era previsible, han dispuesto una mesa presidencial, a la cabeza del resto, para los socios. Ígor puede y debe sentarse allí, pero yo no.

Él lo sabe y yo también lo sé, pero le disgusta que tenga que ser así. Lo percibo porque frunce el ceño mientras atisba con desagrado la distribución de asientos.

—Voy a mi mesa y nos vemos luego, ¿vale? —propongo, rompiendo el hielo.

Me mira largamente antes de contestar.

—Bueno. —Asiente con la cabeza—. Pero no te vayas sin hablar conmigo, ¿eh?

Ahora soy yo la que asiente para confirmarle que no lo haré.

Me dirijo a mi mesa, que comparto con los compañeros con los que antes he estado conversando y, por supuesto, con Rubén. Lo noto algo molesto porque Ígor me haya reclamado para él, pero se le pasa pronto, porque sabe que, ante su llamada, no tengo más opción que ir con él, o porque Rubén no es de enfadarse; no lo sé. El caso es que vuelve a mirarme con adoración y se asegura de sentarse en la silla que está al lado de la mía. Cuando lo hace, le sonrío. Cuando lo ve, se sonroja levemente.

Durante la cena, trato de no beber más que un par de copas de vino y como extremadamente poco. No quiero acabar mareada e hinchada la noche en que, por fin, voy a serle infiel a mi marido como decidí varios meses atrás. Quiero acordarme de lo que va a pasar y quiero sentirme bien cuando pase, porque esto no lo hago por Ígor, que me miraría con deseo aunque estuviera borracha o se me notara la tripa, sino que lo hago por mí, y quiero estar a la altura de esa Luisa que me he imaginado.

Ígor, por el contrario, está bebiendo mucho, o al menos, ésa es mi impresión. Miro de reojo hacia la mesa presidencial en varias ocasiones y siempre le veo copa en mano, vaciando una y solicitando que le llenen la siguiente, participando en todas las conversaciones y riendo cada vez más alto.

Ay, Ígor, no me hagas esto. No se te va a levantar.

Termina la cena y volvemos al salón circular de la planta principal, que está ahora dispuesto para el baile. Creo recordar que han contratado música y barra libre hasta las dos y media de la madrugada. Ya es cerca de la una y no creo poder aguantar mucho más encima de estos tacones. Espero que Ígor no quiera apurar hasta el último momento y me lleve pronto a su habitación.

Sobre todo, espero que me arranque de los brazos de Rubén, que también ha bebido bastante y no deja de tocarme. No es invasivo ni irrespetuoso, pero no parece capaz de sobrevivir sin rozar mi piel con alguna de sus extremidades. Durante la cena, ha mantenido sus piernas convenientemente cerca de las mías, dando lugar al roce intencionado pero pretendiendo que es mera casualidad. Desde que nos hemos levantado, ha procurado mantener su mano en mi cintura mientras caminábamos y, ahora que estamos de pie en un rincón del salón, me toca el brazo, el hombro o incluso las manos con cada cosa que me dice. Me está empezando a parecer repulsivo y no voy a saber cómo decírselo con educación.

Por qué habrá que ser educada para rechazar a alguien a quien no has invitado a nada.

Consigo escabullirme para ir al baño, pese a que Rubén me lo pone difícil.

—Te acompaño —sugiere.

—No, no. Gracias, de verdad, Rubén. —Le cojo de la mano y le acaricio, acompañando mis palabras con mi gesto—. Quédate aquí, o ve si quieres a pedir una copa, que mira qué cola se está formando. —Muevo la cabeza en dirección a la barra y él también lo hace. Un número importante de personas se agolpa en torno a la misma, por lo que pedir algo de beber conllevará una espera de cinco a diez minutos, calculo.

—Tienes razón. Iré a pedir nuestras copas mientras te espero. ¿Qué quieres?

—Un gin-tonic. Gracias.

Sonrío, en parte por compromiso y en parte con sensualidad, porque una vez que he empezado, ya no puedo reprimirme. Rubén se dirige hacia la barra y yo camino en dirección al servicio.

¿Por qué coqueteo con Rubén, si no quiero nada con él? Ni yo misma sé explicármelo. Creo que me he liberado, de repente, desde que tomé la decisión de serle infiel a Mario, y ahora estoy fuera de mí y no sé controlarme. Es tan fácil. Una mirada, una sonrisa, una caricia en la mano o el hombro, y ya son míos, sin más. ¿Nadie les ha mirado, sonreído o acariciado nunca? ¿O es que hace mucho tiempo que eso ya no les pasa? ¿Sólo con eso ya pierden la razón? ¿O quizás es, simplemente, la expectativa de lo que pueda ocurrir lo que les hace perder la cabeza?

No lo sé, pero, en cualquier caso, lo estoy disfrutando mucho. Tener, por fin, el control de la situación. Manejarlos a mi antojo, cuando antes siempre ha sido al contrario. Siempre he sido la que espera a que la besen, a que la pidan en matrimonio, a que se sientan preparados para tener hijos. Es liberador dejar de ser la que espera y pasar a ser la que marca el ritmo a seguir.

Entro al baño y luego, en el tocador, me retoco el maquillaje. Estoy enfrascada en ello cuando Miranda, la asesora de Germán, entra para hacer lo mismo.

—¡Luisa! No habíamos coincidido esta noche. ¿Qué tal estás? Pero bueno, ¡estás preciosa!

Sonrío y trato de no romper a reír, porque Miranda, como el resto, ya lleva encima un par de copas de más. Nunca ha sido tan agradable conmigo como esta noche.

—Gracias, Miranda. Tú también estás muy guapa. ¿Lo estás pasando bien?

—¡Sí! Este sitio es increíble. —Sonríe, mirando al infinito, ebria y soñadora—. Pero oye, que no te lo dije, estuviste genial esta mañana en la reunión de presupuesto. Está mal que yo lo diga, así que nunca reconoceré haberlo dicho, pero es cierto. —Se encoge de hombros—. Germán se había levantado con el pie izquierdo y quiso rascar más dinero sin haberme dicho que analizara los datos y las inversiones y preparara un dossier para los socios… Me alegro de que le pararas los pies. —Guiña un ojo—. ¡Pero no le digas que te lo he dicho!

Hace un mohín, compungida, y sé que se ha arrepentido de haberme felicitado por haberle dado su merecido a su jefe, así que corro a tranquilizarla.

—Tranquila. No creo que mañana me acuerde de esto. —Sí lo haré, porque apenas he bebido, pero ella no lo sabe y me cree, y lo sé porque se ríe y vuelve a su estado de euforia previo—. Muchas gracias.

—Mi mesa estaba cerca de la presidencial y he estado cotilleando, ya sabes. —Me mira de reojo, cómplice—. Los socios han estado comentando lo que ha pasado esta mañana en la reunión e Ígor, que no lo sabía, se ha sorprendido mucho y tenía una cara de extasiado… Casi diría que de enamorado, ¿eh? —Vuelve a mirarme, intencionadamente, para ver si le confirmo lo que ella intuye, pero me concentro en mi lápiz de ojos y no dejo traslucir sentimiento alguno—. Qué suerte tienes. Está buenísimo. Yo ya me lo habría tirado. —Toso. Casi me atraganto por su arranque de absurda sinceridad—. Perdón. Es que estoy borracha, no me lo tengas en cuenta.

—No lo haré. —Me río.

Miranda sale del baño y, a través de la puerta abierta, escucho la voz de Ígor, que la saluda. «Hola, Miranda.» No escucho la respuesta de ella, y me la imagino cohibida y preocupada por si él ha llegado a escuchar nuestra conversación. Al menos, la parte en la que ella reconoce que se lo tiraría. Niego con la cabeza, divertida, sonriéndole al espejo mientras termino de pintarme los labios, y me dirijo yo también a la salida.

—Hola, Luisa. Te estaba buscando —dice Ígor. Manos en los bolsillos, porte erguido; el que parece cohibido es él. ¿Habrá pasado algo con Miranda en estos escasos instantes en que han estado solos?

—Hola, Ígor. ¿Qué pasa? ¿Se te ha insinuado Miranda? —pregunto, curiosa.

—No. —No sabe de qué le hablo.

—¿No has escuchado nuestra conversación en el baño?

—No. No te vigilo, ¿sabes? —Sonríe, travieso.

—Miranda ha dejado caer que tendría algo contigo. —Le miro, sonriente, tentándole a contestar—. Por si te interesa.

—No me interesa. Es una cría. —Sus ojos me miran, pero pronto divagan por otras partes de mi cuerpo y me dicen lo que él no quiere poner en palabras—. Me han contado lo de la reunión de presupuesto. Quiero que me lo cuentes tú. En mi suite, si te parece bien.

Aprieto los labios con fuerza para no sonreír, pero no puedo evitar que se curven levemente y que él intuya esa sonrisa prohibida.

—¿Vamos? —propongo.

Asiente con la cabeza, me pone la mano en la cintura y me guía hasta el ascensor y, de allí, hasta su habitación.

Imagino que Rubén tendrá que encontrar a otra que se tome ese gin-tonic que le pedí.

Entramos a la suite e Ígor se quita la chaqueta del traje, colocándola sobre una silla, y me hace un gesto para que me siente en el sofá del salón. No es excesivamente amplio, pero sí suficiente para dos personas. Me acomodo en el mismo, cruzo las piernas, y me aliso el final del vestido, que ya está algo arrugado a la altura de mis rodillas. Ojeo la suite y atisbo la entrada al dormitorio, frente a nosotros, aunque no alcanzo a ver la cama.

Mejor no verla, mejor no pensar en ello, porque ya estoy nerviosa y empiezo a dudar de si esto es buena idea.

Ígor se prepara un whisky y me pregunta si quiero otro. Le digo que no, pero le pido agua, en parte porque los nervios hacen que sienta la garganta seca y, en parte, por tener algo que coger con las manos para no lanzarme a tocar las suyas.

Me la sirve en un vaso y me lo da. Se sienta a mi izquierda. Coloca su brazo sobre el respaldo del sofá y me mira, atento.

—Me han dicho que le has dado una lección a Germán.

Me río, halagada.

—Bueno, no lo sé. Defendí nuestra partida presupuestaria, nada más. Y la verdad es que no me acuerdo muy bien de lo que dije, porque me salió sólo y luego me puse un poco nerviosa y ahora me parece que todo está envuelto en una nebulosa. No sabría repetírtelo.

—Entonces ya es leyenda. Cada cual lo exagerará un poco más y se hará una bola enorme y los compañeros acabarán pensando que sí, que le diste una buena lección y que lo pusiste en su sitio. —Sonríe. Arrastra las palabras, evidenciando que está más afectado por el alcohol de lo que quiere hacer ver.

—Vale, no me parece mal. Eso me ayuda, ¿no?

—¿A parecer más dura? Es posible. —Bebe un trago de whisky y reflexiona—. Lo que parece es que no me necesitas, ¿eh? Estoy orgulloso y triste a la vez, ¿eso tiene sentido?

—Sí, claro. Lo que pasa es que suele pasarles a los padres con sus hijos.

Nos calibramos mutuamente con la mirada y rompo el hechizo riéndome. Ígor le da otro trago a su copa y sonríe y, al mismo tiempo, niega con la cabeza.

—En resumen, que he hecho un comentario paternalista, vaya. De macho alfa venido a menos, ¿no?

Me encojo de hombros, divertida.

—Bueno, al menos te has dado cuenta.

—Los cursos de formación dan sus frutos, no te creas.

—Si estás pendiente de ellos, supongo que sí.

—¿Insinúas que no lo estoy? —Se finge indignado.

—¿Cómo? Pero si te sientas al fondo de la sala y sólo miras el móvil.

—Es por trabajo.

—Claro, claro.

—Y además puedo prestar atención a dos cosas al mismo tiempo.

—Bueno.

—Mira, ahora mismo estoy teniendo esta conversación contigo y, al mismo tiempo, estoy pensando en cómo preguntarte si puedo besarte.

No me esperaba esa respuesta y me ha pillado desprevenida. Me río y, azorada, bajo la mirada a mis manos, que reposan sobre mis piernas. Ígor deja su copa sobre la mesa, se acerca a mí y me coge la mano izquierda. Me acaricia el dorso y recorre mis dedos hasta sus puntas, y cuando llega a ellas, me suelta y deja su mano suspendida sobre mi muslo. Me mira. Lo sé porque me traspasa, aunque yo no lo esté mirando. Me muerdo el labio, cojo fuerzas y alzo los ojos para coincidir con los suyos.

—Puedes besarme.

Dejo de mirar sus ojos y miro sus labios, porque no puedo esperar a que se fundan con los míos. Ígor no duda y pone su otra mano en mi nuca para acercarme a él y une sus labios a los míos y los entreabre, y yo hago lo mismo, y noto que su lengua juega con la mía y trato de seguirle el ritmo, mientras que Ígor desliza su mano izquierda, la que reposaba sobre mi muslo, por debajo de mi falda y asciende hasta mi sexo y lo acaricia, tan suave que parece un mero roce inintencionado, pero tan efectivo que me hace poner mi mano sobre sus pantalones y palparle. Y sí, parece que sí se le levanta, y me alegro mucho, así que se la toco por encima de la ropa a ver si responde, y creo que sí, que es posible que podamos hacer algo con ella.

Llevo medias bajo mi vestido y no quiero que Ígor me las destroce con sus torpes esfuerzos por bajármelas, así que le propongo que me espere en la cama mientras me desvisto.

Voy al baño, que está dentro del dormitorio, junto al lado derecho de la cama, y me quito los zapatos, las medias y el vestido, pero me dejo la ropa interior, porque he comprado este conjunto de lencería sólo para hoy y sólo para Ígor. De encaje floral y detalles en raso, en color ligeramente tostado que resalta en contraste con mi piel, es sugerente pero elegante y cumple su cometido de realzar lo que me beneficia y ocultar lo que me desfavorece. Compruebo, poniéndome de lado frente al espejo, que apenas se me nota la tripa, aunque sé que trataré de encogerla para que no se aprecie en absoluto; y me felicito porque me veo guapa. No diría que joven, no; eso ya no me corresponde; pero, al menos, bonita y exuberante.

Salgo del baño y veo que Ígor ha apagado las luces y ha dejado encendida sólo la luz de la mesita junto al lado izquierdo de la cama. Se lo agradezco internamente porque, aunque me

siento cómoda en mi piel, no me sobran los gestos dirigidos a evitar que la luz subraye cruelmente todos mis defectos físicos.

Me da por pensar que, con Mario, mi lado de la cama también es el derecho. Por un momento, tengo la tentación de decirle a Ígor que cambiemos de lado de la cama, porque no quiero pensar en mi marido, porque temo que me haga el amor como mi marido. Pero me contengo, porque si lo nombro, le doy su lugar, y si le doy su lugar, Ígor pierde el suyo y queda en tierra de nadie.

Ígor aún no me ha mirado, porque está sentado en la cama quitándose los zapatos. Va muy lento, pienso, pero quizás es que no he valorado debidamente su grado de alcoholización. Termina de quitarse los zapatos y los calcetines y veo que maniobra con los botones de su camisa. Siento una pizca de ternura y decido auxiliarle, así que doy la vuelta a la cama y me sitúo frente a él. Le acaricio las manos para que suelte el botón con el que se está peleando, y empezando por ése, el de más arriba, y siguiendo hacia abajo, voy desabrochándolos uno a uno. Ígor usa sus manos, ahora desocupadas, para acariciarme las piernas, y luego el pubis, y luego el culo, y suspira, excitado.

Se pone de pie enfrente de mí y le quito la camisa, dejándola caer al suelo junto a nosotros. Le acaricio el pecho y me sorprendo de que tenga vello; lo imaginaba sin él o, cuanto menos, rasurado. Pensé que le pegaba. Pero me da igual, me gusta así; me alegra haberme equivocado y, precisamente por eso, ser capaz de sorprenderme.

Ígor me toca ahora las tetas por encima de mi sujetador de encaje. Desliza uno de sus dedos por debajo de él y alcanza mi pezón. Gimo inconscientemente y aprovecha para besarme en la boca. Sigue rozándome y besándome mientras yo le quito el cinturón y le desabrocho el pantalón del traje, y luego me ayuda a bajárselo hasta que queda abandonado en el suelo junto a su camisa. Palpo su sexo por encima de su ropa interior, pero él, impaciente y ya desbocado, se la quita y me lleva la mano hasta su polla. La acaricio y la muevo arriba y abajo; una, dos veces. Es suficiente para alcanzar conclusiones.

Se le levanta, sí, pero está perezosa. Esto no va a acabar bien.

Ígor, ajeno a mis preocupaciones, me quita a mí también la ropa interior y me tumba sobre la cama. Seguramente piensa, en ese estado nebuloso de su conciencia generado por el alcohol, que está perfectamente y que vamos a follar durante horas. Ay, Ígor. Esto no va a acabar bien.

Ígor, tumbado sobre mí, me besa las tetas, me chupa los pezones y, al mismo tiempo, desliza sus dedos dentro de mí. Me gusta y lo estoy disfrutando, así que trato de borrar de mi mente la previsión tan funesta que he hecho de lo que va a pasar a continuación. Cierro los ojos y me concentro en sentirle cerca de mí.

Veo que coge algo de la mesilla y asumo que es un preservativo, así que se la toco un poco para ver si remonta, pero sigue en ese estado de sí pero no, quiero pero no puedo. Creo que Ígor se da cuenta de ello, porque la roza contra mi sexo para que espabile, primero suave, con dulzura; y después fuerte, con ansia y excitación. Se pone el preservativo y entra dentro de mí.

Me embiste y disfruto la cadencia y el ritmo, y lo tengo encima y respira sobre mis labios y me gusta tanto, tanto; que puedo perdonar que no vaya a terminar.

Porque no va a hacerlo.

Me temo que ni siquiera yo voy a hacerlo.

Ígor parece un autómata que va y viene, y ya no siento que esté conmigo sino que pienso que se ha desconectado pero que aun así sobrevive con la poca batería que le queda, y esto no me gusta, así que me toca ponerle fin.

Antes, sin embargo, me gustaría darle una última oportunidad.

—Déjame ponerme encima.

Ahora sí, me mira y parece acordarse de que estoy allí debajo, bajo sus embistes. Asiente con la cabeza y se tumba boca arriba junto a mí. Me pongo encima suya, le dejo que entre de nuevo y ahora soy yo quien se mueve rítmicamente, marcando el camino. Me toco las tetas porque estoy muy excitada y porque sé que eso le excita, porque les pasa a todos, y al principio Ígor está muy implicado y me mira y me toca y sé que se muere por terminar, pero después veo que se le van cerrando los ojos y que se está quedando dormido.

Porque va tan borracho que no puede seguir.

Disminuyo el ritmo y me quito de encima. Me tumbo a su lado y le acaricio el pecho. Me mira de reojo, abriendo con dificultad los ojos, y me pregunta que por qué no sigo. Le digo que estoy cansada. Me dice que puede seguir. Le digo que seguro que es así, pero que estoy exhausta, que podemos hacerlo en otro momento. Asiente con la cabeza y me dice que vale, que en realidad él también está cansado, que podemos dormir un poco, que no me vaya, que terminamos después.

Se pone de lado y me abraza, y es muy tierno pero, a la vez, estoy tan decepcionada. Porque iba a serle infiel a mi marido y he gastado mi bala en esta estúpida batalla en la que no he ganado nada.

Ígor se queda dormido de inmediato. Espero unos minutos para cerciorarme de que no se despertará y me levanto. Voy al baño y me meto a la ducha. Antes de abrir el grifo del agua, me toco, constato que sigo mojada y me digo que todo ha sido para nada. Llego a pensar en hacérmelo yo misma, pero el disgusto no me deja concentrarme.

Todo mal, hoy ha salido todo mal.

Me visto y salgo de la habitación de Ígor y, luego, del hotel. Cojo un taxi y le pido que me lleve a casa.

Porque no pienso quedarme con un Ígor borracho e incapaz de hacérmelo; porque eso sólo se lo aguanto a mi marido.

CAPÍTULO 10

Lu

Tengo que hablar con mi padre.

El consejo que me había dado Álvaro resonaba por los recovecos de mi mente, aunque, hasta el momento, había sido capaz de ignorarlo o de buscarme las más diversas excusas para no cumplir con él.

Ahora no puedo hablar con mi padre porque mi madre está en casa. Ahora no puedo hablar con mi padre porque mi hermano está delante. Ahora no puedo hablar con mi padre porque mañana tengo examen y no me quiero desconcentrar. Y así, día tras día, y los días van pasando uno tras otro y ya no son sólo días, sino que forman semanas, y si me descuido, formarán meses, y si sigo así, mi padre acabará por decidirse por la tal Silvia y entonces, quizás, cuando quiera hablar con él, ya no habrá vuelta atrás.

Tengo que hablar con mi padre.

Buscando el momento, me di cuenta de que, al final, el momento me había encontrado a mí, atrapándome en una situación de angustia que hizo que una noche fuera distinta a todas las demás. Me desperté de madrugada y no pude volver a dormirme. No sé si lo que me despertó estuvo relacionado con mi padre y Silvia, pero sí sé que fue precisamente eso lo que me impidió volver a conciliar el sueño. De noche, las ideas y los pensamientos fluían solos, sin límites, y por más que intentaba controlarlos, crecían y se agotaban y se enmarañaban como si no me pertenecieran. Esa noche, una idea se me apareció como una revelación: mi padre iba a dejarnos por Silvia. No iba a dejar sólo a mi madre, no; iba a dejarnos a todos. Se iría con Silvia y empezarían una vida un común y su vida acabaría por ser ésa y no la nuestra. Nosotros seríamos un apéndice que quedó por extirpar de su cuerpo y del que se acordaría de vez en cuando, pero que sabría que le era ajeno. Al principio, le tendría cariño a ese apéndice caduco, pero después ya sólo lo recordaría con disgusto. Eso que tengo ahí, eso que me molesta por temporadas, eso de lo que no puedo desprenderme del todo.

Silva ya no sería «la otra»; nosotros, su familia hasta entonces, seríamos «los otros».

Una vez empecé a darle vueltas a la idea de que mi padre iba a irse con Silvia, se hizo más y más grande y empezó a ocupar todos los espacios. Sentí que su fuerza expansiva impactaba contra mí y me dejaba sin respiración. Quería ver más allá de ella, pero se extendía como un velo invisible ante mis ojos. Noté la tensión en mis extremidades y quise moverlas, pero sentí que permanecían inmóviles ante el peso de la revelación que acababa de tener. Traté de concentrarme para volver a la calma.

Me dije eso que nos decimos tantos durante las noches en vela. Llegará la luz de la mañana y todo esto se verá diferente.

Pero llega la luz de la mañana, tras un par de horas de sueño intranquilo, y todo sigue igual. Mi padre va a irse con Silvia y nosotros seremos los otros. Tengo que impedirlo.

Al menos, debo intentarlo.

Me levanto de la cama tan pronto escucho que mi padre se ha despertado. Mi madre ya llevará despierta un buen rato, pero ella es más silenciosa; él, en cambio, parece un rinoceronte negro que escucha que se han dejado la puerta de la jaula abierta y quiere retomar su libertad; como es prácticamente ciego, va a trompicones, chocándose con todo, quejándose ante cada

golpe involuntario que se da. Ése es mi padre.

Escucho, por sus pasos torpes y medio dormidos, que va hacia la cocina; imagino que a fumarse un cigarro y a prepararse un café.

Sólo tengo unos minutos antes de que mamá venga a despertarnos a Mario y a mí, pienso.

Voy hasta la cocina y saludo a mi padre.

—Hola, papá.

—Luisa, cariño. —Está totalmente desubicado. Se lleva una mano a la cara y se quita las legañas. Prácticamente se araña los ojos—. ¿Por qué no estás durmiendo?

—Lu, papá. Me llamo Lu. —Estoy lo suficientemente despejada para corregirle, me digo, así que puedo hacer esto—. Me he despertado pronto.

—¿Quieres que te prepare el desayuno? ¿Qué tomas? No me acuerdo… No, sí me acuerdo. Uf, cariño, es que todavía estoy muy dormido. —Sonríe, cómplice.

—No te preocupes, ahora me lo preparo yo.

—Vale. —Activa nuestra cafetera automática y espera a que haga su habitual flujo de limpieza inicial. Le da una calada a su cigarro y echa el humo a través de la ventana abierta. Me mira—. ¿Estás bien?

—Sí. Quería hablar contigo.

Asiente con la cabeza. Frunce el ceño. Justo después, trata de relajarse. Me observa, expectante.

¿Qué pasará por la cabeza de un padre cuando su hija le dice que tienen que hablar?

Me va a pedir dinero. O que la deje ir a una fiesta. Me va a decir que la acosan en el colegio. O que un chico la está tratando mal y no sabe cómo salir de eso. O que está embarazada. Dios, que no esté embarazada; ojalá no esté embarazada.

Apuesto a que todas estas ideas pasan por la cabeza, aún funcionando a medio gas, de mi padre. Me imagino que, al igual que acaba de activar la cafetera automática, ahora está encendiendo el modo padre para reaccionar correctamente a lo que pueda decirle.

—Sé que tienes una relación, o bueno, algo; que tienes algo, con Silvia, la de tu trabajo, la que trajiste el otro día a casa, y creo que mamá no lo sabe y tendrías que hablar con ella y decidir los dos lo que queráis hacer, pero yo no puedo saberlo y que ella no lo sepa y esto me está agobiando mucho. Tienes que decírselo. Tenéis que arreglarlo.

Mi padre tiene el impulso de abrir mucho los ojos, pero no lo hace, porque se contiene. Aun así, se hincha un poco, porque inspira tanto aire que juraría que no le cabe en los pulmones, y me da por pensar cosas absurdas, como que va a empezar a flotar como un globo y va a salir volando por la ventana y luego mi madre vendrá y preguntará por él y tendré que contárselo y no me creerá. Mamá, te lo juro, papá se ha hinchado como un globo y se ha volado por la ventana. Lu, qué tonterías dices, por favor, ¿dónde está tu padre?

No sé porque pienso las cosas más irracionales cuando me agobio, ¿tendrá una explicación lógica?

En cualquier caso, mi padre se está deshinchando, así que el peligro de que se vaya volando ha pasado. Veo cómo pasa de la situación de llenado a la de vaciado, y con ella, se diluye un poco la tensión que agarrotaba sus músculos y ahora no sabe cómo comportarse, así que deja el cigarrillo en el cenicero, cambia el peso de un pie a otro, se frota la cara, se rasca detrás de la oreja y, en definitiva, piensa, piensa, piensa.

No deja de mirarme, eso sí. Creo que calibra las consecuencias de lo que ha hecho en mi persona, y debo parecerle una persona muy pequeña y muy insignificante, porque me mira como si antes no fuera consciente de que sus acciones pudieran afectarme. Creo que soy ese apéndice

de su cuerpo que ya considera ajeno a él, y creo que pensó que podía mangonearme de un sitio a otro a su antojo y se está dando cuenta de que, probablemente, no sea así.

—Siento todo esto, cariño.

No. Joder, no. Niégamelo, por lo menos. Di que no tienes nada con ella, que me he equivocado, que es sólo una compañera de trabajo; al menos, sólo una *amiga*.

—Hablo con mamá, sí —continúa—. Perdóname por no haberlo hecho antes. —Se acerca a mí, con la mano extendida, como para rozarme el brazo o abrazarme o algo así, y lo siento ortopédico y artificial porque ahora ya no es mi padre, es la masa informe de la que surge este apéndice que soy yo, y no quiero manar de él, no quiero ser de él, no quiero que me quiera—. Yo te quiero muchísimo, Luisa.

Me roza con su mano y le rechazo. Puta disculpa de mierda, de manual de padres infieles; ¡pronto empezamos!, me digo. Pronto empezamos con los «lo siento» sin culpa y los «te quiero» vacíos. Te faltan los regalos inútiles, papá, para pasarte este nivel y llegar al de padre divorciado.

—Habla con mamá —le digo, categórica, y me voy a toda prisa de la cocina.

En el pasillo, coincido con mi madre, que va en la dirección de la que yo vuelvo para prepararnos el desayuno antes de despertarnos.

—¡Luisa, cariño! ¿Estás bien? ¿Qué haces levantada?

—Nada, me he despertado pronto. Voy a vestirme, mamá.

Mi madre asiente con la cabeza y la escucho entrar a la cocina. Yo llego a mi habitación, pero me quedo en la puerta, escuchando. Oigo a mi madre comentarle a mi padre que ya estoy levantada, y él dice que ya lo sabía. Mi madre dice algo que no alcanzo a oír y ambos ríen. ¡Ríen! ¡Mi padre ríe con mi madre! ¡Pero si le es infiel, y además no se arrepiente! ¿Cómo puede ser tan hipócrita?

Entro en mi habitación para vestirme y cierro la puerta con fuerza. Le odio.

Más vale que le diga lo que está ocurriendo a mi madre porque, si no, lo haré yo, y entonces seguro que todo arde.

CAPÍTULO 11

Luisa

A la mañana siguiente a la cena de empresa, Ígor me llama por teléfono. Disfraza la pregunta que quiere hacerme bajo otras más inocuas; que si cómo me encuentro, que si llegué bien a casa, que qué planes tengo para el fin de semana. En realidad quiere preguntarme que hasta dónde llegamos la noche anterior, que si él estuvo a la altura, que por qué no me quedé a dormir; pero no se atreve. Sabe que mis respuestas, incluso indirectas y amables, podrían hundir su autoestima. No va a arriesgarse.

Me esfuerzo por ser concisa, satisfacer su curiosidad y colgar pronto; porque mi marido, que me ha mirado extrañado al darse cuenta, al tiempo que yo, de que sonaba mi teléfono móvil, y aún me ha mirado con mayor sorpresa cuando se ha dado cuenta de que era mi jefe; está ahora junto a mí, controlándome, mientras finge estar ocupado metiendo las tazas del desayuno en el lavavajillas.

Por fin, cuelgo.

—¿Era Ígor? —pregunta, aunque sabe la respuesta—. ¿Qué quería?

—Nada, ver si llegué bien a casa.

—Ah. —Asiente con la cabeza, pensativo—. Cogiste un taxi, ¿no?

—Sí, claro.

—¿A qué hora llegaste? No lo recuerdo.

—Sobre las dos o dos y media, creo.

—¿Él se quedó más tiempo?

—¿Quién?

—Ígor.

—No lo sé, cariño. Supongo. No estuve todo el rato con él.

—¿Con quién estuviste?

—Con mis compañeros de siempre, ya sabes.

Me mira y asiente con la cabeza. Parece que es el fin del interrogatorio. Al menos, espero que lo sea, porque no creo ser capaz de aguantar otra concatenación de preguntas genéricas hechas con la intención de que deje caer algo que confirme sus sospechas.

Yo también podría, y quizás incluso debería, interrogar a mi marido de un modo inquisitivo, como él está haciendo ahora. Qué haces cuándo no estás conmigo; en qué piensas cuando sé, por tu mirada vidriosa y vacía, que estás lejos de aquí; qué quieres de nosotros, si es que quieres algo, ahora que ya lo hemos conseguido todo.

Porque ¿cómo se sobrevive a los hijos?

Mario y yo teníamos un proyecto en común y está agotándose. ¿Qué seremos, cuando todo haya terminado? ¿Cómo podremos seguir unidos? Y si seguimos así, ¿no pareceremos, simplemente, dos despojos que sólo recuerdan tiempos pasados porque ya no pueden esperar nada del futuro? ¿Porque, simplemente, una vez criados los hijos, ya no tienen nada en común?

Igual que yo pensaba serle infiel a mi marido con Ígor, él podría haber pensado sérmelo a mí con otra mujer. No sé si sabría reprochárselo. Quizás él tampoco sepa cómo sobrevivir a la losa del «felices para siempre» y esté buscando su salida. ¿Qué podría recriminarle?

Pasamos un fin de semana tranquilo. Mi hijo Mario tiene partido de fútbol, como de

costumbre. Luisa ha quedado con Claudia para ir al cine. Mi marido y yo los llevamos de aquí para allá, según necesitan. El sábado por la noche, Mario ve una película en la televisión y yo leo un libro en la cama. El domingo vamos a comer con mis suegros. El lunes, vuelta a empezar.

Cuando llego al despacho, veo una cajita de regalo sobre mi mesa. Es pequeña, de color negro, elegante y sencilla. Una cinta, envolviéndola, desvela la marca de lo que contiene en su interior. Hay, además, una tarjeta junto a la misma. La cojo, con manos temblorosas, y la leo.

«No debí beber.»

Sonrío y, acto seguido, niego con la cabeza. Miro a través de las puertas acristaladas del despacho para comprobar si alguien me ha visto, pero todos parecen absortos en sus quehaceres.

Vuelvo la mirada a la cajita de regalo y la abro. Unos pendientes de aro con colgante, juraría que de diamante. Espera, son de Ígor; seguro que de diamante.

Me siento halagada y a la vez violentada, si es que tal cosa es posible. Por una parte, es un regalo precioso, un detalle sencillo y efectivo, elegante, como le pega a Ígor y como me corresponde a mí. Incluye, además y en cierto modo, una disculpa, y eso me agrada, porque nuestro encuentro me dejó una sensación agridulce. Pero, por otra parte, es un gesto que me marca y me hace suya, y no soy de nadie; a lo sumo, soy de Mario. No está bien que me deje un regalo en mi mesa del despacho; cualquiera podría verlo y sacar conclusiones. No está bien que me regale unos pendientes que cualquiera sabría que son un regalo de un marido y, si no, de un amante; no podré ponérmelos. No está bien que, ante una única noche de intimidad, Ígor reaccione de este modo desproporcionado; me preocupan las consecuencias de esto.

Pienso, por un momento, en la posibilidad de acercarme hasta el despacho de Ígor para hablar con él. Para darle las gracias por el regalo o para devolvérselo, no lo sé muy bien. Como no termino de decidirme, opto por no ir.

Trato de concentrarme en el trabajo diario. Lo consigo a duras penas, avanzo poco y me noto espesa. Miro el reloj. Es la hora en que Rubén y yo solíamos ir a desayunar. Me da por pensar en que me apetecería volver a desayunar con él. ¿Por qué? Seguramente, porque Rubén es terreno seguro y ahora, que vivo sobre esta confluencia de placas tectónicas que no sé cuándo dará lugar a un terremoto, lo echo de menos.

Voy hasta la puerta de su despacho, toco con los nudillos en la puerta y, cuando le escucho preguntar quién es, entro.

—Buenos días, Rubén.

—¡Luisa! —exclama, extrañado. Es cierto que hace mucho que no soy yo quien va a verle —. Buenos días, ¿cómo estás?

—Bien, bien. ¿Quieres que desayunemos juntos?

Lo he preguntado más lastimera que sensualmente, porque, sin saber muy bien por qué, hoy me siento vulnerable.

Rubén duda.

¡Duda!

Algo pasa si le propongo a Rubén que haga algo conmigo y él duda.

—Sí, sí, claro —dice, al final, levantándose de su silla—. Vamos.

Recorremos las oficinas hasta llegar al ascensor y bajamos los veinte pisos que nos llevan hasta la planta baja. Llenamos el tiempo en común con conversaciones vacuas y efímeras; por alguna razón (yo sólo sé la mía), ambos estamos algo incómodos en la presencia del otro. Salimos del edificio y allí, en la plaza donde se enclava, nos dirigimos al bar donde solíamos desayunar siempre.

Rubén se para un poco antes de llegar y me pide que me detenga.

—Luisa, ahora desayunamos aquí —dice, señalando otro bar—. Espero que no te importe. Le he dicho a Sara que se una a nosotros cuando termine la reunión.

—Claro, claro. Sin problema.

Me apena que todo haya cambiado y que Rubén ya no sólo piense en mí sino en otras. Sé que tiene que ser así y que no tengo derecho a lo contrario, pero aun así, en un día como hoy, me afecta. Trato de mostrarme cordial con Rubén y también con Sara, cuando, unos minutos después, se reúne con nosotros.

El ambiente es tenso con Rubén y se distiende cuando llega ella. Él parece molesto por algo y, aunque puedo intuir la razón, pronto sale a la luz y confirma mis sospechas.

—Bueno, Luisa, ¿cómo acabaste la cena el viernes? Te perdimos la pista. —Habla Sara, pero el discurso es el de Rubén.

—Uf, regular. No me encontraba muy bien. Fui al servicio y de allí a pedir un taxi. —Miro a Rubén, compungida—. Siento no haberte avisado, Rubén, es que estaba tan mareada que no pensé en otra cosa más que en llegar a casa y tumbarme en la cama.

Él parece calibrar mi respuesta, porque quiere creerme, pero ya hace días que lleva barruntando otra opción para mi ausencia (seguramente, la verdadera) y ya se ha convencido de ella. Sara interviene.

—Yo también bebí demasiado. ¡Creo que todos! —dice Sara, simpática—. Al día siguiente me daba todo vueltas.

—Yo creo que no bebí tanto, pero algo debió de sentarme mal, porque de verdad que no me tenía en pie. —Me vuelvo hacia Rubén—. De todas formas, no tengo excusa contigo. Debí llamarte o, al menos, escribirte, y no lo hice. Lo siento mucho —insisto.

Sé, por cómo me miran sus grandes ojos negros, que Rubén ya me ha perdonado.

—No pasa nada, Luisa. —Me acaricia el brazo un segundo, y de nuevo deja caer su mano hasta su regazo—. Me preocupé un poco, no te lo voy a negar, pero bueno, ya está. Espero que ya te encuentres mejor.

Le sonrío y Sara cambia de tema, y desde entonces, todo vuelve a fluir y recupero un poco la calma.

Lo cierto es que Sara es encantadora, me digo; le iría muy bien a Rubén, incluso a cualquiera, me digo. Es de esas personas tímidas y calladas que a veces cuesta recordar si estaban o no en un determinado evento o reunión, que nunca nombrarías si te hicieran señalar a los compañeros que te son más preciados; pero que siempre tienen algo amable que decir y aportan algo de luz cuando la situación se vuelve muy oscura. Su figura, pequeña y menuda; su porte, erguido y estático; y su caminar, suave y silencioso, ahondaban en esa impresión.

Sara no llamaría la atención, pero claramente valía mil veces más que yo a nivel social.

Espera, ¿estoy celosa?

¡Creo que sí! No quiero nada con Rubén y estoy celosa de Sara, ¿qué explicación tiene esto?

Terminamos de desayunar y nos dirigimos hacia la torre. De nuevo, el ascensor nos lleva veinte pisos arriba hasta las oficinas. Allí, antes de poder siquiera despedirme de mis compañeros, la recepcionista me intercepta para decirme que Ígor ha pedido que vaya a verle. Asiento con la cabeza y me dirijo hacia su despacho.

No sé qué quiere Ígor, pero desde luego, espera una respuesta a su regalo. Me doy cuenta de que no sé cuál darle, porque aún no he decidido cómo sentirme al respecto. En la pugna entre sentirme halagada o violentada, seguimos en tablas.

Toco la puerta del despacho de Ígor con los nudillos y le escucho decir «pasa». Formal y

autoritario, como él es. No sé por qué, pero casi me siento excitada.

Hoy, desde luego, no me reconozco.

Abro la puerta y le veo. Está de pie junto a la gran cristalera que da al exterior, mirando hacia la ría. Porte erguido, manos en los bolsillos, sin la chaqueta del traje, que sólo se pone para las reuniones pero desecha para el trabajo diario; se vuelve hacia mí, «Luisa, buenos días», y camina a mi encuentro.

No sé qué hacer, así que cierro la puerta del despacho y me quedo ahí quieta, esperando a que él decida los términos del reencuentro.

Vuelvo a ser la que espera a que un hombre decida por ella, me recrimino. Qué le vamos a hacer, si este es el lugar en el que me siento cómoda.

Ígor me pone una mano en la cintura y me besa ambas mejillas. Nunca lo hacemos, porque sería absurdo saludarnos así todas las mañanas, así que este beso tiene algo de nuevo, de disculpa y de deseo; aún está por determinar.

—Estás muy guapa.

—Gracias.

Llevo unos pantalones de vestir negros de talle alto y una camisa de seda beige con lazada al cuello. El pelo, recogido en una cola de caballo. El maquillaje, suave, en tonos nude. No lo he hecho conscientemente, pero es evidente que hoy quería pasar desapercibida.

Ígor espera que sea yo quien diga algo, porque claro, me ha hecho un regalo carísimo y precioso, y yo estoy bloqueada y no sé muy bien qué decir. Abro la boca para hablar, pero no digo nada y acabo cerrándola. Él abre entonces la boca para hablar, pero tampoco debe de encontrar nada adecuado que decir y vuelve a cerrarla. Nos miramos, incómodos, y nos reímos ante lo absurdo de la situación. Ígor se lleva la mano a la nuca y se frota el cuello, en ese gesto tan suyo que me vuelve loca. Entonces, hablo.

—Gracias por el regalo. No hacía falta. —Sonrío.

—Lo sé. —Asiente con la cabeza—. Me apetecía hacerlo. —Se encoge de hombros.

—No podré ponérmelos, lo sabes. —Aprieto los labios con fuerza y luego me los humedezco, no sé por qué. Ígor los mira como si fuera a comérselos.

—Tu marido no se dará cuenta de que son nuevos. Nosotros no nos damos cuenta de esas cosas. —Media sonrisa, travieso.

—Creo que esta vez sí lo sabrá, créeme.

—¿Sospecha?

—Es posible. ¿Carmen sospecha?

—Carmen hace mucho tiempo que sospecha de todo. Ya no me funcionan los trucos con ella; ya te lo dije.

Inclino la cabeza hacia un lado, pensativa.

—Es cierto, me lo dijiste. No te creí.

—Pues créeme. Hace tiempo que lo nuestro está roto, diría que sin remedio. —Carraspea, incómodo. Mira hacia otro lado y después vuelve a mirarme—. Ponte los pendientes para mí, al menos.

Sonrío y bajo la mirada, porque cuando me mira así no puedo pensar; sólo quiero que me bese.

—Espera un momento —le digo, y me doy la vuelta, dirigiéndome a la puerta de su despacho.

Me da por pensar que seguramente me esté mirando el culo y, en un gesto reflejo, giro la cabeza para mirarle de reojo y lo confirmo. Me río y niego con la cabeza. Antes de cerrar la

puerta de su despacho, le escucho reír a él también, porque sabe que le he pillado.

Voy hasta mi despacho y cojo la cajita de regalo que antes, descuidadamente, había guardado en un cajón. Me dirijo de nuevo al despacho de Ígor. Allí, frente a él, la coloco sobre su mesa de trabajo. Me quito los pendientes que llevo puestos, dos perlas esféricas, y los dejo junto a la cajita. Cojo los que me ha regalado Ígor y me los pongo. Él no deja de mirarme y yo, que he recuperado algo de la confianza en mí misma que antes no encontraba, le miro de reojo mientras lo hago. Cuando termino, me giro hacia él y le sonrío.

—Te quedan preciosos. —Le guiño un ojo, coqueta—. Me encanta miraros cuando os arregláis, es como participar de algo íntimo.

Lo es. Es el único momento en que nos queremos y nos cuidamos a nosotras mismas, en vez de hacerlo con vosotros.

Ígor me coge de la mano y tira suavemente de mí para aproximarme hacia él. Le pongo la mano en el pecho. Él pone sus manos en mi cintura. Miro alrededor, preocupada por si alguien pudiera vernos, pero luego me acuerdo de que no es así, porque el despacho de Ígor, a diferencia del resto, no es acristalado hacia el interior; sólo hacia la ciudad. La notable diferencia de altura entre esta torre y los edificios colindantes evita que estemos expuestos a miradas indiscretas. «Tranquila», me dice él, que lee entre líneas mi preocupación. Aproxima sus labios a los míos y me besa.

Húmedo y caliente; todo se vuelve húmedo y caliente. Deslizo la mano que tenía apoyada sobre el pecho de Ígor hasta su nuca y lo acaricio. Él desliza una de las manos que tenía sobre mi cintura hasta mi culo y la deja allí suspendida, sin atreverse, por el momento, a llegar más allá. Le muerdo el labio y luego echo la cabeza hacia atrás, para mirarle a los ojos. Él sólo me mira la boca. Me besa de nuevo, con ímpetu, y me hace retroceder un par de pasos. Aprovecha para girarme y entonces mi cuerpo choca contra su mesa de trabajo. Ígor me aúpa para que me siente encima y se roza contra mí. La fuerza de su embiste me hace apoyar mis manos sobre la mesa para sujetarme, y ahora estoy ligeramente inclinada hacia detrás mientras él sigue besándome, agarrándome con una mano el cuello y deslizando la otra debajo de mi blusa, hasta tocar mi pecho. Jadea, excitado, y yo empiezo a pensar que va a hacérmelo aquí mismo, y que no puedo permitírselo, porque estamos en el trabajo, porque podría entrar cualquiera, porque Ígor es mi jefe, porque me va a romper la camisa, porque todos van a saber que esto está pasando, porque estoy casada, porque tengo dos hijos. Porque, porque, porque.

Agarro la mano que Ígor tiene sobre mi pecho y la retiro de allí. «Ígor, para», le digo. Pero no para. Traslada la mano que antes estaba en mi pecho a mi sexo y me lo frota, y aunque una parte de mí se muere porque esto pase, no puede ser aquí. Le agarro de nuevo la mano y la retiro de allí. «Ígor, por favor», le ruego.

Deja de besarme y me mira. Trata de recuperar el resuello. Sus ojos se fijan en los míos pero, acto seguido, vuelven a centrarse en mi boca y, de ahí, en mi blusa descolocada, en el sujetador que se intuye bajo la misma y en la excitación que se adivina de mi respiración entrecortada, la rojez de mis mejillas y el brillo de mis ojos vidriosos.

—No quieres hacerlo —pregunta, aunque sin tono interrogativo.

—Aquí, no.

Asiente con la cabeza. Se lleva la mano a la nuca. Resopla.

Sonrío.

—¿Qué pasa? —pregunta, sonriendo él también.

—Me encanta cuando te llevas la mano a la nuca.

Se mira la mano, como si no fuera consciente de lo que estaba haciendo con ella.

—¿Esto? ¿Lo hago mucho?

—Todo el rato. Me vuelve loca.

Baja el brazo y apoya la mano en su mesa de trabajo. Aproxima su rostro al mío. Me mira fijamente a los ojos.

—¿Te vuelvo loca todo el rato?

Ladeo la cabeza, coqueta.

—Prácticamente.

—Y aun así no quieres que lo hagamos…

—Aquí, no.

Niega con la cabeza. Se muerde el labio, al tiempo que mira los míos. Quiere morderme a mí, pero no pienso dejarle.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—¿Es una cita? —pregunto.

—Lo que tú quieras que sea. —Me besa suavemente en los labios.

Suena el teléfono. Los dos nos sobresaltamos al mismo tiempo. Ígor me acaricia la mejilla y da la vuelta a la mesa para cogerlo. Yo me pongo de pie junto a ella y me coloco un poco la blusa.

—Curro, ¿qué tal? —dice Ígor, y me mira con un mohín de disgusto. Sabe que, con Francisco, la conversación da para largo.

Me acerco hasta el baño del despacho de Ígor (tiene uno propio, ventajas de ser socio, imagino) y me rehago la lazada de la camisa. Ígor, con el teléfono inalámbrico al oído, viene tras de mí y me mira mientras lo hago. Lo sé porque le veo a través del espejo. La conversación con Francisco no debe de exigirle mucha concentración, porque se limita a expresar su asentimiento aquí y allá mientras me observa. Me gusta que lo haga. Decido prolongar esos momentos y, como tengo el pelo algo alborotado, me quito la coleta para hacérmela de nuevo. Ígor se acerca por detrás y hunde su cabeza entre mi pelo. Me besa en la base del cuello. Le acaricio la mejilla. Se separa un poco de mí con rictus preocupado, porque ahora Francisco debe de estar diciéndole algo que no es de su agrado, y yo termino de hacerme de nuevo la cola de caballo. Ígor ya no me mira, porque está calibrando la respuesta que debe darle al cliente. Me hace un gesto con la mano, indicándome que hablamos luego, y la magia se esfuma.

Salgo del baño y me despido con la mano, mientras él mira de nuevo hacia la ciudad por las paredes acristaladas y le habla a Francisco en tono cordial, pero autoritario, y pienso que igual debí tirármelo en esa mesa, ¿por qué no lo hice?

Sé la respuesta. Es que quizás no necesitaba tirármelo; es que quizás, en el fondo, no quiero serle infiel a mi marido. No es porque le sea leal a él, sino porque le soy leal a mi familia, y serle infiel a Mario la pone en riesgo. Quería sentirme deseada y eso ya lo tengo. Ígor me desea; Rubén me desea; pero, lo que es más importante, Mario me desea. Su mirada lastimera y acusadora del sábado por la mañana, mientras yo hablaba con Ígor, me lo confirmó. Mario hacía mucho que no se fijaba en mí más que con el automatismo de garantizar una convivencia apacible, pero ahora es diferente. Lo noto torpe cuando se dirige hacia mí, como si las normas que antes definían nuestra relación ya no fueran de utilidad; me ronda como un animal herido, como si yo pudiera curar sus heridas; y me observa y me acecha, como si tuviera que darme caza de nuevo.

Quizás sólo quería que Mario volviera a mirarme.

Qué estúpido y qué infantil, me digo, ha sido querer darle celos con otro. Pero ¿qué otra opción tenía? ¿No las había ya agotado todas, antes de decidirme por ésta? Yo creo que sí.

Llevamos cerca de veinte años juntos. No salté al vacío de la infidelidad a la primera oportunidad, que la hubo; ni siquiera en los malos momentos, que también los hubo; sino que aguanté casi hasta el final, hasta que los niños ya prácticamente no son tales, y ahí decidí que aún era mujer, y Mario, quizás ya acostumbrado a no pensar en mí como en una, no se dio cuenta.

Tuve que encontrar a alguien que me recordara lo que se sentía. Pero ahora, teniéndolo, no sé si quiero llegar hasta el final.

Ígor sólo me tienta porque, con él, todo es nuevo y aún no está viciado. Pronto, sin embargo, pasaría a ser conocido y, de ahí, a ser lo de siempre, y acabaría en el mismo callejón sin salida que con Mario. La rutina siempre se hace hueco, se encuentra cómoda y acaba por instalarse para siempre. ¿Qué haría? ¿Cambiar de uno a otro, sólo por mantener el halo de novedad? ¿Sólo por seguir sintiéndome viva?

No. Lu puede hacer eso, por supuesto; al fin y al cabo, tiene catorce años. Pero yo no puedo ser tan ingenua. En esta espiral decadente en la que me he mostrado más que capaz de complicarme la vida, debo poner fin a la caída antes de hundirme en el lodo.

Antes, en fin, de que sea demasiado tarde y lo estropee todo.

CAPÍTULO 12

Lu

Hoy cumplo quince años.

Estoy muy contenta porque cae en viernes y lo celebro con mis amigas esta noche, y además mis padres me han dejado ir a una discoteca, aunque claro, en formato *light*, antes de que abra para los adultos de verdad, que son los que pueden beber alcohol legalmente, porque nosotras también lo bebemos, claro está, pero tenemos que escondernos para hacerlo, así que cada una va a llevar una botella pequeña llena de alcohol a la discoteca y allí nos las arreglaremos para mezclarlo con los refrescos. Ya lo hemos hecho antes.

Estoy muy contenta porque Gorka, aunque se ha reído un poco de mí por ir a la discoteca por la tarde y eso le ha ratificado que no soy ni adulta ni madura, pero sí mujer (porque se la he vuelto a chupar para que no tenga dudas de ello), me ha prometido venir a verme y, aunque no sé si es en broma o es en serio, me ha dicho que me va a traer un regalo, pero lo cierto es que el regalo, para mí, es que venga y que lo vean mis amigas y que se mueran de envidia, y así yo morirme de amor.

Estoy muy contenta, pero también muy nerviosa, porque quizás Gorka quiera hacerlo esta noche, y aunque ya lo he hecho antes con Álvaro, no sé si eso se hace igual con todos, o si Gorka necesitará algo más, y no sé si voy a saber dárselo, porque sus veintidós siguen siendo muchos para mis quince, aunque el tiempo vaya jugando cada día más a mi favor.

Clau y yo estamos en mi casa arreglándonos para salir. Nos probamos un conjunto tras otro, experimentamos con el maquillaje que tenemos y el que le he robado a mi madre, bailamos las canciones de nuestra lista de reproducción preferida y nos reímos; nos reímos mucho. Sólo le digo que estoy muy contenta, aunque tenga una mezcla inclasificable de sentimientos en mi interior, y ella iguala mi nivel de excitación porque también está muy emocionada. Es la primera vez que ella (no yo) va a una discoteca *light*. Es la segunda vez que ella (no yo) va a beber algo de alcohol.

Clau es muy cría, creo que ya lo he dicho alguna vez, y sus padres la vigilan mucho. Creo que por eso a mis padres les gusta tanto Clau; quizás piensan que la labor policial que hacen con ella se extiende de algún modo a mí (no es así).

—Creo que me voy a poner esta falda —le digo a Clau, mirándome al espejo. Es una minifalda de tablas de cuadros escoceses. Mi padre pensará que es corta, pero mi madre lo pasará por alto porque es mi cumpleaños y me dejarán salir con ella sin problemas.

—¡Se parece a la del cole, Lu! —me reprocha Clau— ¿No prefieres otra que sea un poco distinta?

—Es que a Gorka le encanta la falda del cole. Se va a volver loco cuando me vea con ella. —Sonrío—. Me la pondré con un crop top y quedará genial, ya verás.

Clau se ríe, contenta. Yo me vuelvo hacia mi armario y rebusco en el altillo, que es donde guardo la ropa que me compro con la paga y que sé que mis padres no me dejarían ponerme. Me pruebo el crop top y me miro en el espejo desde todos los ángulos, para ver el efecto final. Con la cazadora encima, mis padres ni se enterarán de que lo llevo puesto.

—Uf, estás preciosa, Lu —me dice Clau, que ya ha elegido su ropa hace largo rato y ahora está tumbada en mi cama mirándome a través del espejo de mi habitación—. ¿Qué zapatos te vas

a poner?

—Las botas militares.

—Genial.

—¿Y en el pelo? —me giro hacia Clau, para que me dé su opinión.

—¿Qué le gusta a Gorka? —Cierto. Ésa es nuestra vara de medir.

—No lo sé. Pero me gusta cuando lo llevo recogido y así luego él me lo puede soltar.

—Es súper sexi eso —dice Clau, mientras retoza en mi cama con cara soñadora—. Quiero un Gorka para mí también.

—¡Con tal de que no sea el mío…!

Reímos. Me hago una cola de caballo, pero me veo muy formal, como si de verdad fuera a ir al cole. Me hago una trenza, pero me parece que Gorka tardaría mucho en deshacérmela y se perdería el efecto que busco. Clau me hace dos coletas altas. Me miro al espejo y parezco una chica del anime, y estoy sexi e informal y Gorka podría quitármelas sin esfuerzo y el pelo me caería sobre los hombros, sensual.

—Me encanta, Clau.

Nos ponemos las cazadoras y escondemos en ellas las botellitas de alcohol que hemos preparado. Dispuestas a ir a mi fiesta de cumpleaños, vamos hasta la cocina, donde mis padres están recogiendo las bolsas de la compra. Me doy cuenta de que Clau, en su camino hacia allí, busca a mi hermano con la mirada, porque sabe que él está loco por ella y quiere que hoy la mire, aunque ella no quiera nada con él. Pero mi hermano no está, porque aún no ha vuelto de casa de su amigo. Decido no herirla con esa información y dejo que se dé cuenta por sí misma.

En la cocina, mi madre nos mira y sonríe.

—¡Estáis preciosas!

Mi padre, torpe, en modo rinoceronte negro, aunque esta vez no es por sueño sino por pudor de tener una hija de quince años que ya tiene tetas y culo y a lo mejor se besa y folla con hombres, qué sabe él; se gira y nos mira. Bueno, me mira. Sólo a mí. Clau no es su responsabilidad. Clau no existe.

—La falda es un poco corta, ¿no?

Previsible. Hago una mueca de desagrado que expresa mi sentir adolescente. Papá, qué cortarrollos eres.

—Es una minifalda; tiene un largo normal, Mario. La niña puede llevarla perfectamente y tiene un tipo precioso para ello, además —contesta mi madre.

Mi padre suspira, pero no dice nada más y vuelve a sus quehaceres.

—Venga, que os llevo —dice mi madre.

—Pero luego te recojo yo, Luisa —dice mi padre, con tono autoritario.

Mi madre y yo nos miramos. Ella, disgustada. Yo, sorprendida. Esto no era lo pactado. Me iba a recoger mi madre; yo lo prefiero así. Ella sabe que quiero que me recoja al final de la calle donde está la discoteca y no en la puerta, ella no habla con mis amigas más de la cuenta, ella me da mi espacio, ella no me pone en ridículo.

Mi padre… es un padre, qué se le puede pedir.

—No, papá, no pasa nada. Iba a venir mamá.

Mi madre no dice nada. ¿Por qué? ¿No me va a respaldar en esto?

Veo que ella baja la mirada. Quizás es que la batalla ya está perdida y no hay nada que hacer.

—No. Voy a ir yo, Luisa. A las once, ¿no?

Miro a mi madre. Ella me mira. Asiente con la cabeza, incitándome a confirmarle la hora.

Aprieta con fuerza los labios y niega con la cabeza. Efectivamente, no hay nada que hacer.

—Sí, papá. A las once.

Asiente con la cabeza y se despide de nosotras. Salimos las tres de la cocina y bajamos al sótano y, de allí, al garaje. Nos montamos en el coche. Mi madre cierra la puerta del piloto con decisión.

—Tu padre ha decidido que te va a ir a buscar y no ha habido nada que hacer, Lu. Lo siento.

—Vale.

—Le he dicho que te recogiera al final de la calle de la discoteca a las doce, como habíamos hablado tú y yo, pero sabe que cierran a las once y no ha querido oír hablar de recogerte más lejos, por si te pasa algo. Ya sabes cómo es.

—Vale.

—Lo siento de verdad, cariño. Le he insistido mucho para que se comporte. Me ha prometido que no te va a poner en ridículo delante de tus amigas.

—Vale.

Veo, de reojo, que mi madre me mira por el espejo retrovisor, preocupada por si mi padre me ha amargado la celebración de mi cumpleaños. No me doy por aludida y no la miro. Es cruel, pero tengo quince años, es mi cumpleaños y Gorka iba a venir a verme, y ahora no sé cuándo voy a poder escaparme para estar un rato con él, ni para que mis amigas lo vean, ni para acostarnos juntos. Tengo derecho a estar enfadada, y además, lo estoy con mi madre, porque ella debió prever esto y evitarlo, y no lo ha hecho. Me ha dejado de lado.

Clau, a mi lado en el coche, mira por la ventana y se mantiene en silencio. Sé que sabe que estoy calculando las posibilidades de ver a Gorka y que, ella también, está barruntando opciones para conseguirlo.

Llegamos a la calle de la discoteca y mi madre para el coche. No nos deja en la puerta, sino unos doscientos metros más allá. En el camino hasta aquí ya he visto a un grupito de amigas de clase, así que nos despedimos de mi madre y vamos a su encuentro. Las saludamos y entramos a la discoteca.

Es un local grande, con dos salas diferenciadas, cada una con su barra, y los baños al fondo de una de ellas. No está muy lleno porque aún es pronto, pero como ya sé que luego será imposible pedir algo de beber, propongo hacerlo ya. Compramos los refrescos y vamos al baño. Mezclamos la bebida con el alcohol que traemos de casa y volvemos a la pista de baile. Suena esa canción que Clau y yo llevamos escuchando toda la tarde y bailamos, excitadas.

Le he mandado un mensaje a Gorka. «Ya estoy por aquí», le he puesto. A la media hora, le escribo de nuevo. «¿Cuándo vienes?». Dan las nueve y ya me noto desesperada. ¿No va a venir? Mis amigas me preguntan por él y les digo que es pronto, que ya vendrá, pero no dejo de dudarlo. ¿De verdad va a venir? Miro el móvil cada poco tiempo por si me ha escrito, aunque finjo que es para contestar mensajes de felicitación, porque no quiero que mis amigas piensen que estoy preocupada porque no aparezca. Dan las diez y quiero llorar. No me ha escrito. No ha venido. ¿Por qué me hace esto?

Me llega un mensaje al móvil. «Ven a la barra». Miro a mi alrededor. ¿Está aquí? ¿En la barra? ¿Cuál de las dos?

Clau ve que miro a mi alrededor y se acerca para preguntarme cómo ayudar. Le digo que creo que Gorka está aquí, en la barra. Ella también mira a su alrededor. El resto de mis amigas se dan cuenta de que algo pasa y se acercan para enterarse. Clau localiza a Gorka tras la barra de la sala principal. Me lo indica y, entonces, yo también lo veo. Sonrío. Clau también sonríe; se alegra por mí. Mis otras amigas tratan de saber quién es Gorka, porque no lo conocen. Yo me

dirijo hacia la barra para saludarle y Clau contiene al resto para que no me sigan.

Gorka está hablando con el camarero. Diría que se conocen. Es que Gorka también viene a este local, aunque él, lógicamente, en horario adulto.

Llego hasta la barra, pero Gorka aún no me ha visto. Me coloco tras la oreja el mechón de pelo que Clau me dejó fuera de la coleta derecha porque le pareció que quedaba sexi. Me aseguro de tener la camiseta y la falda bien colocadas. Gorka se vuelve hacia mí. Me mira con deseo, aunque diría que aún no me ha reconocido. De repente, lo hace, y entonces, sonríe.

—Lu. —La música no me deja oírle, pero le he leído los labios. Se inclina hacia mí por encima de la barra y me besa en la mejilla. Me sabe a poco, pero imagino que, en público, no podemos permitirnos más. Me habla al oído, para asegurarse de que puedo escucharle—. Feliz cumpleaños. —Me lame la oreja discretamente e inclino la cabeza hacia él, acariciándole con mi mejilla—. Estás buenísima.

—Gracias.

—¿Y tus amigas?

—Al fondo. —Señalo hacia detrás, donde ellas se agolpan en un grupo compacto, vigilándonos mientras tratan de parecer despreocupadas.

—Diles que vengan y las invito a algo.

Asiento con la cabeza, sonriente, y me vuelvo para hacerle una señal a mis amigas para que se acerquen. Clau encabeza el grupo, porque quiere asegurarse de no hacer nada que pueda estropearme la noche con Gorka, y trae al resto hacia la barra. Una vez allí, Gorka les pregunta que quieren y, junto al camarero, nos lo sirve. Me pregunta, en un susurro clandestino al oído, si queremos alcohol, y asiento con la cabeza. El camarero, que sabe lo que Gorka está tramando, mira para otro lado y le deja hacer. Gorka echa un poco de alcohol en cada vaso y les hace un gesto a mis amigas para que le guarden el secreto, y luego, les guiña un ojo. Las miro y sé que se derriten, porque todas lo querrían para ellas, y me siento tan halagada de que él sólo sea mío.

Gorka me mira y me sonríe. Le sonrío yo también y luego le miro a los labios, porque me muero por besarle. ¿Cómo vamos a hacerlo?, parezco preguntarle. Él me hace un gesto para que entre por detrás de la barra. Lo hago y me guía hasta una puerta trasera que da a un almacén y, de ahí, por otra puerta hasta un patio diminuto tras cuya cancela está la callejuela que separa la discoteca del edificio anexo. Estamos solos y la callejuela, que separa dos naves industriales, está desierta.

Hace algo de frío y me he dejado la cazadora en el guardarropa, así que me froto los brazos para entrar en calor. Gorka se da cuenta y me abraza. Me saca al menos una cabeza de altura y sus hombros, fuertes y musculados, me envuelven. Me siento como si estuviera a refugio. Me besa el pelo y lo percibo tierno y protector.

—Tenía ganas de verte, pequeña.

—¡Has tardado mucho! —le contesto, fingiendo disgusto.

—Qué va. Además, ya estoy aquí. Qué más da.

Me besa en los labios. Pronto, desliza su mano bajo mi falda y me toca el culo por debajo. Hoy no llevo braguitas, y mucho menos las braguitas blancas que aún me compra mi madre; hoy llevo un tanga rojo que me compré con la paga pensando, precisamente, en un día como hoy. Gorka lo nota al tacto y sonríe.

—¿Qué te has puesto? —pregunta.

—¿Quieres verlo? —contesto, sensual. Me doy la vuelta y me levanto lentamente la falda, dejando al descubierto lo que hay debajo. Miro de reojo a Gorka. Le veo suspirar con fuerza y morderse el labio.

—Es muy bonito. Aunque estás más guapa sin nada; déjame probar. —Me quita el tanga con una mano y lo deja caer al suelo. Levanto un pie del suelo, y luego el otro, para quitármelo del todo, y lo dejamos abandonado en un rincón junto a nosotros.

—¿Mejor? —le digo, y le rozo con mi lengua sus labios y, al momento, me retiro, tentándole a que venga a buscarme.

—Mejor —me dice, y me besa con tal ímpetu que mi espalda golpea la pared.

Gorka me toca el culo bajo la falda y, pronto, desliza su mano por mi muslo hasta rozarme el coño, y como ve que estoy caliente, lo frota, y yo le toco la polla por encima del pantalón y se la froto también, y él, impaciente, trata de desabrocharse el cinturón con la mano que tiene libre, y yo, que ya tengo más práctica que él en eso, le ayudo a hacerlo, le abro la cremallera y se la cojo, y está dura y caliente y de repente me doy cuenta de que tengo muchas ganas de tenerla dentro, tanto, que me duele no sentirla ya allí.

Gorka busca con la mirada a nuestro alrededor y ve un poyete, y me lleva hasta allí y se sienta en él, y ahora estamos prácticamente a la misma altura. Su polla se yergue en la abertura de su cremallera y se la toco, arriba y abajo, mientras él me mete los dedos dentro y, con su otra mano, me toca las tetas.

—Siéntate encima de mí, anda —me urge.

Me dispongo a hacerlo, pero me doy cuenta de que, en esa posición, es inevitable que me la meta sin más, y me detengo.

—Pero te pones un condón, ¿no? —pregunto, cautelosa.

—No, no hace falta. —Me besa; me mete los dedos dentro; me arqueo de placer y no puedo pensar.

—Sí. Póntelo.

—No, Lu. No se siente igual. Venga, anda, que no va a pasar nada.

¿No se siente igual? ¿Eso es verdad? ¿Los mayores lo hacen sin condón? ¿O es como esas cosas que hacen las chicas en el porno porque a ellos les gusta y ahora el resto vamos a tener que hacerlo, aunque no queramos? Pero, si lo hacemos sin condón, me puedo quedar embarazada, ¿no? O coger una enfermedad, ¿no?

Me quedo un poco en shock y estoy demasiado cohibida para preguntarle todo eso, porque Gorka sabe que no soy ni adulta ni madura, pero al menos piensa que ya soy mujer y no quiero que se dé cuenta de que no es así; y él sigue besándome y tocándome y no puedo pensar; y además estoy un poco mareada y seguramente sea por el alcohol y no me puedo concentrar, pero juraría que no deberíamos hacerlo sin condón; no, seguro que no; eso era una línea roja, me digo. No puedo hacerlo sin condón.

—No quiero hacerlo sin condón, Gorka.

Él deja de tocarme de golpe y me mira fijamente a los ojos, serio.

—Eres una cría.

Me lo escupe, rabioso, y lo siento como una bofetada en la cara, y me entran ganas de llorar. Se me humedecen los ojos al instante y él lo ve, y aun así deja pasar uno, dos, tres segundos completos antes de apiadarse de mí y acariciarme la mejilla.

—Lu.

Se me cae una lágrima y me la retiro de un manotazo.

—Lu.

Se me cae otra lágrima y ahora es Gorka quien la retira suavemente.

—Lu, escúchame.

—No soy una cría.

Pero lo digo con voz lastimera y me doy cuenta de que sí, soy una cría.

Gorka me acaricia la cara con ambas manos, me mira a los ojos, suspira y me da un suave beso en los labios. Después, baja las manos a su pantalón y se mete la polla en los calzoncillos. Se dispone a subirse la cremallera. Bajo mis manos hasta ella y lo detengo.

—No. ¿Qué haces?

—No quieres follar. No pasa nada. Me voy.

—¡No!

—Que sí, Lu, que no pasa nada. Pero es que estoy cachondo perdido, no puedo jugar a los besitos de instituto. Me marcho.

—No, Gorka, no, por favor… Te la chupo. Déjame que te la chupe.

—No tengo ganas.

Se termina de subir la cremallera del pantalón y se levanta. Me besa en la frente. ¡En la frente!

No soy una cría. Y es mi cumpleaños, íbamos a hacerlo en mi cumpleaños. Ya me había decidido, y además ahora veo que esto es importante para Gorka, porque si no lo hago se va a cansar de mí, así que tengo que darle algo más; tengo que conseguir que siga a mi lado.

—Siéntate.

—Lu, ya te lo he dicho —contesta, irritado.

—Siéntate, joder.

Tiene cara de sorprendido, pero se sienta. Me mira con gesto cansado. Le bajo de nuevo la cremallera. Le saco la polla, que sigue dura y caliente. Me sitúo encima de él, las piernas a ambos lados; le miro fijamente. No soy una cría. Mi coño roza su polla y dejo que entre poco a poco, y entonces sí, Gorka sonríe. Me vuelve a besar y quiero llorar de nuevo, porque ahora, otra vez, me ha abierto las puertas del cielo. Me muevo arriba y abajo, en oleadas, hasta que Gorka se impacienta porque quiere cambiar el ritmo y entonces me agarra de las caderas y me dice cómo seguir, y yo hago lo que él quiere, porque eso es lo que yo quiero, porque ya no hay diferencia entre Gorka y yo, porque le seguiría hasta el final con tal de que me mirara como lo hace ahora. Y al fin, entre jadeos, termina, y es tierno cuando me alza para salir de mí, y me sigue besando mientras lo hace, y se asegura de que no pierda pie al quedarme sola allí en el patio, sin su polla dentro, pero lo cierto es que él termina íntegro, a lo sumo algo mojado, y yo lo siento aún parte de mí como lava viscosa y, de nuevo, es demasiado pronto para dejar de ser uno.

Gorka ve que estoy incómoda por llevar su semen dentro y se disculpa para ir al almacén por el que antes hemos pasado y trae papel para que me limpie. Lo hago y me ayuda, y es un poco aparatoso pero se lo agradezco, porque así me siento menos sola. Y cuando acabamos, me doy cuenta de que ya no se escucha música dentro del local, y no sé durante cuánto tiempo ha sido así, y miro a Gorka, preocupada, y él me mira, sin comprender.

—¿Qué hora es? —pregunto.

Mira su reloj.

—Las once y cuarto.

—Joder, me tengo que ir.

Entro al local y voy directa al guardarropa, donde no queda nadie. Recojo mi cazadora. Salgo de la discoteca. Gorka se ha quedado atrás; no me he despedido. Veo un coche esperando en la entrada. Es mi padre.

—¡Luisa! ¿Dónde estabas? ¡Estaba muy preocupado!

Tiene la cara desencajada; me lo imagino a punto de prenderle fuego a la discoteca, de pegarse con los guardas de seguridad, de llamar a los hospitales de la capital y después a los del

resto de la región.

—Lo siento, papá. Estaba en el baño.

—¿Tanto rato?

—Sí, perdón.

Trato de parecer apesadumbrada, y no es complicado, aunque no sea buena actriz, porque lo cierto es que lo estoy. Casi me pilla. Casi ve a Gorka. Casi se entera de que ya me beso y follo con hombres.

Me subo al coche y trato de mantener la calma, aunque no dejo de pensar en que no llevo nada bajo la falda, porque el tanga quedó abandonado en ese patio interior donde he follado con Gorka sin protección; y que debo de oler a sexo, porque creo que el semen de Gorka aún mana de mi interior y me moja los muslos, aunque los aprieto mucho para que no se note.

Mi padre, sin embargo, parece tan preocupado que no creo que se dé cuenta de nada de eso.

Creo que piensa que, por lo menos, estoy viva; estoy bien; me ha encontrado.

Y que nunca más va a dejarme ir a ninguna discoteca; eso por descontado.

CAPÍTULO 13

Luisa

A mi marido le pasa algo. Lo sé con la certeza que me confieren los cerca de veinte años de relación que llevamos a cuestas y que convierten mi intuición en un preciso indicador de su estado de ánimo.

Su mente está en otra parte, barruntando algo. Lo sé porque activa nuestra cafetera automática pero, después, se le olvida accionarla para prepararse el café y acabo por escuchar de nuevo el filtro de limpieza que aquélla realiza cuando lleva media hora sin uso. Lo sé porque no nos escucha ni participa de nuestras conversaciones, sino que vaga como alma en pena por la casa, es un fantasma en sus pasillos, es una sombra opacando la silueta que antes ocupaba su cuerpo. Lo sé porque me mira e intuyo que quiere hablar conmigo, pero no sabe cómo empezar.

Parte de mí piensa que quizás sospeche de lo mío con Ígor, pero otra parte de mí sabe que es algo más. Lo primero sabría echármelo en cara sin dudar, y lo segundo, en cambio, le atormenta y le tiene sellada la boca y oscurecida la conciencia.

La noche del sábado, cuando ambos estamos en el sofá viendo la televisión, decido poner fin a la situación.

—Mario, ¿qué te pasa?

—¿Eh? —contesta, despistado. Últimamente siempre está en otro sitio.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada —responde automáticamente.

—Te pasa algo. Te lleva pasando algo toda la semana. Eres mi marido y lo sé. Cuéntamelo.

Me mira a los ojos y los suyos me ruegan suplicantes, aunque no sé qué es lo que pretenden. ¿Que los quiera? ¿Que los perdone? ¿Que los ayude?

—Tengo una relación con otra mujer.

Me quedo en shock y no digo nada. Creo que ni siquiera reacciono. Se para el mundo y se me olvida hablar, pero también respirar, y cuando por fin me doy cuenta de que debo hacerlo, doy una gran bocanada, como si momentos antes hubiera estado al borde del ahogamiento.

Muevo los labios para decir algo, pero me doy cuenta de que no sé qué quiero decir. Creo que, si fuera fiel a mis sentimientos, diría «¿y qué?», pero no lo digo porque me parece de una insensibilidad descarnada, y por un momento pienso que Mario se merece otra cosa, y no que su mujer, tras veinte años de relación, conteste a ese amago de poner fin a su matrimonio con un «¿y qué?».

Pero es que no me siento dolida. ¿Es el estado de shock, que no me deja pensar con claridad? ¿O es que, de verdad, Mario ya me resulta del todo indiferente?

Tiene una relación con otra mujer. ¿Qué cambia eso? ¿Lo vuelve menos mío? ¿No había dejado ya de serlo, de todas formas, antes de todo esto? Hace años que Mario no tiene una relación conmigo. No compartimos momentos juntos, más que si debemos hacerlo por el bien de los niños. No conversamos o intercambiamos opiniones sobre los temas que nos preocupan, salvo si afectan a nuestros hijos. No nos gustan las mismas cosas, y hace años que optamos por hacerlas solos. Vivimos juntos, pero estamos separados. Los dos lo sabemos, así que, ¿qué debería contestarle?

—¿Qué quieres hacer?

La pregunta sale de mis labios y me doy cuenta de que, aunque más sutil que ese «¿y qué?» que pensaba plantarle, sigue siendo de una crueldad descorazonadora. Mario frunce el ceño y luego niega con la cabeza, y creo que sí, que está decepcionado; que esperaba una respuesta más visceral, una reacción apasionada, quizás una defensa de nuestro matrimonio; al menos, un zarpazo de odio que le confirmara que aún queda algo de mí para él.

Pero no, no queda nada. La organización familiar, como siempre; qué vamos a hacer con esto, cómo nos vamos a organizar con los niños. Nada más.

—¿Eso es todo, Luisa? —Me mira a los ojos, suplicante, y se tornan vidriosos. Se ve que Mario, que sí que me ha sido infiel, me quiere más de lo que yo, sin haber caído del todo en ese pecado, lo quiero a él—. Te digo que tengo una relación con otra mujer, ¿y te da igual?

—No sé qué quieres que te diga —contesto, indignada—. Me lo sueltas así, sin más. En presente simple, Mario. «Tengo una relación con otra mujer.» No que la has tenido, en pasado; ni que te has acostado con otra, como si tuviera punto y final. Que tienes una relación con otra. Con dos cojones, Mario. —Sí que estoy enfadada, sí. Mario estará contento de generar algún tipo de reacción en mí—. ¿Qué pretendes? ¿Que te suplique para que me quieras?

—No, no —contesta, apesadumbrado, y baja la mirada a las manos sobre su regazo.

—Porque no he escuchado una puta disculpa, ni un ruego para que te perdone. Porque no me ha parecido que quieras ponerle fin a esa otra relación, ¿no? —Alza la mirada y coincide con la mía, y acto seguido la baja de nuevo, confirmando mis sospechas—. Pues entonces, ¿qué querías?

—Es que esto hace mucho tiempo que no funciona, Luisa.

—No me vengas ahora con excusas, Mario. Eso ya lo sabíamos los dos. Podías haber tratado de hacerlo funcionar, o haberle puesto fin. Podías, incluso, haber buscado la solución en otra parte, como has hecho, ¿pero contármelo y usarlo de excusa para dejarnos? Hay que ser cobarde, Mario.

—No os voy a dejar, no digas eso.

—¿No quieres dejarlo? ¿Y qué quieres? ¿Que te dé mi consentimiento para seguir teniendo una relación paralela? ¿Para qué me lo dices, Mario?

Mario suspira y cambia de postura en el sofá. Se vuelve hacia mí.

—Se llama Silvia. Es de mi trabajo. Quiere que nos vayamos a vivir juntos.

Hago un ademán con la mano, señalándole la puerta de casa, para que sepa dónde está la salida. Es cruel, y él se siente dolido, pero no sé porque tengo que tener consideración alguna con quien se plantea romper mi familia.

—No seas así, Luisa. Estoy tratando de explicarme.

—No hay nada que explicar. Quieres dejarnos. Pues déjanos.

—¿Y ya está?

—¿Pero qué coño quieres, Mario? —Estoy alzando la voz, se van a despertar los niños. Trato de calmarme—. ¿Qué quieres?

—Te he querido tanto, Luisa.

—¿Tanto? Una puta mierda me has querido, Mario. Me has querido en lo bonito y en lo cómodo, porque está claro que en cuanto la tal Silvia te ha mirado, se te ha olvidado todo. Y no yo, ¿eh? Tu familia. Se te ha olvidado que somos una familia.

—No, no. No se me olvida. Yo… es que no sé qué hacer, Luisa. Estoy enamorado de Silvia. —Resoplo. ¿Por qué me cuenta esto?— Parte de mí quiere dejarse llevar, sí, pero otra parte de mí quiere permanecer aquí con vosotros. Contigo. Pero no me quieres. Hace años que lo sé. No me quieres. Y te digo que estoy con otra y lo confirmo, porque no quieres que me quede.

—No quiero que te quedes. Me caes fatal, Mario. Me caías mal antes, pero te soportaba. Eres el padre de mis hijos. Pero ahora te veo así, y sí, me caes fatal.

—Siempre me miras así, como si yo estuviera de más.

—Es que estás de más, tú mismo te has puesto en esa posición. Vete con Silvia, que ella no te mira así, ¿no? Te habrá soltado dos miradas y cuatro besos de adoración, y ya está, veinte años de relación por la borda.

—Dime que me quede, Luisa. Por favor. Haz algo.

—¿Que yo haga algo? ¿Que yo haga algo, Mario? Llevo haciendo algo toda mi vida. Esperarte, adorarte, apoyarte, parir a tus hijos, cuidar a tus hijos, mimarte a ti, vivir para vosotros, que seas el puto centro de mi vida, y cuando ya está todo hecho, entonces te sientes de más, entonces te duele que yo te mire como si estuvieras de más, cuando llevas toda la vida situándote de lado, para que nada te salpique, para no implicarte en las cosas, para que yo me encargue. ¡Claro que estás de más! ¡Claro que lo estás! Lo habría hecho todo igual, sin ti. La prueba de ello es que te irás con Silvia y todo seguirá funcionando igual, sin ti. ¿Qué quieres, que me apiade de ti? Ya no voy a mentirte más; ya no voy a mentirme más. Si te quieres quedar, te quedas. Yo no voy a romper esta familia. Si quieres que vuelva a quererte, suerte; no sé cómo vas a conseguirlo. Y si quieres irte, ahí está la puerta, ya te lo he dicho antes. Harta y dolida y sola estoy yo, y no viene de hoy, Mario. Si ya lo sabías, haber reaccionado antes.

Cierro la boca y le dejo unos segundos para contestar, pero no, no reacciona. No sabe qué decir. No sé qué me esperaba, si llevamos veinte años de relación en estos mismos términos. Mario guarda silencio, aguanta el chaparrón y luego seguirá adelante como siempre, sin más. Seguramente, incluso piense que saldrá indemne de todo esto.

Me voy a nuestra habitación y trato de dormir, pero me doy cuenta de que estoy tratando de escuchar el ruido de la puerta al abrirse para confirmar si él se va. ¿Se va a ir? ¿Es esto el fin?

No estoy preparada para el fin. Tantos años juntos; tantos otros conviviendo juntos, pero sin estarlo; y aún no estoy preparada para el fin.

Si viniera a abrazarme. Si me pidiera perdón. Si me dijera que todo va a cambiar. Si pudiera creerle. Si, si, si.

No viene.

Amanece el domingo, perezoso, entre lluvia y niebla, y voy al salón. Mario ha dormido en el sofá. Debe de tener frío. Le echo una manta por encima. Entreabre los ojos y me ve hacerlo. Me coge la mano; me suplica con la mirada.

Me voy a la cocina a preparar los desayunos.

El silencio nos ahoga.

CAPÍTULO 14

Lu

Estoy un poco agobiada y me gustaría contárselo a mi madre, pero no puedo.

Estoy un poco agobiada porque Gorka y yo lo hicimos sin condón y no sé si ya estoy embarazada o si me ha pegado alguna enfermedad de transmisión sexual y no dejo de intentar tranquilizarme diciéndome que una sola vez es tentar muy poco la suerte y que seguro que ni estoy embarazada ni me ha contagiado una enfermedad, pero mi mente funciona libremente y los pensamientos intrusivos se agolpan unos sobre otros y no puedo pensar en otra cosa que no sea un granito de arena que luego se convierte en lenteja que luego evoluciona a garbanzo y que al final será un bebé con su cabecita, brazos y piernas; o en una célula malvada que se fijará a mis linfocitos, se fusionará con ellos y luego copiará su mecanismo para multiplicarse y atacar el resto de mi sistema inmunitario, y lo que era sólo VIH será ahora sida, con todas sus letras en mayúscula y negrita y color rojo sangre, SIDA, y lo ocupará todo.

Lo peor, además, es que no tendré a ningún Bleeker para mi Juno, si finalmente estoy embarazada, como pasó en esa película del mismo nombre; ni ningún Nathan para mi Sean, como pasó en *120 pulsaciones por minuto*. Gorka no se quedará conmigo.

Me gustaría contárselo a mi madre, porque a quién si no; a mi madre, claro está; que es la única que sé que estará conmigo pase lo que pase, la que me dio a luz, a la que le desagarré la vulva cuando quise salir al mundo con toda la rabia que acumulaba ese minúsculo cuerpecito amoratado, a la que machaqué los pezones al mamar y a quien le arranqué mechones de pelo agarrándoselos desesperada mientras lo hacía porque mi casa, siempre, ha sido ella; y a mi hogar es a donde, ahora, quiero volver.

Pero mi madre está preocupada por otras cosas. Tiene mala cara, sé que no duerme bien y se equivoca con tareas que antes tenía automatizadas como preparar el desayuno, los almuerzos o tener listo el chándal de fútbol de Mario para sus entrenamientos.

Mi padre la cubre y trata de compensar sus despistes, pero no está a la altura y sus ausencias se notan.

Mi padre ha debido de contarle a mi madre lo de Silvia. Estamos en punto muerto como familia, porque el tiempo parece haberse detenido hasta que ella decida o hasta que ellos decidan; no sé muy bien a quién le corresponde decidir, la verdad.

Mario y yo, satélites de mis padres en esta galaxia donde sólo ellos determinan en qué sentido vamos a orbitar, estamos a la espera de lo que pueda pasar. Mario aún no lo sabe, así que vive despreocupado; lo envidio. Yo lo sé y es una preocupación más que se une a la de estar embarazada o tener el sida.

Esperando el momento para poder hablar con mi madre, vuelvo a ver a Gorka y volvemos a hacerlo sin condón, y ya no es sólo una, sino varias veces, porque claro, ya lo hicimos así el primer día, así que ¿qué excusa podría poner ahora para negarme?

Gorka siempre quiere follar. Ya le pasó a Álvaro después de la primera vez que lo hicimos, así que no sé por qué pensé que con Gorka sería diferente. Quizás debería ser lo suficientemente lista para empezar a ver un patrón; quizás debería sacar algún aprendizaje de todo esto. Que ellos sólo buscan follar desde el principio y que, una vez conseguido, sólo quieren seguir follando hasta el final. Que el resto, para ellos, es lo que pasa antes, entre y después del sexo. Aunque el

resto, para mí, sea todo lo que importa de mi relación con ellos.

Veo a Gorka todas las tardes que voy a la sala de estudio del polideportivo. Sé que él va sólo para verme. Hace tiempo que creo que, realmente, no estudia nada en absoluto. No sé cuándo son sus exámenes, ni cómo le va con la oposición, ni qué hace ahora que no trabaja y que (según creo) tampoco estudia. No sé quién es Gorka cuando no está conmigo. Lo que es seguro es que yo soy Lu, quince años, estudio 4º de la ESO, estoy con Gorka, veintidós años, casi bombero; pero empiezo a pensar que él es Gorka, veintidós años, esto por rellenar, esto por rellenar, esto por rellenar, y muy al final de las cosas que lo definen, ésta: se tira a Lu, quince años, cuando la ve en el polideportivo.

Todo mi mundo es Gorka y para él yo sólo estoy de paso.

—¿Damos una vuelta? —propone una tarde, cuando ha estado mirando sus apuntes un total de cinco minutos de reloj.

—Déjame acabar este comentario de texto.

Asiente con la cabeza, decepcionado, pero lo oculta, porque quiere volver a acostarse conmigo. Ya no me afecta, porque, sin saber muy bien cómo, los papeles en nuestra relación se han invertido. Ahora yo marco el ritmo y Gorka se amolda a él. No se queja, aunque antes nunca me lo habría permitido, y es evidente qué es lo que ha cambiado: ahora follamos. Gorka tiene todo lo que quería de mí y, con tal de mantenerlo, hará y dirá lo que yo quiera.

Debería disfrutar de esto, pero no lo hago. También es evidente lo que ha cambiado: ya no estoy enamorada de él. Lo soporto, con una especie de fidelidad perezosa que se alargará todo lo que dure el embrujo de sentirme adulta y madura y mujer; porque, cuando se evidencie que no es así, lo único que quedará será la nada y lo natural será dejarle definitivamente de lado.

Termino el comentario de texto y guardo los libros en mi mochila. Gorka me mira de reojo, esperando el momento en que yo decida que podemos vernos a solas. Le miro a los ojos y aún me tomo uno, dos y hasta tres segundos antes de hablar.

—Voy a por una Coca-Cola.

No le pregunto si viene, porque en realidad no sé si me apetece que venga y porque, al mismo tiempo, sé, sin ninguna duda, que va a venir. Porque ahora Gorka tiene todo lo que yo podía darle y sólo quiere que siga dándole más, hasta exprimirme hasta la última gota y que ya no quede nada de mí.

Salimos de la sala de estudio y bajamos las escaleras hasta la entrada del polideportivo. Yo voy delante y Gorka me sigue. No tengo prisa y me da por imaginármelo andando detrás de mí. Seguro que me está mirando el culo, tratando de adivinar sus formas por debajo de la falda del uniforme que ahora me da por arremangar cada vez menos, porque me turba saber que él siempre está pendiente de mis muslos. Me gustaría que pudiera fijarse en otra cosa de mí, a poder ser no sólo física, porque ¿no valgo yo algo más que eso?

Llego al rellano de la entrada y allí, en la máquina expendedora, meto el dinero y marco el número correspondiente al refresco que quiero. Lo cojo y salgo fuera.

Llueve un poco, pero cala rápido, así que no hay nadie en el exterior. Me sitúo a resguardo de la lluvia bajo el estrecho tejado que rodea el polideportivo, a unos metros de la entrada, y abro la Coca-Cola. Gorka se para a mi lado y saca un cigarrillo. Lo enciende y le da una calada. Yo le doy un trago al refresco. No nos miramos y no decimos nada durante un rato.

Gorka cambia el peso de un pie al otro. Le da otra calada al cigarrillo. Expulsa el humo lentamente, pensativo.

—¿Quieres ir donde siempre?

Me tomo mi tiempo para contestar. Le doy un trago a la Coca-Cola.

—No.

Me mira, y lo sé porque le noto girar la cabeza en mi dirección y mantenerla así unos segundos, aunque me niego a hacer coincidir mi mirada con la suya.

Creo que estoy enfadada con Gorka. O que me cae mal, no lo sé. Quizás, ambas cosas.

Antes no podía ver más allá de la locura que suponía que un chico de veintidós años se hubiera fijado en mí, pero ahora no puedo ver más allá de Gorka, y es un chico normal, como cualquier otro, quizás, ni siquiera mejor que cualquier otro, y lo que veo, más que maravillarme, me irrita. La forma en que me mira, buscando sólo saciar sus instintos; la manera en que me habla, como si yo no estuviera a su altura; su modo de mirarme, como si yo no mereciera su atención. ¿Era así antes? ¿De verdad estaba tan ciega de amor que no lo vi?

—¿Te llevo en mi coche a algún sitio? Hay un aparcamiento arriba, en los acantilados, con unas vistas muy bonitas. ¿Vamos?

Vaya, qué novedad. Ahora soy digna de subir con él en su coche; quizás incluso merezca que me folle en su coche, no lo sé. Y en un aparcamiento con vistas, no me digas que no soy una chica con suerte.

—No me apetece.

Dos negativas seguidas. Hasta Gorka se da cuenta de que esto no es normal.

—¿Qué coño te pasa? ¿Me estás vacilando?

Ahora sí le miro. Frunzo el ceño y le observo con crudeza.

—No.

Niego con la cabeza, lentamente. Se está poniendo nervioso y es por mi culpa. Me sienta bien. Ojalá esté sufriendo; ojalá, al menos, se sienta la mitad de inseguro de lo que a mí me ha hecho sentir durante todo este tiempo.

—¿Para qué me haces venir, eh?

—No te he hecho venir, Gorka. Ni siquiera habíamos quedado, ¿no?

Se lo dejo caer como si nada, irónica. Él bufa, rabioso.

—No me vengas con ésas, Lu. —Sacude la cabeza—. Vengo por ti, ya lo sabes.

—Pensé que venías a estudiar la oposición.

Resopla y se frota las sienes.

—Sí, claro. Y a verte, joder. Por tu culpa no estoy estudiando nada.

—No estudias porque no quieres, Gorka. Yo vengo a verte igual y también me da tiempo a estudiar.

—Qué zorra eres.

Ya estamos. Hacía tiempo que nadie me llamaba zorra, ya casi se me había olvidado que lo era. Menos mal que Gorka ha decidido recordármelo, vaya a ser que yo pensara que podía librarme de esa etiqueta.

—Y tú un gilipollas, Gorka.

Le miro con dureza y me sostiene la mirada, con furia y, a la vez, con extrañeza. Diría, además, que está excitado, si es que esos tres sentimientos pueden coexistir al mismo tiempo en una persona.

Sonríe, muy a su pesar; resopla, liberando tensión; y vuelve a mirarme. Ahora sólo está excitado. Lo sé porque respira agitado, su mirada me atraviesa y en una zancada está frente a mí, empotrándome contra la pared, y noto su polla dura contra mi pubis.

—Me vuelves loco, joder. No puedo pensar en nada cuando estoy contigo, sólo quiero follarte. ¿Ahora te vas a hacer la dura?

—No me hago la dura, Gorka. Es que no me apetece follar.

Le pongo una mano en el pecho, pidiéndole con ese gesto que se separe de mí, pero no lo hace. Noto su respiración sobre mi cabeza y sus manos en mis caderas, apretándome contra él.

—Venga, Lu. Vamos a follar. Me pongo un condón, si es eso lo que te preocupa.

Vaya, ahora sí que se pondría un condón. Ahora no le importaría «sentir menos». Ahora que ya podría haberme contagiado lo que sea que tenga y ahora que su semen ya ha vivido en mí durante al menos un par de semanas con una regularidad casi diaria. Ahora que, en realidad, ponerse o no un condón ya da lo mismo.

—No quiero, Gorka. Voy a volver a la sala de estudio.

Me sorprende mi propia actitud, pero es fiel reflejo de cómo me siento. No quiero ver a Gorka, no quiero que Gorka me toque, no quiero que Gorka me folle, no quiero nada con él. Ahora me desagrada, me da rabia, siento asco. Antes habría fingido otra cosa o me habría forzado a dejarme llevar o, al menos, a ser más receptiva, pero ahora ya estoy harta de todo. No quiero hacerlo y no voy a hacerlo. Puede odiarme, llamarme zorra y denigrarme, pero tiene que asumirlo, ¿no?

Le doy el último trago a mi refresco y trato de marcharme, pero Gorka no me suelta. Sus manos permanecen fijas en mis caderas, sujetándome contra él. Está enfadado y me doy cuenta de que no sabe cómo reaccionar. Quiere follarme y no le dejo; esto nunca ha pasado y no sabe cómo revertirlo. Siempre le han dado lo que quería, sobre todo yo, que nunca me he negado a nada. Le dejé besarme cuando estaba con Álvaro, le dejé tocarme, le dejé meterme los dedos, le toqué la polla, se la chupé y me tragué su semen, le dejé metérmela sin condón, y no una, sino varias veces; se lo permití todo. Nunca pedí nada a cambio, porque sólo con que me mirara ya tenía recompensa. Y ahora no quiero darle nada, y no sabe por qué, y no sabe cómo arreglarlo, y estaría dispuesto a darme algo a cambio, no lo sabe; a comprarme con regalos interesados, a ablandarme con caricias fingidas, a convencerme con promesas falsas. ¿Funcionaría? Sé que está pensando esto mismo. Si lo hago, ¿funcionaría? Porque si supiera que es así, lo haría. Pero no lo sabe, porque no me conoce, porque no se ha parado a mirarme más que para fijarse en mi culo o en mis tetas, porque yo, Lu, quince años, esa niña que está loca por él, le doy absolutamente igual.

Pero sigue queriendo follarme y, además, cree que tiene derecho a hacerlo. Ya lo ha hecho antes, ¿no? ¿Por qué podría ahora negarme?

Desliza su mano por mi culo hasta tocármelo por debajo de la falda. Aprieta con fuerza, marcándome suya, y luego me da una palmada rabiosa y me suelta. Se separa de mi cuerpo unos centímetros y sé que me está dejando ir.

No lo dudo y entro al polideportivo. Estoy un poco nerviosa por lo sucedido y subo rápidamente las escaleras y me dirijo hacia el baño para esconderme allí y calmarme.

Es la primera vez que le niego algo a Gorka. Siento un instante de arrepentimiento y de duda, porque quizás eso haga que él ya no quiera verme más, y lo cierto es que creo que yo tampoco quiero verle más, pero no sé si estoy preparada para enfrentarme a eso. A que me rechace; a que todos sepan que ya no soy Lu, la que era una zorra pero le compensaba porque estaba con un chico más mayor; a estar sola, sin Álvaro pero también sin Gorka, sin un hombre que me dé sentido.

Sé que un hombre no tendría que darme sentido, pero me lo da. Porque yo soy ésta, quince años, culo y tetas, ¿qué más puedo ser? No tengo más que ofrecer. El resto de lo que soy es sólo una expectativa, una posibilidad, un «y si…» que nadie sabe si llegaré a materializar en el futuro. Soy una cría. Nadie me ha mirado nunca de otra manera, salvo Gorka, que no ha visto otra cosa más que mi culo y mis tetas pero que, al menos, ha visto eso, y con eso soy adulta y madura y

mujer, y sin eso no soy nada; y por eso sin Gorka no valgo nada.

Me estoy agobiando mucho otra vez y pienso que, aunque no tenga ganas, quizás debería follar con Gorka. No pasa nada, es sólo otra vez, otra que se une a las anteriores y que no significa ni más ni menos que todas las otras, y sólo tendría que salir de mi cuerpo mientras me embiste, y él ni lo notaría, y yo ni me traicionaría, o quizás sí, pero qué más da, si ya vivo en una traición constante a mí misma.

Noto un olor raro al entrar al baño, y no sé qué es pero me da una arcada, aunque la reprimo. Voy al váter y, allí, vuelvo a sentir náuseas y, esta vez, no puedo aguantarme y vomito. Es asqueroso y tengo la tripa revuelta y estoy mareada, y no sé qué me pasa; y en mi estado de nerviosismo de los últimos días me da por pensar que quizás esté embarazada, pero no puede ser; espera; sí puede ser, me digo, claro que puede ser, pero seguro que no es eso; seguramente sólo es que me estoy poniendo enferma. La solución más sencilla siempre es la válida.

Pero ¿es ésa la más sencilla? ¿No será la solución más sencilla pensar que estoy embarazada, si he estado comprando todas las papeletas para ese sorteo?

Me acerco al lavabo y me enjuago la boca. Me miro en el espejo; tengo mala cara. Me rehago la coleta y me refresco la cara.

No, no. No puedo estar embarazada.

Por favor, que no esté embarazada.

CAPÍTULO 15

Luisa

Mantener la normalidad y fingir una convivencia apacible con Mario mientras todo se rompe en mil pedazos es una ardua tarea. Sé que Luisa sospecha algo, aunque no sé hasta qué punto, pero al menos mi hijo pequeño sigue ajeno a todo. Mi marido no ayuda en nada, con esa carita compungida con la que pretende trasladarme su sentimiento de culpa sin tener intención o disposición alguna de hacer algo para remediarlo.

Porque no sé si Mario sigue con Silvia. Dijo que tenían una relación y que ella quería que se fueran a vivir juntos, pero han pasado cerca de dos semanas y sigue viviendo en nuestra casa. ¿No va a marcharse? ¿Seguirán juntos?

No sé ni si quiero saberlo y, sobre todo, no tengo valor de preguntárselo. No soy capaz de decidirme por la respuesta que desearía escuchar.

Una parte de mí odia a mi marido. Esa parte me susurra al oído que ojalá siga con Silvia, que ojalá se vaya con ella, que ojalá se monten los dos en un coche y se estrellen contra la mediana de la autovía. Pienso eso y no me siento mal por ello; es que de verdad quiero que sufran, que les duela, que se mueran, que desparezcan; ojalá poder fingir que Mario nunca ha existido. Pero existe. Luisa y Mario son también de mi marido y son la prueba de que él continuaría en mi recuerdo. Mi Lu tiene sus ojos, de un color entre azul y gris, inclasificable, y cuando la miro a ella y veo su mirada decidida, mezclada con rabia adolescente, le veo a él, y la quiero y me enerva a partes iguales; y mi Mario, que es en todo idéntico a mí, tiene la lealtad de mi marido, y cuando me mima y me protege le siento a él tan cerca que, a veces, tengo que reprimirme para no extender mi mano y coger la suya.

Porque mi marido era leal, de verdad que lo era. Nunca me imaginé que pensara en dejarnos. Aun hoy, habiéndome confesado lo de Silvia, dudo que sea capaz de hacerlo. Si hay algo que define a Mario es eso; que nos es leal, aunque pueda serme infiel.

Otra parte de mí ama a mi marido. Es extraño, porque no era consciente de amarlo antes. Después de tanto tiempo alejados el uno del otro, pensé que ya no sentía nada por él. El día que me confesó la infidelidad, no llegué a reaccionar en modo alguno. Sentí un vacío inexplicable que pensé que era imposible llenar. Pero, con el paso del tiempo, lo echo más y más de menos, y ese pozo va llenándose con cada gota de amor adormilado, y es como si la revelación de que se iba a ir con otra me hubiera sacudido por dentro. Él aún siente y aún desea, aunque ya no es a mí. Le he querido tanto…

No sé qué hacer en esta situación y el problema es que me da la impresión de que Mario tampoco lo sabe. Estamos en punto muerto.

Sé que basta que uno de los dos diga que es el final para que lo sea, porque sólo hay que ponerle nombre. Intuyo, también, que ninguno tenemos valor de calificarlo así. No sé si es que no queremos que se acabe o es que no queremos ser los responsables de que se haya acabado.

Convivimos juntos, sin estarlo, pero ¿por cuánto tiempo más?

En casa la atmósfera es prácticamente irrespirable, pero el trabajo tampoco me sirve para evadirme, porque Ígor no deja de rondarme, acechándome como a una presa a la que hay que dar caza. Sabe que la noche del Carlton fue una decepción y, aunque luego trató de abordarme en su despacho, me negué a ello, así que está constantemente buscando un momento y lugar para

encontrarnos.

Ígor siempre obtiene lo que quiere y, ahora, me quiere a mí, así que no tengo dudas de que me conseguirá.

El problema no es ése, porque sigue gustándome Ígor, aunque ahora acostarme con él no sea una prioridad, sino que él, en la busca y captura a que me tiene sometida, está dejando de ser precavido. Ya han empezado las habladurías. Sé que se rumorea que tenemos algo entre nosotros; y cuando eso empieza, ya sé cómo sigue. Pronto dirán que mi nuevo puesto de trabajo se debe a eso y, poco tiempo después, ya no valdré para nada. Para nada más que para tentar a los hombres, claro. Me calificarán con una etiqueta de la que será muy difícil librarme.

Estoy en mi despacho recogiendo mis cosas para marcharme cuando intuyo que la puerta se abre y que alguien entra sin llamar. Me da por pensar que es Rubén, que suele tocar con los nudillos en la puerta y autoinvitarse a pasar sin que yo diga nada, y alzo la mirada, algo sorprendida y dispuesta a recriminarle que ya ni siquiera avise antes de entrar, pero veo que es Ígor y los reproches mueren en mi boca antes de abandonarla.

—Luisa. ¿Te marchas?

—Sí, sí. Estaba recogiendo. ¿Necesitas algo?

—No. —Se queda unos segundos junto a la puerta, dubitativo—. Déjame invitarte a tomar algo, por favor. —Es prácticamente un ruego; no le pega; no le sienta bien—. Te veo agobiada últimamente y no sé cómo ayudar.

Me conmueve su preocupación y creo que, aunque también quiera acostarse conmigo, es genuina. Ígor sabe que me pasa algo, y aunque me lo ha preguntado, sólo le he dicho ambigüedades. Que tengo problemas en casa. Intentó indagar en ellos y le dije que sí, que eran con Mario, pero que no quería hablar de ello. Guardó silencio y respetó mi decisión. No sé, a día de hoy, qué cree que está pasando entre Mario y yo, pero seguramente tenga una imaginación muy viva en ese aspecto.

—Vale. Nos tomamos algo.

Sonrío, agradecida, y él sonríe, ilusionado. Hoy es uno de los días en que suelo ir al gimnasio, así que, simplemente, sacrificaré esa actividad para estar con Ígor. La verdad es que, ahora que lo ha propuesto, me doy cuenta de que me apetece mucho estar con él.

Bajamos juntos en el ascensor hasta el garaje e Ígor me sugiere que vayamos juntos en su coche. Después me traerá de nuevo para que recoja el mío y vuelva a casa. Me parece buena idea y quiero dejarme llevar, así que le dejo tomar las decisiones por mí.

Me subo en su coche y me sorprendo pensando que a Mario le encantaría tener uno así. Es un Porsche Taycan, una berlina deportiva con motor eléctrico que no es ni tan ostentosa ni tan inútil como los modelos más emblemáticos de la marca, pero que tampoco podría calificarse de familiar. Ígor no tiene hijos, así que puede permitirse algo así. Nosotros no; nunca. Salvo si Mario nos deja por Silvia, claro. Seguro que a ella también le gustaría ir en un coche como éste.

Me apena acordarme de Mario y me doy cuenta de que ahora todo me recuerda a él. Desde que me confesó su infidelidad y, sobre todo, amagó con dejarnos, mi mundo ha experimentado una sacudida y ahora lo veo, lo noto y lo siento en todas partes. Es como si mi subconsciente quisiera recordarme que somos uno; que, aunque él se fuera, seguiría siendo parte de mi vida; que ya no puedo escapar de la conexión que llevamos tantos años forjando.

Miro a Ígor, que me mira, constatando que estoy distraída, y le sonrío.

—Es un coche precioso.

—Gracias. Lo compré hace unos meses. —Ígor sabe que tengo la cabeza en otra parte y se ve en la necesidad de llenar mis silencios—. Todo el mundo me dice que debí elegir otro color.

Que éste es de soltero. —Me río. El coche es azul metalizado, aunque seguro que el color tiene un nombre mucho más complejo, porque si denota exclusividad, vende más—. ¿A ti te gusta?

—Sí, claro. —Me encojo de hombros—. A la gente le da envidia que tengas un Porsche, y además que no sea un modelo familiar, y además que puedas elegir un color diferente.

—¿Crees que es de soltero?

Me lo pienso antes de contestar, porque ahí hay una insinuación, y quiero asegurarme de querer picar antes de hacerlo por pura inercia. Pero sí, quiero. Quizás hoy sea el día. Mario ya lo hizo, o lo hace, no lo sé, con Silvia, así que, qué más da. En la oficina ya hablan, aunque Ígor y yo no hayamos hecho prácticamente nada, así que, qué más da. Todos dan pie o asumen que esto ha pasado, así que más vale que pase, que yo saque algo de ello, que finalmente sea infiel a mi marido como me propuse. Voy a cerrar el círculo.

Miro a Ígor antes de contestar y le observo durante unos segundos. Se da cuenta, pese a que tiene que estar atento a la conducción, y sonríe. Me mira de reojo y me hace un gesto con la cabeza, incitándome a contestar. Me río.

—Sí, es de soltero. —Sonríe, sabiéndose ganador—. ¿Y a dónde me llevas en este coche? ¿A tu piso de soltero?

—Sí, si te parece bien. Tengo uno, te lo creas o no.

—Me lo creo. Coche de soltero, piso de soltero. Todo el pack, ¿eh?

—Me falta la compañía.

Me pone la mano en el muslo, cariñoso, y no me cuesta poner la mía sobre la suya y acariciársela. Trazo círculos cada vez más estrechos sobre su dorso, con lentitud, y después recorro su dedo índice desde su base hasta la yema. Ígor me sujeta la mano antes de que cese el contacto entre nosotros y me la aprieta suavemente. Siento que se me encoge un poco el corazón, porque llevo varios días sufriendo en silencio y tratando de que no se note; al menos, de que no lo noten los niños; y de verdad necesito que alguien sea cariñoso conmigo y me trate bien, aunque sea sólo un rato.

Llegamos a la nueva casa de Ígor, aunque no sé si lo es para una temporada o con carácter habitual, porque no sé los términos en que ahora convive con Carmen y, la verdad, no sé si quiero saberlos. Aparcamos en su garaje y subimos en el ascensor. No debería extrañarme descubrir, conociendo a Ígor y habiendo visto ya su coche de soltero, que su piso esté en las torres Isozaki. Diseñadas como una puerta de unión entre un Bilbao que siempre ha vivido a espaldas de la ría y ésta, las torres se erigen mastodónticas, salvando el desnivel existente entre los dos planos y separadas entre sí por una escalinata que lleva al paseo de Uribitarte. El apartamento de Ígor, situado en las plantas superiores, es totalmente exterior y tiene unas vistas maravillosas de la ciudad, que, habiendo ya atardecido, sólo está iluminada por el tintineo de las miles de luces que alumbran sus edificios y calles. Me quedo extasiada mirando por las ventanas que conforman la pared exterior del apartamento y no percibo que Ígor se ha acercado a mí hasta que noto su calidez a mi espalda.

—¿Te gusta?

Asiento con la cabeza lentamente y la inclino hacia mi izquierda, porque noto, por la suave cadencia que emite su respiración, que su rostro está allí junto al mío. Le acaricio una mejilla con la mía y, la otra, con mi mano, y después me vuelvo hacia él.

Ígor está expectante, deseando besarme pero no sabiendo quién de los dos debería dar el primer paso. Alzo mi mano hasta su cuello y lo atraigo hacia mí, poniendo fin a sus dudas. Le beso y percibo que desliza sus manos hasta mis caderas, aproximándome a él.

Es suave y cálido, y al principio ni siquiera es rotundamente sexual. Lento y cuidadoso, Ígor

me explora con sus labios y sus manos, y yo, simplemente, me dejo llevar. Le acaricio la base del cuello y jugueteo con su pelo, luego llevo mi mano hasta su barbilla, separo mis labios de los suyos y le miro. Las canas pueblan su barba y sonrío, porque me parece tan adorable y a la misma vez tan sexi ver reflejadas ahí su edad y sus preocupaciones. Él me besa de nuevo y me lleva hasta el sofá, donde me hace sentarme, situándose junto a mí.

—Te había dicho que te iba a llevar a tomar algo. No quiero parecer un mentiroso. ¿Qué quieres de beber?

Me río y miro al suelo, cohibida.

—Un vino blanco, seguro —se contesta él mismo.

Asiento con la cabeza e Ígor se levanta del sofá y va a servírmelo. Él se sirve un whisky. Vuelve con ambas copas y se sienta a mi lado.

—¿No vas a contarme qué te pasa con Mario?

Frunzo el ceño y bajo la mirada a mi copa. Recorro sus bordes con mi dedo índice, pensativa.

—No sé si quiero que hablemos de eso.

—Es que estoy preocupado de ser el causante. De que sospeche de nosotros y de que eso esté siendo un problema para ti.

—No, no. No es eso. —Ígor está desconcertado; al parecer, se había convencido de que los celos de Mario eran lo que me afligía—. Sospecha, creo que sí; pero…

Me quedo callada y le miro a los ojos, dubitativa. No sé cómo decirlo, y me doy cuenta de que más bien es que no sé si quiero decirlo, porque me duele pensar en ello y me hace sentir vulnerable. Porque no quiero que Ígor me mire apenado; porque no quiero que piense que no soy suficiente, como seguramente pensó Mario al liarse con otra. Qué vergüenza, que tu marido te sea infiel. Qué mal has debido de hacerlo como mujer, qué poco vales, qué insignificante eres. Qué horror, vivir siempre bajo estas expectativas. Qué desesperación, ser siempre la culpable.

—Mario tiene una relación con otra mujer.

Ígor aprieta fuertemente los labios, pero me mantiene la mirada y consigue no parecer apenado por mí. Si sigue así, quizás yo sea capaz de no llorar, aunque no estoy segura, porque ahora que hablo de ello, me doy cuenta de que sí que me afecta, de que sí me da pena, de que parte del odio que le tengo a mi marido es puro despecho porque me ha traicionado, y de que la otra parte es simplemente el amor que siempre le he tenido, que se ha cambiado de bando.

—Creo que va a dejarnos —concluyo.

—No va a dejarte.

Ígor ha contestado de inmediato, como si no tuviera duda alguna al respecto. Acto seguido, deja su copa sobre la mesita que está frente al sofá, coge mi copa y hace lo mismo con ella, y después me acaricia las manos, que mantengo inmóviles sobre mi regazo.

—No va a dejarte, Luisa, créeme. Es posible que tú le dejes a él, eso sí, esa decisión puede inclinarse a un lado o a otro y sólo depende de ti; pero él no te va a dejar. —Carraspea, incómodo, y después se decide a seguir hablando—. Me da vergüenza decírtelo, pero seguro que ya te lo imaginas, así que, qué más da. En esto de las infidelidades, sé de lo que hablo. —Va a sonreír, pero se contiene. Yo sonrío plenamente y me siento más ligera—. No lo digo por esto que tenemos ahora tú y yo. Ya supondrás que lo he tenido antes con otras. Carmen no se merece todo lo que la he engañado, eso no tengo problemas en reconocerlo. Y aun sabiendo que ya no la quiero; bueno, no diría tanto, pero que ya no estoy enamorado de ella, que no soy capaz de convivir con ella; aun así, no soy capaz de dejarla. Ninguna mujer con la que yo haya estado está a la altura de Carmen; soy consciente de ello. Y no es porque no haya estado con mujeres que

merezcan la pena, entiéndeme; tú eres la prueba, de hecho; sino porque mi vida está tan ligada a la de mi mujer que no veo forma de cortar ese vínculo. Y ella querría que lo hiciera, ¿eh? Creo que, en el fondo, le gustaría que tuviera valor de hacerlo. Pero no puedo. Y ella, que puede y tiene todo el derecho a dejarme, tampoco llega a decidirse del todo, porque siempre acabamos volviendo el uno al otro y buscando una solución, y funciona durante un tiempo, y luego se agota de nuevo, y así seguiremos, me imagino, hasta que uno de los dos ya no pueda más. No sé cómo de tóxico es esto, pero, desde luego, para mí es así, y después de mucho pensarlo, creo que es algo que nos pasa a muchos hombres. Que estamos totalmente enganchados a vosotras y que no sabemos dejaros ir. Así que Mario, si tiene o ha tenido una relación con otra y te lo ha dicho y ha amagado con dejarte, es porque no va a hacerlo. Si no, te lo habría dicho y te habría dejado al mismo tiempo. Y no ha hecho eso, ¿no?

Trago saliva antes de contestar, porque no me esperaba este arranque de sinceridad por parte de Ígor; porque no sabía que él también podía sufrir; porque sólo lo veía como mi jefe, ése al que me voy a tirar porque, total, él ya se las tira a todas; y sí, sigue siendo una persona deleznable que debería tomar las riendas de su vida sentimental y ponerle cierto orden, pero también es alguien con quien, hasta cierto punto y salvando todas las líneas rojas que ha traspasado y aún traspasa, puedo empatizar.

—No, no lo ha hecho. Me lo dijo, y luego dijo que esa otra mujer, Silvia se llama, quería irse a vivir con él. Yo le dije que ahí tenía la puerta y no se marchó. Han pasado poco más de dos semanas. No se ha marchado.

Ígor asiente con la cabeza, pensativo, y sigue acariciándome las manos.

—No se va a marchar. Seguramente, lo haya dejado con la tal Silvia, o ella lo haya dejado con él al ver que no acababa de decidirse por ella, y vaya a intentar recuperar lo vuestro.

Me quedo un poco sorprendida porque no se me había ocurrido esa opción, aunque es cierto que Mario, desde que me confesó la infidelidad, me ronda como si estuviera suplicándome el perdón. Quizás, incluso, se plantee pedírmelo.

Ígor deja de acariciarme las manos y vuelve a coger su copa de whisky. Se recoloca en el sofá y lo noto tenso. Mira a su alrededor, sin atreverse a seguir hablando, incómodo. Imagino que su reacción es normal, al fin y al cabo, veníamos a acostarnos juntos y ha acabado por abrirse en canal conmigo. Por permitirle a Mario una vía de acceso a mí, aunque quien pretendía utilizarla era él.

Me recoloco en el sofá, tensa. Cojo la copa de vino y me lo llevo a los labios, pensativa de nuevo. Yo tampoco quería esto. Yo sólo quería tirarme a Ígor, sin pensar en ello; sólo quería sentir que soy suficiente para alguien, aunque sólo fuera por una noche. Y, en cambio, Ígor y yo hemos intimado, porque esto es más íntimo que acostarnos juntos. Conozco los miedos y las inquietudes de Ígor; esto sí que es serle infiel a mi marido.

Pero no, esto no puede terminar así. No puedo marcharme de aquí después de que haya quedado expuesta esta herida abierta, fingiendo que no supura, que no nos intoxica con su pus, que mañana podremos, simplemente, hacer como si nunca la hubiéramos visto.

—Ígor.

Me mira y me sonríe, y refleja una mezcla de complicidad y tristeza.

—Gracias por contarme todo esto —continúo—. No sé cómo van a acabar las cosas con Mario. No quiero pensarlo ahora, ni quiero que tú lo pienses. No quiero que pienses en Carmen, tampoco. Quiero estar contigo, como siempre, como cuando todo fluye entre nosotros. Hace mucho tiempo que quería estar contigo.

Ígor reacciona y sale de su ensimismamiento. Vuelve a dejar la copa en la mesa. Yo hago lo

mismo.

—Ven aquí.

Me coge de la cintura y me aproxima hacia él. Me besa y, aunque al principio es algo aparatoso, como si se nos hubiera olvidado lo que es quererse, después se normaliza y es suave, cálido y húmedo, como antes. Me aseguro de acariciarle cariñosamente, para que no dude de que quiero estar con él y de que estoy pensando sólo en él, porque es la verdad, y luego le dejo que me guíe hasta el dormitorio y, allí, nos desvestimos el uno al otro y nos tumbamos en la cama, juntos, y juntos seguimos hasta llegar cuidadosamente al final.

Es tan dulce que casi podría ser romántico, y aunque no lo había imaginado así, me doy cuenta de que es lo que me hacía falta, y creo que a Ígor también. Nos quedamos unos segundos abrazados cuando todo ha terminado y después le pido que me lleve al trabajo para recoger mi coche. Lo hace y la situación es distendida; hablamos de compañeros de trabajo, de algún cliente, de las reuniones del día siguiente. Como si nada. Nos hemos acostado y ha sido como ver un oasis en la lejanía del desierto; está allí pero parece no estarlo, porque las ondas de calor que salen de la tierra lo vuelven borroso, como si fuera un espejismo.

Cuando llego a casa, Mario me abre la puerta.

—Luisa. —Está preocupado—. Es muy tarde, ¿no?

Miro mi reloj y lo confirmo. Sí, he estado fuera bastante más tiempo de lo que suelo estar en el gimnasio.

—Sí, lo siento. ¿Os habéis apañado bien?

Miro por detrás de Mario, buscando a los niños. Ya es la hora de la cena y no había dejado nada preparado.

—Sí, sí. He hecho tortilla de patatas para todos, pero aún no había puesto la mesa. Te estábamos esperando.

Mario me mira, inseguro. No sabe dónde he estado y no se atreve siquiera a preguntarlo. Pero le duele, le molesta, le genera dudas. Quizás Ígor tenga razón y esté enganchado a mí. Quizás no vaya a dejarnos. Quizás, incluso, quiera arreglar lo nuestro, si es que tiene alguna solución.

—Gracias, cariño. —Le acaricio el brazo, acompañando mis palabras. Observa mi mano rozar su piel, como si fuera algo inusual, y pienso que quizás sea cierto, porque es posible que no lo haya hecho en mucho tiempo—. Vamos a cenar.

Mario asiente y llama a los niños por encima del hombro. Yo voy a la cocina a sacar platos, vasos y cubiertos para poner la mesa. Los niños me ayudan. Mario viene para coger la tortilla de patatas y llevarla al comedor. Le cojo la mano sobre la encimera de la cocina. Me mira, suplicante. Le doy un beso en la mejilla. Lento, cálido, cariñoso. Se le humedecen los ojos y pienso que sí, que Ígor probablemente tenga razón.

Ahora que los dos nos hemos traicionado el uno al otro, es el momento de ponerle fin o de empezar de nuevo. ¿Por qué opción nos vamos a decidir?

CAPÍTULO 16

Lu

Clau y yo estamos tumbadas en mi cama y las dos tocamos mi tripa.

—Yo creo que está igual, Lu. Seguro que no estás embarazada. ¿Cuántas veces has vomitado desde entonces?

—Vomitar, una; pero náuseas tengo casi todas las mañanas. Y, aunque mi regla es muy irregular, yo diría que ya llevo al menos una semana de retraso.

Me aprieto la tripa, por si siento algo distinto. Un bulto, una piedrecita, algo fuera de lo común que me indique que sí, que estoy embarazada, que es eso lo que me causa estos síntomas tan extraños que tengo desde hace un par de semanas. No noto nada. Sigo teniendo la tripa plana y nada sobresale ni se siente fuera de lugar, ni siquiera así, boca arriba en la cama, tranquila, con Clau a mi lado acompañándome.

Me pongo de lado, mirando a Clau, y le hablo en susurros.

—Si estoy embarazada, ¿qué hago?

—¿Quieres tenerlo? —pregunta Clau, sorprendida.

—No, no —contesto, prácticamente aterrorizada—. Me refiero a que no sé si decírselo a Gorka, ¿y a mis padres? ¿Se lo tengo que decir a ellos? ¿Tú crees que puedo ir al médico a que me lo quite y ya está?

«A que me lo quite.» A que me quite al bebé que ahora es mota de polvo o garbanzo o piedrecita minúscula e insignificante en mi barriga. A que me lo quite como si fuera un granito o un lunar que me molesta. A que me lo quite como si fuera algo indeseable. Que lo es, lo es; pero qué desagradable me resulta referirme a ello así.

—No lo sé. A Gorka tendrías que decírselo, ¿no? Yo creo que a él sí. Es suyo, también.

—No querrá que lo tenga, ¿verdad?

Clau me mira y tuerce el gesto y sé lo que está pensando. Claro que no querrá que lo tenga. Querrá que me deshaga del problema. Pero quizás esté conmigo durante el proceso, ¿no? Por lo menos eso. Él ha dado pie a esto; al menos, ahora tiene que acompañarme mientras voy al médico «a que me lo quite».

—Incluso si quisiera que lo tuvieras, no creo que la decisión sea suya, ¿eh? Que eres tú la que llevaría dentro y daría a luz… No sé, yo creo que sólo tienes que decírselo para que lo sepa. Si ayuda en algo, bien, y si no, pues nada. —Clau me observa un segundo y medita si decir lo que viene a continuación—. No creo que Gorka te ayude mucho a nada a partir de ahora, Lu.

Clau aprieta fuertemente los labios y su mirada se torna apesadumbrada. Me está diciendo, sin decírmelo, que Gorka me va a dejar de lado, y aunque sé que tiene razón, me da rabia que ella lo asuma, sin más, y que me lo deje caer, con ese modo tan condescendiente.

—No tienes ni idea. Está loco por mí.

Me giro en la cama para no ver a Clau y me pongo del otro lado, y ahora sólo veo la pared. Tiene algunos desconchones que ya me son conocidos pues, aunque no se ven a simple vista, he pasado muchas tardes escuchando música en esta habitación y mirando hacia aquí mismo, así que los recorro con los dedos y trato de no pensar en nada. Me tranquiliza.

Clau se aproxima y me abraza por detrás, y sé que siente haberme escupido la verdad a la cara y que no es su culpa que Gorka sea un mierda.

—Claro que está loco por ti. Lo siento, Lu. Es que no quiero que sufras.

Llevo mi mano hasta la de Clau, que reposa sobre mi tripa, y se la aprieto cariñosamente.

—Ya lo sé, Clau. Perdón. Es que estoy muy agobiada. —Noto que Clau asiente con la cabeza, aunque no la vea, porque está escondida entre mi pelo alborotado, y me animo a continuar—. ¿Tendré que decírselo a mis padres?

Clau deja de abrazarme y extiende su mano hacia la mesilla de noche y coge su móvil. Me giro hacia ella porque no sé qué pretende, pero pronto echa algo de luz sobre el asunto.

—A ver, lo estoy buscando. —Me mira fijamente y añade—: Lo busco yo por si tus padres te miran el historial de navegación y lo descubren. Los míos también lo hacen, pero tengo instalado otro navegador y además puede usarse en modo incógnito, ¿ves? —Qué lista es Clau, no sé ni de qué me habla—. No se enterarán.

Sonrío, agradecida. Clau introduce los términos de búsqueda, que no son los que yo estoy pensando, del tipo «estoy embarazada, ¿está mal no decírselo a mis padres porque me da miedo de su reacción?», sino de los que deberían interesarme, porque son los únicos determinantes, del tipo «interrupción del embarazo quince años consentimiento progenitores».

Aparecen los resultados y Clau va seleccionando unos y otros, los lee muy deprisa, no me da tiempo a seguirla, pero creo que tampoco me interesa, porque sólo quiero que me diga el veredicto final: no, pueden no enterarse, estás salvada; o sí, tienes que decírselo, estás jodida.

Como sólo tengo que esperar, me dedico a mirarla. Es tan bonita. No sé porque a los chicos aún no les gusta Clau (salvo a mi hermano Mario, claro). Quizás sea un poco niña, como dicen los mayores, pero va a ser una mujer imponente. Porque es alta, como las modelos de Zara, y por eso le queda bien todo lo de la marca sin necesidad de probárselo; tiene el pelo largo, liso y sedoso, de tono castaño aunque con reflejos rubios, si le da el sol; los ojos marrones, pero grandes y de mirada intensa y penetrante; el rostro ovalado, con facciones simétricas y suaves; y los labios carnosos, como los que tienen las chicas en Instagram porque ya todas se han inyectado ácido hialurónico.

—Tienes que decírselo a tus padres. —Deja de mirar su móvil y me mira a los ojos, con una mezcla de culpa y desazón—. Son ellos los que tienen que consentir la interrupción del embarazo.

Se me revuelven las tripas y me entran ganas de vomitar, y pienso que es por el embarazo que potencialmente existe pero que aún no hemos confirmado, pero no; seguramente sea por el malestar que me produce saber que tengo que contarle esto a mis padres. Que he follado, que además lo he hecho sin condón, que me he echado a perder, que tienen que hacer algo para arreglarlo. Yo, que me creía tan adulta y tan madura y tan mujer, ahora tengo que pedirles ayuda a mis padres.

—¡No! —se me ocurre decir, con el tono de disgusto de una niña pequeña.

—Sí, Lu. Lo siento. Mira, lo pone aquí. Lo he leído en varios artículos, pero, para estar seguras, he buscado la ley, y lo pone aquí. Sólo pueden consentir por sí mismas las mayores de dieciséis años.

—Me falta mucho para cumplir dieciséis —constato.

—Mucho. El bebé ya habría nacido, Lu —me aclara Clau, porque sabe que una parte de mí, en shock como me encuentro, está pensando si sería posible esperar a los dieciséis para tomar cualquier decisión.

No se puede. No puedo congelar el bebé en mi tripa solamente porque ahora no me venga bien que haya decidido desarrollarse y nacer.

—Joder, qué horror. —Me llevo las manos a la cabeza y me froto las sienes con rabia—. ¿Y

cómo se lo digo?

—A ver, tranquila, vamos a pensar. —Clau intenta tranquilizarme, Clau intenta poner orden. Qué suerte tengo de que siga a mi lado—. Primero, hay que decírselo a Gorka, y después, a tus padres.

—Sí —coincido. Me doy cuenta de que me siento más segura teniendo un plan de acción que viviendo en la incertidumbre de las decisiones instantáneas.

—A Gorka se lo tienes que decir en persona, así que tendrías que escribirle un *whatsapp* para asegurarte de que está en la sala de estudio e ir a verle. Le dices que sospechas que estás embarazada y a ver qué te dice.

—Quizás podría comprarme un test de embarazo para estar seguras, ¿no, Clau?

—Ay, sí. Eso sería genial.

—Vale. —Asiento con la cabeza, dándome ánimos—. Haremos eso. —Sigo dándole vueltas a la cabeza y avanzo hasta la siguiente preocupación—. Le diré que no quiero tenerlo, para que no haya dudas.

Clau asiente. Creo que está pensando lo mismo que yo. No se lo diré para que no haya dudas, se lo diré para que no le dé tiempo a decir nada que demuestre su poco tacto, para que no se vea en la encrucijada de tener que apoyarme o no, para que no me decepcione, para que no me hiera.

—Y después, otro día, se lo dices a tus padres.

—Eso sí que no sé cómo hacerlo, Clau.

—Puedo estar contigo cuando lo hagas, si quieres.

Se me saltan las lágrimas y abrazo a mi amiga, porque me parece increíble que alguien pueda quererme tanto y tan bien como me quiere Clau. Apretujadas la una contra la otra, Clau me habla al oído, animándome.

—Venga, escríbele a Gorka, a ver si puedes verle y decírselo hoy. Hay que quitarse esto de encima lo antes posible.

Asiento con la cabeza, decidida, y cojo mi teléfono móvil, que estaba tirado de cualquier manera sobre la cama, para escribirle a Gorka.

«Hola! Estás en el poli?»

Aunque antes no habría tenido siquiera que preguntarlo, porque Gorka iba a la sala de estudio cada tarde sin excepción con intención de coincidir conmigo; desde que lo rechacé, era más irregular. Estuvo tres días completos sin ir allí; tampoco contestaba mis mensajes; me hizo un bloqueo total. Después, se excusó de cualquier manera, aunque no me creí sus razones, y ahora, llevábamos una semana de idas y venidas. A veces él iba a estudiar y yo no, o al revés. No habíamos vuelto a vernos desde aquella tarde en que no quise follar con él y sentí náuseas por primera vez.

Gorka no tarda mucho en contestar a mi mensaje, y es que ya estaba en línea cuando le escribí.

«Sí. Estudiando, xq como no vienes a verme no tengo excusa para no hacerlo jajaja»

Sonrío, porque veo que está de buen humor; quizás sea un buen momento para decírselo. Aunque le joderé el día, quizás hoy no sea muy cruel conmigo.

«Voy, no te marches»

Miro a Clau y le confirmo lo que ella, por mi expresión, ya sabía, y ambas cogemos nuestras mochilas con los deberes que hoy no vamos a terminar y nos vamos a la sala de estudio del polideportivo.

Gorka me ve justo al traspasar las puertas de entrada a la sala, y sospecho que permanecía

vigilante, atento a los sonidos de pisadas que escuchaba en el pasillo por si alguno de ellos le indicaba mi llegada.

Hoy me es imposible fingir que tengo que estudiar, así que, en cuanto me acerco a su mesa, dejo mis cosas en ella y voy al grano.

—¿Puedo hablar contigo?

—Claro.

Gorka se levanta y ambos salimos de la sala de estudio. Clau se queda en la mesa que él antes ocupaba, guardando nuestras cosas. La miro una última vez para darme fuerzas, y me anima con un gesto de la barbilla a ser valiente.

Bajo las escaleras del polideportivo hasta la puerta de entrada y salgo fuera. Gorka me sigue. Le hago un gesto con la mano para que vayamos más al fondo, a nuestro escondite habitual, y veo que sonríe, que sus pasos se aceleran, que parece ilusionado.

Ay, Gorka. Si supieras que no vamos a follar, como pareces creer.

Cuando llegamos a esa puerta trasera del polideportivo y estamos a salvo de miradas ajenas, me vuelvo hacia Gorka y le sonrío. Es una sonrisa de compromiso; incluso él se da cuenta.

—¿Qué pasa, Lu?

Su expresión ha cambiado. Creo que sabe que no vamos a follar. Quizás incluso piense que quiero dejarle; no me extrañaría, ha puesto esa cara de animalillo desvalido que ponen todos, la reacción natural a ese «tenemos que hablar» camuflado del que me he servido para traerle hasta aquí.

—Nada, tranquilo. —¿Por qué digo eso? ¡Claro que pasa algo!— Bueno sí, sí pasa algo. Perdón, es que no sé cómo decírtelo.

Frunce el ceño y diría que casi está enfadado, aunque no sé por qué, ¡si aún no le he dicho nada!

—Dímelo y ya está. Sin rodeos.

—Estoy embarazada. —No reacciona. Me siento en la necesidad de añadir algo más, y pienso que convendría matizarlo—. Creo. Creo que lo estoy.

—¿No te has hecho un test?

—No. Me da vergüenza comprarlo. ¿Podrías ir tú?

Se frota las sienes con una mano, pensando.

—Sí, claro. Eso es lo primero que hay que hacer, joder, Lu. Pareces nueva.

Es que soy nueva, Gorka, me entran ganas de contestarle. Es que nunca había follado sin condón; es que por estas cosas es por lo que no debe hacerse, ¿sabes? Que pareces nuevo tú también.

—Espérame aquí. Hay una farmacia allí al lado.

Sé de qué farmacia habla. Está cruzando la carretera, enfrente del polideportivo. Calculo mentalmente el recorrido que Gorka tendrá que hacer para llegar hasta allí, me lo imagino pidiendo el test de embarazo y me represento mentalmente, de nuevo, el viaje de vuelta hasta donde estoy yo; pero, pese a ello, cuando finalizo toda esa representación teatral en mi mente, Gorka aún no ha llegado.

Me pongo un poco nerviosa y empiezo a dudar. ¿Y si me ha dicho que va a la farmacia, pero en realidad ha huido? Pero ¿por qué tendría que huir? Yo no voy a reclamarle nada. Pero él no lo sabe. No me conoce. Quizás piense que voy a tener este bebé, que voy a utilizarlo para mantenerle a mi lado, que será las cadenas que le aprisionen en esta relación.

Por nada del mundo haría eso. Gorka no se merece tanto y yo no me merezco tan poco.

Pero, de nuevo, Gorka no lo sabe.

Sigo algo angustiada por esa mezcla de sentimientos que me invade cuando, por fin, veo que Gorka camina hacia mí por el camino semicubierto de árboles. Trae una bolsa de la farmacia en la mano.

—Aquí está. —Saca una cajita de la bolsa y la abre. Me enseña un palito que viene dentro —. Tienes que ir al baño y mear aquí. Luego esperas cinco minutos y miras a ver si salen dos rayas. Si es que sí, estás embarazada. Si sólo se marca una, es que no lo estás. ¿Lo has entendido?

Sí, Gorka, no soy una cría. Bueno, un poco, pero no tanto como quieres hacer ver.

Asiento con la cabeza y guardo el palito en la caja y la caja en la bolsa, y ambos hacemos el camino de vuelta al polideportivo. En un gesto instintivo, trato de coger a Gorka de la mano, porque me siento sola, porque necesito que me apoye, porque a lo mejor este garbanzo que crece en mi tripa es en parte suyo; pero él la retira. Me digo que es porque ya estamos llegando a la puerta de acceso al polideportivo y no quiere que nos vean, porque, aun no sé por qué, que estemos juntos está mal; y que no es porque no me quiera nada de nada, ni un poquito, ni siquiera por el garbancito que compartimos, ni siquiera por pena o por responsabilidad.

Entramos al polideportivo, subimos las escaleras hasta la primera planta y voy al baño. Gorka se queda en la puerta.

—¿No vas a entrar?

—Es el baño de chicas.

Ya. Bueno. No sé. Es posible que esté embarazada, ¿no es una situación lo suficientemente importante como para justificar que entres conmigo?

No soy capaz de decirle nada de eso.

—¿Puedes llamar a Clau para que venga? No quiero estar sola.

Me tiemblan las manos. No creo ser capaz de aguantar el palito y mear encima yo sola, aquí, en este baño tan impersonal, junto a alguien tan impersonal que podría ser algo tan íntimo como el padre del bebé que estoy gestando.

—Sí. Voy.

Ahora sí que no tengo que esperar mucho rato, porque no pasan ni dos minutos, creo, hasta que Clau aparece por la puerta.

—Lu —me llama, y le sonrío.

—¿Puedes ayudarme? —Saco la cajita de la bolsa de la farmacia y después el palito de esa cajita.

—Claro. Vamos.

Entramos las dos al váter y Clau espera a que me baje las bragas, ponga el palito bajo mi vulva y comience a hacer pis, y ambas vemos cómo el palito se moja, y yo me esfuerzo por hacer mucho pis y dirigirlo hacia él para que el resultado no deje lugar a dudas, aunque no sé si hacer más o menos pis o que el palito esté más o menos mojado cambiará en nada la predicción que haga aquél ni disminuirá en algo la angustia que tengo
yo.

Le doy el palito a Clau, temblorosa. Ella lo coge con cuidado y espera a que me limpie y me suba las bragas. Ambas salimos del váter y vamos hasta el lavabo, donde yo me lavo las manos mientras Clau apoya el palito en un lado, dispuesta a esperar los cinco minutos de rigor. Trato de ver a Gorka tras la puerta del baño, pero no lo veo.

—¿Gorka…? —llamo, dubitativa.

—Sí, estoy aquí. —Lo veo asomar la cabeza por la puerta. Debía de estar apoyado contra la pared del baño—. ¿Sí o no?

—Ah, no, no sé, no sabemos todavía.

Pone cara de fastidio, como si lo hubiera molestado antes de tiempo, y dejo de nuevo de verle a través de la puerta.

Clau me mira y duda si iniciar algún tipo de conversación, me imagino que una intrascendente, que nos permita acelerar el tiempo de espera hasta conocer el resultado del test; pero desiste de ello, imagino que no se le ocurre nada, o que de repente piensa que nada es pertinente ni va a ayudar, o porque está tan nerviosa como yo lo estoy, porque sabe que esto podría cambiarme la vida de manera radical.

Un minuto. El palito está todo blanco, sin línea alguna.

Dos minutos. Empiezan a verse líneas, al menos una. Clau me dice que esa es la de control, que ésa tiene que marcarse siempre. La indeseada es la otra.

Tres minutos. Me parece que se ve la línea de embarazo, pero no lo sé, porque está muy clarita; podría ser una sombra. Clau pone el palito boca abajo, para no estar tentadas a volver a mirar las líneas que en él se marcan antes de que transcurra el tiempo pautado.

Cuatro minutos. Llevo mi mano al palito, quiero levantarlo y mirar qué se marca, pero Clau me agarra la mano y me lo impide.

Cinco minutos. Clau me mira.

—¿Quieres mirarlo tú o lo miro yo? —pregunta.

Estoy tentada de hacerlo yo, pero me da miedo.

—Tú —le digo—. Espera, juntas. Cógelo tú, pero le das la vuelta para que lo veamos las dos a la vez.

Asiente y me da la mano. Con la otra, coge el palito y lo aproxima a nosotras. Cuando lo tenemos enfrente, le da la vuelta.

Dos líneas. La de control se marca más clara que la otra, pero la otra es evidentemente una línea, no una sombra, y me acusa, y acusa a Gorka, y nos escupe fríamente las consecuencias de nuestros actos, y nos convierte en padres potenciales de esa cosa que está creciendo en mi tripa.

Gorka se asoma por la puerta del baño.

—¿Qué?

Le miro. No sé qué decir. No sé cómo reaccionar. Clau nos mira a ambos, y traslada sus ojos del uno al otro, y no sabe si rellenar mis silencios, y al final decide que quizás sea lo mejor y contesta ella.

—Está embarazada.

—Me cago en la puta.

Hay odio y rabia en esa frase. Y hay huida, porque de inmediato dejo de ver a Gorka. Vuelve a esconderse más allá de la puerta de entrada al cuarto de baño, y no sé qué hace ni qué piensa pero, sobre todo, no sé por qué no me habla ni me abraza. ¿No me merezco ni siquiera eso?

Lu, qué mierda. Seguro que estás asustada. No te preocupes, voy a estar contigo. Tiene solución. Ya verás que vamos a salir de ésta.

En su lugar, la nada. Los reproches ahogados; el rechazado enmascarado por la conmoción del momento; y el silencio, ese silencio acusador que me dice que es culpa mía, por ser mujer, por ser capaz de quedarme embarazada, por pretender que un hombre comparta este problema que sólo me pertenece a mí.

CAPÍTULO 17

Luisa

Una tarde, al llegar a casa después de ir al trabajo y, luego, al gimnasio, constato que los niños no están. ¿Por qué lo sé? Es fácil. No me recibe el ruido de una casa habitada por cuatro personas, dos de ellas bulliciosas por naturaleza; ni el desorden propio de esa convivencia conjunta. Todo está en silencio y ordenado y sólo veo luz en la planta de arriba, que es donde se encuentra el dormitorio principal.

Dejo mis cosas en la mesa del comedor, como de costumbre, y escucho pasos bajando las escaleras de nuestro chalé. Por la cadencia al andar, el cuidado con que se desplaza e, incluso, por el olor que empiezo a percibir cuando se acerca a mi posición, lo reconozco. Es Mario. Es curiosa la intimidad, que sigue uniéndote a alguien aunque tú ya no quieras tener nada en común con él.

Cuando llega al último tramo de escalones y queda frente a mí, lo miro y me sorprendo pensando que está muy guapo. Se ha quitado el traje que lleva al trabajo, como de costumbre, pero ahora, en lugar de la ropa de estar en casa que suele ponerse y que detesto porque hace años que debería haberla cambiado, viste unos pantalones chinos de color azul oscuro y un jersey de cuello redondo en tono celeste que queda muy bien con sus ojos. Los ojos de mi Lu; sus ojos; entre azules y grises, inclasificables.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el día? —pregunta, cauto.

—Bien —contesto, imprecisa.

Me da la impresión de que algo ha cambiado y la atmósfera, algo opresiva, generada por la actuación tensa de Mario no hace más que confirmármelo. Decido esperar a que me explique lo que está pasando.

—Luisa ha ido a dormir a casa de Claudia y Mario a la de Íñigo.

—¿Un jueves? —pregunto, extrañada.

—Sí. Les he dicho a los padres de Claudia e Íñigo que era nuestro aniversario y que quería invitarte a cenar y no han puesto ningún problema. Los niños también estaban encantados, ya supondrás. —Se encoge de hombros—. Mañana los llevarán al colegio y los recogemos a la salida, como siempre.

—Vale… —No sé cómo decir esto, porque no quiero herir a Mario—. Lo que pasa es que, cariño, no es nuestro aniversario.

Se ríe.

—Ya lo sé, Luisa. Era para que se quedaran a los críos. Quería invitarte a cenar y no se me ha ocurrido otra forma de conseguirlo.

Aprieta los labios en una fina línea y luego sonríe, y creo que quiere incitarme a que también sonría y me sienta sorprendida y, seguramente, halagada, y vayamos a esa cena que ha preparado y que no sé muy bien qué objetivo tiene. Porque el problema ahora mismo, sin duda, es ése. ¿Qué quiere conseguir? ¿En qué punto estamos?

—Pero, Mario. —Niego con la cabeza. No sé cómo empezar—. Tú…

—He dejado a Silvia, Luisa —me interrumpe—. Quiero que volvamos juntos. Sí, lo sé, en realidad nunca lo hemos dejado, al menos, tú nunca me has dejado, pero yo he actuado como si no fueras mi mujer así que, en cierto modo, te dejé, y quiero que volvamos a estar juntos. Si

puede ser. Para seguir siendo una familia. Me gusta mucho mi familia. Me gustaba mucho estar contigo, aunque ahora no me acuerdo bien de lo que era. Dame una oportunidad, por favor.

Le miro fijamente a los ojos, primero a uno, luego al otro, y trato de leer más allá de sus palabras, porque parecen sinceras, sí; de hecho, ni siquiera son demasiado bonitas y tengo la tentación de rebatírselas, porque él no me dejó, porque estábamos juntos, porque tuvo una relación con Silvia a sabiendas de todo ello y ahora no puede calificarlo de otra manera; pero no lo hago, guardo silencio y busco en sus ojos la mentira. Que no ha dejado a Silvia o, que no la ha dejado él a ella sino ella a él y ahora viene con el rabo entre las piernas evaluando los daños y tratando de no perderlo todo, que en realidad no quiere volver conmigo sino evitar que todo salte por los aires. Pero me parece que sus ojos, al igual que sus palabras, también son sinceros. Y me gustaría que lo que me dice fuera verdad, porque aunque yo tampoco esté ya enamorada de él y la mayoría del tiempo me caiga fatal, es mi familia, y a la familia no se la deja de lado así como así. Prometí estar junto a él pasara lo que pasase, y aunque ya al prometerlo sabía que era un acto de fe que no me obligaba a nada, sí que creo que, al menos, me comprometí a intentarlo hasta el final. Y éste no es el final, sino que sólo es el punto de inflexión en el que cada uno debe decidir dónde quedan sus lealtades. Y las mías siempre están del lado de mi familia.

—Vamos a cenar. Y hablamos. Tampoco puedo prometer mucho más, Mario. Ahora esto es como asomarse al vacío.

Asiente con la cabeza, porque comprende la sensación.

—Lo es. Gracias, Luisa.

Le pido que me deje arreglarme, porque la ropa que me puse al salir del gimnasio es muy informal para salir a tomar algo. No sé dónde planea llevarme Mario, pero seguramente puedo ponerme un vestido bonito, unos zapatos de tacón y hacerme algo distinto en el pelo. Reconozco que no es lo que más me apetece ahora mismo, arreglarme, digo; pero es necesario. Puedo afrontar la cita con desgana o puedo intentar remontar esto, y me he prometido intentarlo; qué menos.

Cuando estoy lista, bajo las escaleras hasta llegar a la planta baja y le digo a Mario, que me espera sentado en el sofá viendo las noticias en la televisión, que ya podemos marcharnos. Me mira y me dice que estoy muy guapa, y yo le digo que él también, e intercambiamos un par de frases hechas para romper el hielo, porque esas convenciones a veces hacen falta, así que tratamos de cumplimentar ese ritual que tenemos tan oxidado y que nos permite engañarnos y sentir que aún sabemos hacer estas cosas; que aún sabemos cuidarnos mutuamente.

Porque ahora no somos más que dos piezas de un puzle que no acaban de encajar. Un lago congelado en el que la superficie, en apariencia uniforme y compacta, se ha desgajado en placas de hielo irregulares que vagan a la deriva, chocándose entre sí. La superficie terrestre, en la que dos placas tectónicas, antes inmóviles, chocan y acaban superpuestas la una sobre la otra, causando una trinchera oceánica profunda o generando la erupción de un volcán.

Antes éramos la base sólida de un proyecto en común con el que construimos una familia y ahora somos cambio volátil e impredecible.

Nos subimos al coche y Mario conduce hasta el centro de Bilbao. Aparca en un aparcamiento público y andamos hasta llegar al restaurante donde ha reservado mesa.

Me sorprende comprobar que es un restaurante en el que nunca hemos estado (al menos, yo no), con una decoración moderna e iluminación muy tenue. Grandes mesas de madera llenan el comedor y se sitúan en torno a una barra de nogal donde se sientan algunos clientes y donde, también, se cocinan los platos en tiempo real. Es un restaurante japonés, y al principio me decepciona un poco, porque la experiencia que tengo con la cocina nipona siempre me ha

resultado bastante uniforme y, en general, poco sabrosa. Suelen repetirse los mismos sabores y texturas, en esas presentaciones tan propias suyas, pero, una vez probados sus platos, se me hace todo lo mismo.

No quiero pecar de prejuiciosa y, además, no quiero empezar con mal pie esta cita con Mario, así que no digo nada. Él, que me conoce, sí que se siente en la necesidad de explicarse.

—Es un restaurante japonés, pero no es lo que te esperas, te lo prometo. Tienen pescado de mucha calidad y elaboran cocina de fusión con productos locales. Todo está delicioso, ya lo verás. —Lo miro dudosa, y lo nota, porque extiende su mano sobre la mesa para coger la mía y añade—: Confía en mí, Luisa.

—Vale.

Le sonrío y no me cuesta mucho trabajo, porque, al menos, está tratando de que todo sea distinto. Viste diferente, más juvenil; me trae a cenar, y encima de sorpresa; y se esfuerza en elegir un restaurante nada habitual para nosotros. Está intentando que esto sea un nuevo comienzo.

Hablamos un poco de la decoración del restaurante, del tiempo que hace, de nuestros hijos y del trabajo, evitando todos los temas conflictivos. Es sorprendente la cantidad de temas de este tipo que tenemos que obviar. Cuando hablamos del restaurante, me gustaría preguntar si estuvo aquí con Silvia. Cuando hablamos del trabajo, tengo que contenerme de nuevo para no preguntar por ella. Porque, ¿se la encontrará cada día, no? Igualmente, cuando hablamos de mi trabajo, me noto cautelosa, evitando nombrar mucho a Ígor.

La conversación se agota muy rápido.

—No quería hablar de ella, pero me parece que está escondida en cada recoveco de nuestra conversación, así que te lo digo rápido y pasamos a otra cosa. No he venido a este restaurante con Silvia; me trajo Jesús, del Consejo de Administración. —Asiento con la cabeza. A Jesús le pega mucho un restaurante así, no creo que Mario esté mintiendo, pero ¿por qué quedó con él?—Como tenemos buena relación, he comentado con él la posibilidad de pedir el cambio a otra sucursal. Me ha dicho que podría dirigir la del centro, centrada en grandes clientes.

—Pensé que estabas contento como director de tu sucursal.

—Sí, lo estoy. —Asiente y aprieta los labios, y se queda un momento sin saber qué decir—. Pero en mi sucursal está Silvia. Me gustaría poner fin a esto… del todo.

Me mira a los ojos e inclina la cabeza hacia un lado, como preguntándome mi opinión.

La encargada de sala se acerca a nuestra mesa a servirnos el vino y presentarnos el menú degustación que hemos elegido e interrumpe mis pensamientos, pero se lo agradezco, porque no sé muy bien que voy a contestar. Cuando ella se marcha, retomamos el hilo de nuestra conversación.

—No me parece mal que cambies de sucursal, siempre que la nueva te parezca una buena opción. No quiero que sea una trampa. Ya sabes, que acabes muy agobiado o que el personal que hay allí no te convenza.

Mario sabe a qué me refiero, porque ha pasado por períodos así en su actual sucursal y acaban por ser un estresor que nos afecta a todos.

—Lo sé. Lo he investigado. Creo que es una buena opción.

—Vale. Pues… no sé, si quieres, solicita cambiar.

—Sí.

Traen uno a uno los platos que conforman el menú y, aunque apenas recuerdo sus nombres o composición, cada uno me gusta incluso más que el anterior. Los cortes de atún rojo o el salmón salvaje de Alaska son sencillamente exquisitos, y tengo que darle la razón a Mario en

cuanto a la calidad del producto, que ya por sí solo merece el precio que pagaremos. Los nigiris no están atiborrados de arroz, por lo que el sabor proviene mayoritariamente del topping. Ligeros y sutiles, recuerdo especialmente uno fuera de menú que Mario insistió en pedir, el de *wagyu*. Nos contaron que era de calidad A5+, la máxima que se concede, y que simplemente lo calentaban con la llama del soplete y le añadían dos gotas de soja. El resultado es una explosión de sabor incomparable, que resulta curioso que se extraiga de un bocado tan pequeño.

Aunque la comida es exquisita, la conversación sigue enquistada y avanza renqueante. Hemos superado el escollo de Silvia y a mí, por alguna razón, no me resulta complicado obviar lo que he tenido con Ígor. A fin de cuentas, ha sido sólo una vez. No tenemos relación de ningún tipo más allá de la laboral, por lo que simplemente pretendo olvidar ese único momento juntos y seguir adelante, sin más. Si Mario me pregunta, se lo contaré, pero si él no saca el tema, no quiero hacerlo yo ni enturbiar más nuestra relación.

Además de la distinta intensidad de nuestras relaciones paralelas, hay una diferencia fundamental entre las situaciones que cada uno enfrentamos, y es que yo no puedo dejar de ver a Ígor. No tengo otra opción de desarrollo profesional que no sea seguir a su sombra.

El problema, en fin, es que no tenemos nada de qué hablar. ¿De qué hablábamos antes? Es como si estuviera sentada a la mesa con un desconocido; peor, porque a un desconocido todavía puedes preguntarle por su familia, su trabajo o sus aficiones, pero a Mario no puedo preguntarle por nada de eso, porque lo conozco todo a la perfección. Entonces, ¿de qué hablábamos antes? ¿Por qué el interés por él se ha extinguido del todo? ¿Es que sigo enfadada?

Él trata de hablar de cualquier cosa, casi diría que trae un plan de ruta específicamente elaborado para rellenar nuestros silencios, pero la situación no acaba de fluir. Me doy cuenta de que me estoy esforzando para que esto funcione, pero quizás, en el fondo, no quiera que lo haga. Aunque conscientemente me esté diciendo: es Mario, el mismo de siempre, tu marido, el padre de tus hijos; tienes que seguir con él, porque es un hombre bueno, te trata bien, tenéis una familia que no quieres romper. Aunque me esté diciendo eso, algo dentro de mí se revuelve. No le quieres, hace años que no le quieres, no estás enamorada de él, por eso no puedes mantener una conversación con él, realmente no quieres estar aquí, quieres divorciarte y ponerle a esto punto y final.

Una vez que esos pensamientos intrusivos penetran la fina capa de indiferencia con la que has conformado la superficie de tus sentimientos, no hay forma de escapar de ellos. Ya no puedo pensar más que en eso. Que no quiero a Mario, que en realidad quiero dejarle. Que no quiero esforzarme más.

Él lo nota y no sabe cómo superar esa barrera autoimpuesta. Al final, nos dedicamos a dar buena cuenta del vino y a comentar los platos del menú y, finalmente, los del postre. Pagamos y volvemos al coche para ir a casa.

Mario no propone ir a tomar una copa. Yo, tampoco. Ambos fingimos que es porque mañana tenemos que ir a trabajar. Ninguno dice la verdad: cariño, esta cita ha sido un fracaso.

Quizás haberlo dicho nos habría permitido remontar. Quizás nos habríamos reído de ello, habría diluido un poco la tensión que nos agarrotaba y nos habría permitido comentar lo que sin duda ambos pensábamos: cariño, en serio, ¿de qué hablábamos antes?

Pero no lo hacemos. Vamos a casa y nos desvestimos para meternos en la cama. Allí, me pongo de lado, mirando al lado opuesto al que duerme Mario. Él, tras un momento de duda en el que permanece boca arriba, se gira hacia mí y pone la mano en mi cintura. Me hace una caricia.

—Qué sueño. Apago la luz, ¿vale?

Lo hago y noto como su mano se escapa de mi cuerpo. Suspira y sé que hay decepción y

angustia. Miro fijamente al vacío infinito que es la negrura que se extiende ante mí, en esa habitación completamente a oscuras, y sé que esto es culpa mía.

Que él quiere arreglarlo y yo, aunque quiera, no sé cómo hacerlo.

Que a lo mejor, a pesar de nuestras buenas intenciones, esto sí que es el fin de lo nuestro.

CAPÍTULO 18

Lu

Gorka quiere que aborte. Lo dejó muy claro el día que me hice el test de embarazo en el polideportivo. «No puedes tenerlo», me dijo, negando con la cabeza y, así, negando dos veces. Reforzando su negativa, que no era sólo un no, era un ni de coña, por nada del mundo, no, no, no, NO, así en mayúsculas.

No quiero tenerlo, claro que no, pero no me hacía falta que el padre del bebé me lo resaltara en luces de neón.

Me dijo que me acompañaba al médico a abortar. Creo que era más por asegurarse el resultado que pretendía obtener que por hacerme sentir apoyada en esos momentos. Clau le dijo que las menores de dieciséis años no pueden consentir por sí mismas. Se la quedó mirando con expresión severa y me pareció que no sabía a qué se refería. Clau, que pensó lo mismo que yo, se lo aclaró. «Tiene que decírselo a sus padres. Ellos son los que tienen que autorizar la interrupción del embarazo.» Gorka se llevó las manos a la cabeza; las dos. Abrió mucho los ojos y se mordió el labio inferior. «Joder, tío, qué marrón; qué puto marrón.»

Claro que es un marrón, pero es mío, ¿no? ¿O es que él pensaba acompañarme cuando se lo dijera a mis padres?

No, claro que no.

Gorka dijo que tenía que marcharse y se marchó, vaya si lo hizo. A toda prisa. Volvió a la sala de estudio, metió sus cosas en la mochila en absoluto desorden, en un caos de libros, cuadernos, papeles y bolígrafos, y se fue.

No me contesta los *whatsapps* desde entonces. No le llegan, lo sé porque no hay tic de confirmación. Puede ser que tenga el móvil apagado, me dije al principio. Pero ahora sé que no es así, porque ya han pasado cuatro días, y nadie se tira cuatro días con el móvil apagado.

Me ha bloqueado. Lo sé porque Clau y yo probamos a que ella me bloqueara, a ver cómo se veía cuando yo le escribía estando en esa situación, y lo confirmamos. Lo sé porque, una noche, sin decírselo a Clau, llamé a Gorka, y el teléfono daba tono, aunque él me colgó.

Quizás, incluso, haya cambiado de número desde entonces o, si aún no lo ha hecho, se esté planteando hacerlo.

Quiere borrarse de mi vida como si hubiera sido un error de cálculo.

Me apena, pero poco. Estos días, la angustia de saber que llevo un bebé dentro lo ocupa todo. Y la necesidad de saber que tengo que contárselo a mis padres lo antes posible me paraliza.

Hoy, como cada mañana, me levanto con náuseas. Otras veces he conseguido esconderme en el baño a tiempo cuando he sentido una arcada, fingiéndome ocupada en lavarme la cara o peinarme; pero hoy no. La arcada me ha alcanzado en medio del pasillo. He tenido que apoyar una mano en la pared para, al arquearme con la intención de vomitar, no caerme. No he vomitado, eso lo he conseguido, pero no he logrado esconderme a tiempo. Mi madre, que por las mañanas va y viene por la casa terminando de arreglarse y colocando lo que vamos dejando fuera de lugar, me ha visto.

—¡Luisa! ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, aún con una mano en mi estómago, pero mi madre, como es lógico, no me cree.

Para darme aún menos credibilidad, además, me da otra arcada y, esta vez sí, esta vez me da tiempo a llegar al baño, pero ahora me vuelco sobre el váter y devuelvo todo.

—Luisa, ¡estás enferma!

Mi madre me sujeta el pelo mientras vomito, para que no me manche, y es como estar de fiesta a las tantas de la madrugada después de haber bebido de más, pero ahora no es una amiga quien me agarra el pelo, es mi madre, y ahora no es el alcohol lo que me hace vomitar, es el bebé que está creciendo en mi barriga.

Me siento en el suelo del baño, junto al váter, y me limpio la comisura de los labios con papel higiénico. Trato de recuperar el resuello. Noto un sabor amargo y huele a podrido, pero aún no tengo fuerzas para levantarme y enjuagarme la boca.

Mi madre se pone de cuclillas enfrente de mí. La observo evaluarme, pensando qué puede haberme pasado.

—Será un virus, cariño. Gastroenteritis, como aquella vez, el año pasado, que estuviste tan malita vomitando un par de días, ¿te acuerdas?

Me pone la mano en la frente para detectar la fiebre. La retira.

—No tienes fiebre. No te preocupes, ahora vamos al médico a que nos confirme lo que tienes y te quedas en casa descansando.

Niego con la cabeza, lentamente. Me gustaría ser más rápida y resuelta, pero estoy exhausta. Desde que supe que estaba embarazada, todo funciona con mucha lentitud, como si de verdad estuviera enferma. Quizás sea que el embarazo es una especie de enfermedad cuyo fin último es frenarte para que el bebé acelere.

—No, mamá. No podemos ir al médico.

—¿Por qué no? ¿Ahora le tienes miedo al médico, como cuando eras pequeñita? —Mi madre sonríe, tratando de animarme.

Se me saltan las lágrimas. Ella lo ve y me acaricia la mejilla. Rompo a llorar. Mi madre me abraza.

—¡Mi amor! Pero ¿qué te pasa? Esto es una tontería, ¿eh? Te vas a poner buena ya mismo. ¡No te preocupes!

—Mamá… —le digo, y suena como un lamento—. Mamá… —Mi madre deja de abrazarme y me mira a los ojos. Yo sentada en el suelo, ella en cuclillas frente a mí, en el baño. Resulta incluso íntimo—. Es que estoy embarazada.

Las lágrimas caen por mis mejillas como río caudaloso, pero trato de llorar en silencio porque ahora lo más importante es la reacción de mi madre.

Ella, que, por alguna razón, lo sabe; no reacciona durante un minuto. Me refiero a que no dice nada y trata de no hacer ningún gesto que la comprometa. Sin embargo, sí que reacciona, claro que sí. Abre desorbitadamente los ojos, inspira más aire del que parecería caberle en los pulmones y se pone blanca; parece que la que va a vomitar, ahora, es ella. Pierde pie y, aunque permanece en cuclillas y está a escasa distancia del suelo, parece que va a caerse. Baja la mano que antes tocaba mi mejilla hasta tocar las baldosas y recupera el equilibrio.

Luego, pasado ese minuto inicial, que no sé si es un minuto pero me lo parece, porque es largo y corto al mismo tiempo; largo para estar en silencio tras una revelación así y corto porque parece que el tiempo se ha detenido en ese instante; mi madre se sienta en el suelo frente a mí. Busca con su mano la mía y me la agarra.

—Te quiero, mi amor.

Rompo a llorar y me lanzo sobre ella para abrazarla, porque esto es lo que me hacía falta desde el principio, desde que follé sin condón con Gorka esa primera vez en mi cumpleaños y me

ronda esa preocupación indescriptible que es ser consciente de que lo estoy haciendo mal y no saber pararlo.

A mi madre se le caen las lágrimas, pero se frota la cara para retirarlas sin que yo me dé cuenta. Lo sé porque, estando mi mejilla contra la suya, la noto húmeda, y porque percibo el roce de sus manos contra mi pelo cuando trata de secarse la cara.

Escucho los pasos de mi padre por el pasillo, acercándose a nosotras.

—Chicas, ¿qué hacéis? Se va a hacer tarde, Luisa. Mario ya está terminando de desayunar.

Justo al finalizar esa frase, mi padre aparece por la puerta del baño. Nos ve a las dos sentadas en el suelo, abrazadas, e imagino que se asusta, porque hay miedo en su voz cuando vuelve a hablarnos.

—¡Luisa! —Podría referirse a ambas, me da por pensar, y casi me parece gracioso, aunque parezca imposible, porque me está empezando a bajar la tensión y eso hace que se me ocurran cosas absurdas que no deberían tener cabida en un momento así—. ¿Qué pasa? ¿Estáis bien?

Mi padre nos toca a ambas. Una mano en el hombro de mi madre, una mano en mi nuca. Traslada su mirada de una a otra, buscando una respuesta.

Mi madre me aparta con cuidado para que nos situemos frente a frente. Vuelve a frotarse la cara, retirándose las lágrimas, y me mira. Luego, alza la vista hasta mi padre y le da ella la noticia que me corresponde dar a mí, pero que no tengo valor de repetir. Me ha bastado pedirle ayuda a mi madre una sola vez para que ella asuma toda la carga de mi situación. Desde luego, si eso es ser madre, no estoy en absoluto preparada para serlo. Quiero seguir siendo sólo una niña.

—Mario, escúchame. —Se lo dice pausadamente, y sé que, en el fondo, le está pidiendo que se comporte. Que no sobrerreaccione. Que sume y no que reste—. Luisa, tu hija, está embarazada.

Mi padre sí que no reacciona. No es que intente que no se note, como momentos antes ha hecho mi madre; es que, directamente, se ha quedado inmóvil. Dura sólo unos segundos, pero juraría que ni ha respirado. Luego inspira sonoramente y, con ambas manos, coge a mi madre de los brazos. Creo que es para ganar estabilidad, porque a ese gesto no le sigue nada, ni un abrazo, ni un zarandeo; nada.

Mi madre sigue hablando.

—Tenemos que hablar los tres y decidir qué hacer.

—No quiero tenerlo. —Ha salido de mi boca, de improviso. No soy consciente de ser yo quien está hablando, pero ahí estoy, tratando de dejar claro lo que para mí es indudable—. No quiero tenerlo, por favor.

Mi madre me mira y asiente, comprensiva. Mi padre traslada su mirada de mi madre a mí, pero sigue sin reaccionar. Mirada perdida, imposible fijarla en un punto concreto, no denota inteligencia alguna; ahora mismo, tiene la capacidad de reacción de un pez.

—Vale. Entonces, hay que ir al médico y pedir la interrupción del embarazo.

Asiento con la cabeza, agradecida.

Mi padre habla.

—Quién ha sido.

Es una pregunta, aunque no tiene tono de tal. Va dirigida a mí, porque mi padre ha establecido contacto visual, aunque luego lo ha roto y ha vuelto a mirar a mi madre, porque no es capaz de mantenerme la mirada.

¿Le avergüenzo? Me dan ganas de llorar, porque no entiendo su reacción, pero no estoy en posición de recriminarle nada. Supongo que, ante una noticia así, cada uno reacciona como puede.

—Mi novio.

No sé si Gorka es mi novio, seguramente ya no lo es, pero quizás lo haya sido, al fin y al cabo, me enamoré de él, y él casi se enamoró de mí, o lo fingió, pero me lo hizo saber para que yo pensara que era así, y eso lo hace un poco mi novio, ¿no? De cualquier manera, es mejor decir que es mi novio que decir cualquier otra cosa. Que es un chico que conozco del polideportivo, que no sé nada de él, que follamos porque ahora soy ésa, el tipo de chica que hace esas cosas.

No puedo decirle eso a mi padre.

—¿Álvaro? —Esta vez es mi madre quien pregunta.

—No, no. Lo dejé con Álvaro, te lo dije. Se llama Gorka. Estoy con él desde que lo dejé con Álvaro.

—Quién es Gorka.

De nuevo, mi padre, con sus preguntas sin tono interrogativo, que son más bien acusaciones. Quién ha sido, quién es ese chico. Dónde está para que pueda matarlo, me imagino que quiere preguntar.

—Lo conozco del polideportivo —digo, con un hilillo de voz—. No lo conocéis.

Mi madre trata de reconducir la situación.

—Eso no es lo importante ahora mismo, Mario.

Mi padre deja de agarrar a mi madre de los brazos. Se ve que ya ha recuperado el equilibrio, que ha vuelto a ser capaz de razonar por sí solo. Y, para él, saberlo todo de quien me ha dejado embarazada es importante; mucho.

—Quién es ese chico, Luisa. A qué colegio va, quiénes son sus padres, ¿ha sido consentido? Porque, ¿tú querías hacerlo? ¿O…?

No es capaz de preguntarlo porque sólo imaginárselo le da un miedo atroz. Y porque ya indagar en las circunstancias de mis relaciones sexuales lo coloca en una situación incómoda: la de un padre que sabe, que SABE así en mayúsculas, que su hija ya se besa y folla con hombres.

Mi madre me mira, y yo la miro, y quiero que me salve, pero me dice sin palabras que eso no es posible.

Trago saliva y decido soltarlo todo. La verdad, por fin, sin embellecimiento alguno.

—No va al colegio. Es mayor. Mayor de edad, digo. Tiene veintidós años. Va al polideportivo a estudiar, las oposiciones de bombero, creo. No sé dónde vive; nunca hemos ido a su casa. Sólo tengo su teléfono…

Qué poca información tengo de Gorka, incluso yo me doy cuenta. Y qué pocos medios para localizarle. Un lugar al que suele ir: el polideportivo; un medio de contacto: el teléfono. Un teléfono que me ha bloqueado y que quizás ya ni siquiera exista, porque puede ser que haya decidido cambiarlo precisamente para que no lo encuentre.

Mi padre, al oír mi respuesta, resopla sonoramente y da un par de pasos hacia un extremo del pasillo y, luego, hacia el otro. Creo que está pensando, porque es de esas personas que sólo puede hacerlo si está en movimiento.

Mi madre sólo se ha llevado una mano a la boca, como para frenar un torrente de palabras impertinentes.

—Veintidós años, Luisa. Veintidós. ¿Es eso cierto?
—pregunta mi padre.

Me encojo de hombros.

—Eso me dijo.

—Sin duda, es mayor de edad, ¿verdad? —continúa él.

—Sí, sí —le confirmo yo.

—Y el sexo —se detiene, pero me mira a los ojos, ya no vacila al hacerlo, aunque estemos hablando de sexo y hayamos pasado de que me haga guerra de cosquillas antes de dormir a esto sin transición aparente—, ¿el sexo fue consentido,
Luisa?

—Sí.

—Sin preservativo, entiendo —Levanta una ceja. Está poniendo en orden sus pensamientos como piezas de puzle que, ahora sí, van a encajar.

—Sí. Yo no quería hacerlo así, pero no tuve otra opción —contesto, lastimera. Voy a llorar, pero me aguanto las lágrimas. Tengo que ser capaz de terminar esta conversación.

—¿Cómo que no tuviste otra opción, cariño? —pregunta mi madre.

—Le dije que había que ponerse un condón y me dijo que no se sentía igual. Que yo era una cría. —Los miro a ambos, desolada—. Yo no quería ser una cría. —Vuelvo a encogerme de hombros y se me caen las lágrimas, aunque consigo no sollozar.

Mi padre vuelve a inspirar con fuerza, pero esta vez no arranca a caminar. Mi madre me pone una mano en el hombro, comprensiva.

Ellos se miran. No sé qué se dicen, pero ahí hay algún tipo de comunicación, una que les pertenece sólo a ellos y no al resto, y que es íntima y primitiva y que existe antes que yo y es como si ambos fueran sólo uno y pensaran y actuaran como tal.

—Vale, cariño —dice mi madre, que es quien, al parecer, va a tomar la palabra por los dos —. Vamos a hacer una cosa. ¿Te ves capaz de ir hoy al colegio? Para que yo hable con papá y decidamos cómo hacer esto. Quizás lo mejor sea mantener la normalidad hasta que interrumpamos el embarazo. ¿Te parece bien?

—Sí.

Asiento con la cabeza vigorosamente. Claro que me parece bien; que se encarguen de todo, que me digan qué hacer, que se aseguren de que el médico me quita esto que me crece en la tripa; y, en la medida de lo posible, que nadie se entere de ello. Y por supuesto que puedo seguir yendo al colegio y fingir normalidad; es lo que llevo haciendo todo este tiempo, ¿no? Puedo seguir la farsa un poco más. El único riesgo al que me enfrento es que, de tanto vivir en esta piel que me he inventado, acabe por creer que es la mía propia.

—Vale. Voy a llamar a la madre de Claudia, a ver si os puede llevar al colegio a los tres. Luisa, termina de arreglarte. No te da tiempo a desayunar, pero coge algo para comértelo por el camino, si quieres.

—No tengo hambre. —Las náuseas lo impiden, me gustaría decirle, pero me callo, porque referirme al embarazo siempre lo hace aún más real.

—Mario —continúa diciendo mi madre, organizándolo todo—, tú y yo nos quedamos un momento y hablamos.

—Sí —confirma mi padre.

Salgo del baño para ir a mi habitación a terminar de preparar mi mochila y escucho que mi madre llama a la madre de Claudia, y por sus respuestas, intuyo que no hay ningún problema para que nos acerque al colegio. Ya lo ha hecho alguna vez antes, igual que nosotros hemos llevado alguna otra vez a Claudia.

Vuelvo al pasillo y me dirijo a la entrada. Mi hermano Mario ya está allí, con el abrigo y la mochila puestos. Me mira de reojo, pero no me saluda. Sólo dice «¿nos vamos?». Yo le contesto «sí, nos lleva la madre de Claudia». Él asiente, comprendiendo. Creo que su asentimiento es más amplio, porque creo que nos ha escuchado a papá, mamá y a mí hablando en el baño y sabe que estoy embarazada. Lo sé porque aprieta firmemente los labios y se concentra en arrancarse las

cutículas, y eso sólo lo hace cuando está nervioso.

Me gustaría tranquilizarle diciéndole que todo va a ir bien, pero no estoy segura de que sea así y no me gusta mentirle a mi hermano.

Me gustaría decirle que, pese a esto que me ha pasado, no soy una zorra, pero no tengo muy claro que sea así y, de nuevo, no me gusta mentirle a mi hermano.

Quiero que me coja de la mano como cuando éramos pequeños y no podía dormirse si no las teníamos entrelazadas, pero ya no somos críos y además ya no soy un pilar de tranquilidad para Mario; más bien, soy su principal foco de inestabilidad.

Así que me quedo ahí de pie, junto a él, sin decir nada y sin hacer nada. El silencio nos pesa, pero fingimos que no. Miro hacia atrás y veo a mis padres bajar las escaleras del chalé. Mi padre coge su abrigo.

—Venga, que os acompaño a casa de Claudia. ¿Lo lleváis todo?

Ambos asentimos. Mi padre abre la puerta de casa. Vamos a salir y marcharnos, pero entonces llega mi madre y nos da un abrazo a cada uno. Sí, a cada uno. Primero a mí, luego a mi hermano Mario y luego a mi padre.

—Os quiero mucho.

La atmósfera se vuelve más respirable. Mamá siempre tiene esa cualidad de hacerlo todo más fácil.

Nos vamos hasta casa de Claudia y llamamos al timbre. Clau nos abre y nos saluda, contenta de vernos, e incluso mi hermano sonríe un poco. Cojo a mi amiga de la mano y me despido de mi padre.

Ahora mi problema es el de ellos. Ahora puedo descansar un poco.

CAPÍTULO 19

Luisa

Cuando veo a Mario con los niños en la entrada, con su mano en el pomo de la puerta para abrirla y acompañarlos a casa de Claudia, siento un pellizco en el corazón que me hace acercarme y abrazarlos a todos. Uno por uno.

Le doy un abrazo a mi hija Lu, que es tan mayor y a la vez tan frágil y está tan perdida, y no nos habíamos dado cuenta. ¿Adónde estábamos mirando?

Le doy un abrazo a mi hijo Mario, que ya es un hombre, aunque me cueste reconocerlo, y cuyo rictus serio evidencia que sabe, o al menos intuye, lo que está pasando, y que va a gestionarlo solo, como siempre hace.

Le doy un abrazo a mi marido, que es mi hogar y mi roca, la única persona con la que elegiría pasar por un trance como éste.

Se quedan un poco sobrecogidos por mi gesto, pero creo que era necesario. La tensión desciende unos niveles y se sitúa en un punto asumible. Todos estamos más tranquilos. Seguimos siendo una familia; cuanto menos, que exista esa certidumbre.

Se marchan y cierran la puerta tras ellos. Me quedo un momento inmóvil tras la puerta, mirando al suelo y pensando qué hacer.

Lu tiene que dejar a ese chico, si es que no lo ha hecho ya. Tiene que interrumpir el embarazo, que seguro que es posible, porque estará de muy pocas semanas; no tiene tripa y recuerdo que no hace ni dos meses que tuvo la regla. Y luego, lo más importante. Lu tiene que hablar con alguien, seamos nosotros o un tercero, de la secuencia de hechos y decisiones que la llevaron a tener sexo sin condón con ese chico. Ella sabe que eso no es responsable, no sólo por las consecuencias, que a la vista están, sino por los riesgos (¿no pensó que podría transmitirle alguna enfermedad?). Ella es consciente de que no debió hacerlo; nos lo ha reconocido, pero ése «no tuve otra opción»… Eso hay que revertirlo.

Mi Lu es toda rabia y determinación, aunque lo oculte bajo esa fachada de niña buena que tanto gusta a los demás. Me sorprende que no haya sido capaz de negarse a tener sexo sin protección, por mucho que pudiera gustarle un chico; por mucho que quisiera sentirse adulta. Eso no puede volver a pasar. Tiene que recuperar la fuerza necesaria para negarse la próxima vez. Porque habrá una próxima vez, y quizás ni siquiera sea tener sexo sin protección, quizás sea algo peor, más peligroso, y no quiero que mi niña vuelva a estar en riesgo.

Una parte de mí se siente culpable, porque si ese rasgo de Lu por el que ella ha tratado de gustar a los demás cediendo a sus convicciones es de alguien, es rotundamente mío. Siempre he sido una niña buena, ya lo he dicho en varias ocasiones. Siempre he tratado de agradar a los demás. Es lo que se espera de nosotras, ¿no? Desde que somos pequeñitas, no sólo tenemos que saludar por educación, sino que tenemos que dar un beso incluso a los desconocidos, porque mírala, qué buena chica, ¿no es monísima? Cuando nos vamos haciendo mayores, somos en quienes recaen las responsabilidades y los cuidados, porque al parecer es parte de nuestra naturaleza. Cariño, llévale la manta al abuelo, que tiene frío; dale la manita a tu hermano para que se duerma; no hagas ruido, que molestamos a papá y está trabajando y eso es muy importante (y nosotras, menos). Al final, no sé qué puedo pretender de una adolescente a la que se le ha enseñado que tiene que agradar al resto, facilitarle la vida a los demás y complementar a

quienes la rodean. Lu sólo ha actuado como le hemos enseñado, aunque no lo hayamos hecho conscientemente.

Asolada por la culpa que me suponen esos pensamientos, apenas me doy cuenta de que Mario está metiendo la llave en la cerradura de la puerta de casa. Cuando la abre, me ve allí parada y aún tardo unos segundos en darme cuenta de su presencia y alzar la mirada hacia él.

—Luisa, cariño. ¿Estás bien?

—Mario. —Hablo como si fuera un lamento y un suspiro, y mi marido me agarra del brazo porque nota mi zozobra—. Esto es culpa nuestra.

Mario traga saliva, niega con la cabeza y me abraza. Es dulce, es el hogar. Siento su respiración en mi pelo, cálida y sosegada. Noto la calidez de su cuerpo pegado al mío y sus brazos manteniendo juntos los mil pedazos en que creo que se me ha roto el corazón; al menos, mi alma seguro que ya está escindida. Dejo que las lágrimas corran por mis mejillas mientras permanecemos unidos unos segundos más.

No sé si Mario pensará que esto es nuestra culpa. Desde luego, no puede pensar que es culpa de Lu; ella, que es perfecta tal y como es, desde que era un bebé diminuto que siempre fruncía el ceño, como si estuviera enfadada, hasta que la ponía al pecho o su padre le hacía tonterías y, entonces sí, mostraba esa sonrisa con la que nos ganaba a todos.

Mi Lu no tiene la culpa.

Mario se separa de mí, me mira fijamente a los ojos mientras me agarra de los antebrazos, y emite su veredicto.

—La culpa es del cabrón ése de Gorka, Luisa. Lo voy a hundir.

El odio le retuerce la boca en un gesto antinatural y hace que se le marquen los vasos sanguíneos de la frente y el cuello. Está furioso. Mario, la calma, la paz, el que nunca se altera, mi roca; está furioso.

Es cierto que Gorka tiene la culpa, en ese sentido físico y temporal tan práctico que siempre buscan los hombres. Al fin y al cabo, él hizo sentirse a Lu tan poca cosa que ella cedió a tener sexo sin condón. Pero ¿no ve Mario el problema de base? ¿Que Lu, pasara lo que pasase, nunca debió ceder? ¿Que esa necesidad de sumisión, propia o aprendida, es la causante de todo esto?

Podemos hundir a Gorka, claro que sí. Pero habrá más Gorkas. No podemos configurar un mundo seguro y sin peligros para nuestra hija; no podemos siquiera pretenderlo o fingir que eso existe. Protegerla es decirle: esto es lo que hay, cariño, tienes las herramientas para enfrentarte a ello.

Y Lu, claramente, no tiene esas herramientas. De disponer de ellas, no estaría embarazada.

—Cariño —le digo, acariciándole la mejilla para borrar ese gesto que le deforma la cara—, tienes razón. Pero creo que ése no es el problema ahora. Creo que tenemos que pensar en interrumpir el embarazo y hablar con Lu, o que ella hable con otra persona, un psicólogo quizás, para que esto no vuelva a pasar.

—Y joder al puto cabrón que la ha dejado embarazada, Luisa. Ése también es el problema.

«Es *tu* problema», quiero decirle. El tuyo; no el de la niña ni el mío, desde luego.

No obstante, conozco a mi marido. No va a dejarlo ir. Es un hombre, tiene sed de venganza, no pensará en otra cosa hasta que no la obtenga.

—Pues un día, cuando lo veas, le partes la cara. Y listo. ¿No?

Le acaricio la mejilla de nuevo. Me sorprende haber dicho eso. ¿Lo pienso de verdad? Pues no lo sé. Si le partieran la cara al tal Gorka, no me daría pena, eso es cierto. Me regocijaría en ello, para ser sinceros. Aunque no me gustaría que lo hiciera Mario. No quiero que él se contamine de esa ira, y aunque él piense que se sentiría mejor tras hacerlo, no sería así. Pero sé

que mi marido, ahora mismo, necesita que yo le diga algo así. Que vamos a joder a Gorka, que se va a llevar su merecido.

Mario se relaja al tacto de mi caricia tras haberme oído decir esas palabras, como preveía.

—Si es que será ilegal o algo, ¿no, Luisa? Tener sexo con una menor de edad.

—No lo sé, Mario, la verdad. Está tan normalizado esto, que no lo sé.

Yo perdí la virginidad con Mario cuando él cumplió dieciocho y yo aún no había cumplido los dieciséis, aunque ahora parece que no se acuerda. Es curiosa la diferente vara de medir, porque, aunque nos separaban menos años que a Lu y a Gorka, Mario no es capaz de plantearse si yo, por aquél entonces, podía consentir algo así o si, más bien, me dejé llevar por la inercia, queriendo hacerle feliz. Al menos tuve suerte y me tocó un Mario y no un Gorka; un hombre bueno, que no me incitó a hacerlo sin preservativo, que luego se casó conmigo, me dio hijos y hace lo que puede por cuidarnos a todos. Pero pude ser Lu, y Mario pudo ser Gorka, aunque él ahora no lo contemple.

—Incluso si lo es, cariño, no sé si Lu va a querer denunciar a ese chico, ni si sería prudente hacerla pasar por todo eso.

Mario me mira y chasquea la lengua, y luego baja la mirada al suelo, disgustado. Sé que se lo está imaginando todo. Que Lu declarara ante la policía, que luego declarara ante el juez, quizás, incluso, que declarara ante otro juez (porque, ¿no hay un juez de instrucción y luego otro, que es el que sentencia?). Que tuviera que declarar delante de Gorka en algún momento, aunque fuera separada por un biombo, si tuviéramos suerte de que nos permitieran usarlo. Que aunque haya pruebas evidentes de que tuvieron relaciones sexuales (el bebé no nacido), Gorka trate de defenderse diciendo que fue consentido (que lo fue, como un sí pero no, como un sí matizado), y que eso, por alguna razón, implique que lo que hizo no sea punible, o que lo sea pero se le reduzca la pena. Que Lu pase por todo ese calvario, expuesta al escrutinio de todos, que valorarán su personalidad, sus actos, sus reacciones, pasadas y futuras, tengan o no que ver con el acto en cuestión, que es muy simple, que tuvo sexo con Gorka porque quiso y a la vez sin quererlo del todo. Y todo para qué, para que condenen a Gorka a una pena que nunca compensará que Lu haya pasado por todo ese trance. Para Lu sería peor el procedimiento judicial que el hecho de asumir que tuvo sexo con Gorka sin protección y que no debió hacerlo. Tiene que salvarse Lu, no hundirse Gorka.

Creo que mi marido alcanza la misma conclusión que yo, porque parece abatido y resignado. Me coge de la mano y me acaricia el dorso. Me besa en la frente.

—No sé qué hacer, Luisa. Es mi niña.

Llora, por fin. Después del proceso natural que es enfurecerse, clamar venganza, descubrir que eso no es la solución y asumir el origen de todo, que no es más que la desolación de saber que un hijo tuyo está sufriendo.

Me enternezco y me doy cuenta de que lo quiero muchísimo, aunque ya no sé si es por ser Mario, mi marido, o por ser Mario, el padre de mi hija, que es en parte ella porque ella es indudablemente él; y vivo en esa dualidad insoportable que es querer estar con él por ser el padre de mi Lu y no querer estar con él porque como hombre ya no me dice nada.

Le abrazo y dejo que nos consolemos mutuamente sin palabras, al no encontrar ningunas que merezcan acompañarnos en este momento. Cuando nos hemos desahogado, trato de ser práctica, como siempre.

—Lo primero es interrumpir el embarazo. Eso es relativamente fácil. Llamamos al médico, le decimos que Lu está embarazada y que quiere abortar. Puedo hacerlo ahora mismo. —Mario asiente con la cabeza, conforme—. Después, hablamos con Lu. En profundidad, sin vergüenzas.

Tienes que estar conmigo, aunque te sientas incómodo de hablar de estas cosas con la niña. —Vuelve a asentir, obediente—. Que nos cuente cómo conoció a Gorka y cómo se le ha ido esto de las manos, por qué tuvo sexo sin protección. Que nos confirme que ya no se ve con él, que entienda la gravedad de lo que ha pasado. Que la veamos convencida de que no va a volver a pasar. Si te parece, le decimos que seguramente sea ilegal, que ella, al ser menor de dieciséis años, no tiene capacidad para consentir válidamente las relaciones sexuales y que Gorka se aprovechó de ella. Le damos la posibilidad de denunciarlo, pero hacemos lo que ella decida. Y ya está.

Muevo la cabeza arriba y abajo, ratificándome a mí misma que eso es todo; que está todo controlado.

—Habría que hablar con Mario también —dice mi marido—. Creo que sabe o sospecha algo; quizás, incluso todo. No podemos dejarle al margen.

—Tienes razón, es verdad —le confirmo yo—. Eso no sé si hablarlo los cuatro juntos o si va a ser muy complejo de gestionar, porque imagino que cada uno se siente de una manera y no quiero que nos las echemos mutuamente a la cara y acabe todo peor.

—Podemos intentarlo, yo no creo que haya problema.

—No creo que tu hijo diga nada en esa conversación.

—Él es así, ya lo sabes. —Se encoge de hombros.

—Yo creo que no podemos pasarlo por alto, Mario. No es suficiente con contárselo y explicárselo. Él se sentirá de alguna manera al respecto. Quizás esté decepcionado con su hermana o la vea de manera distinta, o esté furioso con el tal Gorka, o en el colegio los otros chicos comenten cosas y se sienta atacado o que atacan a su hermana… No sé. Creo que Mario tendría que expresarse y aprender a saber qué hacer con esos sentimientos. Tú también los tienes, cariño, y te cuesta gestionarlos a tu edad; imagínate con doce años.

Mario, pensativo, vuelve a cogerme de la mano. Creo que le tranquiliza mantener el contacto físico.

—Hay… —me mira, dubitativo, y continúa—: Hay un gabinete psicológico aquí cerca, lo sé porque un compañero de trabajo que se divorció va con su hija, y te pueden tratar por separado o en terapia de familia. Quizás nos vendría bien algo así. Podemos consultarlo con ellos.

—Sí, cariño. Es buena idea.

Le sonrío y le acaricio la mano. Qué sorpresa, que mi marido proponga recurrir a la ayuda de otras personas. Qué poco masculino según los estándares tradicionales, qué mentalidad tan abierta puede albergar, si se escarba un poco. Tiene razón, quizás necesitemos que alguien nos ayude a separar las emociones para aprender a gestionarlas una a una.

Me recuerda a un libro que compré para mi hijo Mario cuando cumplió tres años y que luego resultó ser más útil para Lu, que con cinco años aún tenía unos arranques de rabia importantes que no sabíamos gestionar. Se llamaba *El monstruo de colores,* de Anna Llenas, y trata de un monstruito que se confunde con las emociones y las siente todas a la vez y, al no saber diferenciarlas, tampoco sabe qué hacer con ellas. El libro enseña a los niños cada emoción y la asocia a un color, y así les explica cómo se sienten y, en lo posible, como reaccionar a ello.

Seguramente mi hija Lu sienta sobre todo miedo y tristeza, porque no supo gestionar la situación con Gorka y se le fue de las manos, y ahora está pagando las consecuencias.

Mi hijo Mario, cuando se entere de todo, sentirá sobre todo rabia, pero también algo de miedo, porque Gorka ha tratado mal y ha engañado a su hermana y ahora su mundo ya no es la plataforma estable en la que creía sostenerse, sino una tabla de madera frágil que se mueve

ondulante en un mar picado.

Mi marido siente rabia y miedo a partes iguales por su hija, su niña pequeña, el verdadero amor de su vida junto con mi hijo Mario; y, además, toda una amalgama de sentimientos por Silvia y por mí, y dudo que sepa diferenciarlos y darles su lugar.

Yo debo de sentir algo, aunque lo disfrazo bajo el impulso controlador de poner orden en este caos. Cuando todos hayan recuperado el pulso, seguramente, será cuando mis emociones afloren y, entonces, me explotarán en la cara.

—Luisa… —comienza a hablar Mario, pero su tono es más cálido y pausado—, ¿te acuerdas de cuando la niña era pequeña? —Mira hacia el infinito, con ojos soñadores—. Una vez, cuando tenía tres años y estábamos en el parque con Mikel, de su clase, le dijimos de broma que si eran novios y gritó despavorida que no, que ella no tenía novios, que ella nunca iba a querer un novio. —Me río, porque me acuerdo perfectamente—. Mikel le dijo que era mala, que nadie querría ser su novio, y ella dijo ¡que le daba igual!

—¡Le sacó la lengua y se fue corriendo! —Reímos los dos, acordándonos de aquello—. Me acuerdo perfectamente.

—Tenía mucho carácter. No le importaba lo que pensaran los demás. No sé qué ha podido pasar.

La tristeza vuelve a su rostro como un velo negruzco que lo oscurece todo. Yo tampoco sé qué ha podido pasar, pero decido ahondar en esos recuerdos positivos, porque necesitamos salir del bache. Al menos, por un rato.

—Yo tampoco lo sé, cariño. Me acuerdo también de aquella vez, tendría cinco años, que se cortó el flequillo ella sola con la tijera de manualidades, porque se lo había visto a una compañera de clase y quería uno…

—Y nos había pedido ir a la peluquería y le dijimos que no —me interrumpe Mario—, que el flequillo luego era muy incómodo y no sé qué más excusas…

—Que en realidad le quedaba fatal, Mario —le interrumpo yo—, que la niña tiene un remolino de nacimiento en la parte derecha de la frente y se le subía el pelo por ahí todo el rato, que el flequillo sólo se lo acentuaba…

—Pero ella se lo puso de todas formas, ella sola, con las tijeras…

—¡Totalmente desigual! Horroroso, qué mal le quedaba, se le levantaba por el lado derecho…

—¡Como un tupé!

—¡Y ella encantada!

—Y pensábamos que las niñas del colegio se iban a meter con ella, ¿te acuerdas? —continúa Mario—, y no pasó así, qué va…

—Todas volvieron a casa pidiendo flequillo «para arriba, como el de Luisa la de mi clase».

Nos reímos y lloramos, un poco todo a la vez, y sabe dulce y salado al mismo tiempo, como la propia situación que vivimos.

Mario vuelve a acariciarme el dorso de la mano antes de hablar.

—Luisa. —Se detiene y enfoca sus ojos en los míos, la mirada dura—. La niña sabía lo de Silvia. Me lo dijo ella. Que lo sabía y que yo tenía que decírtelo. ¿Crees que eso la llevó a todo esto?

La culpa lo consume. Una vez que la rabia se ha extinguido como llama que se apaga, le queda mucho hueco para llenarlo de emociones, y la culpa es la primera que ha encontrado su sitio.

—No lo sé, Mario. —Mi Lu, pobre Lu, teniendo que decirle eso a su padre, que es su roca

igual que lo es para mí. Al menos, antes lo era—. Pero ya está hecho. No le demos importancia. Nosotros también somos humanos y tenemos nuestros problemas, aunque los niños piensen que no, que sólo vivimos para que ellos vivan. —Me encojo de hombros y trato de sonreír.

Mario me abraza. Me envuelve en sus brazos y es una inmensa mole que me absorbe y logra que cada centímetro de mi piel esté en contacto con la suya, y es casa, así que apoyo mi cabeza en su pecho y respiro su olor, que está camuflado bajo su colonia y el frescor a suavizante que desprende su ropa. Cierro los ojos y pienso que esto está bien, que Mario y yo somos uno, si no siempre, al menos frente a esta adversidad que nos ha tocado vivir. Y Mario, que seguramente coincide conmigo en esto, me besa la coronilla y respira en mi pelo. Es pausado, como cuando está profundamente dormido y le pongo una mano en la espalda para contagiarme de su tranquilidad y quedarme dormida yo.

Estoy tan a gusto que no quiero que esto acabe. Y, si tiene que terminar, al menos que se transforme en otra cosa, otra que nos recuerde que seguimos operando como un mecanismo bien ensamblado, quizás ajado y a veces renqueante, pero operativo, al fin y al cabo.

Alzo mi mano hasta su cuello, me separo un poco de Mario para mirarle a los ojos y, después, le beso en los labios. Al principio, nuestra unión es tosca. Mario tiene los labios secos y, al mismo tiempo, saben a salado por las lágrimas derramadas, así que se los humedezco con mi saliva, besándolos con mis labios y mojándolos con mi lengua. Lenta, cuidadosamente. Mario cierra los ojos y sonríe con ellos, y lo sé porque la sonrisa no la forman sus labios, que ahora son de mi propiedad mientras jugueteo con ellos, pero sí su mirada, donde nacen unas arrugas muy características que se los entornan, como si estuviera mirando fijamente al sol del mediodía. Traslado mi beso a sus mejillas mientras le acaricio la base de la nuca con mi mano y lo atraigo aún más hacia mí, porque quiero besarle los ojos, quiero que deje de llorar. Lo hago y se deja hacer, y hace tanto tiempo que no le quería así, y hace tanto tiempo, creo, que él no se sentía tan querido. Porque éste es un amor sin edad, que no puede competir con el amor nuevo que Silvia le daba. Es un amor sin prejuicios, es como bailar en una sala abarrotada una música inclasificable dejándose llevar sin importar lo que le parezca al resto. Ese amor no se genera en un mes, ni en un año; quizás, ni siquiera, en varios años. Es el resultado de compartir las dudas y las vergüenzas, de las peleas sin resolver, de los rencores enterrados con intención de salir a la luz y luego olvidados; es el resultado de una relación de muchos años y con demasiados baches, diría que incontables; yo, al menos, ya no llevo la cuenta.

Así que decido querer a Mario como hace tiempo que no le quería, y él se deja querer, y sanamos los dos. Funcionamos tan bien juntos que, por un momento, me resulta inexplicable no haber hallado esta fórmula antes. Es como si fuéramos dos piezas de un engranaje que, tras mucho apretar, engrasar y atornillar, por fin encajan. Ahora, de nuevo, somos invencibles ante el mundo.

—Vamos a la cama, Mario.

Soy yo. Eso lo he dicho yo. No sé qué me ha poseído, pero, de repente, he tenido una revelación, y ahora estar en la cama con mi marido me parece lo más natural. Aunque sea un día laborable, aunque en una hora escasa vaya a llegar la empleada del hogar, aunque ambos tengamos que trabajar y, de hecho, ya estemos llegando tarde a nuestros respectivos puestos de trabajo; yo, a la oficina, Mario, al banco; tenemos que irnos a la cama, tenemos que seguir queriéndonos. El mundo se está viniendo abajo; al menos, vamos a bailar una última vez.

Mario asiente, sin dudarlo. Deja en la entrada su abrigo, las llaves y la cartera y, lo que es más sorprendente, el móvil. Tiene un momento de duda, una tentación de cogerlo y llevárselo consigo, o de avisar en el trabajo de que va tarde inventándose una excusa; no lo sé, algo. Pero

no. Lo deja en la entrada. Echo una ojeada rápida a mi bolso, que está sobre la mesa del comedor, y recuerdo que allí tengo el mío, y me digo lo mismo que seguramente se dice Mario, y es que allí se va a quedar; ahora nada importa más que nosotros dos. Por fin, nosotros dos. Por fin, en el centro de nuestras preocupaciones; ahora somos de nuevo prioridad.

Mario me coge de la mano y subimos las escaleras del chalé hasta nuestra habitación. Nos tumbamos en la cama totalmente vestidos y, despacio, nos vamos desnudando el uno al otro. Somos algo torpes, como si se nos hubiera olvidado cómo se hacía esto. Mario no es capaz de desabrocharme los botones de la camisa y yo me río de sus dedos rechonchos. Yo no alcanzo a bajarle los pantalones y él se ríe de mí por ser tan bajita. No nos cuesta besarnos y, así, nos alejamos y nos encontramos constantemente, y de verdad parece un baile, con su cadencia constante, sus idas y venidas, su ritmo preestablecido que se adapta a esa música invisible que nos guía.

Ya desnudos, Mario me toca y yo le toco a él, y no estoy pensando en nada, sólo observo mis sensaciones, y es placentero dejarse llevar, y no lo hago normalmente, pero hoy sí, hoy me dejo ir y le dejo a Mario hacer, y luego yo se lo hago a él mientras él se pierde en el paraíso nebuloso y cálido en que nos encontramos, y pienso que sí, que Emmanuel Carrère tiene razón en ese librito risueño y ligero que pensó escribir y que luego no fue tal, y es que el sexo es una forma de yoga.

CAPÍTULO 20

Lu

Cuando volví del colegio, mis padres ya se habían encargado de todo. Tenía cita para el médico de cabecera al día siguiente y había un plan de acción que dependía, en gran medida, de lo que yo quisiera hacer respecto de Gorka. Al parecer, sí que había algo malo en que estuviéramos juntos; de hecho, es que era ilegal. De ahí las reticencias de Gorka a que nos vieran juntos y su huida cobarde cuando le conté que me había quedado embarazada.

Aun así, yo no quería enfrentarme a Gorka. Todavía no se me había pasado del todo ese embrujo que le debía sólo a él, de sentirme adulta y madura y mujer, y le guardaba una cierta lealtad. Si no a él, al menos, a nuestra historia. No quería pensar que había sido mentira; para mí, al menos, fue cierta; yo le quise. Yo le quise. No podía decir ahora que me engañó y que se aprovechó de mí; era demasiado doloroso.

Cuando mi madre y yo fuimos al médico de cabecera, prácticamente sólo habló ella. La niña está embarazada, sí, sí, un desliz, quiere interrumpir el embarazo, creemos que está de poco tiempo, calculamos que dos meses a lo sumo, sí, ocho semanas como mucho, sí, una tontería de críos, ya sabe usted, con un compañero de clase, claro, con quién va a ser, en fin, vamos a aprender de esto, vamos a tener una buena conversación con ella, claro que sí, esto no puede volver a pasar. Yo me limité a poner cara de niña buena y a fingirme compungida. Me di cuenta de que el médico de cabecera, un hombre al que conocía desde pequeña, que me había evaluado en las revisiones pediátricas anuales y sabía cómo era cada centímetro de mi cuerpo, lo miraba ahora de reojo como si fuera un artefacto desconocido y peligroso, esperando a que lo toquen para estallar. Noté que se sentía incómodo en mi presencia y, al salir de allí con una cita derivándonos a una clínica de Interrupción Voluntaria del Embarazo acreditada (y privada, porque en la Seguridad Social no les gusta hacer esas cosas, matar bebés, qué horror, eso que lo hagan otros, los que lo harían por dinero), le pedí a mi madre no volver a verlo más. Ella estuvo de acuerdo conmigo, «nos ha mirado como si no valiéramos nada», recuerdo que dijo, y fue al mostrador de administración y pidió el cambio de médico de cabecera en ese instante.

Recuerdo mirar a mi madre mientras hacía ese cambio burocrático, tan cordial y educada como siempre, impasible ante todo, me parecía a mí, y pensar que no habría podido hacer esto sola. No habría podido decir las palabras necesarias, «estoy embarazada, quiero interrumpir el embarazo»; no habría podido contestar a las preguntas, «sí, una tontería, no va a volver a pasar»; no habría podido mantener las formas, sonrisa de compromiso, mirada cálida, la dosis suficiente de arrepentimiento sin parecer del todo culpable. Mi madre, en cambio, estaba haciendo el papel de su vida.

Sé que interpretaba un papel y que no se sentía así de verdad porque, cuando nos metimos ese día en el coche para ir directas a la clínica IVE, ella conduciendo y yo en el asiento del copiloto, vi de reojo que se le saltaban las lágrimas.

—Mamá, ¿estás bien? —recuerdo haberle preguntado.

—Sí, cariño. —Pensó si continuar o no hablando, pero lo hizo—. Esto es muy duro. Ni me imagino cómo tiene que ser para ti. Pero me alegro de estar aquí contigo.

—No es tan duro porque estás tú, mamá. Gracias. Lo siento.

Todo junto. Te quiero-gracias-lo siento. Todo eso siento por ti, mamá. Qué desgracia que te

haya pasado esto a ti, no te lo merecías. Créeme que, si me siento mal por alguien, es por papá y por ti, no por mí, yo me lo merezco, me lo he buscado, ¿cómo he sido tan tonta de caer así? Pero vosotros, vosotros no os lo merecéis, en absoluto.

—De nada, cariño. —Extendió su mano sobre mi muslo y me hizo una caricia. Le cogí la mano y se la apreté.

—Todo el mundo nos mira mal cuando se entera, mamá. Lo siento. No deberían mirarte así, no es tu culpa. —Sollocé, muy a mi pesar.

—No deberían mirarnos mal a ninguna de las dos, Lu. No deberían juzgarnos.

—Bueno, da igual. Lo estás haciendo muy bien, yo creo que no podría mantener las formas. Me dan ganas de llorar o de gritar, o quizás las dos cosas. —Me sequé las lágrimas con la mano y traté de sonreír, aunque sólo mostré una mueca informe.

—A lo mejor no lo estoy haciendo bien, Lu. A lo mejor deberíamos llorar y gritar, y mandar a la mierda a todos los que nos miran con esa condescendencia. A lo mejor esto no te lo he enseñado bien, no lo sé, es como me lo enseñaron a mí. No lo había pensado antes. ¿Por qué hay que mantener las formas? ¿Por qué tenemos que sonreír y bajar la cabeza como si estuviéramos pidiendo perdón? Quizás no tendríamos que hacerlo. No lo sé, cariño. No lo sé.

Miré a mi madre con los ojos nuevos que me había dado su confesión y pensé que a lo mejor ella también estaba perdida; no tanto como yo, eso nunca, pero un poco, también. Quizás ella tampoco sabe qué hacer en todo momento, quizás aunque una llegue a ser adulta, nunca lo sabe del todo.

En la clínica IVE fueron mucho más amables. Al fin y al cabo, se deshacían de bebés (interrumpían embarazos) todos los días. Me hicieron pasar a una consulta y tumbarme en una camilla. Me descubrieron el abdomen, pusieron en él un gel frío y viscoso y me hicieron una ecografía. Sólo la chica con la bata de sanitaria, que no sé si era médico o enfermera o técnico de algún tipo o cuál era su cualificación para dedicarse a esto, vio las imágenes que salían en el ordenador. Yo, por si acaso, miré hacia otro lado. No quería ver al bebé que iba a matar, a mi bebé con Gorka, yo aún quería a Gorka, podía eventualmente acabar queriendo a ese bebé. No necesitaría mucho, no; quizás adivinarle la carita, o verle una mano (¿tendría ya forma de bebé?) o escucharle el corazón (¿le latiría ya el corazón?). No podía arriesgarme a quererlo.

Mi madre, en cambio, pidió asomarse. Creo que quería cerciorarse de que era verdad, que yo estaba embarazada, que no era un mero retraso de la regla, que el problema era realmente esa bola grande y enmarañada que habíamos creado. La vi llevarse la mano a la boca para ocultar su gesto, y sé que lo que allí escondía era una mueca de dolor y tristeza. Por mí. O por el bebé. O por ambos. ¿Habría visto ella si lo que se formaba en mi tripa tenía forma humana? ¿Sería capaz de olvidarlo?

La chica con bata de sanitaria calculó, según mi fecha de última regla y el estado del feto en la ecografía, que estaría de unas ocho semanas (en el embarazo todo se cuenta en semanas y no en meses, porque en realidad dura cuarenta semanas y no nueve meses; cosas que una aprende en un momento así), así que propuso un aborto quirúrgico. Mi madre hizo preguntas. En qué consistía eso, qué consecuencias tenía, qué otras alternativas había. La chica fue muy amable y se lo explicó todo. Utilizó un lenguaje bastante técnico que estimo que iba dirigido a que yo no entendiera bien lo que estaba diciendo, quizás porque pensó que sería mejor no saberlo, pero recuerdo que dijo que iban a utilizar un método con un nombre anglosajón o alemán que no recuerdo y que tenía algo que ver con la aspiración. Me iban a dar anestesia local o sedación, ya verían, iban a dilatar la vagina y me iban a sacar al bebé succionando. Luego iban a rasparme las paredes del útero para que no quedara ni rastro del bebé.

Me lo iban a quitar, como yo quería. De tanto desearlo, lo había conseguido. Me lo iban a quitar, succionándolo con una máquina y luego raspándome por dentro para asegurarse de que no quedaba nada. Una tarea mecánica, concienzuda, como quien limpia en profundidad el horno, eliminando cualquier resto de grasa. Y, aunque es lo que quería, sentí frío y me estremecí. No era la temperatura de la clínica, eso lo tengo claro. Eran el miedo y la culpa.

La chica con bata de sanitaria me retiró el gel del abdomen y salió de la consulta. Dijo que nos esperaría en recepción, donde iría concertando la cita para la intervención. Cuando se marchó, traté de incorporarme de la camilla y perdí el equilibrio; casi me caigo al suelo. Casi lo habría preferido; ojalá caerme y hacerme daño y perder al bebé como sin querer, como sin ser responsable de ello. Pero no, no pasó así, y por lo que luego leí, no es tan fácil perderlo. Se agarra al cuerpo de la madre como si le fuera la vida en ello; espera, es que le va la vida en ello.

La única opción es desalojarlo a la fuerza. Tienen que quitármelo.

Mi madre también estaba turbada por la situación y por las explicaciones que le habían dado en torno a la intervención, así que esa vez no jugó la baza de madre comprensiva ni estuvo pendiente de mis sentimientos. Cabizbaja y pensativa, cumplió con corrección sus funciones (concertar la cita para la intervención, preguntar si era necesario respetar alguna pauta previa, despedirse y dar las gracias; gracias, gracias, gracias por quitarle a mi niña su bebé), salvo la de comprobar cómo me sentía yo al respecto. Imagino que no tuvo valor de enfrentarse a ello, porque bastante tenía por aquel entonces con evaluar sus propios sentimientos.

Luego, volvimos a casa. Perdí un día de clase y lo justificamos alegando malestar general; una gripe, un inicio de resfriado, este tiempo tan inestable, ya se sabe.

Ahora es la tarde de ese día perdido, en el que todo va a cambiar porque mi bebé, que no es del todo tal cosa ni es del todo mío sino que también es de Gorka aunque él no lo quiera, no va a nacer. Se lo va a tragar una máquina aspiradora. Trato de no pensar en los pormenores de la intervención y me alegro de que la chica con bata de sanitaria utilizara un lenguaje técnico que me resultó prácticamente incomprensible, porque lo cierto es que prefiero no saber cómo va a acabar todo esto. Me gusta pensar que el bebé ahora está aquí y que, este viernes, ya no estará en ningún sitio. O, bueno, en el cielo.

No soy muy creyente, o quizás lo sea pero nunca lo he pensado del todo, sí que me criaron como tal, en fin, no lo sé, pero me tranquiliza pensar que a mi bebé, aunque no lo quiera Gorka ni yo desee tenerlo, aunque sí lo quiera un poco, un germen de lo que es querer, lo querrá Dios y tendrá su alma consigo. Aunque he pecado, ¿no? Voy a matar a mi bebé. ¿Cómo va a quererlo y acogerlo en su seno? Pues no lo sé, pero me digo que es así, seguro que es así. Dios no rechaza a nadie. Ni siquiera a mí.

Necesito pensar que hay redención.

Mis padres, que están teniendo una conversación a puerta cerrada en su habitación, salen de allí, dando a entender que han terminado. Bajan las escaleras del chalé hasta la primera planta y vienen a buscarme a mi habitación. Mi padre, con gesto decidido; mi madre, con la cara parcheada de rojeces por haber llorado. Me dicen que quieren hablar conmigo y nos dirigimos a las escaleras que bajan hacia la planta baja, donde está el salón. Mi padre hace un alto en el camino antes de bajar, entra a la habitación de Mario y le pide lo mismo que momentos antes me ha pedido a mí. Vaya, parece que va a ser una conversación de familia, mi hermano se va a enterar de todo. Contraigo el gesto y no digo nada. Bajamos las escaleras y, en el salón, todos nos sentamos. Mis padres, en un sofá; nosotros, en el otro. Habla mi padre.

—Mario, queríamos hablar los cuatro porque hay algo importante que le ha pasado a Luisa que tenemos que contarte, aunque a lo mejor ya te has enterado o lo intuyes, no lo sé. Se ha

quedado embarazada de su novio y no quiere tener al bebé, así que mamá la ha llevado al médico y va a interrumpir el embarazo. Es una intervención sencilla, sin riesgos, pero es posible que se sienta un poco mareada durante unos días, así que vamos a hacerla este viernes, para que pase el fin de semana tranquila en casa y luego pueda incorporarse al colegio el lunes con normalidad.

Mi padre se detiene, y no sé si pretende hacerlo así o es que no sabe cómo continuar. Yo, desde luego, no sabía que íbamos a tener esta conversación así, a cuatro, con mi hermano Mario, que seguro que ya no me mira igual, cómo va a hacerlo, cómo me va a perdonar, cómo me va a mantener el respeto. Soy una zorra; ya se lo dijeron, ahora lo confirma, ahora ya lo sabe sin ninguna duda; soy una zorra.

—Ya lo sabía —dice mi hermano, con voz ronca, casi en un susurro, como si hubiera tratado de hablar y no encontrara su voz. Me da por imaginar que es una respuesta a mis propios pensamientos, que me está confirmando lo que más temo, y es que sí, ya lo sabía, que mi hermana era una zorra, y no lo que verdaderamente está contestando, y es que sí, ya lo sabía, que mi hermana está embarazada. Carraspea y continúa—: Os escuché el otro día hablando en el baño.

Se instala un silencio denso entre nosotros y nadie sabe muy bien qué rumbo dar a la conversación. Mi hermano dirige su mirada hacia mí pero no tengo valor de mirarle. Modifica la posición de su cuerpo para encararme con todo él y, aun así, no me siento capaz de reaccionar.

—¿Estás asustada, Lu? —pregunta mi hermano.

Le miro. Ahora sí le miro. Tengo los ojos acuosos pero él no, él me mira con entereza, con esos ojos impasibles, decididos y empáticos. Los de mi madre.

—Sí.

Lloro. Como una niña pequeña, que es lo que soy, porque lo de ser adulta y madura y mujer es una farsa, un hechizo que me ha salido mal, una máscara que se me ha caído de la cara y que nunca ha aguantado ahí más que en un precario equilibrio que todos sabían que iba a quebrarse más pronto que tarde. Mi hermano no lo duda y me abraza.

—Tiene que dar un poco de miedo. Pero yo te quiero mucho, hermanita.

Le abrazo y lloro en su hombro, y es tan raro que sea mi hermano pequeño el que me consuele cuando debería ser al revés. Yo soy la mayor, la que debe cuidarle, la que le cogía la mano para cruzar la calle cuando era pequeño, la que le quitaba el champú que le quedaba en el pelo cuando él no sabía muy bien cómo hacerlo, la que terminaba sus deberes de matemáticas en el coche camino al cole para que no le pusieran una falta. Y mi hermano pequeño, que siempre ha sido eso y nada más, el pequeño, del que nadie esperaba nada porque siempre ha crecido a remolque de mí, a mi sombra o a mi lado, no lo sé, pero que siempre ha tenido que luchar por su hueco, ahora emerge como un hombre, y es un hombre bueno, qué bonita sorpresa, es un hombre como mi padre, no como Gorka, no como el resto; como mi padre.

Ojalá pudiera aseverar que del buen ejemplo germina también la bondad, pero no lo sé, porque mi madre no tiene culpa de que yo le haya salido tan zorra, tan tonta, tan inútil de quedarme embarazada del primer tío que ha querido jugar conmigo.

Mis padres permanecen observándonos unos segundos y creo que ellos también están sorprendidos de conocer por fin a mi hermano Mario, este chico que ha crecido con nosotros un poco por casualidad, por darme un hermano, por tener una familia de cuatro, que es lo que quiere todo el mundo, dos hijos, niño y niña, familia perfecta de un post de Instagram.

Después, mi madre se sienta a nuestro lado en el sofá y nos abraza. Está más en contacto con Mario, que es a quien tiene a su lado, pero me acaricia el pelo y me siento en comunión con ella. Luego, mi padre se sienta a mi lado y nos abraza a todos también, y me aplasta un poco,

pero me gusta porque es mi padre, me gusta desde las guerras de cosquillas de antes de dormir hasta cuando me recoge tras una salida con mis amigas, aunque me queje, porque me gusta que me quiera, que me quiera y que me achuche y que me avergüence y que sea un padre, porque es mi padre, el mejor, como mi madre es la mejor y mi hermano el complemento a nuestra familia que no sabía que necesitábamos tanto, y estamos allí todos en el sofá, abrazados, aplastados, casi no puedo respirar, mi hermano Mario tampoco, pero no queremos soltarnos, porque lo que viene después no es tan bonito ni tan cálido y en eso estaremos solos, aunque espera, no lo estaremos.

Somos una familia. Nunca estaremos solos.

CAPÍTULO 21

Luisa

Es posible que la última semana haya contenido los momentos más duros de toda mi vida; y si no son los más duros, desde luego están luchando por hacerse un hueco en el podio.

Cuando Lu me dijo que estaba embarazada, entré en una especie de estado de alerta en el que mis sentidos parecieron despertarse y ser capaces de percibir hasta los más mínimos estímulos. Recuerdo sentirme ingrávida y flotar; recuerdo el frío y áspero tacto del suelo de baldosas del baño bajo las yemas de mis dedos; recuerdo ser capaz de escuchar el vacío que envolvía nuestra conversación, que era espeso y omnipresente como el canto de un grillo y nos envolvía y a la vez nos aplastaba con su compacta densidad. Miraba fijamente a mi hija, pero por mi retina pasaban imágenes de vidas pasadas; cuando Lu nació y la tuve en brazos por primera vez en el hospital; cuando se puso tan enferma, con sólo dos meses, y su padre la paseaba por la casa en brazos mirándola con arrobo; cuando lloraba, de niña, porque le había negado algo y yo me mantenía firme en la negativa porque tenía que educarla; cuando la dejo en el colegio y me sonríe al despedirse; cuando viene a darnos el beso de buenas noches. Vi un carrusel de fotografías que era fiel resumen de nuestra vida juntas. Dicen que eso pasa cuando te mueres. ¿Me morí en ese momento? Seguramente, parte de mí lo hizo. Al menos, la que aún pensaba que Lu era sólo una niña.

Organizar la interrupción de su embarazo ha sido un castigo. Las llamadas, las consultas, las preguntas y las respuestas, ser objeto de miradas ajenas, ser juzgadas, asentir y callar, parecer arrepentidas, asumir que somos culpables. Reaccioné como se esperaba de mí, pero tuve la tentación de arremeter contra todos; cuanto menos, contra Gorka. Surgió en mí esa llama que consumía a Mario, la necesidad de venganza y la ira, el impulso de descargar toda esta frustración sobre otra persona; en quién, mejor que en Gorka. Pero mi Lu no quería. Sabe que él se ha portado mal, pero aún le quiere; es evidente. Por eso no quiere denunciarle, por eso no quiso asegurarse de que llevaba a su bebé en la tripa mirando la pantalla del ecógrafo.

Yo sí que miré. Era un bebé. Pensé que no, lo cierto es que no recordaba cómo era un feto de ocho semanas, pero tiene forma de bebé. Cabecita, manitas, piernas. Luego leí que, en esa semana de desarrollo, se empiezan a formar la nariz y el labio superior, e incluso las orejas. No le escuché el corazón, pero vi el indicador de los latidos en la pantalla del ecógrafo. Una línea negra que, a intervalos regulares, se coloreaba de amarillo, naranja y rojo. Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum. A toda velocidad, como es la frecuencia cardíaca de los bebés. Luchando por vivir. Una vida que nosotras le vamos a arrebatar.

Traté de no parecer turbada, pero Lu lo supo. No dijo nada. Me pregunto si nos estaremos diciendo más cosas con los silencios que con las palabras, y me respondo que, posiblemente, sea así.

Ya sólo estamos a la espera de que llegue el viernes para que todo sea definitivo.

Me lo digo cada día, desde entonces. Queda un día menos. Queda un día menos. Hoy, también, queda un día menos. Es mañana.

Pretendiendo mantener la normalidad hasta el final, los niños han estado yendo al colegio y Mario y yo a nuestros respectivos trabajos.

No sé por qué hemos querido fingir que todo va bien, cuando no es cierto. No quiero fingir

más. No quiero ser la mujer correcta y discreta que sonríe, pese a todo, y que cumple sus funciones a la perfección, suceda lo que suceda. Estoy triste, dolida, enfadada y desbordada. Me estoy comportando como una verdadera zorra en el trabajo.

Rubén se ha acercado a mí un par de veces para tantear la situación. Piensa que estoy preocupada porque en la oficina hablan de Ígor y de mí, de si tenemos algo. Al parecer, alguien nos vio irnos juntos hace ya dos o tres semanas, no recuerdo la fecha, en su coche. No sé qué podría haber de sospechoso en ello, si trabajamos juntos, no es la primera vez que me lleva en coche, aunque es cierto que dejé el mío en el aparcamiento de la oficina, quizás sí sea sospechoso, quizás es que no estamos teniendo cuidado. La verdad es que no pienso mucho en eso. Me importa tan poco en este momento.

—Yo sé que no tenéis nada, no dejo de decirlo. Tú no eres así. —Rubén, frente a mí en mi despacho, habla más para sí mismo que en conversación conmigo. Yo intento ser educada, pero no le estoy prestando mucha atención, porque tengo mucho trabajo y varias preocupaciones en mi cabeza, y ninguna de ellas tiene que ver con lo que la gente piense de lo que tengo con Ígor —. Pero ya sabes, la gente, es muy cotilla.

—Bueno, da igual, Rubén. Ya se les pasará.

—No me gusta que hablen mal de ti, que pongan en duda… la mujer que eres.

Alzo la mirada, porque sé lo que se oculta en esa frase. Que si me tiro a Ígor soy una zorra y si no lo hago soy una esposa ejemplar. Me molesta esa asociación de ideas. Me molesta que Rubén la insinúe y que se crea con el derecho o la obligación moral de defenderme. Me molesta todo, de principio a fin. La rabia empieza a burbujear en mi estómago y no sé cuánto tiempo voy a poder retenerla.

—¿Y qué mujer soy, Rubén?

—¿Cómo?

—Eso. Lo que digo. ¿Qué mujer soy?

—Bueno, no sé… Me refiero a que tú nunca le serías infiel a tu marido. Nunca te liarías con tu jefe.

Me mira, pero duda. Porque por eso viene casi diariamente a comentarme lo que la gente habla, no porque quiera realmente liberarme de esos problemas (si no, no me los contaría), sino porque quiere saber la verdad. Si yo soy ésa, la que hace esas cosas. Parte de mí piensa que Rubén quiere saberlo, además, para averiguar si eso le hace hueco en mi vida. ¿Te tiras a Ígor, Luisa? ¿Follarías conmigo también?

Ya se sabe, si una abre la veda, al parecer ya hay para todos.

—Tengo que trabajar, Rubén. Márchate, por favor.

Lo digo como Ígor, como alguien que manda, como mi nueva yo. No me ha costado nada aprender esto. Una vez lo dije la primera vez, ya sólo tengo que repetirlo. Con cada nuevo desplante, además, aprovecho para mejorar la técnica. El tono, autoritario y condescendiente; el gesto, serio y sosegado; el porte, elegante e imperioso. Es un ritual que se refuerza con cada repetición.

Así soy yo ahora. La que impone las reglas, se tira a su jefe, le miente a su marido y lleva a abortar a su hija. Quién me lo iba a decir.

Con Ígor las cosas no van mucho mejor. Creo que quiere volver a acostarse conmigo. Empezó como comienzan los hombres el cortejo, con gestos bonitos y regalos innecesarios. Al día siguiente de pasar la noche juntos, quiso invitarme a desayunar, a pesar de que él nunca desayuna en la oficina. Me negué, alegando una acumulación de trabajo que no podía descuidar, y lo asumió, pero al día siguiente me encontré una cajita de croissants y un café para llevar sobre

la mesa de mi despacho. Al otro día, una invitación para comer. Al día siguiente, Ígor se ofreció a llevarme a casa, aunque sabe que siempre vengo en coche y no me hace falta que lo haga. Para cuando llegó el momento en que Lu me dijo que estaba embarazada, la insistencia de Ígor ya se había transformado en acoso. Cordial y respetuoso, sí, pero que superaba todos los límites socialmente asumibles. Ígor me perseguía, invasivo, y mi lista de excusas educadas y afectuosas se estaba agotando.

Hoy, Ígor tiene un nuevo plan para nosotros, y yo sólo puedo pensar que ojalá vuelva a reencontrarse con Carmen, en esas idas y venidas que reconoció que tenían. Que vuelva a su chalé en Neguri y deje su piso de soltero en las Isozaki. Que vuelva con su mujer y deje de pensar en mí.

—Luisa, tenemos que reunirnos con Curro. Invirtió en el fondo aquél que le desaconsejamos y ve que está perdiendo la inversión; está nervioso. No me veo capaz de calmarlo por teléfono. Comemos con él a las dos. Vamos en mi coche.

Asiento con la cabeza, aunque no me ve porque me lo ha dicho por teléfono, llamando desde su despacho hasta el mío. Constato lo absurdo de mi gesto y le contesto.

—Vale. Pásame a buscar cuando vayas a bajar al garaje, por favor.

Ígor cuelga y yo me pregunto si de verdad es preciso reunirse con Curro (¿cuál es el objetivo de la reunión? ¿Evitar que se ponga histérico? ¿Eso entra dentro de mis funciones laborales?), si yo tengo que ir (Curro sigue siendo cliente de Ígor, no mío), si esto no será otra encerrona de las de Ígor (¿cancelará Curro la reunión en el último momento?), si no pretenderá, en fin, que nos quedemos solos, que volvamos a alcanzar ese estado de intimidad tan placentero, que nos acostemos juntos una vez más.

A veces pienso que debería ceder. A mí también me gustó acostarme con Ígor, lo recuerdo con cariño. Funcionamos bien en la cama, es como en el trabajo; yo intuyo lo que él quiere y me adapto a ello. Sorprendentemente, en la cama, al contrario que en el trabajo, Ígor está pendiente de lo que necesito y, aunque torpemente porque no está acostumbrado, trata de dármelo. No es como acostarse con alguien a quien no conoces; al contrario. Es como acostarse con un viejo conocido. Aunque nunca os hayáis visto antes en esa situación, todo os resulta familiar.

Pero no me apetece acostarme con Ígor, no hay más. Tampoco me apetece acostarme con Mario, es que no me apetece hacerlo con nadie. Estoy tan preocupada y dolida por el embarazo de Lu, que extiendo mi enfado con Gorka a todos los hombres, porque todos son iguales. Los miro y me digo, tú podrías haberme hecho lo mismo. Tú y tú y tú también, todos sois Gorka, aunque vayáis camuflados.

Dan la una y media e Ígor pasa a buscarme. Es muy pronto, salvo que pretenda ir a comer a algún sitio fuera de Bilbao.

—¿Estás lista? —pregunta.

—Dame un segundo —contesto.

Me afano en terminar de redactar un párrafo del documento en el que estoy trabajando y luego lo guardo y apago el ordenador. Coloco los papeles que tengo sobre mi mesa en un par de montones, como siempre, por orden de prioridad en su examen, y termino de recoger mis cosas. Cojo el bolso y el abrigo. Voy hasta la puerta de mi despacho, donde Ígor me espera, de pie, observándome.

—¿Dónde vamos? —pregunto.

—Asador Etxebarri.

Inclino la cabeza y resoplo.

—¿Eso lo paga Curro o la empresa?

—Lo pago yo. No hay problema, no te preocupes.

Aquí hay gato encerrado, pienso. Si paga Ígor, es que el gasto no es justificable. Y si no lo es, es que esto no es una comida de trabajo con un cliente; al menos, no es sólo eso. Ígor quiere comer conmigo (me parece que Curro es una excusa) y ha elegido el lugar más exclusivo y lejano que se le ha ocurrido. Me gustaría preguntar cómo ha conseguido mesa en un lugar que sólo permite acudir con reserva previa y éstas se conciertan con meses de antelación, pero prefiero no decir nada. No quiero ponerme de mal humor. Ígor tenía un plan y yo he caído en su trampa como una tonta, así que mejor encararlo de la mejor manera posible.

Nos dirigimos desde mi despacho, por las oficinas, hasta el ascensor de la torre, y veo que todos nos miran de reojo. Nos evalúan. «¿Estarán juntos de verdad?», sé que piensan. «Mira, él le ha pasado la mano por la cintura», dirá uno. «A ella se la nota tensa», apreciará otro. «Éstos han follado», concluirá un tercero, más directo que el resto.

Bajamos hasta el garaje y me subo al coche de Ígor, ese deportivo azul que ya conozco de la vez anterior. El viaje dura algo más de media hora y, por un momento, creo que se me va a hacer largo, porque estoy preocupada y enfadada con los hombres y además, ahora, especialmente molesta con Ígor. Pero empieza a hablarme, rompiendo el hielo con conversaciones intrascendentes, y consigue superar esa barrera que yo había levantado contra él.

Llegamos a Axpe, municipio de escasos mil quinientos habitantes repartidos entre una zona industrial más concentrada y muchos y muy dispersos caseríos esparcidos por el resto de su extensión geográfica. En la plaza de San Juan, en un caserío similar al resto, está el asador donde vamos a comer. A su retaguardia, una explanada que sirve de aparcamiento. Aparcamos junto a otro coche de alta gama que no sé identificar y sé, por la actitud de Ígor al verlo, que es el de Curro.

Cuando entramos al restaurante, Curro ya está sentado en nuestra mesa. Nos han situado en la planta de arriba, mesa para cuatro comensales, y me doy cuenta de que Curro no está solo. Viene con una chica joven, quizás demasiado joven para todo. ¿Es su hija? ¿Curro tiene hijos? Miro a Ígor, extrañada. Él niega con la cabeza.

—Qué poca cabeza tiene —comenta, y sigo sin saber a qué se refiere.

Subimos las escaleras hasta el comedor donde se encuentra nuestra mesa y saludamos a Curro y a su acompañante. Él abraza a Ígor efusivamente, ya se sabe, relación de confianza y de muchos años de duración, así que abrazo sonoro, palmaditas en la espalda, alguna que otra broma fuera de lugar que sólo ellos entienden, y después, Curro me saluda a mí, los dos besos de rigor, pero luego deja su mano suspendida en mi cintura y la traslada a mi cadera y me mira imprimiendo una profundidad desconocida a sus ojos oscuros, como si supiera algo que yo no sé, como si quisiera confirmarlo a través de esa mirada.

¿Me está evaluando? ¿Valorando y cuantificando, como si yo estuviera a la venta? No me gusta nada esta sensación.

Saludo a la acompañante de Curro, que no puede ser su hija, seguro que no, porque él acaba de darle una palmadita en el culo para animarla a que me salude y porque lleva un vestido muy ceñido y demasiado corto, y unas sandalias más propias de una salida nocturna que de una comida en un asador tradicional vasco, y me digo que sí, que Ígor tiene razón, qué poca cabeza tiene este hombre. La niña (es una niña, no puede llamársele de otra manera) es encantadora y se cree una chica con suerte por estar con ese hombre, que tiene ese coche y esa ropa y que la trae a comer a este sitio, y que seguramente le ha comprado ese vestido y esos zapatos y hasta la sonrisa que lleva puesta en la cara. Me acuerdo de mi Lu, tan impresionable como esta chica a la que ahora saludo, y me dan ganas de llorar. No puedo mirarla.

Nos sentamos a comer y hay poco que elegir, porque Curro ya ha pedido lo que ha querido. «Comemos a la carta», dice. «No quiero saber nada de pescado, hoy sólo chuletón. Unos entrantes, y chuletón.» Pues nada, lo que diga Curro. El cliente siempre tiene la razón.

—Estoy jodido con el fondo ése de Dubái. Qué cabrones, cómo nos mintieron, ¿eh, Ígor?

Ígor extiende ambos brazos, como haciendo un gesto interrogativo y, a la vez, como echando balones fuera. No se me escapa que aprovecha el gesto para deslizar su brazo por detrás de mi espalda y apoyarlo sobre el respaldo de mi silla.

—Ellos tenían que venderlo, podían decir lo que quisieran. Nosotros teníamos que haber sido más listos, Curro. Ya te dije que los números que había hecho Luisa no eran favorables.

—Sí, sí, los números, es verdad, me lo dijiste… —Curro manotea como para quitarse de encima una sensación desagradable. Le pone una mano en el muslo a la niña que lo acompaña, Valentina, y ella le sonríe automáticamente—. Los números, niña, son lo único importante para esta gente. Yo me guío más por la intuición, ¿sabes?

Ella no lo sabe, qué va, no tiene ni idea de lo que habla Curro, y aunque lo supiera no lo cuestionaría, pero asiente y sonríe; porque para eso le pagan. No le pagan, espero que se me entienda bien, lo que le pagan es la ropa, los zapatos, la comida, el viaje en coche, la actitud ante la vida. Ella lo sabe bien y cumple con su papel. No la critico; todos desempeñamos un papel, porque ya me dirás si yo no estoy aquí cumpliendo con el mío (aguantar a Curro, minimizar los daños de su gestión, apoyar a Ígor, lograr un buen resultado para la empresa); lo único es que el de Valentina es más ventajoso y al resto le da envidia. Así que, si tiene suerte, seguirá con Curro o con otro hombre de similar estatus socioeconómico y llegará a ser su mujer, y si no la tiene, la tacharán de zorra y vagará de uno a otro hasta quedarse con el que decida retenerla.

Valentina está jugando toda su vida a una sola carta, porque cuando una subasta su propia valía, el mundo sólo le concede una oportunidad.

—Francisco, aún podemos salir bien parados de esto. Tenemos que vender el fondo. Creo que podemos encontrar a algún inversor con un nivel de riesgo alto que quiera asumirlo, ¿lo miramos? —propongo.

Curro cabecea, disgustado.

—No sé, no sé… —Mira a Valentina—. Estoy harto de las inversiones razonables. Me aburro. —Se ríe. Ella ríe con él y le acaricia el brazo, cariñosa. Después Curro nos mira a nosotros y su rictus se endurece—. Me ha costado la misma vida llegar hasta aquí, Ígor lo sabe; salir casi de la nada, trabajar veinte horas al día, hacer lo mío y lo del resto, y ahora qué, ¿ahora qué?; estoy aquí en lo alto —mira por encima del hombro y luego por encima de nosotros, hacia el comedor de la planta baja; Ígor ríe ante su gesto—, y no sé si ha merecido la pena. Catalina me dejó… Los hijos están mal criados, ni eso pudo ella hacer bien, son unos mimados que sólo quieren dinero para coches, mujeres y drogas… No pueden continuar el negocio… Y yo sólo tengo esto, la empresa. Y me aburro con la empresa, ya no tengo esa ilusión… —Ígor asiente con la cabeza, animándole a continuar—, ese pellizco que sientes en el pecho, por lo que te levantas cada mañana y que es el motor de todo.

Curro e Ígor se miran fijamente unos segundos. Valentina y yo permanecemos calladas, sin querer romper ese vínculo en el que fluye una comunicación silenciosa que nos es ajena.

—Por eso no dejo de meter la pata. Me meto en inversiones arriesgadas y voy dando bandazos aquí y allá porque me falta el origen de todo. Y eso ya no lo voy a recuperar, ¿no?

Ígor chasquea la lengua, disgustado. Traslada su brazo de mi espalda a mi muslo y me lo acaricia, y no sé muy bien por qué, porque no es una indicación de que haga o diga algo, como ese gesto ha significado otras veces, sino una caricia, sin más. Me mira y siento que me está

diciendo muchas cosas, todas a la vez, la mayoría sin relación alguna con Curro o sus inversiones, y no sé desenmarañar ese huracán de sentimientos que quiere trasladarme, así que retiro la mirada y me centro en Curro, que mira hacia su mesa. Valentina tiene su mano sobre el muslo de él, como Ígor la mantiene en el mío, y lo mira con arrobo, y sé que no sabe qué hacer para animarlo aunque sea consciente de que ésa es precisamente su función esencial, la que hará que pueda ser su mujer y no sólo la niña a la que pasea por Bilbao en un coche de alta gama porque es muy mona y queda bien con todo.

Tengo que poner fin a esto.

—Francisco, escúchame —le digo, seria y sutilmente autoritaria. Como cuando uno de mis hijos se mete en un problema del que no sabe salir—. La empresa ha surgido prácticamente de la nada, como tú dices, y ha llegado a ser este mastodonte que es hoy gracias a ti. Y está en un estado de madurez, en el que no le hacen falta las decisiones arriesgadas e intuitivas, como bien dices, que te llevaron a hacerla crecer hasta este punto. Ahora mismo, sólo necesita mantenerse y, a lo sumo, ir adaptándose a los nuevos tiempos. Es un trabajo aburrido, en eso coincido contigo. —Curro asiente con la cabeza y me mira con atención. Quiere una respuesta a su problema y necesita que alguien se la dé—. Es un trabajo para que lo hagan otros, Francisco. A ti esto no se te da bien, porque no eres un gestor, eres un visionario. —Odio el halago excesivo, de titular de prensa pagado con fines promocionales, que de exacerbado que es suena falso aunque no lo sea; pero ahora es necesario. A Curro le han vuelto a brillar los ojos por un momento y sé que he acertado—. Llevar la empresa tal y como es ahora te está matando. Creo que tendrías que ceder la gestión a otra persona, una de confianza, curtida en la empresa, que sepas que tomará decisiones razonables, y que sea ella la que gestione todo este entramado que has montado. A ti, que te asignen un presupuesto importante, digamos que para innovación y desarrollo, o para diversificación, ya pensamos qué nombre le ponemos, y tú con eso vuelves a imaginar qué hacer partiendo de cero. Te libras de todo el papeleo que te abruma y no te deja pensar, y vuelves a divertirte con lo que te llena, que es esto que te digo, ver qué hay más allá, buscar la oportunidad de negocio.

Curro aún me mantiene la mirada unos segundos más y sé que lo está procesando. No es un inútil, aunque en los últimos años lo haya parecido, más bien al contrario; de veras es un visionario. Sé que está valorando la opción que le he dado; seguramente, está buscando mentalmente a la persona que lo sustituiría, calculando el presupuesto con el que le gustaría contar para sus inversiones, pensando en el equipo del que querría rodearse para empezar de nuevo. Y sé que he acertado porque, tras esos segundos iniciales de duda, me parece atisbar un destello en sus ojos y él, que ha trasladado su mirada a Ígor, me lo confirma, aunque de la manera más desagradable posible.

—Sí que valía la pena Luisa, ¿eh? Ya me lo dijiste, ya me lo dijiste, culpa mía —dice Curro.

Ígor me aprieta suavemente el muslo, como diciéndome «¿ves? Lo ha reconocido, por fin», aunque no me resulta placentero ni me siento halagada, y me entran ganas de girarme y decirle «¿ves lo que has hecho? Que él piense que lo que valgo te lo debo a ti, que es a ti a quien hay que agradecérselo», porque Curro no me ha mirado a los ojos y ha reconocido que merezco la pena, ni me ha mirado a los ojos y me ha dado las gracias, no; Curro ha mirado a Ígor y le ha dicho que sí, vale, bueno, tenías razón, ella merecía la pena. Te la has trabajado bien, Ígor, al final, no es sólo una mujer florero, esa secretaria que te servía como un perro fiel. Tiene valía por sí sola.

—Haremos eso. Necesito salir de aquí o voy a quemarlo todo —concluye Curro—. Creo

que sé quién puede hacerse cargo de la empresa: Ignacio. —Mira a Ígor y alza la barbilla, incitándole a expresar su opinión.

—Sí. Lo veo bien. Es el perfil que buscamos.

—Sí, yo también —se ratifica Curro—. Y lo del presupuesto para mis inversiones, ya lo hablamos, que no va a ser esto una reunión de trabajo. Paga Ígor, ¿no? Eso es que hay algo que celebrar. Que dejo de ser el mandamás de la empresa, por ejemplo, o que vosotros dos… —Nos mira. Traslada su mirada de uno a otro. Ígor niega imperceptiblemente con la cabeza, frenándole. Lo veo de reojo hacerlo, aunque trato de permanecer impasible, porque de repente la situación es muy tensa, porque no sé qué insinúa Curro—, que habéis salvado la situación, vamos. —Ríe sonoramente.

Ígor alza la copa de vino para brindar y todos le secundamos. Apenas he comido entrantes y ahora, que traen el chuletón, tengo el estómago cerrado. ¿Qué iba a decir Curro de Ígor y de mí? ¿Qué le ha contado Ígor de nosotros? ¿Piensa él que somos algo más que compañeros de trabajo?

No sé muy bien cómo hacerle ver que no quiero volver a tener nada con él, pero tengo que hacerlo rápido, o seré suya por inercia, por las ataduras que está generando su actitud conmigo, por las habladurías que estamos permitiendo de los demás.

Y ser, soy sólo mía. A lo sumo, de Mario. Nunca de Ígor. No voy a salir de una cárcel para meterme en otra.

CAPÍTULO 22

Lu

La intervención para interrumpir el embarazo va a tener lugar hoy. Me he despertado varias veces a lo largo de la noche y en cada una de ellas me decía, ya es la hora, ¡ya es la hora!; pero miraba el reloj y constataba que aún era de madrugada. No habré dormido más de una hora seguida. Cuando por fin es hora de despertarse, tiene que venir mi madre a cerciorarse de que me levanto de la cama, porque estoy tan cansada que he debido de apagar en sueños el despertador.

—Luisa, cariño, hay que levantarse —dice mi madre.

Abro los ojos con dificultad porque los tengo plagados de legañas que los sellan, y a través de ellos miro a mi madre y busco su confirmación. ¿Lo soñé, o es cierto?

—Es hoy —digo, dudosa.

—Es hoy —contesta, y asiente con la cabeza, haciendo un mohín de desagrado con los labios.

Me incorporo en la cama y me quedo unos segundos pensando. Mi madre se va a terminar de recogerlo todo, como siempre. Mario viene a mi habitación, ya vestido para ir al colegio, y me abraza. «Te quiero, hermanita», me dice, y sé que es un te quiero que engloba todo lo demás, lo que no sabemos expresar, y me gusta que sea tan simple y tan sincero y que, a pesar de no decir nada, lo comunique todo.

Me pongo ropa de deporte porque me dijeron que lo más importante es que estuviera cómoda, no tanto para la intervención (ahí estaré desnuda de cintura para abajo) sino para el postoperatorio. Me avisaron de que, durante varios días, sangraré. Mi madre dijo: «como si tuviera la regla», aseverándolo, sin tono interrogativo. La chica con bata de sanitaria la contradijo, cariñosamente: «quizás un poco más, quizás tenga dolores de cólicos.» Vaya, encima me va a doler.

Voy a la entrada de casa y espero a mi madre. De pie, cogiéndome mis propias manos, tratando de mantener la calma. Mi padre, que está terminando de recoger la cocina, me ve y se acerca. Me abraza. Es tan alto y yo tan bajita que mi cabeza queda a la altura de su pecho, así que cuando me rodea con sus brazos trata de asegurarse de no aplastarme la cara y dejarme hueco para respirar, pero no me importaría no ser capaz de respirar, ni morirme, de verdad que no me importaría. No sé por qué querría vivir después de esto, de que un chico cualquiera me haya engañado, de haber empezado a engendrar un hijo al que no quiero, de haber decidido que tengo que librarme de él. ¿Cómo podré levantarme mañana y seguir siendo Lu, quince años, una chica normal?

Hoy es el funeral de mi bebé pero también es el mío. Lu, todo lo que pensabas que eras, descansa en paz.

Mi madre viene a la entrada y me urge para que nos vayamos. «Lu, vamos. Venga. Vamos a quitarnos esto ya.» Sé que se refiere a la intervención, al problema, a lo que no me deja dormir, pero la elección de palabras no es adecuada y parece que se refiere al bebé, vamos a quitarnos al bebé ya. Mi madre se da cuenta y chasquea la lengua, sacude la cabeza y termina por acariciarme la mejilla. Intuyo una disculpa. No se precisa; es mi madre, la que ha estado siempre conmigo y va a seguir estándolo incluso hoy, cuando haga lo innombrable. No tiene que disculparse por nada.

En el coche, las dos permanecemos calladas. El aire que nos rodea cae sobre nosotras como si pesara, compacto. La tensión nos asfixia. Siento un hormigueo en las piernas y las muevo para deshacerme de esa desagradable sensación. Sólo lo consigo a medias.

Afuera, llueve. No ese sirimiri aparentemente inocuo que parece que no, pero cala; sino lluvia fuerte, furiosa, de tormenta inesperada. Las gotas se estampan contra las ventanillas del coche estrepitosamente; tanto, que parece un bombardeo. El parabrisas funciona a toda velocidad, retirando unas para recibir otras. El suelo está lleno de charcos, y en las aceras, ríos de agua siguen el curso de la inclinación del terreno. Me parece que el cielo llora por mi bebé, que la naturaleza me castiga. Que Dios, arriba en lo alto, me mira con desagrado. Retiro la mirada.

Llegamos a la clínica. Aparcamos en las inmediaciones y mi madre coge un paraguas del coche y da la vuelta para acercarse al asiento del copiloto y recogerme. No puede evitar que me moje, porque salgo antes de que llegue hasta mí y la espero bajo la lluvia. Cuando me cubre con el paraguas, ya estoy totalmente empapada. Sienta bien. Es como un castigo.

En la clínica, nos saludan cordiales y nos hacen pasar inmediatamente a la sala donde tendrá lugar la intervención. La chica con bata de sanitaria se asegura de que todo esté bien: nosotras («¿quieres que te deje una toalla? ¡Te has empapado!»), la temperatura de la sala («¿tenéis frío? No se puede subir más»), lo necesario para la intervención (hay una camilla con estribos e instrumental médico que no sabría describir). Entra el médico, que saluda por educación, pero que deja patente que no quiere iniciar una charla distendida, y me pide que me desnude de cintura para abajo y me tumbe en la camilla, pies sobre los estribos.

Lo hago.

Es muy desagradable.

Me parece como si le estuviera exhibiendo al médico mi coño, y me da por pensar que no voy bien depilada y que quizás debí lavármelo esta mañana, antes de venir, pero luego pienso que qué más da, si me va a quitar a mi bebé y voy a estar sangrando una semana, o incluso más. Qué más da lo que piense este hombre de mi coño. Por qué querré siempre agradar a todo el mundo.

El médico no nos explica nada, qué nos va a explicar, él debe de hacer esto día sí y día también, seguramente tenga otras intervenciones iguales después de ésta. Sé que sólo viene a la clínica una vez a la semana; nos lo dijo la chica con bata de sanitaria al concertar la cita. Viene, se deshace de los bebés, y se va.

Pero no quiero ser cruel. Le agradezco mucho que se deshaga del mío. Es que estoy muy enfadada y no sé contra quién dirigir esta rabia que me come por dentro.

Siento unos pinchazos ahí abajo y me pongo tensa y me contraigo, y el médico me dice que tengo que estar relajada, y me entran ganas de escupirle porque a ver cómo vas a forzar la calma ante una situación así, pero me callo y me comporto, porque soy una niña buena. Una niña buena que se besa y folla con hombres y aborta a su hijo no nacido, a quién voy a engañar; al médico no, desde luego.

El médico dice que me ha puesto anestesia local, que no notaré gran cosa, pero que sí sentiré algo de dolor cuando comience la intervención. «Como la regla», me dice. Vaya, esto sí es como la regla, eso puedo soportarlo, me digo.

Maniobra en mi coño y creo que me está abriendo por dentro, pero no lo sé porque no quiero mirar y lo poco que siento es muy impreciso, y coloca algo que dice que es el tubo de succión, y eso lo sé porque lo dice en voz alta, aunque nadie se lo ha pedido, y luego se escucha un sonido fuerte, como de aspiradora industrial, y sé que ha comenzado.

Dura cinco minutos, más o menos. Eso nos dijeron.

En la práctica, dura una vida entera. Una vida de un bebé de ocho semanas, para ser exactos.

Aspira y aspira y sólo escucho ese sonido, que antes me resultaba relajante y que de ahora en adelante me parece que no podré volver a escuchar nunca más; no como si fuera inocuo o insignificante, cuanto menos; no sin asociarlo a la culpa y la muerte. Tengo frío y no sé si es la temperatura de la sala, que de verdad no se puede subir, como nos dijo la chica con bata de sanitaria; o que estoy empapada por la lluvia; o que la conciencia de lo que estoy haciendo me está calando por dentro. No sé si es una cosa u otra; probablemente, todas a la vez.

Siento un dolor desgarrador y no es como la regla, desde luego que no lo es, sólo un hombre podría hacer esa comparación tan simplista, debida, claro está, a que nunca ha tenido la regla y nunca ha parido ni lo hará. Es un dolor descomunal que lo envuelve todo, me ciega y me deja sorda y sólo puedo sentirlo como un bloqueo absoluto de mis sentidos, o como si éstos se vieran expuestos al mismo estímulo todos a la vez; el dolor lo es todo y nada se le escapa.

Quiero huir de esto. No está pasando. No me está pasando a mí.

Me da por acordarme de las veces que follé con Gorka sin quererlo del todo, cuando salía de mi cuerpo por unos instantes y me parecía mirarnos desde el techo, a Gorka y a mi cuerpo inerte, y me sentía orgullosa de ser capaz de disociarme así, de no sufrir.

Ahora mi cuerpo permanece inerte en esta camilla y quiero ser capaz de disociarme de él, como esas otras veces, pero no puedo. Mi alma está aquí, con mi bebé muerto, descuartizado, aspirado como si fuera polvo, eliminado como si fuera grasa, y no va a salir de mi cuerpo a mirarlo desde arriba como si no me perteneciera. Ésta es mi penitencia.

Las lágrimas corren por mis mejillas y, en la pesadilla profunda en que me encuentro, en la que no veo nada porque todo está nublado delante mismo de mis pupilas, no me doy cuenta. Sé que es así porque mi madre me seca las mejillas con su mano protectora y luego busca mi mano y me la aprieta.

El ruido del aspirador cesa y el médico retira el instrumental de mi vagina.

Ha terminado.

«Ya está», dice. Ya está, me repito.

—Tienes que permanecer en la clínica un par de horas, por si acaso. Luego te haremos una revisión a los quince días, para ver que todo está bien. No puedes tener relaciones sexuales con penetración hasta entonces.

Quiero asentir con la cabeza, pero no sé si he sido capaz de mandar esa orden a mi cerebro y creo que, más bien, la meneo en un gesto impreciso. El médico ni siquiera me ha mirado, así que mis esfuerzos, en cualquier caso, son en vano.

Me choca la prohibición de tener relaciones sexuales con penetración. ¿Quién querría hacerlo? Me acaban de quitar a mi bebé. No quiero follar, con penetración o sin ella, en mucho tiempo. Quizás, nunca. No, no. Follar, qué horror. Qué peligro. Qué riesgo, acabar otra vez aquí. Me invade un miedo mortal y no sé si será incapacitante, si podré decir, en el futuro, a cualquier chico, follar me da un miedo mortal, de verdad, es que no puedo hacerlo, entiéndelo. ¿Quién va a entenderlo? ¿Quién me va a querer, después de esto?

¿Cómo de jodida puedo llegar a estar? ¿Habrá más profundidad en este pozo en el que me he hundido, o por fin he tocado tierra?

Me llevan a una sala distinta para que me recupere. Pasamos cerca de media hora solas y, después, se nos van uniendo otras chicas. Las veo como borrosas, porque no soy capaz de desprenderme de esa nube densa que ahora copa mi mente. Durante las dos horas de rigor, mi madre no se separa de mi lado. Me abraza cuando cree que debe hacerlo y me deja a mi aire

cuando le parece que es lo que necesito. Cómo las madres saben esas cosas; es un misterio. No soy madre, no quiero serlo, no quiero pasar por esto nunca más; nunca lo sabré. El único amor infinito e incondicional que existe, que es éste que mi madre siente por mí, no me lo merezco. No se lo daré a otros, no se lo devolveré al mundo. Aquí se acaba todo.

La chica con bata de sanitaria se asoma a la sala de despertar y nos llama. «Luisa, ya te puedes marchar.» Mi madre me ayuda a levantarme. Me mareo un poco y me cuesta mantener la orientación vertical, pero todo mejora tras unos segundos, cuando empiezo a andar. Un paso, luego otro, luego otro, luego otro. Esto puedo hacerlo. Si me concentro mucho, incluso evita que piense en otra cosa. No quiero pensar.

Vamos hasta el coche y, de ahí, hasta casa. Me tumbo en mi cama. Mi madre me pregunta si quiero comer algo, debería hacerlo, fui a la intervención en ayunas, debo de tener hambre. No quiero nada, le digo. Nada. Nada. Es un nada que lo aúna todo. Nada de comer, nada de hablar, nada de sentir, no quiero nada. Ojalá yo misma pudiera convertirme en nada y desaparecer.

Mi madre me deja sola y entro en un duermevela inestable que es mitad realidad, mitad pesadilla. Sueño que el bebé sufre, roto en mil pedazos tras la intervención; que Dios no le deja ir al cielo, que no lo acoge, que me mira desde lo alto y que manda esos rayos y truenos que escucho a través de mi ventana, tormenta furiosa desatada contra mí; que el bebé y Dios me culpan, que todos en la calle y en casa y en el colegio me señalan con la mano; ésa es, miradla, la que se deshizo de su bebé. Sueño que Gorka viene a verme y me lo recrimina, cómo has podido hacerle esto a nuestro hijo. Me despierto sudorosa y agitada. Mi madre me toma la temperatura; tengo unas décimas. Me obliga a tomar Paracetamol. No consigue que trague nada más.

Pasan las horas, no sé cuántas porque todo está muy desdibujado y parece más bien una película que la propia realidad, y Clau viene a verme. Debe de ser por la tarde. La escucho, primero muy lejana y después, directamente en mi oído. La siento inclinada sobre mi cuerpo tumbado, hablándome. Trato de mirarla pero no la veo bien; no sé qué me pasa y me agobio un poco. «Ya no tengo al bebé, Clau», le digo. «Está muerto», le digo.

Clau debe de haberse ido y yo me he vuelto a quedar dormida, porque no recuerdo nada más. Me despierto diciéndome «todo va a ir bien, tranquila». O quizás sólo lo esté pensando, porque no soy consciente de estar moviendo los labios. Pero lo cierto es que escucho ese mantra en mi oído; lo estoy escuchando. ¿No soy yo?

Me siento bien. He descansado. Ya no veo niebla frente a mis ojos, sólo la pared desconchada de mi cuarto a la que estoy tan acostumbrada. Siento calidez en mi corazón, y cuando miro hacia mi pecho, veo la causa. Hay unas manos abrazándome. Unas manos que no son las mías, ni las de mi madre, ni las de mi padre; diría que tampoco las de mi hermano Mario, aunque sí son de un chico, porque son robustas y están algo ajadas, como de hacer deportes de contacto o ir a menudo al monte.

Por un momento, pienso que puedan ser de Gorka y siento terror. Es ese sentimiento el que me confirma que ya no le quiero, por fin; ¡ya no le quiero! No quiero saber nada más de él en toda vida, si es que eso es posible.

Me giro lentamente, sin saber qué esperar. La voz sigue susurrándome al oído que esté tranquila, que todo va a ir bien. Se detiene cuando constata que me estoy dando la vuelta para encararla. Acabo de girarme del todo. Le veo.

Es Álvaro.

Nos miramos unos segundos. Yo, sorprendida; él, preocupado. Creo que no sabe si será bien recibido, porque lo primero que hace es formular una excusa que nadie le ha pedido.

—Tu hermano Mario estaba preocupado por ti y me dijo lo que había pasado. Quise venir a

verte. Quería ayudar.

Sus ojos emiten destellos irregulares, expresando la incertidumbre de sus propios sentimientos. Me suplican que le deje estar a mi lado.

Álvaro. Al que traté como una zorra y dejé de lado, pero que era mi mejor amigo; ha vuelto cuando más le necesito. Otra persona a la que no me merezco. Lo que me merezco es que me abandonen todos, que me descuarticen como a mi bebé no nacido, que me suelten a la intemperie para que esta lluvia cruel me cale los huesos, me congele de frío y me traiga la muerte, y no una muerte dulce, no, la muerte despiadada que me llevará al limbo entre el cielo y el infierno, donde está mi hijo, al que aún siento a mi lado aunque ya no lo tenga conmigo.

—He matado a mi bebé.

Me sale con un hilillo de voz y no sé si Álvaro habrá podido escucharlo, porque creo que, desacostumbrada a hablar después de tantas horas de silencio, lo que he dicho han sido mitad palabras, mitad pensamiento. Él me abraza contra su pecho y hunde su cabeza en mi pelo. No dice nada. Sólo hablo yo. Después de tanto tiempo sin hablar, quizás es que sólo necesito hacerlo yo.

—Soy una tonta, Álvaro. Gorka me besó un día y me sentí tan adulta y… no sé, tan mayor, tan importante, que se me nubló el juicio, y sólo quería que me siguiera besando, pero él no quería sólo eso, claro, él quería que le hiciera de todo y que folláramos y yo pensé que podía hacerlo, porque tú y yo ya habíamos hecho cosas y, en fin, no me parecía para tanto, pero entonces me dijo que folláramos sin condón, porque no se sentía igual, y me negué, de verdad que lo hice, pero dijo que yo era una cría y pensé que iba a dejarme y me agobié un montón y le dejé hacérmelo así, y al principio sólo fue una vez, pero luego fueron más y no supe pararlo. Y me quedé embarazada y él no quiso saber nada, Álvaro. Y ahora he matado a mi bebé, y sé que tenía que hacerlo, es la decisión correcta, no podía tenerlo, pero me siento tan mal, como si lo hubiera matado yo. Y siento un vacío aquí dentro —me llevo la mano al pecho, me aprieto las costillas que rodean el corazón— que no me deja respirar. Y me doy tanta vergüenza. Que al final sí que soy una cría, y además una zorra, y he matado a mi bebé.

Rompo a llorar y Álvaro sólo me abraza muy fuerte contra su pecho. Le empapo la camiseta con lágrimas y mocos, pero no parece importarle. Respira contra mi pelo, me acaricia la base de la nuca y me besa la frente a intervalos regulares. No sé cuánto tiempo transcurre así, porque lo cierto es que no quiero que esto se acabe.

—Esto podía pasarle a cualquiera, Lu —dice Álvaro, y me siento tentada a rebatírselo, pero no me da tiempo a hacerlo porque, antes de que lo intente, vuelve a hablar—. Lo que pasa es que no todas las chicas son tan guapas e interesantes como para que un gilipollas mayor de edad se fije en ellas.

Se separa un poco de mí para mirarme a los ojos y sonríe. Me río, aunque, al estar llena de mocos y lágrimas, más bien es una mueca indistinguible. Le abrazo otra vez, hundiendo mi cabeza en su pecho.

—Te estoy llenando la camiseta de mocos.

—Lo sé. Es una mierda, porque ahora tenía una cita con una chica.

—¿Qué dices? —Me incorporo para sentarme en la cama. Me quito las lágrimas y los mocos de un manotazo—. ¡Lo siento! A lo mejor la podemos lavar en un momento —digo, compungida, examinando la camiseta más cerca para ver la entidad del desastre.

—No creo. Diría que la chica ya la ha visto. ¿Qué crees que pensará de mí?

Le miro, sin entender, y de repente entiendo. Le doy un manotazo en el pecho y me finjo enfadada. Esta vez no me cuesta hacerlo; me gusta, de hecho. Es un ritual que teníamos. Él me

hace una broma y yo caigo como una tonta, y luego simulo que estoy ofendida. Es como un juego, es como decir que nos queremos, pero sin enmarañarlo con palabras inútiles. Nos hace sentir bien.

—Creo que la chica estará agradecida de que estés con ella. —Sonrío—. ¡Aunque estés tan sucio! —Pongo cara de desagrado y, acto seguido, rompo a reír.

—¡Oye…!

Álvaro me atrapa en un abrazo y me vuelve a tumbar en la cama, y los dos nos reímos. Creo que lo hacemos muy fuerte y muy alto, y me sienta bien, es como liberar tensión, y el vacío que sentía en el pecho por haber perdido a mi bebé ya no es tan grande ni tan frío, ahora es pequeñito, como un pellizco, y cálido, como si me hiciera compañía, y Álvaro está tan cerca después de haber estado tan lejos, y lo quiero tanto, como se quiere a la familia, y estoy tan agradecida de que me quiera sin más, sin prejuicios, sin culpas, que por un momento pienso que sí que voy a poder volver a ser feliz.

Tocan con los nudillos en la puerta y luego se abre y es mi madre, y mi padre está en el pasillo también, aunque no lo veo, pero lo sé porque escucho sus pasos, y mi hermano Mario se asoma por la puerta de mi habitación, y sonríen al verme contenta, y les sonrío de vuelta, agradecida de que sean mi familia.

—Álvaro, ¿te quedas a cenar? —pregunta mi madre.

Él me mira. Asiento con la cabeza. Sonrío.

—Claro. —Se incorpora en la cama, me tiende la mano—. ¿Vamos?

Vamos.

CAPÍTULO 23

Luisa

La vuelta a Bilbao desde Axpe fue un martirio. Ígor quería decirme algo, no sé muy bien qué (aunque creo que puedo intuirlo) y no se decidía a hacerlo. Iniciaba una conversación intrascendente tras otra y no llegaba a ahondar en ninguna ni a finalizarla del todo. Miraba concentrado a la carretera con gesto adusto, ceño fruncido; suspiraba de tanto en tanto, indeciso. Me colocó la mano en el muslo un par de veces y buscó mi mano, para acariciarme, otras tantas.

No quise ayudarle a expresarse porque no quería enfrentarme a lo que tuviera que decirme.

Por fin, llegamos al garaje de las oficinas y desistí de subir de nuevo al despacho. Me justifiqué diciendo que tenía que irme pronto, que al día siguiente no podría acudir (al fin y al cabo, era la intervención de Lu), que lo imputaría como día de vacaciones. Ígor preguntó por qué. Serio, autoritario, su rostro contraído por la preocupación. Decidí ser sincera con él en ese sentido; de nada servía ocultárselo.

—Luisa se ha quedado embarazada de un chico mucho mayor que ella, que la ha engañado y luego se ha desentendido de todo. Mañana voy a acompañarla a interrumpir el embarazo.

Ígor, que creo que pensaba que le estaba evitando (lo hacía, claro que sí, pero no me hacía falta buscarme una escapatoria para seguir haciéndolo), respiró profundamente y relajó el rictus. Me cogió de la mano, los dos junto a mi coche en ese recodo oscuro del garaje, escondidos a medias entre dos columnas, y me acarició los dedos desde su nacimiento hasta el final de las falanges.

—Lo siento, Luisa. Deberías habérmelo dicho antes. Podría haberte ayudado… Haberte apoyado, al menos.

—No hace falta, Ígor. Está bien. Es un asunto de familia. Mañana estará solucionado.

No lo dije con segundas intenciones (es un asunto de familia, no te incumbe) ni quise enturbiar nuestra relación, pero noté que mis intentos de tranquilizar a Ígor habían causado el efecto contrario. Volvió a endurecer el gesto, se sintió excluido, me soltó la mano. Asintió con la cabeza y se despidió de mí. «Hasta el lunes», dijo. «El lunes te espero para discutir los términos de la absorción de la eólica, no faltes», añadió. Fue seco, posesivo. No me atreví a decir nada; ni siquiera, un simple adiós.

Al día siguiente tuvo lugar la intervención de mi hija.

Fue un sufrimiento de principio a fin, tanto para mí, como para ella. Varias veces, desde entonces, he repasado mentalmente todo lo que sucedió y he buscado formas de castigarnos a todos por ello: al médico (¿por qué le pusieron anestesia local y no la sedaron totalmente? ¿Podíamos haber elegido esto último? ¿No habría sido mejor que no se enterara de nada?), a Mario (¿por qué no se ofreció a venir? ¿Por qué no me apoyó, al menos a mí, en esos momentos? ¿Por qué deshacerse de un hijo es cosa exclusivamente de nosotras, las mujeres?), a mí misma (¿supe apoyar a mi hija cuando más me necesitaba, o le fallé como madre?), a todo en general, vivo o inerte, real o imaginado (esa lluvia estrepitosa, castigándonos; ese ruido de aspiradora industrial llevándose al bebé, martirizándonos, el frío gélido de la clínica, que nos tenía ateridas).

Mi hija fue valiente; vaya si lo fue. Sólo derramó un par de lágrimas y creo que ni fue consciente de ello. Después, en casa, se derrumbó. No quería comer, no quería levantarse de la cama, no dormía del todo; estaba en ese limbo en el que, seguramente, pensó que también estaba

su bebé. Era madre, lo era; pero de un bebé muerto. Estaba pasando su duelo.

Fue un acierto llamar a Álvaro, aunque no se me ocurrió a mí, sino a su hermano Mario. Me enfadé con él por ello, «cómo se te ocurre, ¡ya no están juntos!, no es buena idea»; pero insistió. A veces, un chico de doce años puede darte una lección, sobre todo, si lo dejas hacerlo, si confías en él, si asumes que tú eres la madre protectora y él, el hermano que comparte un vínculo invisible con tu hija adolescente, el que sabe cosas que tú ni siquiera intuyes.

Vino Álvaro y lo arregló todo. No sé qué dijo, no sé qué hizo, pero escuché a Lu reír. Se reía a todo volumen y esa risa la curó un poco, lo suficiente como para que quisiera levantarse de la cama y cenar con nosotros.

Nos queda mucho por delante; a mi hija, más que al resto, pero creo que vamos a conseguirlo.

El fin de semana transcurrió tranquilo. Luisa tenía dolores, al parecer algo más intensos que los de la regla, según me dijo, y manchaba en abundancia. No quiso salir de casa, pero sí permitió que Claudia y Álvaro vinieran a acompañarla. Incluso se dejó ayudar por su hermano Mario, que trató de enseñarla a jugar a un videojuego que simulaba combates de guerra. Rieron sonoramente porque mi hija se asustaba cada vez que alguien le disparaba y, en vez de apuntarle al pecho, disparaba en todas direcciones, sin atinar a darle a su oponente, aterrada. «Cero puntos, mamá», me dijo Mario. «Es malísima», constató a continuación. Mi hija le dio un coscorrón, indignada. Rieron de nuevo. Esa risa que lo cura todo.

Ígor me llamó el sábado por la tarde. Preguntó qué tal había ido todo. Le dije que bien, le agradecí la llamada y me aseguré de ser cálida y cordial con él. Aun así, lo noté tenso. De nuevo, con la intención de decir más de lo que había dicho, pero sin atreverse a ello. No era el momento (quizás no haya un momento para esas cosas, pero en cualquier caso, desde luego no era ése), así que me apresuré a excusarme con algún quehacer y colgarle rápido.

Hoy es lunes, los niños han ido al colegio (también Luisa, lo ha pedido ella, se siente bien; creo que quiere recuperar la normalidad lo antes posible) y tengo que enfrentarme a Ígor otra vez. Dejo mis cosas en mi despacho, cojo el informe de la eólica que nuestro cliente quiere absorber y me dirijo al despacho de Ígor sin dilación.

Toco con los nudillos en la puerta. Ígor me dice que pase. Lo hago. Me acerco a la pared exterior, completamente acristalada, donde él se encuentra mirando hacia la ciudad, y me sitúo a su lado. No ha dejado de mirarme.

—Buenos días, Luisa —me saluda—. Estás muy guapa hoy.

Sonrío. Falda midi plisada, botas mosqueteras de tacón de aguja, un jersey ceñido y el pelo recogido en una coleta alta; yo también me veo bien hoy.

—Gracias. Tenía ganas de arreglarme. —Inclino la cabeza, alzo las cejas, media sonrisa—. Borrón y cuenta nueva, a ver si volvemos a la normalidad. Incluso Luisa ha querido ir al colegio, creo que se siente bien.

Ígor sonríe. Se le ve calmado, contento. Creo que le gusta verme feliz. Desliza su mano por mi cintura hasta la cadera contraria y me aproxima contra su cuerpo, y aunque antes estábamos lado a lado, mirando ambos hacia el ventanal, de pronto estamos frente a frente, mirándonos a los ojos. Dura sólo unos instantes, porque me apresuro a bajar la mirada. Ígor me besa la frente. Creo que no pretendía ese beso, sino otro, pero hoy no parece tener problema en quedarse con las migajas.

—¿Has traído el informe? —pregunta.

—Sí. Aquí lo tengo. ¿Lo miramos?

Asiente con la cabeza y, con un gesto de su mano, me indica que tome asiento en una de las

sillas situadas junto a la mesita redonda de su despacho. Él se sienta en otra, junto a mí, tan cerca, de hecho, que nuestras rodillas se rozan, y ambos nos inclinamos sobre el informe, que abro sobre la mesa por la página de conclusiones.

Ígor no lo ha leído así que me toca resumírselo un poco. Hace las preguntas adecuadas y yo ya tengo las respuestas preparadas. Hay un par de inconvenientes para la absorción pero pueden solucionarse sin necesidad de ser imaginativos; los expongo y él los descarta con un gesto de la mano, despreciándolos.

—Buen trabajo. No tengo nada que añadir. —Gesticula con ambas manos, como desentendiéndose de la situación, y se ríe tímidamente.

—Gracias. Es trabajo del equipo, la verdad es que yo sólo lo he supervisado. Debo reconocer que tenía la cabeza en otras cosas. —Chasqueo la lengua.

Ígor me observa mientras cierro el informe y soy consciente del peso de su mirada sobre todo lo que hago. Alzo la mirada hacia él.

—¿Estás bien, Ígor? —pregunto.

No sé por qué me da por preguntar eso, si va a conducir a que él inicie la conversación que lleva tiempo barruntando y yo, deseando que no tenga lugar. Creo que me pesa la incertidumbre de nuestra relación actual, que me agobian sus silencios. Quizás quiera ponerle fin a esto de una vez por todas.

—¿Me estás evitando, Luisa? —contesta.

—No. No lo sé. ¿A qué te refieres?

—Desde que estuvimos juntos aquella tarde, siento que nada es lo mismo.

—Claro que no es lo mismo. Nos acostamos. No nos habíamos acostado antes. ¿Cómo podría ser igual? —Niego con la cabeza, desconcertada.

—Pero ¿en qué punto estamos ahora? No sé qué hacer contigo. —Se lleva la mano a la nuca. Se rasca. Se ríe, pero no está contento; al contrario, diría que es tristeza lo que le tiñe la voz.

Me doy cuenta de que ese gesto de llevarse la mano a la nuca, que antes me volvía loca, ahora no me dice nada. Me doy cuenta de que su vulnerabilidad me espanta, de que su tristeza me repugna, de que ahora que no es Ígor, el inaccesible, con el que iba a serle infiel a mi marido porque él es tan predecible y conocido que el deseo se me muere antes incluso de que nazca, ya no me interesa. Me lancé a él con el ansia de un juguete nuevo y lo estoy dejando de lado como si fuera un juguete roto. ¿Ésa soy yo ahora? ¿La que consume hombres, la que los convierte en un producto de usar y tirar, la que los fagocita?

—Estamos bien. Hacemos buen equipo, siempre ha sido así. Eso no ha cambiado. —Trago saliva. No puedo decir lo indecible, que es que no quiero volver a acostarme con él. No puedo decirlo—. Me gusta mucho trabajar contigo.

Cobarde. Soy una cobarde.

Ígor me mira fijamente durante unos segundos. Es consciente de lo que esconden las palabras que no he dicho, y sé que, en su mente, resuenan a máximo volumen, estruendosas. No quiero nada con él, no quiero nada con él. El convencimiento de ello, que antes sólo le acechaba entre las sombras, ahora le ha estallado en toda la cara como munición de racimo.

Parece que va a hablar, porque abre los labios y exhala, pero no emite sonido alguno. Vuelve a cerrarlos, niega con la cabeza y me coge la mano derecha. La estrecha entre sus dos manos. Las miro. Robustas, ajadas, morenas. Me sorprende constatar el otro adjetivo que las define. Temblorosas.

Me siento incómoda. Retiro la mano. Me levanto de la silla y camino unos pasos hacia la

pared del fondo, la que da a su baño privado, la que no está acristalada. No sé qué hacer, pero tengo una necesidad irrefrenable de salir de aquí. Al mismo tiempo, no puedo hacerlo sin más, sin que tenga consecuencias. Trabajo con Ígor a diario. ¿Cómo se me ocurrió que acostarme con él, precisamente con él, sería buena idea?

Ígor suspira, aún sentado en su silla, y después se levanta y se acerca a mí. Mantengo mi espalda apoyada en la pared. Me cruzo de brazos, me abrazo cuando se acerca. Le vedo el paso de un modo íntimo, del único en que se me ocurre formular esa negativa que quiero que sea decidida y, a la vez, educada y sutil.

Ígor se queda de pie frente a mí y me mira. Se mantiene en silencio hasta que consigue que mi mirada se alce y coincida con la suya.

—No me dejes tú también, Luisa.

¿Yo también? ¿Quién más le ha dejado? ¿Carmen? ¿Pero no dijo que iban y venían constantemente? ¿Es que eso se ha acabado?

—No te dejo, Ígor. Por favor.

Es un ruego. No sé muy bien cuál es su objeto, pero es un ruego, al fin y al cabo. Por favor, no sigas por ahí. Por favor, compórtate. Por favor, no me lo pongas más difícil. Por favor.

—Sí lo haces. Me dejas. Me dejas en todo. Ya no trabajas para mí, sino que eres prácticamente mi igual. Te me insinúas y caigo en tu trampa, cómo no voy a caer, si estoy loco por ti, y luego no quieres darme nada más. Ni las migajas, Luisa. Ni la confianza de contarme cómo sigue la relación con tu marido o cómo puedo ayudarte con la situación por la que ha pasado tu hija. Te cierras en banda, no me dejas entrar. No te pido nada. Ni siquiera te he pedido que dejes a Mario.

—Ígor, quizás esto ha sido un error.

—No. No ha sido un error. Tú misma lo dijiste. Llevabas mucho tiempo deseándolo. Deseándome.

—Sí, es cierto —le concedo—. Pero no sabía que esto iba a acabar así.

—Así, ¿cómo? Dime, ¿qué esperabas? ¿Que no dijera nada? ¿Que no hiciera nada? ¿Que te dejara hacer y deshacer sin consecuencias?

Ígor gesticula, vehemente. Acerca su rostro al mío y me escupe cada palabra con rabia, retroalimentándose, aumentando con cada una de ellas de intensidad y volumen. Miro al suelo, me encojo sin pretenderlo, me hago pequeñita. Cuando termina de hablar, siento su respiración agitada sobre mi cabeza.

—No pensaste que yo pudiera sentir algo por ti.

Lo dice en un susurro. Su fragilidad me conmueve y vuelvo a mirarle a los ojos, pero ahora es él quien retira la mirada. Se da la vuelta y se queda de espaldas a mí. Vuelve a llevarse la mano a la nuca para frotársela, aunque luego es consciente de su gesto y se mira la mano, resopla y niega con la cabeza.

Llevo mi mano a su hombro y le hago una breve caricia.

—Ígor —le llamo.

Permanece inmóvil.

—Ígor —repito.

Sólo consigo que me mire de reojo por encima del hombro. Roza con su barbilla mi mano. Le acaricio la barba con mis dedos.

—Lo siento. No pensé que pudieras sentir algo por mí, es cierto. Pensé que podíamos acostarnos juntos, sin más. Que sería sencillo, sin mezclar el sexo con los sentimientos. Sin consecuencias, sí.

Asiente con la cabeza. Está más tranquilo. ¿Resignado? Se gira para ponerse frente a mí y me agarra del cuello con ambas manos. Me besa. No quiero ese beso; trato de no abrir los labios, pero me obliga, es salvaje y desesperado. Su lengua se abre paso e invade la mía y es una marea viva de la que no puedo escapar. Trato de apartarle, poniendo mi mano en su pecho, pero me empotra contra la pared y me aprisiona, su cuerpo contra el mío. Noto su furia y su excitación, y él me empuja, su sexo rozando el mío, y con una mano me toca el pecho, furioso, y me hace daño y gimo, pero suena a medias entre la queja y el placer, y él lo toma como esto último y traslada su mano a mi pubis y me lo frota por encima de la falda, y es tan brusco que me está dando miedo, y ahora sí me está resultando desagradable, porque estoy asustada y no quiero hacerlo y quería mantener una actitud evitativa, porque es lo cordial y educado, lo que me enseñaron a hacer, pero no está funcionando. Voy a tener que decir que no. Un no rotundo, un no masculino, el único no que Ígor podría entender.

—Ígor, no quiero hacerlo.

Pero Ígor no me escucha. Ígor le habla a mi cuerpo con el suyo, y lo que él entiende es que mi cuerpo está dispuesto a recibirle, y seguramente sea así, porque aunque tengo miedo y me resulta desagradable que me tome de esta manera, estoy excitada, y una suave humedad empieza a mojarme la ropa interior y los pezones se me marcan a través del sujetador y el calor que siento me hace ruborizarme y jadear. Y podría follar con él otra vez, claro que podría, y podría incluso gustarme pese a que no estoy convencida de hacerlo, pero lo que es seguro es que después me arrepentiría, y una ya no tiene quince años, como mi Lu; una ya sabe que, a veces, seguir los instintos se paga caro; así que me mantengo firme en lo que sé que es mejor para mí y reitero mi negativa.

—Ígor, no quiero hacerlo. Quiero que pares.

Ígor me agarra de las caderas y me da la vuelta, poniéndome de cara a la pared. Alzo mis manos justo a tiempo para apoyarlas en ella y evitar el golpe, porque ya nada es suave o sutil, todo es urgencia y despecho. Él me levanta la falda con una mano mientras, con la otra, se desabrocha el pantalón del traje. Me retira el hilo del tanga a un lado y aprieta su sexo contra el mío. Me arqueo y me sorprende darme cuenta de que he sido yo quien ha hecho ese movimiento. Le estoy llamando, le estoy pidiendo que entre.

—No.

Manoteo hacia atrás, pero no consigo liberarme. Niego con la cabeza, él tiene que verlo, no puede obviar mi negativa, no, no.

—Ígor, para.

Ya está dentro de mí, primero, sólo a las puertas; después, en un empujón, nos volvemos uno, y jadea en mi oreja y me la muerde y yo me intento zafar de él; al menos, del beso, pero no está funcionando, nada lo está haciendo, y me estoy bloqueando, y pienso si no sería mejor dejarse llevar y hacerlo hasta el final. Mi cuerpo lo desea, quizás sea que yo también lo desee, o quizás sea la conmoción.

Me viene a la mente esa frase de la obra de Doris Lessing *La grieta*, cuando hablando de esto mismo, del sexo primitivo, dijo que «la conmoción la condujo a la conformidad». Es eso lo que me define ahora mismo. No consiento, más bien rechazo este acto, pero su descarnada y omnipresente violencia me bloquea y me conmociona, y ante la imposibilidad de responder a ella con una reacción semejante, parece que la consiento. Quizás debería consentirla. Cuántas lo habrán hecho antes que yo y, luego, habrán justificado lo que entonces sintieron. Yo no haría un drama de esto.

Pero, espera. Debería hacer un drama. Claro que sí. ¿Por qué no? Le estoy diciendo a Ígor

que no quiero hacerlo, que pare, que no. Que NO. Y él sigue y sigue, amparándose en no sé qué señales mandadas por mi cuerpo o ideadas por su mente que justifican su deseo, cuando lo único real y cierto y evidente aquí es que le he dicho que no. Claro que tendría que hacer un drama de esto. ¿Por qué voy a dejarle tomarme así?

Yo ya no soy ésa.

Aprovecho que Ígor ha bajado la guardia y que ya sólo se empuja contra mí a intervalos regulares, entrando y saliendo, jadeando en mi oído, frotándome el pecho, para actuar. Me giro parcialmente, todo lo que permite mi cuerpo atrapado, y le empujo el pecho con la mano. Ígor da un paso atrás, sale de mí y pierde el equilibrio. No cae, pero tiene que apoyar la mano en la mesa redonda donde siempre nos reunimos para recuperar la verticalidad. Me mira, sorprendido.

¿Cómo puede estarlo? ¿Qué es lo que no se esperaba?

—Ígor, no. NO. —Prácticamente se lo grito, desquiciada, negando con la cabeza, mientras me coloco el tanga y la falda y, luego, cruzo los brazos sobre mi pecho, protegiéndome—. Te lo he dicho una y otra vez, NO. No tienes derecho a hacerlo, no quiero que lo hagas. No.

Ígor se coloca la ropa interior y se abrocha el pantalón del traje. Luego, alza ambas manos, como frenándome, y trata de acercarse a mí. Creo que ya no quiere follar, que sólo quiere tranquilizarme, en esa actitud tan paternalista de los hombres. Te follo contra tu voluntad y ahora te tranquilizo porque eres una exagerada; «venga, cariño, no es para tanto, no hagas un drama de esto», imagino que pretende decirme.

—Luisa…

—No tengo nada que hablar contigo.

—Luisa, espera, por favor…

—Por favor te estaba pidiendo yo que pararas, Ígor. Y luego, sin educación alguna. Te estaba diciendo que no. Simplemente, que no. ¿O no lo escuchaste? —Estoy muy nerviosa pero, aun así, no gesticulo ni alzo de nuevo la voz. Le hablo como a un niño malcriado.

—Luisa… —Me toca el brazo con su mano, me hace una breve caricia. Lo retiro; doy un paso atrás. Estoy de nuevo contra la pared—. Yo no pretendía… —No sabe continuar, no sabe qué es lo que no pretendía. ¿No pretendía follarte? ¡Pues si lo has hecho! Percibo su agitación, le cuesta respirar, le falta el aire—. No quería… No sé…

Ígor está muy alterado. Creo que se está dando cuenta de lo que ha hecho y de que lo ha hecho hasta el final. No ha forzado un beso inesperado ni ha robado una caricia indeseada. Me la ha metido sin que yo quisiera que lo hiciera. Con la negativa grabada en mis gestos, con el rechazo expresado en mis palabras. No, no. Y aun así, lo hizo. A ver cómo salva eso. A ver cómo vivimos con eso.

Frente a mí, con los ojos vidriosos, líquidos, diluidos en el miedo y la culpa; respira agitado y débil y permanece prácticamente inmóvil. Mueve las manos muy lentamente, como acompañando un discurso invisible, y luego caen a ambos lados de su cuerpo. Suda, y no sé si es por la excitación de nuestros embistes previos o por la zozobra en que le sume su estado actual. Alza la mano derecha y se la lleva al pecho.

—Luisa…

Lleva su mano izquierda hacia mí y, con ella, el peso de todo su cuerpo, y pienso que va a aprisionarme otra vez contra la pared, y temo no tener ahora escapatoria, así que le doy un manotazo para que se aparte. Él abre mucho los ojos y me mira, pero no me ve; es como si un grueso y opaco cristal nos separara. Ígor observa esa ventana hacia mí, pero no logra ver a través de ella. Su mano derecha continúa en su pecho, se agarra a él, lo aprieta y me da por pensar que se está arrugando la camisa.

—Luisa… Ayúdame…

No voy a ayudarte, Ígor, me gustaría decirle. No voy a ayudarte porque me has empotrado contra la pared, me has tocado por dentro y por fuera, has entrado en mí sin que te diera permiso; es más, lo has hecho habiéndotelo negado, y a mí nadie me ha ayudado.

Ahora te ayudas tú solito. Como he tenido que hacer yo, ¿no?

Camino hacia la puerta del despacho de Ígor y salgo de allí. Veo a Rubén a unos metros de mí, caminando de su oficina a la de Sara para llevarle unos papeles. Él me ve y me sonríe. Yo alzo la cabeza para reconocer su presencia. Voy a mi despacho. Me siento frente al ordenador, sin verlo. Pasan los minutos.

Escucho una voz en el pasillo. Nerviosa, alterada. Alguien pide ayuda, «¡Llamad a una ambulancia!». Abro la puerta del despacho y me asomo. Al igual que yo, otros compañeros se acercan para ver a qué se debe la agitación. La puerta de Ígor está abierta, pero allí nadie está asomado para ver qué ocurre.

El incidente ha ocurrido dentro.

Mientras todos tratan de atisbar lo ocurrido a través del resquicio de la puerta del despacho de Ígor, tomo conciencia del peso de la mirada de Rubén sobre mí. Uno, dos, tres segundos; luego, la retira. Finjo no haberme dado cuenta.

Desempeño bien mi papel. Al fin y al cabo, llevo toda la vida preparándome para esto.

CAPÍTULO 24

Lu

Hoy cumplo dieciséis años.

Voy a celebrarlo en el jardín de casa. No es muy grande, pero tiene una barbacoa de obra de la que Álvaro ha prometido encargarse y cada uno de mis amigos va a traer algo de comer. Yo pongo la bebida. Bueno, yo no, mis padres, que se ofrecieron a comprarla y, también, a marcharse de escapada romántica de viernes a sábado para dejarme la casa para mí.

Eso es que confían en mí, me digo. Que ya no temen que vuelva a quedarme embarazada de otro chico.

Álvaro ya está en casa. Se afana en encender el carbón para que genere brasas y, así, todo esté preparado cuando lleguen los demás. Me acerco y le ofrezco un botellín de cerveza.

—Gracias. —Sonríe y lo alza como para brindar por mí—. Por tus dieciséis.

Sonrío y bebo de mi botellín. Miro las brasas. Diría que están listas, pero Álvaro tiene otra opinión.

—Todavía falta. Eres muy impaciente. —Se ríe.

—Tengo mucha hambre.

—Abre unas patatas.

Asiento con la cabeza y me dirijo a la cocina para cogerlas. Coincide que tocan al timbre. Abro la puerta y es Ainara. Dice que trae morcilla, le digo que se lo diga a Álvaro, que es el que decide cuándo se come y en qué orden, y asiente, divertida.

—Le encanta mandar, ¡qué cruz!

Se acerca a saludarle, contenta. Álvaro está echando más carbón en la barbacoa y, en un primer momento, no puede atenderla. Me parece que se disculpa, aunque Ainara no está ofendida, claro que no, no le importa esperar; después, Álvaro se limpia las manos con un trapo que guarda junto a la barbacoa y, ahora sí, la agarra por la base de la nuca y la atrae hacia él para besarla en los labios. Ainara apoya su mano sobre el pecho de Álvaro y se deja llevar. Álvaro se da cuenta de que Ainara está muy cerca de las brasas y la aparta un poco, y ahora los dos están de lado enfrente mía, y los veo a través de la cocina, de la puerta que da al jardín, y me gusta mirarlos. Es un amor tan sencillo.

¿Álvaro y yo teníamos eso? ¿Sacrifiqué eso por estar con Gorka? Ahora me parece impensable, pero sí, debió ser así.

Tras la interrupción del embarazo, Álvaro no se separó de mi lado. Volvió a venir por las tardes a mi casa, a acompañarme a algunas clases en el colegio y a llevarme al cine en alguna ocasión. Me sentía bien estando con él, así que no lo rechacé. No sé qué pretendía él con todo eso, no sé qué pretendía yo dejándole hacer. No lo hablamos en ningún momento.

Luego, conoció a Ainara. Entró nueva al colegio, iba a su curso, pero a la otra clase. Sus padres se habían mudado a Bilbao por trabajo; al parecer, eran de allí, pero antes vivían en el extranjero. No le costó adaptarse. Creo que le gustó Álvaro desde el principio. Comencé a verlos juntos en el patio y, después, Álvaro dejó de buscarme por los pasillos y, al final, empezó a estar ocupado para venir a verme por las tardes.

Un día, cuando ya habían pasado un par de meses desde su cambio de actitud, se presentó en casa, agitado. Le hice pasar y fuimos a mi habitación.

—¿Qué pasa, Álvaro? ¿Estás bien? —recuerdo haberle preguntado.

—Sí. No. No sé. —Cambiaba el peso de un pie a otro, nervioso—. Quería decirte que no quiero dejarte de lado. No sé si lo he hecho. He dejado de venir, es verdad; creo que te estoy cuidando menos. Pero no quería hacerlo. Es que…

—No pasa nada, Álvaro. Está todo bien. Yo estoy bien, tranquilo —le interrumpí—. No hace falta que me cuides. —Sonreí—. Sí me hacía falta antes, no te lo niego. Me has ayudado mucho —le acaricié el brazo—, pero estoy bien. Ya no hace falta.

Asintió con la cabeza, distraído, y luego me miró a los ojos, y los suyos estaban entornados y consumidos por el miedo y la culpa, sin atreverse a decirme lo que venía a decirme, a pesar de que yo creía saber lo que era e iba a alegrarme de ello.

—Dímelo. Quiero que seas feliz.

—Estoy saliendo con Ainara. Creo que me he enamorado de ella.

Sonreí ampliamente. Lo sé porque Álvaro me estaba mirando y sus ojos se contagiaron de mi sonrisa y brillaron, centelleantes.

—¿No estás enfadada?

—¡No! No. —Negué con la cabeza. Pensé en mi respuesta. No lo había pensado antes, pero era cierto, yo no quería volver con Álvaro. Era mi lugar seguro, posiblemente pudiera seguir siéndolo, en cierto modo; pero no era mi futuro. No iba a anclarme a él sólo porque fuera sencillo —. Creo que lo nuestro se acabó. Cuando volviste para apoyarme, después de lo de Gorka, tuve dudas, sí. Porque estaba muy cómoda contigo, porque siempre me has querido bien; no lo sé. Quizás, también, porque lo nuestro acabó muy bruscamente y no parecía que le hubiéramos dado un final en condiciones. Pero lo cierto es que luego me fui dando cuenta de que no quería tener una relación contigo, y creo que tú tampoco. Nos queremos mejor así, ¿verdad?

—Sí. Me ha gustado volver a estar a tu lado, aunque no fuera de la misma forma.

—Lo sé. —Sonreí. Era una conversación de sonrisas, de palabras no pronunciadas, de gestos indirectos—. A mí me ha gustado verte enamorarte de Ainara. Y ella de ti. Ha sido bonito ser testigo de eso.

Se rio y miró al suelo, turbado.

—Estamos bien, ¿entonces?

—Sí.

—Nos seguiremos viendo. Somos amigos. Ainara lo sabe. Le he contado todo —ese todo, que tanto abarcaba, que tanto me definía ante los ojos ajenos— y quiere conocerte.

—Vale. Me encantará hacerlo.

—Vale.

Álvaro se marchó de casa, contento y sosegado. Yo me sentí un poco en paz. En cierto modo, me había quitado una losa de encima; la de tener que ser la novia de Álvaro porque nadie hubiera entendido que no quisiera serlo. Un amor tan desinteresado es difícil de rechazar. Pero ahora ese amor tenía otra destinataria y yo podía seguir como estaba, sola.

Qué viaje. Desde que supe que mi padre le era infiel a mi madre hasta el día de hoy ha pasado poco más de un año, pero en ese tiempo dejé a Álvaro, me lie con Gorka, me quedé embarazada, me deshice de mi bebé, pasé por un postparto invisible y volví a ser yo, una nueva yo, la que construí sobre mis cenizas.

Llaman de nuevo al timbre y me sacan de mi ensimismamiento. Esta vez, es Claudia. Viene con mi hermano Mario, a quien yo había mandado a la gasolinera a comprar más pan porque Álvaro decía que nos habíamos quedado cortos. Vienen riéndose.

—¡Lu! ¡Felicidades! Dice tu hermano que le has dejado venir a tu fiesta. No me lo creo —

dice Clau, simpática.

—Sí, claro. Se lo merece. Ya no es un crío. —Le guiño un ojo a mi hermano, que se avergüenza de mí y lo expresa colocándose el flequillo de un manotazo.

—Ya lo veo —dice Clau, que lo está mirando inquisitiva, con los ojos de quien descubre algo nuevo.

—¿No te habías dado cuenta antes? —contesta Mario—. Me mirabas muy poco, ¿eh?

No puedo evitar reírme. Clau, en cambio, está tan sorprendida que apenas reacciona. No asume que Mario, ese chiquillo que estaba loco por ella (ella no lo sabe, pero yo creo que aún lo está; creo que ese primer amor no se pasa así como así), sea ahora este chico alto y desgarbado, cuyos músculos empiezan a asomar bajo su camiseta (hace artes marciales, en algún momento tenían que notarse), que no tiene miedo en señalarse para hacerse valer. Sigue siendo muy crío para ella, pero cada vez menos. Mario lo sabe; cada día le acerca más a Claudia, el tiempo juega a su favor.

Mi hermano deja el pan sobre la mesa de la cocina y sale para ayudar a Álvaro con las brasas. Clau se queda unos segundos clavada en la puerta, hasta que reacciona y entra en casa.

—¿Tu hermano ha crecido la última semana, o de verdad es que yo lo he estado mirando tan poco?

Me río de nuevo.

—Ha pegado un estirón, creo que sí. No sé cuándo ha sido. Es casi un hombre. Catorce años, ni más ni menos, Clau. Si no tienes cuidado, un día crecerá del todo y te pedirá matrimonio. —Le guiño un ojo.

—Dejará de quererme. —Mira hacia el jardín, donde está Mario, soñadora—. En fin, ya me querrá otro.

—Ésa es la actitud, Clau. Ya nos querrá otro. Y si no… —La dejo terminar mi frase.

—¡Ya nos querremos nosotras!

Nos chocamos la mano, divertidas. Abrazo a Clau y ella me frota la espalda, cariñosa. Luego, nos separamos y me mira muy seria.

—Hay que prepararlo todo antes de que lleguen los demás, ¡vamos!

Nos ponemos a ello sin dilación. Ainara pone algo de música en su móvil, conectado a un altavoz bluetooth, y todos nos afanamos en terminar de preparar la comida. Yo atiendo llamadas o contesto mensajes de felicitación; mayoritariamente de mi familia, también, de mi psicóloga. Se llama Olga y es un sol. El que me hizo salir de las tinieblas, concretamente. La que me explicó que estaba pasando un duelo por mi bebé no nacido, la que me enseñó a analizar por qué caí en la trampa de Gorka, la que me anima a recomponerme para no volver a perder nunca el control.

A la media hora, van llegando los invitados. Chicos y chicas de mi clase, sobre todo; pero también de ballet o amigos de Claudia o Mario. Cuando ya creo que no va a venir nadie más, tocan el timbre y acudo a abrir la puerta. Es Marcos, un chico que conocí hace un par de meses por amigos comunes y con el que me he besado en un par de ocasiones. Diecisiete años, va a otro colegio, familia normal y estructurada, nada reseñable. No ha dejado a nadie embarazada, no parece mentirme. No tenemos nada serio, tampoco nada informal. Quizás es que no tenemos nada. Sólo somos dos besos robados, primero, en una parada de metro, después, en un parque cerca de mi casa.

Él trató de tocarme las tetas bajo la camiseta, yo no le dejé. No me revolví o le dificulté el paso, no inventé una excusa, no fui educada y ni siquiera me cuidé de tener tacto al rechazarle. Le dije «no quiero hacerlo». Él, sorprendido, me pidió perdón y dejó sus manos inertes sobre sus

muslos, sin saber muy bien qué hacer con ellas.

Creo que, desde entonces, le gusto más pero me lo demuestra menos.

No me dijo que fuera a venir. Me dijo que lo pensaría, como cuando te haces de rogar, como cuando no quieres dar tu brazo a torcer. «Vale», le dije, y me encogí de hombros. Pero aquí está.

Marcos me da dos besos y luego me escruta con sus ojos castaños, valorando si es bienvenido.

—He traído algo de postre. Una tarta de chocolate, porque creo que dijiste que era tu preferida, ¿no?

—Sí. Gracias. —Le sonrío.

Vamos a la cocina y le ayudo a meter la tarta en el frigorífico. Viene embalada en papel de la pastelería Zuricalday.

—¿Es la negrita? —pregunto, sorprendida.

—Sí. Tu favorita, ¿no?

—Sí. —Sigo sorprendida—. Qué ilusión.

Más que decirlo, lo susurro. Esto no es ir al supermercado y comprar una tarta de chocolate cualquiera antes de venir a verme, para quedar bien. Esto es un regalo y viene con mensaje. Marcos lo sabe y sonríe. Me doy la vuelta, tras terminar de hacerle hueco a la tarta en el frigorífico, y lo miro. Me acaricia la mejilla y luego, deja su mano suspendida en mi barbilla. Me interroga con los ojos y, como le parece ver el consentimiento que busca, aproxima sus labios a los míos y me besa.

Ahora ya somos tres besos. Dos sin importancia y un tercero que dice más cosas; todas más íntimas y privadas que las que nunca nos hemos dicho.

Nos reunimos con el resto en el jardín y damos buena cuenta de la comida que Álvaro está preparando. Bebemos y bailamos, y el día pasa en un suspiro, y me siento bien. Estoy con la gente que quiero y que me quiere, no me falta ni me sobra nadie.

Cuando anochece, hacemos una especie de recena con sobras de la comida y con lo que sea que encontramos en el frigorífico, y mis amigos empiezan a marcharse. Mario ha quedado con un amigo para tomarse una pizza y jugar a videojuegos hasta bien entrada la noche y también se despide. Al final, sólo quedamos Álvaro y Ainara, Clau, Marcos y yo.

Marcos trata de estar ocupado ayudándome a recoger porque no quiere marcharse. Clau se da cuenta y me interroga con la mirada, ¿quiero quedarme a solas con él?; asiento con la cabeza y le guiño un ojo. Ella se acerca a Álvaro y Ainara y les conmina a marcharse. Álvaro me mira, dudoso, quiere también mi confirmación. Nadie se atreve ahora a dejarme sola; para ellos, sigo estando rota. Quizás, es que piensan que lo que me pasó me arruinó y no se puede volver a arreglar. Pero estoy bien. Me gusta Marcos; quiero estar con él. Si la situación se vuelve incómoda, sabré arreglármelas. Tienen que confiar en mí.

Le hago un gesto a Álvaro con la mano para que se marche, y se ríe, pero está un poco triste, y sé que le cuesta dejarme ir aunque haga mucho tiempo que ya no soy suya en absoluto. Él, Ainara y Clau se despiden y se marchan. Termino de recoger las cosas con Marcos y, mientras tanto, ambos mantenemos una conversación intrascendente. Nos da miedo estar en silencio, nos da miedo hablar de algo que realmente nos importe. Estamos en ese frágil equilibrio en el que todo puede ir bien o mal, y ninguno quiere que la balanza se incline hacia el lado negativo.

—¿Quieres subir a mi habitación? —le pregunto a Marcos.

Es una pregunta un tanto directa, pero sólo me doy cuenta cuando ya ha salido de mis

labios. Parece que le estoy invitando a follar, y no es algo que haya decidido todavía. Sólo pensé que me sentiría más cómoda allí.

Creo que él no vincula necesariamente el hecho de estar en mi habitación con acostarse conmigo, porque me dice que sí, pero sus ojos siguen dudosos. Me coge de la mano para que lo guíe y subimos las escaleras hasta el primer piso. Entro en mi cuarto. Saco mi móvil y pongo música a través de los altavoces bluetooth que tengo allí. Elijo una lista de reproducción que suelo usar para hacer los deberes, canciones de rock y pop rock ligeras, y me siento en la cama. Marcos está leyendo los títulos de los libros que guardo en la estantería. Acaricia el lomo de uno que me gusta especialmente. Es una edición ilustrada que incluye *Bodas de sangre, Yerma* y *La casa de Bernarda Alba*, de Federico García Lorca.

—Qué bonito —dice, abriendo el libro y ojeándolo por encima.

—Sí. Lo compré hará tres meses. —Sonrío al recordar que me lo compré con la paga y Clau se sorprendió de que no me gastara el dinero en tangas o ropa sexi, como de costumbre—. Leímos *La casa de Bernarda Alba* en clase de literatura y me encantó. Quise leer más y encontré esa edición tan especial.

—No creo haber conocido a ninguna chica que se gaste el dinero en ediciones ilustradas de alguien muerto hace tanto tiempo. —Sonríe, travieso, y me río, cohibida y halagada—. A lo sumo, se gastan el dinero en discos de música de cantantes famosos, ¿sabes?

—Que estén buenos, a poder ser.

—Aunque canten mal, claro que sí.

Nos reímos de nuevo. Marcos se sienta junto a mí en la cama y me coge de la mano.

—Te quiero besar y… Bueno, quiero todo lo demás, aunque no tiene por qué ser ahora. Me paraste los pies una vez y no sé cómo comportarme. No quiero lanzarme y que te moleste, y no quiero no lanzarme y que pienses que no quiero nada contigo. Así que… Bueno, te lo digo. Para que me des alguna pista.

Le acaricio la mano, pero no me atrevo aún a mirarle. Estoy tan nerviosa. ¿Sabrá Marcos que estoy rota por dentro? ¿Que todos piensan que lo estoy sin remedio?

—No creo haber conocido a ningún chico que pregunte antes de meterle mano a una chica, ¿sabes? —Frunce un poco el ceño y creo que no sabe si es una crítica camuflada o una broma, así que me apresuro a sacarle de la duda—. Me gusta mucho.

Ahora sí, relaja el gesto y me aprieta la mano.

—Como a mí que te guste la literatura y no un cantante famoso que no sepa cantar.

Asiento con la cabeza. Estoy contenta. Creo que podría hacerlo con él, no sé si hasta el final, pero podemos intentarlo, ver a dónde nos lleva esto.

—Podemos intentarlo. —Lo digo en voz alta. Trago saliva, decido ser sincera, aunque sea raro, aunque la gente no hable de estas cosas, aunque a lo mejor lo que voy a decirle no le acabe de gustar del todo—. Podemos besarnos y todo lo demás. Si no me siento cómoda, te lo digo y paramos. ¿Podemos hacer eso?

—Claro. No hay problema.

Marcos no espera más y me besa. Es un beso suave, pero lo que me hace estremecerme no es el beso, sino su caricia en mi cuello y, luego, en mi pelo. Alzo mi mano hasta su pecho y la dejó allí suspendida. Me concentro en sus caricias y no me esfuerzo por complacerle. Simplemente, me dejo hacer. Marcos está cómodo en esa situación, recorre mis labios con lentitud, entra y sale de ellos y, a veces, los mordisquea suavemente. Sonrío mucho, él juega con mi sonrisa.

Marcos baja su mano, que acariciaba mi cuello, hasta mi escote, y me toca las tetas por

encima de la camiseta. Me excito y eso me hace alzar el pecho hacia él, como llamándole. Él jadea un poco, sé que también está excitado, pero se fuerza a seguir tomándoselo con calma. Esto no puede salir mal. Él no lo sabe, pero hoy todo está en juego.

Me acerco más a él, ambos sentados frente a frente en mi cama. Mi mano recorre su pecho y su cuello, y quiero rozarle bajo los pantalones, pero aún no me atrevo, así que me contento con el resto de su cuerpo. Le acaricio la base de la nuca, hundo mis dedos en su pelo, ligeramente rizado, y le atraigo hacia mí. Él sigue tocándome las tetas por encima de la ropa.

Decido quitarme la camiseta y el sujetador. Puedo hacer eso. Puedo dejarle tocarme las tetas y, si no me siento cómoda, nada más. Se quedará con las ganas, pero no me importa. Él dijo que no le importaba. Si no era verdad y es un capullo, mejor saberlo ahora, no cuando ya haya obtenido lo que quería, no cuando me haya dejado embarazada, él también.

Marcos ve que me desvisto y permanece inmóvil a mi lado hasta que termino. Me mira las tetas desnudas y pone su mano sobre una de ellas, cubriéndola. Suave, protector. Después, pasa a rozármela sólo con un dedo. Traza círculos en torno a mi pezón y, al final, choca con él, y gimo de placer. Llevo mis dos manos a su pecho y me agarro a él. Le arrugo la camiseta. Él se da cuenta, entonces, de que la lleva puesta, y le sobra, igual que me sobraba a mí, así que se la quita. Recorro su pecho con mis manos, y es tan delgado, para nada como Gorka, para nada como los cantantes famosos que les gustan a las chicas pese a que cantan mal. Y me gusta tanto que sea así, que no tenga que ser perfecto, que sea normal.

Marcos vuelve a besarme, y ya no me toca las tetas, sólo me abraza, ambos brazos a mi espalda, estrechándome contra él. Mis manos siguen sobre su pecho, y me siento tan querida, aunque aún no nos hayamos dicho que nos queremos. Creo que aquí hay un «te quiero» escondido, creo que este «te quiero» es más sincero que el que Gorka dejó caer para que yo creyera que estaba enamorado de mí, creo que este «te quiero» es incluso más real que el que Álvaro me dijo tantas veces porque, después de tanto tiempo juntos, era lo que se suponía que tenía que decir.

Creo que quiero hacerlo con Marcos.

—Me da un poco de miedo, pero creo que quiero que lo hagamos. Que nos acostemos juntos. —Trago saliva, preocupada. ¿Debería decírselo? ¿Tendría que contarle mi historia? No quiero que me mire con otros ojos más que con éstos, no quiero que me juzgue. Quiero seguir siendo página en blanco a rellenar con trazos cariñosos—. Ya lo he hecho antes. —Me mira. Asiente con la cabeza, comprendiendo. ¿Qué comprende? ¿Sabrá lo que me pasó? Suspiro. Me coge de la mano—. Me da un poco de miedo aunque lo haya hecho antes.

—Tranquila. Podemos ir muy lento. Vamos viendo, como dijiste. No pasa nada si al final es que no.

Parece sincero. No sé si lo es, aún no sé discernir ese tipo de cosas; no sé si se llega a aprender alguna vez. Pero lo parece, y quiero confiar en él. Tengo que arriesgarme. En algún momento, tengo que volver a hacerlo.

Marcos se levanta y tira suavemente de mi mano para que yo también lo haga. Me desabrocha el pantalón vaquero y me lo baja, y es un poco torpe, pero resulta tierno. Le ayudo a terminar de desvestirme, quitándome las zapatillas y levantando primero una pierna y luego la otra para que acabe por quitármelo todo. Me quedo en tanga, porque él no se atreve a retirármelo. Lo hago yo. Luego, le quito el cinturón y le bajo los pantalones, y él me ayuda igual que yo he hecho momentos antes. Me quedo mirando sus calzoncillos y, aunque pretendo hacerlo disimuladamente, no me sale así, sino que acabo por mirarle fijamente la polla y sí, parece ser como la de Álvaro o la de Gorka; en eso, varían poco.

—¿Me los quito? —pregunta Marcos, ambas manos sobre sus calzoncillos, dispuesto a bajárselos.

—Sí. Sí.

Lo hace y luego, azorado, me abraza y me besa, para que no nos fijemos en eso, en nuestros respectivos sexos, para que todo vuelva a fluir como antes. Me tumbo en la cama y le cojo de la mano, incitándole a que se tumbe conmigo. Lo hace y seguimos besándonos, lado a lado, y ahora sí noto su polla contra mi pubis, pero no estoy asustada. No siento que vaya a traspasarme y me vaya a morir. La toco suavemente y Marcos cierra los ojos y sé que no está pensando más allá de nosotros. Deslizo un dedo por su frente hasta su barbilla y su rostro se relaja. Abre los ojos y me mira, y aunque son color castaño los veo ahora en tonalidad miel, dulces y acuosos. Él esconde su mano entre mis piernas y me acaricia, y no tiene que esforzarse mucho porque ya estoy mojada, y noto que se deleita en palpar esa humedad y que no tiene prisa por entrar dentro de mí. Me toca por fuera hasta que le empujo el brazo, porque las prisas me entran a mí, y entonces me mete un dedo y se mueve rítmicamente, con embestidas regulares, y sus caderas le acompañan y me marcan el ritmo mientras le agarro la polla con la mano. Le miro fijamente a los ojos, porque esto es importante. Esto es lo que va a marcar un antes y un después en nuestra relación.

—Ponte un condón.

—Claro.

No hay atisbo de duda. No ha pensado que hubiera otra opción. Se incorpora, busca en el bolsillo de su pantalón, tirado en el suelo de mi habitación, saca un preservativo y se lo pone. Vuelve conmigo y me tantea con la mirada, ¿quiero que se ponga encima? ¿Cómo estaría más cómoda? Me pongo boca arriba y abro las piernas para acogerle. Se pone sobre mí pero no vuelca su peso sobre mi cuerpo, sino que permanece apoyado sobre sus brazos, situados a ambos lados de mis hombros. Entra en mí lentamente, me sigue mirando a los ojos. Gimo entrecortadamente y duda. Se detiene.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare?

—No. No. Estoy bien.

Sigue adentrándose, pero es muy suave. Veo que está haciendo un gran esfuerzo por controlarse. Sigue mirándome, tratando de adivinar si estoy cómoda o si debe parar, cambiar el ritmo, acariciarme distinto. Entra por completo y luego comienza a moverse en oleadas. Es mar en calma y no marejada. Son olas sosegadas que besan la orilla a su paso, se retiran y vuelven antes de que la orilla pueda extrañarlas.

Marcos mueve uno de sus brazos hacia mi cintura y me acaricia desde el pecho hasta el costado. Me mira el cuerpo desnudo y es la única vez que rompe nuestro contacto visual, pero no me importa, porque me siento acompañada. Somos uno y no es sólo físico. Estamos juntos en esto.

Le abrazo con ambas manos a su espalda y le indico que puede tumbarse sobre mí, porque quiero sentirle cerca, porque creo que no podrá aguantar su propio peso sin derrumbarse durante mucho tiempo más. Deja caer su cuerpo sobre mí y mantiene su rostro frente al mío. Nuestras narices se rozan, respiramos el uno en la boca del otro, nuestros ojos se comunican sin necesidad de palabras.

Estamos llegando al final. Marcos me avisa. «Lu, me voy a correr, no puedo aguantar más.» Sonrío, contenta. Yo no me voy a correr, pero no me importa. Esto ha sido lo que debió ser la primera vez. Ojalá borrarlo todo y recordar sólo esto.

Marcos termina y se queda unos segundos respirando junto a mi oído. Me mira y sonríe, y aunque trata de hablar, primero debe recuperar el aliento. Me río. Se ríe. El amor debe de ser

esto, la risa de después de follar.

—¿Bien? —pregunta, aunque creo que sabe que no hace falta preguntarlo.

—Muy bien. Ha sido perfecto.

Nos besamos y ya somos cuatro besos: dos sin importancia, un tercero íntimo y privado, y un cuarto que nos une para siempre.

Decido pensar que Marcos ha sido el primero. Ésta es mi historia, ¿no? Tengo derecho a reescribirla. Mi vida empieza aquí.

Terminan los acordes de la canción que ha estado sonando y los grabo en mi memoria. Ahora siempre me acordaré de que la primera vez que hice el amor sonaba *La salvación*, de Arde Bogotá.

CAPÍTULO 25

Luisa

Rubén toca con los nudillos en la puerta de mi despacho y espera a que le invite a pasar para abrirla. Le ha costado aprenderlo pero, al final, ha calado en él. La verdad es que no le quedaba otra si quería trabajar a mis órdenes.

Pronto hará un año que estoy al frente del departamento de Fusiones y Adquisiciones, y no diría que la transición ha sido fácil. Cuando Ígor nos dejó, me tocó encargarme de comunicarlo a los clientes y, lo que fue más difícil, de asegurarme de que siguieran con nosotros. Los conocía a todos y ellos sabían de mi extensa trayectoria en la empresa, primero, a la sombra de Ígor; recientemente, a su lado. No me cuesta aventurar que todos sabían que yo era quien hacía mayoritariamente el trabajo por el que Ígor luego recibía sus halagos.

Aun así, algunos fueron reticentes a quedarse. Dieron las más diversas excusas; las más repetidas, claro está, se centraron en la «larga relación de confianza» que tenían con Ígor, es decir, en elementos intangibles que podían esconder, o no (aunque creo que lo hacían), su desconfianza a que yo llevara sus asuntos.

Francisco, contra todo pronóstico, me ayudó mucho en estas gestiones. No me lo dijo, pero supe por terceros que se dedicó a llamar a algunos de nuestros clientes, que eran sus viejos conocidos de negocios comunes, y a alabarme. Creo que la retención de algunos de estos clientes se la debo a él. Quise darle las gracias, primero, de modo indirecto, sin reconocer claramente su participación en los hechos, por si se sentía incomodado; después, refiriéndome directamente a ello. En ninguno de los casos se dio por aludido y contestó a mis agradecimientos con alguna broma fácil y un recuerdo profundo y entristecido de lo que Ígor significó para los dos.

Rubén, de pie enfrente de mí, espera a que reorganice los papeles que tengo sobre la mesa; como de costumbre, en dos montones, por orden de prioridad en su análisis. Apago el ordenador y lo miro.

—¿Vamos? —propongo.

—Sí. Los socios ya han salido camino de la iglesia. He pensado que lo mejor será coger un taxi, por si hay problemas para aparcar.

Asiento, coincidiendo con él, y salimos de mi despacho y, después, de las oficinas. En la plaza Euskadi, justo al salir de la torre, nos está esperando el taxi que Rubén se ha cuidado de llamar para que nos acerque a la basílica de la Virgen de Begoña.

Hoy se celebra una misa como recordatorio por la muerte de Ígor, hace un año. Fue por un infarto. Nadie tuvo problemas en atribuirlo al estrés laboral, siempre presente, y a la situación personal por la que estaba pasando. Al parecer, Carmen le había dejado definitivamente; se había ido con otro hombre.

Nadie tuvo la tentación de atribuírmelo a mí, de pensar que yo estuve con él momentos antes de tener el ataque, de chismorrear con que hubo algo entre nosotros.

Sólo Rubén, con sus grandes ojos y su mirada curiosa, me interrogó con ella en los días posteriores, poniendo en duda la versión oficial. Traté de permanecer impertérrita, aunque cada vez que sentía el peso de sus ojos sobre mi cuerpo, me notaba torpe, percibía mi actitud como fingida y experimentaba sudores fríos.

Yo vi a Ígor revolverse cuando la muerte le acechaba, con esa mano dirigida a su pecho, a

tapar el dolor intenso que allí crecía; y miré hacia otro lado.

¿Podría decirse que no me di cuenta?

Quizás, pero sé que no sería cierto.

Vi a Ígor retorcerse y pedir ayuda, mudo, con sus gestos inequívocos y su mirada acuosa, y decidí no prestársela. Me he convencido de que murió porque yo no actué.

Pese a ello, no termino de sentirme mal por lo que hice. Ígor me violó, ahora no tengo problemas en decirlo porque hace mucho tiempo que lo he asumido, y yo simplemente salí de allí lo más rápido que pude. Que diera la casualidad de que él sufriera un infarto no es culpa mía. Yo no iba a salvarle.

No creo que mi actuación, los días posteriores a la muerte de Ígor, terminara por convencer a Rubén de que yo no tenía nada que ver en aquello. Al fin y al cabo, me vio salir de su despacho minutos antes de que lo encontraran desplomado en el suelo; al fin y al cabo, Rubén era consciente de que Ígor y yo teníamos algo que iba más allá de nuestra relación profesional. Creo que, tras unas semanas de reflexión, Rubén pensó que, en cualquier caso, no podía ser culpa mía. A Ígor le dio un infarto y murió, ¿qué podía haber hecho yo?

Quizás ayudó el hecho de que me nombraran jefa del departamento, a falta de otra persona más adecuada en esos momentos (me consta que la buscaron con urgencia, pese a que la elección natural apuntaba en mi dirección), y que yo formara mi equipo a toda velocidad. Le pedí a Rubén que viniera conmigo. Aceptó de inmediato y sé que eso eliminó todas sus dudas. ¿Fue egoísta al descartarlas, sólo por eso? Quizás. Decidió sobrevivir, como en su momento lo decidí yo.

Ahora Rubén es mi persona de confianza. A mi sombra, es el espejo en el que me miro cuando quiero verme más grande de lo que en realidad soy.

¿Soy cruel con él? Seguramente. Pero él está encantado de que, por fin, lo mire. Yo estoy encantada de que, sólo con las migajas que le doy, me sea tan fiel. Ahora somos la pareja perfecta.

Llegamos a la basílica y entramos. Veo a Carmen junto al altar, terminando de saludar a quienes se acercan a darle el pésame. Carmen, que dejó definitivamente a Ígor pero que, al enterarse de su muerte, volvió sobre sus pasos, abandonó al hombre por el que se había olvidado de su marido y se recluyó en el chalet de Neguri que habían compartido juntos, asumiendo el luto durante meses. La destrozó pensar que Ígor había sufrido el infarto por su culpa.

Ella, en quien Ígor ni siquiera pensó antes de morir, es quien sufre los efectos devastadores de la culpa por su muerte.

Me acerco a ella, con Rubén tras mis pasos, y la saludo.

—Carmen —la llamo, y alza la mirada al oírme. Me reconoce y me toma de las manos con cariño—. Me alegro de verte.

—Yo también, Luisa. Yo también. Seguro que Ígor se habría alegrado de que estuvieras aquí.

No estoy tan segura, pero no digo nada, porque hace tiempo que cumplo tan bien mi papel que ya no pienso siquiera que sea una farsa.

Rubén saluda también a Carmen y nos dirigimos a uno de los bancos para sentarnos. Yo, junto a los socios. Él, un par de filas más atrás. Todos aguantamos estoicamente la misa y, luego, salimos de la basílica y nos despedimos.

Mario me llama por teléfono y se ofrece a ir a buscarme.

—Me gustaría haber llegado a tiempo para la misa, pero un asunto me ha retrasado. ¿Paso a por ti?

Le digo que lo haga, aunque tengo el coche en el aparcamiento del trabajo, porque creo que

no hay inconveniente en dejarlo allí y que mañana Mario me acerque o, si él no puede, pida un taxi. Lo que necesito, por encima de todas las cosas, es salir de esta atmósfera asfixiante que es el recuerdo de Ígor.

Su mano rascándose la nuca. Su media sonrisa aprobatoria. Su porte erguido, su presencia colosal. Pero, también, su aliento en mi oreja, embistiéndome contra la pared pese a que le dije que no quería hacerlo. Las imágenes de nuestro pasado juntos, ancladas en mi memoria como grabadas en piedra, me atosigan y no me dejan espacio para pensar.

Si puedo elegir, prefiero no acordarme de Ígor.

Ahora las cosas van bien. Lu se recuperó del tsunami que supuso que Gorka se fijara en ella. Mi hijo Mario parece haber escapado de la situación sin demasiadas consecuencias. Mi marido y yo seguimos juntos, juntos como institución, juntos como estado civil; y ya no nos somos infieles el uno al otro.

Sin embargo, hay algo que no ha cambiado, y es este tedio que se ha infiltrado en nuestras vidas y contamina, omnipresente, nuestros estados de ánimo. Ahora, sin embargo, lo gestionamos mejor. Miramos hacia otro lado, nos entretenemos con otras cosas y no le dejamos ocupar un lugar físico que nos separe.

Claro que nos aburrimos el uno con el otro, ¿cómo podría ser de otra manera? También me aburro sola y con mis compañeros de trabajo y con mis hijos. La vida es muy monótona. A veces, esa rutina se rompe, y entonces pasa que tu marido te es infiel y está tentado de abandonar a la familia, tu hija se queda embarazada de un chico mayor de edad que la engaña y tú te lías con tu jefe y él acaba por volverse loco por ti, con consecuencias desastrosas.

Quizás prefiera aburrirme, la verdad.

Mario llega y para el coche en doble fila, con las luces intermitentes encendidas, para que me suba. Lo hago, sentándome en el asiento del copiloto, y me aproximo a él para besarle en la mejilla.

—Hola, cariño —le saludo.

—Hola. —Sonríe, aunque no me mira porque está concentrado en la carretera, por la que ya ha reanudado la marcha—. ¿Qué tal ha ido? —Mirada ligeramente compungida, exploratoria.

Acabé por contarle a Mario lo de Ígor. No me sentía especialmente mal por ello (haberle sido infiel), pero me consumía saber que Ígor había muerto porque no quise prestarle ayuda, ¿y a quién iba a contárselo? A mi marido, que es la única persona que seguiría conmigo, pese a todo. La lealtad es una losa mayor que el «felices para siempre» que nos une, y Mario lleva esa carga a la perfección, como si no le supusiera un esfuerzo.

Él no se sintió mal por la muerte de Ígor. Después de todo, Ígor me forzó. Ahora tenía su merecido. Creo que pensaba que no pudimos hacer nada respecto de Gorka, pero que, al menos, el destino se había encargado de darle su merecido a Ígor.

—Bien. Carmen, muy en su línea, pero creo que ahora el dolor es más fingido que otra cosa.

—Ya ha pasado mucho tiempo.

—Sí. Espero que no pretenda repetir estos… —busco la palabra adecuada— «acontecimientos» —digo con voz afectada— año tras año.

Mario ríe entre sus labios, finamente apretados en una sonrisa invisible.

—Ahora es viuda. Es todo un nuevo estatus. Déjala que lo disfrute.

Nos reímos ambos, en la conciencia compartida de estar siendo crueles sin razón para ello. Qué culpa tiene Carmen de cómo era Ígor.

Quién somos nosotros para enjuiciar una relación ajena.

Miro a Mario, mientras conduce su coche y nos lleva a casa, y pienso que es muy atractivo,

con ese pelo siempre ligeramente despeinado que me resulta tan juvenil y esas canas que le pueblan la barba y que él detesta porque le hacen parecer mayor y a mí me parecen encantadoras porque las he visto nacer una a una. Pienso que la tripa que a veces le cuelga hacia abajo cuando está tumbado de lado en la cama no es para tanto, porque así sentado, y cuando está de pie, es casi imperceptible, y que quién soy yo para criticarla; si las tetas ya se me van cayendo, poco a poco, en este declive insalvable que es ir cumpliendo años. Pienso que es un buen hombre, que pudo ser mi Gorka y no se aprovechó de ello, que siempre me ha querido y me ha tratado bien. Pienso que, pese a poder haberse ido con Silvia como yo pude haberme ido con Ígor, se quedó. ¿Cómo he podido olvidarme de todo eso? ¿Cómo he podido pensar que el tedio podría romper con todo lo que nos une, que debería ser inquebrantable?

No necesito que nadie me diga, a estas alturas, cuál es el secreto para mantener una relación durante muchos años; quizás, durante toda una vida. La clave para que una relación perdure es quedarse. Echar el ancla, tomar tierra, comprometerse a permanecer junto a alguien.

Miro a Mario y pienso que sí, que podría quedarme aquí junto a él. Al fin y al cabo, él es mi casa.

Y si me vuelvo a aburrir, ya encontraré una forma más inofensiva de entretenerme que no implique prenderle fuego a todo.